

CEFERINO REATO
AUTOR DE OPERACIÓN TRAVIATA

OPERACIÓN PRIMICIA

EL ATAQUE DE MONTONEROS
QUE PROVOCÓ EL GOLPE DE 1976

EL CASO QUE DESTAPA EL ESCÁNDALO DE LAS INDEMNIZACIONES A LOS GUERRILLEROS



SUDAMERICANA

CEFERINO REATO
AUTOR DE OPERACIÓN TRAVIATA

OPERACIÓN PRIMICIA

EL ATAQUE DE MONTONEROS
QUE PROVOCÓ EL GOLPE DE 1976

EL CASO QUE DESTAPA EL ESCÁNDALO DE LAS INDEMNIZACIONES A LOS GUERRILLEROS





OceanofPDF.com

CEFERINO REATO

OPERACIÓN PRIMICIA

El ataque de Montoneros

que provocó el golpe de 1976

Introducción

OceanofPDF.com

ROMPIENDO EL HUEVO DE LA SERPIENTE

El resultado de la caída de regímenes democráticos generalmente parece ser la victoria de las fuerzas políticas identificadas con la derecha. Esto no significa que en muchos casos la izquierda no haya tenido un papel decisivo en el debilitamiento de gobiernos democráticos, provocando su caída.

El politólogo español Juan José Linz,
en *La quiebra de las democracias*, página 36.

Me dieron dos condecoraciones: una medalla de oro, al heroico valor en combate, y otra de plata, al herido en combate. Las vendí al poco tiempo; no había trabajo y ya tenía un hijo, había conseguido un terrenito y había levantado unas paredes, pero me faltaba el techo. Las vendí muy baratas, las regalé, pero me alcanzó para las chapas de cartón. Ahora, no tengo más que el pergamino que me dieron y todo lo que llevo en el corazón.

Juan Carlos Morínigo, fletero y ex simpatizante de la Juventud Peronista, uno de los soldados conscriptos que defendió el cuartel de Formosa en plena democracia peronista.

Operación Primicia fue la acción más espectacular de la guerrilla argentina en toda su historia. Ocurrió el 5 de octubre de 1975, durante la presidencia de Isabel Perón, que en aquellos días estaba en Ascochinga, en las sierras de Córdoba, reponiéndose de sus crónicos problemas de salud; su lugar era ocupado por el senador Ítalo Luder, que intentaba sacar a flote un gobierno que naufragaba en medio de una tormenta de violencia política, inflación y denuncias de corrupción.

Unos setenta combatientes participaron en forma directa en esta operación, que fue realizada por Montoneros, la guerrilla peronista, y tuvo cinco etapas, algunas de ellas simultáneas:

Secuestro del vuelo 706 de Aerolíneas Argentinas, con ciento dos pasajeros y seis tripulantes a bordo, que fue desviado a la ciudad de Formosa, a 1.190 kilómetros de Buenos Aires.

Copamiento del Aeropuerto Internacional El Pucú, en la entrada de la capital formoseña. Hubo un policía muerto.

Ataque al Regimiento de Infantería de Monte 29, el segundo en poder de fuego de todo el país, de acuerdo con Montoneros. En media hora de un combate inesperado, hubo veinticuatro muertos, doce de cada lado, entre ellos diez soldados conscriptos, todos formoseños y peronistas.

Fuga en el moderno Boeing 737-200 de Aerolíneas y en un Cessna 182 de cuatro plazas que sirvió para confundir en el aire a los perseguidores.

Aterrizaje del avión de Aerolíneas a 700 kilómetros de Formosa, en una pista preparada para la ocasión en una estancia en Santa Fe, cerca de Rafaela, la “ Perla del Oeste” santafesino, casualmente la ciudad natal de Luder. El Cessna bajó en las afueras de la ciudad de Corrientes.

Operación Primicia fue diseñada y dirigida por Raúl Yaguer, más conocido como “ El Gringo”, “ Roque” o “ Mario”, un ingeniero químico santafesino metódico y cáustico que era el número cuatro de la cúpula nacional de Montoneros. Los tres primeros en la jerarquía, Mario Firmenich, Roberto Perdía y Roberto Quieto, aprobaron el ataque.

Yaguer estaba a cargo de las “ operaciones especiales” y conocía bien el terreno porque había sido el organizador y el primer jefe de Montoneros en el nordeste, que abarcaba el norte de Santa Fe, Chaco, Formosa, Corrientes y Misiones.

Luego, en 1973, fue ascendido y trasladado a la Conducción Nacional; su lugar en el nordeste fue ocupado por Fernando Vaca Narvaja.

Salvo en Formosa, Montoneros estaba bien desarrollado en todo el nordeste, hacia donde, por ejemplo, en 1974 había sido trasladado el actual diputado ultrakirchnerista Carlos Kunkel, luego de que, junto con otros siete legisladores, renunció a su banca en el Congreso disgustado por un

proyecto de ley del presidente Juan Perón que endurecía la represión contra la guerrilla.

Operación Primicia fue el primer ataque de Montoneros a un cuartel militar; el inicio de la lucha directa contra las Fuerzas Armadas, que pasó a ser su enemigo principal en la lucha por la revolución socialista y la liberación nacional; de allí el nombre de la operación, Primicia, una palabra utilizada por los periodistas para referirnos a un hecho muy valioso que se revela por primera vez.

Hace treinta y cinco años y visto desde Buenos Aires, Formosa era un territorio periférico, marginado, aislado y desconocido, con una fuerte influencia recíproca con el Paraguay. Era la provincia más joven del país y una de las más peronistas (siete de cada diez habían votado por la fórmula de gobernador y vice bendecida por Perón); su economía estaba poco diversificada y se basaba en el algodón, el quebracho y las vacas.

Los formoseños vivían con la ambigua sensación de que allí nunca pasaba nada y tenían razón: hasta el 5 de octubre de aquel año terrible no habían tenido ni un solo hecho relevante de violencia política.

Operación Primicia no fue sólo una acción que parece salida de un guión cinematográfico: conmovió al gobierno, al peronismo y a los militares y provocó que el general Jorge Videla y el almirante Emilio Massera fijaran la fecha para el golpe militar del 24 de marzo de 1976.

Luego del ataque, Isabel decidió acortar su licencia médica y volver rápidamente a la presidencia; los militares y parte del peronismo y del sindicalismo presionaron a Luder para que se quedara en la Casa Rosada y completara ese mandato, hasta las elecciones del año próximo, pero el senador santafesino no aceptó, con este argumento: “ Yo no voy a ser el traidor de la señora de Perón”. Videla y Massera decidieron entonces dar el golpe, pero no pudieron convencer al jefe de la Fuerza Aérea, el brigadier Héctor Fautario: eso ocurrió en un almuerzo en el Delta, a bordo de un yate de la Armada, el viernes 17 de octubre de 1975. Igual siguieron adelante y a fines de aquel año lograron desplazar a Fautario de su fuerza impulsando una rebelión entre los aviadores que desembocó en su reemplazo por el brigadier Orlando Agosti.

Suele pensarse que el golpe estaba escrito desde antes; por ejemplo, desde la vuelta del peronismo al gobierno, el 25 de mayo de 1973; la muerte de Juan Perón, el 1º de julio de 1974, o la llegada de Videla a la jefatura del Ejército, el 28 de agosto de 1975. Pero no fue así: en 1973 los militares estaban tan deteriorados que parecía que ya no volverían a salir de los cuarteles y la cúpula del Ejército había pasado a un grupo afín a Montoneros encabezado por el general Jorge Carcagno; en 1974 el Ejército no era, todavía, un factor de poder autónomo y había varios sectores que competían por el control interno, y en sus primeras semanas al frente de esa fuerza, Videla tuvo tareas más urgentes, como afianzar su conducción y restañar las heridas que había dejado la crisis militar que llevó a su nombramiento, que había durado diez días.

Hasta el ataque en Formosa, los militares, el Ejército en especial, establecían una diferencia entre Montoneros y el ERP, la guerrilla trotskista: entendían que Firmenich y sus compañeros estaban en el otro bando pero, probablemente por sus orígenes nacionalistas y por los contactos que aún persistían, no los consideraban un enemigo irrecuperable como a los “apátridas” del ERP.

Operación Primicia impactó fuertemente también en la opinión pública, en especial por la muerte de los diez jóvenes que aquel domingo por la tarde estaban de guardia en el cuartel, cumpliendo con el servicio militar obligatorio, tanto que *La Opinión*, el diario de Jacobo Timerman, afirmó en tapa: “El país está en guerra; todo el país, a lo largo y a lo ancho de su territorio”.

El gobierno peronista reaccionó con tres decretos que ordenaron a las Fuerzas Armadas la ejecución de “las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país”. Aún hoy, cuando intentan justificar las violaciones de los derechos humanos de la dictadura, los militares siguen diciendo que ellos sólo cumplieron con esta orden, a pesar de que en 1985, en el juicio a las juntas militares, la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional Federal falló en contra de ese argumento.

La primera parte de este libro (capítulos 1 a 7) describe cómo fue Operación Primicia; la segunda parte (capítulos 8 a 10) relata qué pasó con los protagonistas y cómo se desarrolló la investigación judicial; y la tercera parte (capítulos 11 a 16) explica el porqué del ataque y sus consecuencias.

Para esa tercera parte utilicé conceptos elaborados por el politólogo español Juan José Linz, profesor emérito de la Universidad de Yale y Premio Príncipe de Asturias 1987, un experto en dos temas importantes para países como la Argentina, que arrastran una crónica inestabilidad política e institucional: el derrumbe y la consolidación de las democracias. Los trabajos de Linz son famosos en todo el mundo y han inspirado a politólogos como el argentino Guillermo O'Donnell y el chileno/estadounidense Arturo Valenzuela, que ahora es el encargado del presidente Barack Obama para América latina.

El libro tiene un comienzo poco usual en la literatura sobre los setenta: el ataque de un grupo guerrillero muy bien armado y organizado a un cuartel militar. La mayoría de estas publicaciones se refiere a la represión ilegal de la dictadura con su secuela de miles de desaparecidos y muertos; pocas obras se han ocupado del gobierno peronista anterior y casi todas ellas ponen el eje en Isabel Perón o en la Triple A, el grupo parapolicial organizado por el poderoso ministro de Bienestar Social y secretario privado presidencial, José López Rega.

Creo que ese vacío se explica por la vigencia de un paradigma que establece una continuidad entre la dictadura que terminó en 1973 y la dictadura que empezó en 1976 en el marco de una interpretación maniquea y binaria de los setenta, según la cual los buenos, los jóvenes maravillosos que se habían convertido en la vanguardia de los sectores populares, tuvieron que tomar las armas contra los malos, los militares y sus aliados del peronismo traidor, la burocracia sindical, la oligarquía nativa y el imperialismo estadounidense.

En la Introducción de *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci?* desarrollé el valioso concepto de paradigma del profesor Thomas S. Kuhn. Ahora sólo agregaré que el paradigma sobre los setenta, que está en la base del discurso del kirchnerismo y de sus aliados, orienta a la mayoría de los miembros de la comunidad de periodistas e historiadores interesados en esa época

crucial: es un criterio para seleccionar temas y enfoques; les marca, por ejemplo, que no vale la pena ocuparse de qué dijeron y qué hicieron los jóvenes de Montoneros y del ERP durante los gobiernos constitucionales de Héctor Cámpora, Raúl Lastiri, Juan Perón e Isabel Perón.

No vale la pena, no serán respaldados por los santones de la profesión y hasta puede provocarles algún dolor de cabeza: un periodista que se salga de ese rebaño corre el riesgo de ser repudiado y escrachado como partidario de la teoría de los dos demonios o defensor del empate entre los delitos de los guerrilleros y los crímenes de la dictadura, que, como se sabe, son de lesa humanidad, es decir no prescriben por el paso del tiempo y pueden y deben ser investigados.

“ Van a decir que sos un enemigo de los setenta”, me advirtió un periodista que formó parte de Montoneros y que ahora está reinsertado en la profesión. No es funcionario del gobierno ni milita en derechos humanos y tal vez por eso exhibe una mirada crítica sobre lo que hizo, desde su propia responsabilidad, sin haber abandonado sus ideales de una Argentina mejor, más justa.

Tampoco los políticos y sindicalistas peronistas están interesados en que se investigue sobre el período 1973-1976. “ ¿No quiere que hablemos de otro tema, más grato para el Movimiento?”, me dijo un patriarca del peronismo apenas le comenté que me interesaba entrevistarle sobre el gobierno de la viuda del General.

Y sin embargo creo que es un tema indispensable para comprender lo que vino después: la tragedia de la dictadura militar. Incluso, el drama de los desaparecidos comenzó durante el último tramo del gobierno peronista; el caso más notorio fue el de Quieto, secuestrado el 28 de diciembre de 1975 mientras disfrutaba de un día de playa con su familia. El informe original del *Nunca Más* indica que en los archivos de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas había “ denuncias acerca de aproximadamente 600 secuestros que se habrían producido antes del golpe militar”, de las cuales la Conadep no se ocupó porque había sido creada sólo para indagar sobre las desapariciones durante la dictadura, 8.960 en total, según sus cifras.

Entre 1973 y 1976, en democracia, hubo asesinatos políticos a derecha e izquierda: el 9 de marzo de 1976, un cable reservado de la embajada de los Estados Unidos en la Argentina informaba a su gobierno que “ durante los últimos tres años más de 2 mil argentinos han muerto como resultado de la violencia política. Lejos, el mayor número de esos muertos fue causado por terroristas de izquierda y de derecha”.

Un prolijo recuento, día por día, del periodista Andrew Graham-Yooll, ex director del diario *Buenos Aires Herald*, indica que hubo 1.065 crímenes políticos sólo en 1975, que fue el año más violento.

El período 1973-1976 fue el huevo de la serpiente, y ahora que pasó tanto tiempo tal vez sea hora de comenzar a romperlo para entender cuál fue el rol de cada uno de los actores. No se trata de estigmatizar a nadie; al contrario, la intención es evitar el recurso fácil, y falso, de buscar el chivo expiatorio que redima al conjunto. Es el mejor antídoto para evitar que repitamos lo peor de nuestra historia y para avanzar hacia el futuro con verdad, memoria y justicia.

En este sentido, la verdad histórica es que Operación Primicia no fue una excursión de *boy scouts* para ayudar a los pobres formoseños que eran explotados en los cultivos de algodón o en los quebrachales. No: fue el bautismo de fuego del Ejército Montonero, el debut del aparato militar creado por la guerrilla peronista para enfrentar al Ejército luego del golpe que su líder, Firmenich, y la mayoría de sus compañeros consideraban inevitable y que, incluso, favorecían con este tipo de acciones violentas.

Hacía tiempo, desde que habían vuelto a la lucha armada el año anterior, que Montoneros consideraba que el gobierno de la viuda de Perón “ carecía de razón social”, como explicó Firmenich en 1978 en *Resistir*, una película rodada entre Francia e Italia por Jorge Cedrón con guión del poeta, escritor y periodista Juan Gelman.

En ese film un Firmenich de 29 años y barba y bigotes a lo Fidel Castro se presentó como “ jefe del Partido Montonero y del Ejército Montonero” y no mostró ningún lamento por el abrupto final del gobierno peronista, que en su opinión era apenas un velo que impedía al pueblo desarrollar su esencia revolucionaria.

Había que ayudar a correr ese velo y ése fue el objetivo primordial de Montoneros durante el gobierno de Isabel Perón. Imaginaban que el golpe les allanaría el camino hacia la revolución socialista, que el pueblo terminaría por apoyarlos cuando comprendiera que ellos eran su vanguardia en la lucha contra “ el partido militar de los monopolios”.

En esa película, que buscaba animar la resistencia a la dictadura de los montoneros que se habían quedado en el país, Firmenich habló de una guerra entre dos ejércitos y precisó que “ cuando nosotros reclamamos la defensa de los derechos humanos en el mundo entero no estamos pidiendo no morir en combate. Lo que reclamamos es la vigencia, como en cualquier guerra debe existir, de leyes elementales de respeto a un prisionero de guerra y de un individuo que no participa activamente en la guerra”.

La “ Patria Socialista” era el objetivo de Montoneros, que, más allá de la entrega y del compromiso militante de sus miembros, nunca peleó por la democracia, a la que consideraba un invento burgués, capitalista, liberal (una mala palabra a la que atribuía los peores pecados que podía cometer un revolucionario, como la delación y la traición). El ERP era aún más refractario al régimen democrático.

En realidad, la democracia tenía bajo rating no sólo entre los montoneros sino en el peronismo en general y entre otras fuerzas políticas, económicas y sociales.

Ni qué decir de los militares. El radicalismo defendía la democracia, pero había apoyado varios golpes militares e incluso había vuelto al gobierno en 1963

gracias a la proscripción del peronismo.

Los liberales hablaban sí de las libertades, pero las limitaban al campo económico: en la arena política eran partidarios, en general, de una democracia restrictiva, sin el peronismo o con un peronismo domesticado, y, como eso era difícil de lograr, se acostumbraron a golpear la puerta de los cuarteles favoreciendo la politización de los militares y su autonomía con relación al resto de la sociedad.

La democracia como reclamo colectivo del grueso de la sociedad surgió recién en la campaña para las elecciones de 1983, luego del colapso de la dictadura. El radicalismo, encabezado por Raúl Alfonsín, captó mejor esa nueva demanda y por eso derrotó por primera vez al peronismo en las urnas.

Fue Firmenich quien habló de “ guerra” y no sólo en esa película, pero aclaro a los espíritus sensibles y paranoicos, tan proclives a las interpretaciones conspirativas, que en mi opinión la represión ilegal de los militares durante la dictadura, ese círculo siniestro de secuestros, detenciones clandestinas, torturas para extraer informaciones, desapariciones o asesinatos y nuevos secuestros, no posee ninguna justificación. Aquel uso del aparato estatal no puede ser equiparado con la violencia de grupos particulares; la “ teoría de los dos demonios” no tiene fundamentos históricos. Pero eso no significa que haya que seguir cerrando los ojos frente a la violencia de los grupos guerrilleros y a sus víctimas, en especial entre 1973 y 1976. Una violencia que, además, jugó a favor de que los militares pudieran dar el golpe con el consenso del grueso de la población, incluidos sectores de izquierda y de centroizquierda.

En 1998, el filósofo y escritor José Pablo Feinmann escribió un valiente, profundo e inspirador ensayo sobre la violencia política, *La sangre derramada*, con fuertes críticas a la conducta de Montoneros luego de su retorno a la clandestinidad, el 6 de septiembre de 1974, cuando, en su opinión, “ comenzaron a apostar al golpe de Estado” con la “ teoría de la hecatombe: cuanto peor, mejor”. Consulté a Feinmann por email si doce años después seguía pensando eso, y él me contestó por esa vía el 23 de abril de 2010.

—Yo siempre estuve en contra de los Montoneros. Yo y todos los de la revista *Envido*. Lo de Rucci (que ellos asumieron) fue imperdonable. Y luego esa guerrita sucia que libraron con la Triple A fue el preludio del golpe. Ahí sí que podría hablarse de los dos demonios. Porque en el 75 los montos no representan a nadie, ya hubo un reflujo de masas decisivo, la pobre militancia juvenil se había ido a su casa y elaboraba la terrible derrota de sus mejores sueños, y estos imbéciles al mando del canalla de Firmenich

salen a matar policías, a guerrear con los fachos de la Triple A y el país se vuelve un infierno.

(...) La imbecilidad de Firmenich y la de Santucho era, en efecto, el “cuanto peor, mejor”. No eran originales, eh. Fanon había dicho lo mismo. Y el intocable Che, en el Mensaje a la Tricontinental, también, más otras barbaridades.

En lo que no estoy de acuerdo con Feinmann es que en 1975 los montoneros “no representan a nadie”. Ofrezco tres argumentos: 1) los cálculos de los jefes guerrilleros: Roberto Perdía estima que en los últimos meses de aquel año contaban con unos 12 mil oficiales y aspirantes a oficiales, un aparato que podía movilizar a unos 120 mil simpatizantes o adherentes; 2) las cifras de analistas y periodistas independientes en aquella época: Richard Gillespie afirma en *Soldados de Perón* que 1975 fue el “año cumbre” de Montoneros, con “un mínimo de cinco mil personas organizadas como ‘combatientes’ o ‘milicianos’”

y unas quinientas operaciones que le provocaron setenta y cinco bajas a la Policía, a la que superaba en varias ciudades; Christopher Roper, de *The Guardian*, elevó la cifra de ese aparato militar a 7 mil, lo mismo que *The Economist* y Robert Cox, director de *Buenos Aires Herald*, habló de más de 10

mil; y 3) Firmenich era el jefe de una organización que incluía a personas inteligentes y sensibles, como Walsh, Urondo, Arrostito, Gelman, Verbitsky, Bonasso, Kunkel, Oesterheld, Roqué, Galimberti, Habegger, Taiana y Hobert, entre muchos otros: ¿podían pertenecer todos ellos a un grupo que era apenas una cáscara vacía? En 1975, Montoneros no encarnaba los sueños y los intereses de tanta gente como lo había hecho apenas dos años antes, pero creo que seguía siendo una fuerza política y militar importante y representativa.

Un libro periodístico debe concentrarse en los hechos, tal como fueron, y explicar sus causas y consecuencias. Operación Primicia fue recibida por *Evita Montonera*, la revista oficial de Montoneros, como un triunfo bélico, pero ahora todos los ex guerrilleros que consulté admiten que cometieron un error estratégico. En primer lugar porque mataron a diez jóvenes

formoseños que no eran soldados profesionales. En segundo lugar, Montoneros abandonó sus atentados selectivos y copió al ERP, al que tanto había criticado por sus ataques indiscriminados.

Operación Primicia anticipó cómo sería la represión luego del golpe militar, que, por otro lado, fue recibido con satisfacción por muchos guerrilleros. No habían tomado nota de lo que pasó en Formosa: el regimiento fue defendido por los conscriptos ya que era domingo y la mayoría de los suboficiales y oficiales dormía la siesta en un barrio vecino. Pero luego del ataque, cuando todo había pasado, patrullas del Ejército mataron a tres vecinos que no tenían nada que ver con los guerrilleros; los testimonios que recogí indican que un estudiante secundario de 15 años y un joven policía de civil fueron fusilados mientras estaban tirados en el suelo.

¿Son crímenes de lesa humanidad y, por lo tanto, deben ser investigados por la Justicia? No lo sé, mi tarea es sólo periodística: contar lo que pasó, de manera honesta, rigurosa y accesible, acercándome lo más que puedo a la verdad. El gobierno y los líderes de derechos humanos que forman parte del kirchnerismo sabrán lo que deben hacer, aunque me permito dudar de que tomen muy en serio a esas tres víctimas formoseñas porque, si lo hacen, ¿cómo explicarán que no se interesan en lo más mínimo por los diez soldados muertos, varios de ellos acribillados mientras estaban desarmados? Podría ser interpretado como la confirmación de un enfoque parcial, reducido a los derechos humanos de un sector de la sociedad.

Es que el kirchnerismo y sus aliados en las organizaciones de derechos humanos parecen creer que las víctimas del combate del cuartel tienen un valor distinto, en bronce y en oro. Asoma allí un doble estándar: por un lado, los soldados sólo son recordados en Formosa y sus padres perciben una pensión mensual de 842 pesos; por el otro, a pesar de que el ataque fue en democracia y durante un gobierno peronista, la mayoría de los guerrilleros figura en los nuevos listados de la Conadep, difundidos durante el gobierno de Néstor Kirchner, en 2006, y en el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado inaugurado en 2007 en la costanera porteña, y sus parientes cobraron una indemnización que en marzo de 2010 ascendía 620.919 pesos.

Esos listados actualizados de la Conadep incluyen a Fernando Abal Medina como víctima de “ ejecución sumaria”, a pesar de que hasta hay libros y películas que aseguran que el primer jefe de Montoneros fue muerto en un tiroteo con la Policía en una pizzería del Gran Buenos Aires, el 7 de septiembre de 1970.

No es lo mismo un desaparecido que un muerto en combate. En palabras del profesor e investigador Hugo Vezzetti, “ difícilmente pueda igualarse a Fernando Abal Medina o Gustavo Ramus, muertos en enfrentamiento con fuerzas de seguridad, cuyos restos mortales fueron entregados y pueden ser honrados por familiares y compañeros, con la figura trágica de los desaparecidos, exterminados en una empresa sistemática que agregaba una segunda muerte, simbólica, al aniquilar los cuerpos y las huellas”.

Un cruento ataque de Montoneros en democracia y durante un gobierno peronista; una represión militar desaforada e ilegal; veintiocho muertos y un número de heridos desconocido pero que debe haber sido similar; una Justicia que no encuentra ni castiga a los culpables; guerrilleros indemnizados con dinero público y recordados como héroes, mártires o “ curas laicos”; soldados que al parecer murieron en el bando equivocado, que no llegaron al bronce nacional y cuyos parientes siguen viviendo en la pobreza: Operación Primicia y sus derivados parecen haber surgido de la imaginación de un novelista cruel.

Viajé dos veces a Formosa para recoger testimonios de protagonistas y conocer el lugar sobre el que iba a escribir. Tuve la suerte de encontrar allí a Julio Ortiz, un prestigioso historiador local que me ayudó en la investigación, no sólo con sus conocimientos y su rigurosidad sino también con su optimismo imperturbable. Agradezco también a otro ex maestro rural, Braulio Sandoval, profesor, escritor, librero y editor; al diario *La Mañana*, que puso su archivo a mi disposición, y a los periodistas de ese medio Daniel Méndez y José Mendoza.

En el juzgado federal número 2 de Formosa me permitieron consultar los once cuerpos del expediente número 2354, criminal número 417, de 1975, que nunca se cerró. En cambio, no pude acceder al expediente de la justicia militar: en la Oficina de Prensa del Ejército primero me aseguraron que

había sido enviado al juzgado federal de Córdoba, pero al final me informaron que ese documento “ se perdió; el Ejército no lo tiene”.

Operación Primicia sigue conmoviendo a los habitantes de Formosa, donde circulan muchas versiones sobre lo que sucedió. Preferí basarme en la vía más directa para reconstruir los hechos: los testimonios de quienes estuvieron aquella tarde en el avión, el aeropuerto, el regimiento o la pista de aterrizaje improvisada en Santa Fe, y los documentos de Montoneros.

En Formosa también abundan los rumores sobre quienes habrían participado directamente en Operación Primicia, que incluyen a destacados personajes de la política y el periodismo a nivel nacional. Algunas de esas personas aparecen en diversos sitios de Internet. Pero la mayoría de esos nombres no figura en este libro porque no pude encontrar pruebas que justifiquen su inclusión. En una época en la que el patrullaje político e ideológico, el escrache y el “ fusilamiento”

a través de los medios de comunicación se han vuelto tan frecuentes, mi objetivo ha sido estrictamente periodístico: contar lo que pasó, de la manera más exacta posible, sin buscar el perjuicio de nadie pero sin ocultar nada que haya sido debidamente verificado.

También estuve en Resistencia, que era la base de Montoneros en el nordeste.

Agradezco a Vidal Mario, escritor y periodista de *Norte*, y a Atilio Velázquez y Sergio Haedo, que me relacionaron con valiosas fuentes de información.

Además, también agradezco los datos y comentarios del periodista Gabriel Rossini, de *El Litoral*, de Santa Fe, así como los datos del periodista Daniel Enz, de la revista *Análisis*, de Paraná.

Utilicé como fuentes publicaciones y documentos tanto de Montoneros como del gobierno militar, y, en busca de la mejor información posible, entrevisté a todos los protagonistas que accedieron: Roberto Perdía, Jorge Videla, Albano Harguindeguy, Antonio Cafiero, Carlos Menem, Julio González, Carlos Ruckauf, entre muchos otros. Consulté los cables

confidenciales y secretos enviados a su gobierno por el embajador estadounidense Robert Hill, que ya han sido desclasificados y me fueron facilitados por la embajada de ese país en Buenos Aires. Casi todos los guerrilleros que participaron de Operación Primicia están muertos y eso dificultó al principio mi investigación, aunque luego pude ubicar a dos sobrevivientes, que, si bien se mostraron muy cautelosos, me permitieron controlar datos y aclarar dudas; lo hicieron siempre que no revelara sus nombres, pedido que he respetado.

Algunos de los militares destinados en Formosa en 1975 fueron muchos años después acusados de violaciones a los derechos humanos por hechos ocurridos durante la dictadura. Entrevisté a todos los que accedieron, sin reparar en esta ocasión en su condición judicial y con el criterio de buscar la mejor información sobre lo sucedido en Formosa.

Más allá de todo eso, este libro no habría sido posible sin la edición de Fernanda Longo y Daniel Guebel. También agradezco a Pablo Avelluto, director editorial de Random House Mondadori, y a Paula Viale.

Mis colegas y compañeros de trabajo del diario *Perfil*, del sitio www.perfil.com y de Editorial Perfil han sido, como siempre, muy generosos, solidarios e inspiradores. Les agradezco a todos en las personas de Claudio Gurmino, Carlos Lunghi, Darío Gallo y Gustavo González.

Utilicé la primera persona sólo en la Introducción y en el Epílogo, y apenas cuando me pareció ineludible; el resto del libro es un relato periodístico en tercera persona que describe y explica hechos que ya son historia pero que todavía se resisten a dejarnos.

El ataque más audaz de la guerrilla

Domingo 5 de octubre de 1975



15.15 ①

Aeroparque J. Newbery, Buenos Aires. Sale el Vuelo AR 706 a Formosa con escala en Corrientes. Es el Boeing 737-200 "Ciudad de Trelew", matrícula LV-JNE.

Lleva 102 pasajeros, entre ellos cuatro bebés, y seis tripulantes: el comandante D. Bakas; el copiloto A. Fernández; el 1º comisario de a bordo H. Mateazzi; el 2º comisario de a bordo C. Flores y las azafatas B. Koch y C. Font Olivares.



Armas:

Pistolas Browning 9 mm.

Granadas de mano SFM 4

(Servicio de Fabricación Montonera 4).



15.45 ②

Secuestro, a la altura de Monte Caseros, Corrientes.

En total, son siete montoneros del Pelotón 9, entre ellos dos médicos de Sanidad.

Dos van a la cabina y uno de ellos se sienta en el lugar del copiloto, Fernández, que es llevado a la cabina de pasajeros.

Los dos de Sanidad llevan un set de primeros auxilios.

Desvían el avión a Formosa.





16.40 ③

Aterrizan en el Aeropuerto Internacional El Pucú, de Formosa, por la cabecera sur. Cinco minutos antes, había aterrizado, por la cabecera norte, un Piper Navajo de la gobernación de Formosa, con el interventor Juan Carlos Taparelli, el piloto y cuatro funcionarios. En el aeropuerto, hay otro avión, un Cessna 182 LV-HOT, del Aero Club Chaco.



Cessna

Aeropuerto Internacional El Pucú

Piper Navajo



17.29 ④

Despega el Cessna 182, de la cabecera norte, con cuatro guerrilleros a bordo. Aterrizan en una arrocera en Nueva Valencia, a 20 kilómetros de la ciudad de Corrientes, frente al Río Paraná.



17.30 ⑤

Despega el Boeing, por la cabecera sur, con treinta guerrilleros, los seis de la tripulación y uno de los pasajeros, el prefecto mayor Antúñez.



18.40 ⑥

Aterrizan en la estancia Boll Hermanos, 25 km. al sur de Rafaela. Eso está cerca de dos pequeñas localidades agrícolas: Susana y Angélica.

⑦

Tres guerrilleros que se movilizaban en una Ford F-100 gris carrozada, habían armado una pista de emergencia de 2 mil metros, pero la mitad estaba anegada porque era una zona baja, de hornos de ladrillos.



La pista estaba formada por rectángulos de hierro con cuatro patas para clavarlos en el piso; la superficie de esos rectángulos era de lona pintada con pintura fosforescente blanca. El avión recorre 700 m., aterrizan, y queda con el tren hundido.



700 metros

⑧

Una vez que el avión aterrizan, aparecen 10 vehículos (Ford Falcon, Chevy, camionetas Ranchera y F-100, Peugeot 404 y otros); cada uno, llevaba un número colocado en un cartón en el parabrisas para orientar a los guerrilleros. Los montoneros bajan la escalera mecánica y el tobogán inflable. Por el tobogán, descargan cuatro o cinco heridos y tres bultos blancos con las armas robadas del cuartel. Por detrás, bajan los guerrilleros sanos. Las armas son subidas a una camioneta Chevrolet verde, carrozada.

Los guerrilleros escapan en diferentes direcciones: algunos a Santa Fe, otros a Rosario, otros a San Francisco.

Armas robadas



18 FAL

PRIMERA PARTE

LOS HECHOS

Capítulo 1

LA MALDICIÓN DE POMBERO

Hay tres regimientos que son preocupantes porque están aislados: Apóstoles, en Misiones; Mercedes, en Corrientes, y el nuestro. Pero nosotros estamos frente al Paraguay, y aquí no tendrían vías de escape hacia el interior de Formosa o el Chaco: hay sólo una ruta pavimentada. ¿Cómo harían para escaparse? ¿En avión?

El coronel Dardo Oliva, jefe del regimiento de Formosa, a principios de septiembre de 1975, en una reunión con sus oficiales, citando informes reservados de

Inteligencia del Ejército.

Eran cuarenta y ocho figuras verdes que avanzaban como en un desfile por una de las calles interiores del cuartel, los borceguíes lustrados, los cascos erguidos, los fusiles amenazantes; cuarenta y ocho voces todavía adormiladas que entonaban la Marcha del Infante rompiendo la calma chicha de esa mañana formoseña:

Infante soldado argentino, infante soldado marcial, su norte es ser fiel al destino que trazó el gran Capitán.

Despuntaba el calor tropical de octubre, el sol comenzaba a arder, apenas algunos pájaros chillones desafiaban las voces de los jóvenes soldados y rompían el silencio en los suburbios de la ciudad de Formosa, frente al río Paraguay; parecía la mañana de un domingo cualquiera.

A las 7.50 la columna se cuadró frente al subteniente Jorge Cáceres, que ese

5

de octubre de 1975, a los 21 años, estaba a cargo de la custodia del Regimiento de Infantería de Monte Número 29 “ Coronel Ignacio Warnes” y del barrio militar, donde vivían los oficiales y suboficiales.

—Soldados, ustedes están dormidos. Si hoy nos atacan los subversivos, nos matan a todos. ¡Despiértense!

En su primer año de egresado del Colegio Militar, Cáceres pasó a ordenar algunos movimientos para que los conscriptos, que eran tan jóvenes como él, terminaran de despertarse.

—¡Paso vivo!, ¡saltos!, ¡carrera!

Unos minutos después, Cáceres quedó bastante satisfecho, y a las 8 en punto uno de sus ayudantes, el cabo primero Guillermo Tissera, comenzó a distribuir a los soldados en los distintos puestos de vigilancia.

Cáceres entró en la oficina del oficial de guardia y pensó su primera decisión importante del día: con semejante calor, ordenaría que sacaran el escritorio y lo colocaran bajo la sombra de los árboles. Un soldado llegó corriendo del fondo del cuartel.

—Mi subteniente, mi subteniente, no sé qué pasó pero se escaparon varias mulas —le informó jadeando.

—Tranquilícese soldado, ¿cuántas mulas faltan?

—Y, muchas: unas treinta mulas, mi subteniente; andan por todos lados.

En aquel momento, el cuartel tenía más de doscientas mulas que eran utilizadas en el monte, la especialidad del regimiento, tanto para montura como para carga. Cáceres reunió a sus suboficiales y les ordenó que, con ayuda de algunos soldados, volvieran a encerrar a los animales díscolos.

Las mulas del regimiento comenzaron a ser perseguidas por todo el cuartel, pero dos eludieron el cerco y se estacionaron detrás del local de la Guardia, donde soltaron un relincho muy triste y prolongado, como si estuvieran entonando una canción fúnebre.

—Mi subteniente, mi subteniente, ¡corra esas mulas! ¡Corra esas mulas! —le imploró uno de los soldados, que estaba cambiando el escritorio de lugar.

—Ya las van a venir a correr.

—No, no, mi subteniente. Esas mulas están llorando y eso es mucha mala suerte. Alguien va a morir hoy —agregó el soldado, muy asustado, mientras soltaba el mueble.

—Pero, ¡dejate de joder! ¡Cómo podés creer esas cosas!

Sin embargo, Cáceres era correntino y compartía el entramado de mitos y leyendas, con sus dioses, duendes, demonios, fantasmas y animales exóticos, que trazaba la vida cotidiana de los formoseños debido a la influencia común de los guaraníes, como ocurría en otras provincias del nordeste y del litoral. Un mundo mágico con el cual no convenía entrar en discordias.

—Mi subteniente, hay que correr esas mulas.

—Está bien, vamos todos a sacarlas de ahí.

No habían terminado de espantar las mulas cuando un pájaro benteveo eligió posarse justo delante de la Guardia para entonar otro canto triste, que, según las creencias de la zona, también anunciaba la muerte.

Los soldados reaccionaron como era de esperar: le tiraron tantas piedras que el pobre benteveo tuvo que irse con su música a otra parte.

Los jóvenes quedaron sobresaltados, nerviosos, por esos episodios inesperados. Cáceres buscó animarlos con una serie de explicaciones racionales sobre la falta de relación entre los relinchos de las mulas y el canto del benteveo con la muerte de los seres humanos, pero, aunque todos guardaron un silencio reverencial, el subteniente se dio cuenta de que sus palabras no convencían a nadie, ni a él mismo, por lo cual optó por ordenar a los soldados que continuaran con la mudanza del escritorio para poder sentarse a la sombra de los árboles, donde al menos estaría cubierto de ese sol que le partía la cabeza. Una sabia decisión. Lástima que otra vez le

volviera el recuerdo del episodio vivido por su compañero de promoción, el subteniente Ricardo Massafarro, durante una patrulla en pleno monte formoseño, dos semanas atrás, cuando una mañana, bien temprano, se le ocurrió hacer puntería contra una familia de monos que se había instalado en la copa de un árbol.

Cáceres nunca pudo entender por qué su compañero había tenido semejante idea. Massafarro, un porteño tierno de 21 años, de buenos modales, ágil jugador de rugby, amigo de todo el mundo, que no se enojaba nunca por más pesada que fuera la broma que le hicieran los provincianos más ladinos del cuartel, vació el cargador de su FAL contra los pacíficos monos. Y mató a un integrante de esa familia, a una madre mona que se estrelló contra el suelo dejando huérfana a una cría que llevaba pegada a su cuerpo.

Cáceres se enteró de todo esto por uno de los soldados, que le advirtió, sombrío: “ El subteniente mató a una mona con cría, y eso es mucha mala suerte porque Pombero se va a cobrar esa vida”. Cáceres intentó ayudar a su amigo: “ Pero ¡dejate de joder con Pombero, esas son supersticiones”. “ No, el subteniente va a pagar caro el haber matado a ese animal”, insistió el soldado.

Para atenuar la ira de Pombero, un suboficial se había llevado al cuartel la cría de la mona.

Cáceres sabía bien quién era ese tal Pombero. Nada menos que un duende robusto, con brazos tan largos que los arrastraba, piernas cortas que remataban en pies que miraban hacia atrás para desorientar a quien pudiera rastrearlo; que usaba un gran sombrero de paja y andaba desnudo, aunque su enorme miembro viril era tapado por la espesa barba que llegaba hasta el suelo. Había que tener mucho cuidado con el bien dotado Pombero: en el universo de mitos guaraníes, su tarea consistía en cuidar del monte y regular el equilibrio ecológico, castigando sin piedad a quienes mataban animales por puro placer. Era el dios del monte, aunque los jesuitas que habían evangelizado toda esa zona también le habían asignado otra función: inhibir las relaciones sexuales fuera del matrimonio a través del castigo a las mujeres infieles. Les podía provocar los accidentes más extraños.

A partir de aquel día, Massaferro fue otra persona: encerrado en sí mismo, taciturno, fatalista; tenía la premonición de que algo terrible estaba a punto de pasarle. Dos viernes atrás, había ido a buscarlo a Cáceres para que suspendiera su franco y lo cubriera porque necesitaba viajar urgente a Buenos Aires a ver a sus padres.

—¿Vos estás en pedo? Estuve una semana acá adentro. Me estoy por ir a Corrientes a ver mi novia.

—No me hagas eso, que quiero ir a ver a mis padres porque sé que después nunca más los voy a volver a ver. Es por el fin de semana.

—Pero, ¡vos estás loco! ¿Te está haciendo mal el calor?

Al final, Massaferro insistió tanto que lo convenció e hicieron el cambio, pero, como era algo que iba contra todas las normas y no tenían ninguna justificación, no le dijeron nada al jefe del regimiento, al coronel Dardo Argentino Oliva, “ Flecha Criolla Oliva”, como le decían en privado algunos oficiales y suboficiales en uno de esos cambios de nombres que inventan los militares para hacer más amenas las jornadas cuarteleras.

A los dos días, el domingo 28 de septiembre por la mañana, Massaferro llamó por teléfono a Cáceres desde la casa de su padre, el mayor retirado Ricardo Massaferro, un peronista de la Resistencia que había estado a punto de ser fusilado en la rebelión de 1956 contra el general Pedro Aramburu y su Revolución Libertadora.

—Hermano, necesito otro gran favor: que esta noche vayas a Corrientes a buscarme.

—Pero, ¿cómo voy a ir a Corrientes si estoy haciéndote el turno a vos? No puedo salir del cuartel.

—Es que el jefe del regimiento vino también a Buenos Aires y seguro que se vuelve en el avión de esta noche. ¡Si ve que llegamos juntos a Formosa, me mata! Así que yo tomo el vuelo, me siento bien atrás porque él siempre viaja adelante, y en Corrientes me bajo.

—¿Y cómo sabés vos que viajó a Buenos Aires?

—Porque lo vi el viernes en el aeropuerto. Viajamos juntos, sólo que yo subí por atrás y él no se dio cuenta. Jorge, agarrá mi auto y buscame en Corrientes, por favor.

—¿Y quién queda en mi lugar, que es el tuyo?

—Bueno, decile a algún amigo que me haga el favor, que es sólo una tarde.

A las 16, Cáceres se subió al Citroën 2CV de Massaferro y cuatro horas más tarde llegó a Corrientes, justo a tiempo para buscar a su amigo al aeropuerto.

—¿Qué te agarró, hermano? ¿La locura?

—No, es que quería verlo a mi viejo y a mi mamá porque nunca más los voy a ver.

—¿Cómo que nunca más los vas a ver, boludo? ¿Estás en pedo, vos?

—No, nunca más los voy a ver. No sé por qué... Pero, es así.

—Mirá, yo creo que, si te agarran, te van a dar de baja. Mejor que esto se te pase pronto.

Debía ser el calor tropical, esos rayos de sol que se filtraban entre los árboles y la demora de los soldados en prepararle ese mate tereré que había ordenado hacía ya un rato. Esos recuerdos se enlazaron con aquel encuentro de los oficiales con el jefe del regimiento, el coronel Oliva. ¿Cuándo había sido? Un mes antes, a principios de septiembre. Oliva los reunió para advertirles que tenían que estar muy atentos en las guardias porque Montoneros estaba preparando una operación de envergadura contra un cuartel militar. Que la cosa era muy seria porque, si se realizaba, se trataría del primer ataque de la guerrilla peronista contra instalaciones del Ejército, algo que hasta aquel momento sólo se habían atrevido a hacer los trotskistas del Ejército Revolucionario del Pueblo.

El jefe citaba informes de Inteligencia del Ejército, muy reservados.

—Hay tres regimientos que son preocupantes porque están aislados: Apóstoles, en Misiones; Mercedes, en Corrientes, y el nuestro. Pero nosotros estamos frente al Paraguay, a 300 metros del río y de la frontera, y es difícil que estos tipos quieran arriesgarse a que todo se salga de madre e involucre a un país vecino, donde manda alguien que no los quiere nada, el general (Alfredo) Stroessner; además, aquí no tendrían vías de escape hacia el interior de Formosa o el Chaco: hay sólo una ruta pavimentada. ¿Cómo harían para escaparse? ¿En avión? No, los dos blancos más fáciles son Apóstoles y Mercedes, pero nosotros también tenemos que estar atentos, por las dudas.

Los oficiales ya estaban muy alertas a la guerrilla porque algunos subtenientes del cuartel habían sido enviados a Tucumán a observar cómo se combatía contra el ERP.

Por las dudas, la plana mayor del regimiento mantenía bajo vigilancia la pista de aterrizaje de un campo vecino, que sólo servía para un avión pequeño.

Un detalle debió haber tranquilizado a Cáceres en aquella mañana de infierno: Oliva no estaba en Formosa ni en el regimiento ni en su casa, porque había viajado a Resistencia a jugar al polo con sus amigos del Grupo de Artillería 7.

Si el jefe hubiera creído que su cuartel estaba en peligro de ser atacado por Montoneros, habría suspendido ese viaje de placer.

El soldado Rogelio Mazacotte le trajo el tereré y su presencia desgarrada le hizo recordar a Cáceres otro tema relevante.

—Soldado Mazacotte, vaya al Casino de Oficiales y traiga la carne; está en la heladera, en una fuente blanca. Y hágase un asadito para nosotros. Mire que para las doce y media tiene que estar listo.

A esa altura del año, a nueve meses de haber comenzado el servicio militar, Mazacotte ya se había convertido en una suerte de asador oficial de la Compañía de Tiradores A, también llamada “Aguará” —zorro en guaraní

—, una de las unidades en las que se dividía el regimiento y que ese domingo estaba a cargo de la vigilancia.

Era un muchacho ágil y despierto: cruzó rápido la calle Marcial Rojas, que separaba el cuartel del Casino de Oficiales, y buscó las achuras, los chorizos, las morcillas y la carne; también trajo tres botellas de vino tinto, dos para Cáceres, los oficiales y los suboficiales, y una se la quedó él, bien guardada entre la ropa de fajina, a la altura de la cintura, para compartir luego con sus compañeros de la guardia, como correspondía a un soldado ya ducho en el arte de la supervivencia cuartelera.

En el Regimiento 29 había, en total, unos 600 soldados, 165 suboficiales y 25 oficiales, distribuidos en cuatro compañías: las dos compañías de Tiradores, A y B; la Compañía Servicios y la Compañía Comando.

Este regimiento, el único en la provincia de Formosa, pertenecía a la Séptima Brigada de Infantería, cuya sede estaba en Corrientes, y, avanzando en la pirámide del Ejército, al Segundo Cuerpo de Ejército, con asiento en Rosario.

Aquel domingo, el otro sector clave del cuartel era la Compañía Comando, rebautizada “ Halcón”, ubicada del otro lado de la Plaza de Armas, en diagonal al local de la Guardia, ya que le tocaba la función de retén: sus soldados constituían la reserva a la cual Cáceres podía apelar ante un imprevisto, como un incendio o un ataque.

Allí, el día había comenzado a las 7 en punto, cuando el soldado Fermín Cabrera pasó lista a sus compañeros, que, lo más firmes que podían al pie de la cama, contestaban con un “ Presente” cuando escuchaban su apellido y su nombre.

Con el último presente, Cabrera liberó a todos para que tomaran el mate cocido prácticamente amargo (“ El azúcar da hambre y un soldado no debe tener hambre”, decían los oficiales) con dos galletas, que constituía el desayuno del cuartel. Faltaba uno en la lista pero igual hizo una marca al lado del nombre del ausente y llevó la lista de veintisiete soldados al suboficial encargado de la Compañía, el sargento primero Víctor Sanabria.

—Mi sargento primero, le entrego el parte de asistencia sin novedad. Pero le aclaro que falta un soldado.

—¿Y por qué lo entrega sin novedad, soldado?

—Porque yo le conozco y sé que ese soldado va a venir, mi sargento primero.

Es de fierro y no nos va a fallar.

—¿Seguro?

—Seguro, mi sargento primero, quédese tranquilo.

—Si vos lo decís, listo.

Cabrera era el furriel, el asistente administrativo del jefe de la Compañía Comando, el teniente primero José Luis Bettolli. Es que sabía escribir a máquina y estudiaba Ingeniería Forestal. Y, como tal, se había encargado de confeccionar la lista de los soldados que estarían de retén, listos para cualquier imprevisto. Él también tuvo que quedarse ese domingo, pero para pasar a máquina el inventario de la Compañía porque al día siguiente vendría una inspección desde Rosario.

El soldado que no había regresado todavía al cuartel era Hermino Luna, el “ Negro ” Luna, uno de los hijos de un matrimonio de campesinos muy pobres de la zona de Las Lomitas, a unos 300 kilómetros. En realidad, Luna estaba libre ese fin de semana pero, como solía suceder con los conscriptos del interior que no tenían dinero para viajar a sus casas, había aceptado cambiar su franco por los pesos que le pagó uno de sus compañeros pudientes de Formosa capital.

Total, igual tenía que quedarse en el cuartel. El propio Cabrera supervisaba esos acuerdos para que “ nadie sea estafado ”, para preservar la armonía dentro de la cuadra; Luna y el soldado que ese domingo tenía previsto levantarse tarde, desayunar en la cama y luego irse de picnic con su novia en el auto de papá habían ido el viernes anterior al escritorio del furriel y le habían dicho que el pago serían esos dos billetes de 50 mil pesos con los

cuales el Negro podría tomarse unos vinitos el sábado por la noche en alguna bailanta de la capital.

Sólo que el Negro se había excedido en los festejos y recién apareció minutos antes de las 11 del domingo, en un estado bastante poco decoroso para un soldado de la patria.

—¡Yo sabía que no me ibas a fallar, Negro! Se ve que la pasaste muy bien.

No te preocupés: anda a darte una ducha y tirate a dormir un rato. Antes de comer, yo voy y te busco —lo recibió Cabrera.

Una hora después, Cabrera fue a despertar a Luna y todos salieron a almorzar fuera del edificio de la Compañía, sentados bajo los árboles, cerca de una canaleta.

—Ahora, Negro, que la pasaste tan bien y llegaste tan tarde, te toca el turno de cuatro horas de cuartelero —le comentó Cabrera mientras devoraban unos fideos con estofado, el mejor plato que preparaban en el cuartel y que era reservado para algunos domingos. La suerte les sonreía ese mediodía tranquilo.

Luna asintió contento: ¡qué eran para él cuatro horas vigilando la puerta de entrada de la cuadra, del desangelado dormitorio donde dormían él y sus compañeros, luego de aquella larguísima noche de parranda abastecida con el dinero recibido por su franco! Ya se había bañado, ya había dormido; era un hombre nuevo.

—Negro, yo ahora me voy a dormir la siesta, pero vos despertame a las cuatro en punto, que tengo que terminar el inventario. Mirá que tengo el sueño pesado, pero vos insistí: hasta que no abra los ojos, no me dejés.

¿Y cómo estaban las cosas en el local de la Guardia? Allí, a la hora en que el Negro Luna llegaba de su noche de parranda y mientras el soldado Mazacotte organizaba el fuego detrás del edificio, Cáceres charlaba con su amigo y colega Massaferro, que también estaba ese domingo en el cuartel porque era el jefe del servicio de Retén, y con la media docena de oficiales y suboficiales que lo acompañaban en las tareas de vigilancia. A unos 50

metros, en línea recta, al lado del mástil y cerca de unos pinos, el soldado Ricardo Valdéz y su compañero de puesto se aburrían frente a una MAG, una ametralladora pesada asentada sobre un trípode que apuntaba directamente contra la entrada principal del cuartel, lista para disparar sus mil proyectiles calibre 7,62 milímetros por minuto en un abanico de 90 grados.

A las 11, Valdéz vio cómo el soldado Roberto Mayol entraba por el puesto de guardia número 1, ubicado al lado de la entrada principal del cuartel, y se dirigía al escritorio donde charlaban los oficiales y suboficiales. Era una visita ciertamente inesperada porque Mayol estaba de franco.

—Soldado clase 54 Mayol Roberto se presenta pidiendo permiso para pasar a su Compañía, la Compañía de Tiradores B, “Yaguareté”.

A Cáceres no le gustó nada la presencia de Mayol, un santafesino que estudiaba Abogacía y era muy amable y conversador, “dado”, como dicen en Formosa, que ese domingo vestía un pantalón marrón y una remera celeste.

—¿Para qué necesita pasar a su Compañía, soldado Mayol?

—El día jueves, cuando entré de franco, me olvidé un pulóver y quiero retirarlo porque creo que, si no lo hago hoy, mañana ya no lo voy a encontrar.

—Está bien, soldado Mayol. Vaya a su Compañía.

Mayol tomó por la callecita que bordeaba el mástil en dirección a su Compañía y pasó por detrás de Valdéz, su compañero y la ametralladora pesada, a unos cinco metros.

—¡Eh, muchachos! ¿Cómo están?

—Muy tranquilos y muy aburridos, no pasa nada hoy. ¿Qué viniste a hacer?

—quiso saber Valdéz.

—Voy a buscar un pulóver que me olvidé. Si lo dejo, seguro que mañana, cuando vuelva, no lo encuentro más; seguro que me lo afanan.

—Seguro, eso ya lo sabemos todos. No te podés descuidar con la ropa.

—Ni con nada, acá no te podés descuidar con nada.

Y siguió su camino, hacia la Compañía B, frente al Patio de Armas. Al primero que encontró fue a César Ginés, un formoseño de Clorinda, en la frontera con Paraguay, que estaba pasando a máquina un inventario. Eran los dos oficinistas de la Compañía y se llevaban muy bien, en parte porque Mayol, que siempre andaba con dinero en sus bolsillos, le pagaba para que le hiciera muchas de las tareas que le asignaban. Mayol había llegado en mayo, trasladado de un cuartel de Rosario. En su destino formoseño, le gustaba recorrer el regimiento y charlar con los otros soldados; a veces, extendía sus francos sin motivos aparentes. “Estuve pescando”, les contaba luego a sus compañeros.

El cabo primero José “Karateca” Oviedo ordenó a Mayol que reemplazara a Ginés en el inventario de la ropa de la Compañía.

—Soldado Mayol, relévelo al soldado Ginés, que también está de franco, a las cuatro de la tarde. Y siga con ese inventario que tiene que estar listo mañana bien temprano.

—No se preocupe, mi cabo primero: salgo un rato, vuelvo a las cuatro y le hago ese trabajo. Ya lo voy a inventariar bien inventariado.

Se llevaba mal con ese cabo y, contento con la ironía, se fue sonriendo, con un pulóver celeste sobre los hombros. Antes de salir de la Compañía, sonó el tamborcito que llamaba al almuerzo; Ginés y un par de soldados lo invitaron al Rancho a comer con ellos.

—No, mejor no. Estoy jodido del estómago; algo que comí anoche. Voy afuera a comer una papita y vuelvo a las cuatro.

Mayol recorrió otros sectores y fue saludando a los soldados que encontraba, como a Cabrera, con quien conversó fuera de la Compañía

Comando.

—¿Y qué andás haciendo, Mayol?

—Me olvidé un pulóver y lo vine a buscar. Pero éstos son todos unos hijos de puta, me hicieron problemas para entrar. ¿Y vos cómo andás?

—Todo tranquilo, no pasa nada, no está el oficial de servicio porque tuvo que viajar a Santa Fe; está enfermo su papá. Estamos solos, sin jefe, y eso que somos la reserva de la guardia del cuartel. ¡Es un viva la Pepa!

—Bueno, me voy al Rancho a ver al resto de los muchachos.

Luego de su recorrida, Mayol volvió a pasar por detrás de Valdéz y de la ametralladora pesada.

—Menos mal que estaba el pulóver.

—Tuviste suerte. Chau, chau.

Como correspondía, al llegar al edificio de la Guardia, Mayol le pidió permiso al subteniente Cáceres para retirarse del cuartel.

—Soldado, ¿para qué me había dicho que quería entrar al regimiento?

—Para retirar un pulóver, mi subteniente.

—¡Con este calor! Soldado, retírese de la guardia; hoy no lo quiero ver ni a mil metros del regimiento ni del barrio militar. ¡Le doy un minuto para que desaparezca del barrio militar!

Mayol amagó con trotar y salió caminando rápido del cuartel, con bronca.

Cáceres pidió a Massafarro y a sus ayudantes que se le acercaran, y le hizo una seña al soldado Mazacotte, que ya tenía toda la carne en la parrilla.

—Retírese un momento, soldado.

Mazacotte hizo como si se alejaba y se quedó pegado a la pared, con las orejas bien atentas: la información es vital en un cuartel; cuanto más sabía uno, mejor la pasaba.

—Toda la guardia se va a reforzar porque esto es muy sospechoso. Vamos a traer más armamento y más proyectiles.

Massaferro y los suboficiales quisieron saber las razones de esas medidas sorpresivas.

—Este muchacho es un montonero declarado. Lo mandaron acá de Rosario por ese motivo, para alejarlo de las relaciones que tenía allá. Esto lo sabemos unos pocos; no hay pruebas, pero hay indicios muy fuertes, cada vez más fuertes.

En eso pasó por el cuartel el teniente primero Bettolli, que era el jefe de la Compañía Comando, la unidad que, entre otras tareas, asistía al coronel Oliva y a su plana mayor, donde Bettolli también se ocupaba de las tareas de Inteligencia del regimiento ya que no había un especialista en esa área.

—Mi teniente primero, vino el soldado Mayol y pidió entrar a su Compañía para retirar un pulóver que se había olvidado. Pero estuvo adentro del cuartel casi una hora.

—Subteniente, vayan a ver por dónde anduvo Mayol, qué hizo y qué no hizo, porque ese tipo es peligroso. Ya mismo le voy a avisar al teniente coronel Plechot que el tipo vino hoy acá.

Andrés Luis Plechot era el segundo jefe del regimiento. Bettolli había instruido a dos soldados de su Compañía para que siguieran a Mayol por todos lados, sobre todo en sus días de franco. Pero el viernes por la noche uno de ellos le avisó que lo había perdido en el centro de la ciudad de Formosa. El sábado por la noche, un par de oficiales fueron a buscarlo por las pistas de baile de la capital provincial, pero se entretuvieron en El Túnel, una discoteca con ambientación tropical, camino al aeropuerto, en lugar de visitar también El Pajarito, una bailanta popular ubicada en los suburbios, donde el soldado sospechado había pasado varias horas en compañía de una atractiva morena.

Cáceres y sus auxiliares reconstruyeron rápidamente qué había hecho Mayol en su visita al cuartel. Cáceres ordenó al jefe de guardia, el sargento primero Juan Carlos Saldarini, que fuera hasta la Sala de Armas de la Compañía A y trajera más armas, entre ellas otra ametralladora pesada, y proyectiles para reforzar la vigilancia.

—Esto no me gusta nada; hay que estar muy atentos esta noche —dijo Cáceres antes de que Mazacotte les avisara que ya estaba listo el asado. El soldado también les había preparado una ensalada. Todos comieron bajo los árboles; Mazacotte, cerca de la parrilla, donde, lejos de la mirada de los oficiales y suboficiales, aprovechó para consumir la botella de vino que había traído del Casino de Oficiales junto con algunos compañeros a los que les había avisado por señas.

Luego del almuerzo, Mazacotte levantó los platos y cubiertos y los llevó al Casino de Oficiales. Al volver, Cáceres le ordenó que se fuera a dormir la siesta porque “a la noche vamos a tener mucha actividad”.

—Mi subteniente, no tengo sueño.

—No, soldado, vaya a dormir porque vamos a estar de recorrida toda la noche. Esta noche no va a dormir nadie.

Mazacotte entró al edificio de la Guardia y se dirigió al dormitorio, un cuarto estrecho, de tres metros por cinco, en el que había quince camas cucheta pero sin colchones, sólo con los elásticos de metal, donde los soldados aprovechaban para descansar cuando eran relevados de sus puestos, cada dos o seis horas, cada uno con su fusil como almohada. “El fusil es su novia en el cuartel, soldado; ¡no la deje nunca sola!”, machacaban los suboficiales y oficiales. Se acurrucó en el único lugar libre que quedaba y se durmió enseguida, con el sueño rápido, profundo, de los conscriptos: ni siquiera alcanzó a escuchar los disparos secos, nítidos, que sí alertaron a Cáceres y sus colaboradores. O tal vez no les prestó atención: en los alrededores del cuartel había muchos baldíos y todo un sector que era puro monte y atraía a muchos cazadores.

Cáceres sí quedó intrigado; más aún cuando recibió un llamado telefónico de uno de sus colegas, el subteniente Raúl Fernández, un santafesino que

estaba de franco y lo llamaba desde el Casino de Oficiales para avisarle que había oído unos tiros.

—Sí, “ Negro”, yo también los oí. Ahora mando una patrulla al mando de Ricardo.

—Bueno, yo los espero en la esquina y hacemos una recorrida por el barrio militar.

Al frente de dos suboficiales y cuatro soldados, Massaferro salió del cuartel y se encontró con el Negro Fernández.

—Hola Ricardo, ¿qué te parece si nos dividimos en dos grupos, vos vas por la derecha, yo por la izquierda, y nos encontramos frente a la casa de mi novia?

—propuso Fernández.

—Me parece muy bien.

A la media hora, los dos grupos llegaron frente a la casa de la novia de Fernández, Lidia, a dos cuadras del barrio militar, sin novedad: nada raro, ningún sospechoso.

—Hola Lidia —la saludó Massaferro.

—Hola Ricardo, ¿patrullando? Vengan que les preparo algo fresco.

En un momento de esa charla de ocasión, Massaferro se puso serio y mencionó a su novia formoseña.

—Lidia, a mí nunca me va a pasar nada, pero si me llega a pasar algo, decile a Estela que me lleve un ramo de rosas rojas.

—¡Ay Ricardo, dejate de embromar! Que Estela está muy enamorada.

Massaferro y su patrulla volvieron al cuartel. Fernández los acompañó, pero sólo hasta el Casino de Oficiales; allí vivía, en una pieza del primer piso, como el resto de los oficiales todavía solteros.

—Bueno muchachos, aquí me quedo, que a las cuatro empieza River.

Jugamos contra Cipolletti en el Monumental, y no podemos perder. El campeonato es nuestro.

Massaferro volvió a la Guardia e informó que no había visto nada raro.

—Sargento primero Saldarini, cuando se levante la gente de la siesta, ordene a todos que pongan munición de fogeo para hacer una práctica de ataque al cuartel —ordenó Cáceres.

—Mi subteniente, hagamos ahora esa práctica.

—No, la hacemos después de la siesta. No vaya a ser cosa que, medio dormido, alguno no cambie el cargador y tengamos una desgracia. No sería la primera vez ni la última.

—Tiene razón, mi subteniente.

—Claro que antes de la práctica hay que avisarle al teniente coronel Plechot que vamos a armar un zafarrancho grande.

—Muy bien, yo entonces me voy a dormir la siesta a mi Compañía —avisó Massaferro.

Todos se fueron yendo del escritorio de la Guardia; algunos a organizar los relevos de las 16, otros a cumplir con la sagrada tradición de la siesta formoseña, que, según todos daban por descontado, tampoco sería deshonrada por un eventual ataque guerrillero. Cáceres se quedó solo, cuando sintió unas repentinas, irrefrenables, terribles, muy prosaicas ganas de ir al baño. Habían pasado apenas unos minutos de las cuatro de la tarde de un domingo que no olvidaría jamás.

Capítulo 2

UN GRINGO AL FRENTE

Raúl Yaguer recién les avisa a los compañeros que iban a atacar el cuartel aquella mañana del domingo 5 de octubre.

Lo hizo así para evitar filtraciones. La operación tuvo la perfección típica de Yaguer. Nosotros ya teníamos un “botón”, un infiltrado, que era hijo de un militar, pero no se enteró a tiempo de cuál era el objetivo y no pudo avisar.

El ex oficial montonero Aníbal Ponti

sobre el jefe de Operación Primicia.

“ Te llamaba para decirte: salió bien”, dijo la voz y cortó. Eran las tres y veinte de la tarde del domingo 5 de octubre de 1975 y al jefe de Operación Primicia, el oficial superior montonero Raúl Clemente Yaguer, se le escapó una sonrisa: desde la Base 3, ubicada en Resistencia, le acababan de avisar, en clave, que el vuelo 706 de Aerolíneas Argentinas a Corrientes y Formosa había partido desde el aeroparque de Buenos Aires con el pelotón guerrillero a bordo, disimulado entre los pasajeros.

En ese Boeing 737-200, el avión más moderno del mundo, Yaguer había planeado escaparse junto a sus compañeros luego de asaltar el cuartel del Ejército en los suburbios de la ciudad de Formosa y copar el Aeropuerto Internacional El Pucú, en una operación de diseño cinematográfico, el golpe más audaz de la guerrilla en toda la historia argentina, que incluía el secuestro del vuelo de Aerolíneas y el aterrizaje posterior en una estancia en Santa Fe.

Yaguer recibió el mensaje en el Móvil Comando, una Ford Ranchera celeste con sofisticados equipos de radio de corta y larga distancia. Primero, el dato había sido enviado de la Base 0, Buenos Aires, a la Base 3, Resistencia, y desde allí, retransmitido directamente a la camioneta del jefe.

Pero fue apenas módica la sonrisa de Yaguer: como buen ingeniero químico, era riguroso en la planificación y obsesivo en el uso del tiempo, y

la buena nueva lo sorprendió atrasado aunque en camino al lugar desde donde los nueve vehículos con los treinta y nueve guerrilleros avanzarían hacia sus dos objetivos locales, el aeropuerto y el cuartel.

En el último par de horas, habían surgido algunos contratiempos.

En primer lugar, el camping del riacho San Hilario, ubicado a tres kilómetros del aeropuerto y a ocho de la ciudad, no pudo ser utilizado para ajustar los últimos detalles del ataque y formar la columna montonera porque se había llenado de lugareños que huían del calor que sofocaba la ciudad.

Por otro lado, el “compañero conscripto”, el soldado Roberto Mayol, cuyo nombre de guerra era “Ricardo”, había llegado del cuartel con dos malas noticias. Por un lado, la guardia se había reforzado con una amenazante ametralladora pesada ubicada en la punta de la Plaza de Armas, al lado del mástil.

—Además, cuando me retiraba del cuartel, el oficial a cargo de la Guardia me hizo problemas y me ordenó que no apareciera por allí durante el resto del día —agregó.

Frente a esas novedades, Yaguer y su plana mayor tomaron cuatro decisiones.

La formación de la columna guerrillera se haría en otro lugar, más alejado pero más seguro: un camino de tierra poco transitado cerca de Colonia Tres Marías, para lo cual debían internarse una decena de kilómetros al sur. Es decir, a unos dieciocho kilómetros de la ciudad.

Mayol se sumaría directamente a la columna. Ya no volvería al regimiento para elaborar el último parte, minutos antes del ataque.

A las 15, un vehículo pasaría frente al cuartel para registrar las eventuales novedades de último momento.

Los tres guerrilleros del Pelotón 2, que debían reducir el Puesto 1, que controlaba la entrada principal del cuartel, sumaban otra responsabilidad:

dominar primero la ametralladora pesada para, desde allí, lograr la rendición del Puesto 1 “ por intimación o por el fuego”.

Los guerrilleros provenían de seis lugares diferentes: Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, Corrientes, Misiones y Resistencia, y habían desembarcado en Formosa en diversos medios de transporte y a distintos horarios, sabiendo qué era lo que tenían que hacer pero sin conocer todos los detalles del operativo.

Recién se enteraron de que iban a atacar el cuartel aquella mañana del domingo 5

de octubre.

Yaguer conocía bien la zona porque en 1972 había sido enviado por la cúpula de Montoneros para organizar todo el nordeste. En Chaco, conoció, entre otros, a Aníbal Ponti, un joven estudiante de Ciencias Económicas nacido en Quimili, Santiago del Estero, de quien se hizo muy amigo.

—Los compañeros se enteraron en el camping de cuál sería el objetivo. Todos sabían que iba a haber algo importante, pero nadie sabía qué. Recién cuando se reúnen todos, Yaguer les comunica que van a copar el cuartel. Lo hizo así para evitar filtraciones. La operación tuvo la perfección típica de Yaguer; él era un cuadro militar muy capacitado y expresaba la concepción antigua, original, de Montoneros: el dirigente debía ir siempre delante de sus dirigidos.

Ponti asegura que Yaguer hizo bien en ser tan precavido.

—Nosotros ya teníamos un “ botón”, un infiltrado, que era hijo de un militar, José Luis Aspiazu, “ El Tigre”. Yo lo conocí bastante porque ambos veníamos de la militancia universitaria. Él no se enteró a tiempo de cuál era el objetivo y no pudo avisar. Aspiazu colaboraba con los militares desde su secuestro en Rosario, en 1974; lo largaron porque su padre, que era teniente coronel, negoció su libertad a cambio de colaborar.

Aspiazu, un ingeniero químico nacido en Curuzú Cuatiá, en el sur de Corrientes, fue uno de los guerrilleros que participó en el asalto al cuartel;

en aquel momento, era “ Rolando” “ Lito” o “ Hugo”, oficial segundo de la Columna 26, que abarcaba el norte de Santa Fe, Chaco y Formosa. Casi un año después, el 13 de agosto de 1976, ya en plena dictadura, su cuerpo fue encontrado en una zanja en la ciudad de Corrientes, con media docena de balazos calibre 9 milímetros. Tenía las manos y los pies atados, y estaba amordazado y vendado. Durante años se culpó de su muerte a los militares. En 2003, el periodista Vidal Mario, del diario *Norte*, de Resistencia, descubrió que Aspiazu había sido fusilado, “ ajusticiado” en la jerga montonera, por sus propios compañeros por traición, delación, conspiración y acumulación de poder.

Yaguer reclutó personalmente a Aspiazu y a los guerrilleros que coparon el avión, el aeropuerto y el cuartel, cuarenta y seis en total, en constantes viajes desde Buenos Aires a Rosario, Santa Fe, Corrientes y Resistencia; en esas visitas, les explicó qué quería de ellos, cuál era el rol que debían cumplir en el complejo rompecabezas que estaba preparando.

“ La cúpula de Montoneros éramos tres: Mario Firmenich, yo y Roberto Quieto. Yaguer era el cuarto hombre, pero él estaba más libre: había períodos en los que estaba en la Conducción Nacional y otros en los que estaba encargado de alguna operación especial, como el copamiento del cuartel”, recuerda el ex jefe guerrillero Roberto Perdía.

Yaguer venía de ocuparse de “ operaciones especiales” tan disímiles como la voladura de un avión Hércules C-130 en el aeropuerto de Tucumán y el cobro en Ginebra de más de la mitad de los 60 millones de dólares pagados por la liberación de los hermanos Born, para lo cual había contado con el asesoramiento del banquero David “ Dudi” Graiver.

Perdía agrega que “ la operación del cuartel fue muy bien planificada por Yaguer, que era una *rara avis*: en la Conducción Nacional, todos proveníamos de carreras humanísticas, pero él se había recibido de ingeniero químico”.

“ Yaguer planificó la operación y cada tanto nos informaba; no hubo una reunión última, para aprobarla en forma definitiva, sino que la hicieron cuando él creyó que era lo mejor; tenía autonomía táctica”, precisa.

Perdía, un bonaerense hijo de chacareros que se recibió de abogado en la Universidad Católica Argentina, cuenta que “ Yaguer era una persona simple, campechana, que venía de un pueblo pequeño de la provincia de Santa Fe. Nos llevábamos muy bien”.

Perdía confirma que Yaguer dirigió el copamiento del cuartel en el campo de batalla.

—Él participó de la acción, estuvo en Formosa; no sé en qué vehículo, pero sí estuvo porque nosotros teníamos un concepto de cuadro integral: para borrar las diferencias entre cuadro militar y cuadro político, postulábamos que cada uno de nosotros, por turno, no todos juntos, participara en estas acciones.

Los dos problemas principales que encontró Yaguer para planificar esta operación fue que el cuartel estaba muy lejos, a 1.190 kilómetros de Buenos Aires, y que Montoneros no tenía mucho desarrollo en Formosa, como sostiene en el primer párrafo el documento secreto del 29 de enero de 1976 en el cual la Conducción Nacional de Montoneros evaluó el resultado de Operación Primicia: “ Carecíamos en absoluto de trabajo en la zona, lo que determinaba la absoluta carencia de retaguardia. En consecuencia, debíamos aproximarnos desde otra zona; las dimensiones del equipo (vehículos y armas) y el número de compañeros a participar determinaron que uno de los problemas de más difícil resolución sería la aproximación y la retirada. Por la enorme distancia a recorrer, ya que no había posibilidad de una corta retirada, se opta desde un primer momento hacer la retirada por vía aérea”.

En ese sentido, *Evita Montonera*, la revista oficial de la guerrilla peronista, explicó que tuvieron que planificar y organizar “ una larga aproximación y retirada de una fuerza muy grande de combate, tanto en hombres como en equipos. La operación no es compleja por el gusto de hacerla espectacular sino porque no hay otra manera de realizarla”.

Tanto los guerrilleros como los vehículos y las armas debieron ser llevados a Formosa desde otros lugares. El grupo más numeroso de combatientes, veinticinco, viajó desde Rosario y Resistencia en nueve rodados, con las armas y el material de combate “ embutidos” (escondidos) en cajas soldadas

a las camionetas y a los autos, que daban lugar a falsos chasis, y en una “ doble pared” del furgón; trece “ oficiales” fueron en ómnibus desde Buenos Aires, Rosario y Resistencia, y ocho llegaron por vía aérea: uno en una avioneta Cessna 182 desde Resistencia y siete en el avión “ Ciudad de Trelew” de Aerolíneas Argentinas.

Por otro lado, unos veinte guerrilleros basados en la ciudad de Santa Fe se ocuparon de preparar una pista de aterrizaje para el Boeing 737-200 de Aerolíneas en una estancia ubicada a 25 kilómetros de Rafaela, a unos 700

kilómetros de Formosa, y de organizar la retirada de los compañeros que venían en el avión, para lo cual utilizaron diez vehículos.

Todo esto supuso un montaje logístico muy complejo que recayó en el jefe, Yaguer, quien a nueve días de la operación lamentaba la falta de dos vehículos que consideraba imprescindibles para sorprender a la guardia del cuartel: un rastrojero beige similar al del capellán del regimiento, el salesiano José Lima, y el camión Ford F-350 tipo furgón para retirar los heridos y las armas “ recuperadas”, parecido al del carnicero de los militares. El camión “ apareció”

el 30 de septiembre de 1975, cinco días antes del asalto, y el rastrojero, recién el viernes 3 de octubre.

La mayor cantidad de oficiales y de vehículos llegó de Rosario: veintiocho guerrilleros y seis camionetas y el furgón.

De Rosario, que se convirtió en la base principal del operativo, partieron los oficiales mejor preparados, los que iban a atacar el edificio de la Guardia, donde se preveía que habría lucha, y también Yaguer y su número dos, Mario Lorenzo Koncurat, “ Sebastián” o “ El Jote”, un pampeano hijo de un médico croata que se había radicado en General Pico y no aprobaba la militancia de sus vástagos.

“ Me escapé del comunismo, vine acá y mis hijos se volvieron comunistas”, repetía. Koncurat, que estaba casado con Claudia Urondo, la hija de Francisco “ Paco” Urondo, el periodista, poeta y oficial montonero, se

distinguía por su puntería (tiraba siempre a la cabeza) y su capacidad militar.

De esos veintiocho guerrilleros que salieron de Rosario, siete viajaron a Formosa en ómnibus por la empresa Godoy, y veintiuno en la caravana formada por las seis camionetas y el furgón que partió el sábado 4 de octubre a las 7 de la mañana, a una distancia mínima de un kilómetro entre los móviles.

La caravana llegó sin mayores novedades a Resistencia, donde se fusionó con el grupo que los esperaba allí, que reunía a guerrilleros basados en Chaco, Corrientes y Misiones. Esa noche del sábado hubo una reunión de Yaguer con su plana mayor para actualizar el plan de acuerdo con la información traída por el soldado-guerrillero Mayol, que había logrado eludir una vez más a los dos soldados que lo seguían a sol y a sombra cada vez que tenía franco. Y a las 5 de la mañana del domingo, los nueve vehículos con treinta y ocho guerrilleros marcharon a Formosa.

El grueso de la información sobre el cuartel, el aeropuerto y, en general, la ciudad de Formosa y sus alrededores provino de Mayol. Sobre la Gendarmería y la Policía formoseña hubo tareas de inteligencia a cargo de jóvenes que habían invadido el centro de la ciudad de Formosa vendiendo artesanías y flores de madera multicolores a muy bajo precio, según recuerdan todavía los formoseños.

El maestro Pedro Morales era el subsecretario de Gobierno de la municipalidad de Formosa cuando recibió en su despacho la visita de dos de esos jóvenes; volvería a verlos el lunes 6 de octubre en la fila de guerrilleros muertos que tuvo que enterrar en el cementerio local, que también estaba a su cargo.

—Semanas antes habían ido a mi oficina a pedirme la exención de impuestos porque, según me dijeron, vendían flores y hacían artesanías en la calle, y no tenían dinero.

Yaguer comenzó a diseñar la operación en la segunda mitad de agosto, cuando la guerrilla peronista puso en marcha la decisión de dar un salto en su capacidad militar y organizar el Ejército Montonero. De esa manera, el

plan fue elaborado en un mes y medio e incluyó cuatro o cinco reuniones de Yaguer con sus principales colaboradores en las que se fueron ajustando los detalles.

Desde el principio, la operación fue dividida en tres tramos: aproximación o llegada al objetivo, asalto al cuartel y retirada o escape. Y también desde el inicio quedó claro que el ataque al regimiento debía basarse en la reducción del centinela de la puerta trasera, poco vigilada, y en la entrada por ese lugar de toda la columna montonera.

Otra cosa que quedó rápidamente resuelta fue que el escape en avión sería más fácil cuantos menos guerrilleros hubiera que evacuar; por lo tanto, la única forma de copar el cuartel con un número limitado de compañeros era atacarlo un domingo a la hora de la siesta, cuando, según los informes de Mayol, había poca gente y la disciplina se relajaba bastante, ya que los oficiales y suboficiales de guardia estaban acostumbrados a almorzar copiosamente en sus casas del barrio militar. En esas horas, el regimiento quedaba en manos de los soldados, que, de acuerdo con Mayol, no sabían combatir y no ofrecerían resistencia.

Cuando todo estuvo encaminado, Yaguer escribió la Orden General de Operación Primicia: con un lenguaje especializado y críptico, que mezcla términos militares y de ingeniería, dividió el ataque en once fases, desde la “concentración previa” hasta la “desconcentración y control de cierre”; al final, incluyó las frases que había que usar para comunicar las novedades entre las distintas bases, precisó las normas de seguridad y descifró la nomenclatura utilizada.

En el puntilloso diseño de la operación, el dilema básico fue cómo combinar el secuestro del avión con el asalto al cuartel. La evaluación posterior de la cúpula de Montoneros explica que en sucesivas reuniones se fueron ensayando distintas variantes, hasta que el viernes 26 de septiembre “se decide trabajar sobre el avión que partía a las 14 horas con destino final Formosa, con escala en Corrientes. Esto implicaba modificar la hora de asalto al cuartel, postergándolo para las 16.30. El diseño consistía en que nueve compañeros, el Pelotón 9, subieran al avión en Buenos Aires; en Corrientes subía un compañero que actualizaba la información. En el momento en que el avión aterrizaba en el aeropuerto de Formosa, se

procedía al copamiento simultáneo de aeropuerto y avión. A partir de allí se forma la columna y se parte al cuartel”. Tras el ataque, los guerrilleros retornarían al avión, que volvería a levantar vuelo para posarse en un campo en Santa Fe.

Cuatro días después, el martes 30 de septiembre, se introdujo un cambio en el plan a partir de una “novedad sombría”: el avión elegido partía a las 15, una hora más tarde. Eso elevaba los riesgos de un escape desastroso porque implicaba aterrizar el Boeing en una pista improvisada, en medio del campo, y en un momento inapropiado: el anochecer o directamente de noche si había alguna demora. Tras mucho debatir, Yaguer y su estado mayor adoptaron el diseño final, en el que se lanzaba el ataque al cuartel antes de que llegara el avión a Formosa, pero sabiendo que ya estaba en el aire con el Pelotón 9 a bordo. El riesgo era que, por algún motivo, fracasara el secuestro del Boeing: en ese caso tan temida la retirada de emergencia sería a través de los caminos de tierra de Formosa, algo muy inseguro.

Yaguer trató de acotar ese riesgo enviando a un pelotón de siete secuestradores muy experimentados, que incluía a un guerrillero que había aprendido a manejar nada menos que un Boeing 737-200. “El compañero que fue de copiloto al avión había hecho el curso de adiestramiento para ese avión, en Aerolíneas Argentinas”, revela Perdía.

Por eso se sintió aliviado Yaguer a las 15.20 del domingo 5 de octubre de 1975, cuando recibió el mensaje en clave indicando que el avión ya había salido con sus compañeros del Pelotón 9 a bordo. De ese vuelo dependía el escape de él y de los treinta y ocho guerrilleros que aquella siesta tropical lo seguían al nuevo lugar desde donde lanzarían el ataque contra el aeropuerto y el cuartel, un camino de tierra cerca de Colonia Tres Marías.

Era un poco más lejos que el anterior, el camping del riacho San Hilario, pero no estaba desierto como suponían: cada tanto aparecían vehículos con bañistas y pescadores que iban siendo reducidos rápidamente por un par de guerrilleros mientras, apurado por el tiempo que le jugaba en contra, Yaguer distribuía las armas que llevaría cada uno: una pistola ametralladora Halcón, un fusil o una escopeta Itaka con ciento veinte tiros; una pistola o un revólver con municiones, y granadas producidas en las fábricas de Montoneros. Cada guerrillero recibió la misma cantidad de dinero para los

gastos que podría tener luego de la retirada: comida, transporte y alojamiento.

Los que iban a atacar el cuartel cambiaron de ropa y casi todos vistieron el uniforme del naciente Ejército Montonero, que esa tarde tendría su bautismo de fuego: jeans o pantalón azul, camisa celeste o azul, campera azul y birrete azul.

Con el tiempo, ese uniforme se iría perfeccionando con símbolos, inscripciones y charreteras, a tono con la progresiva militarización de los montoneros. Tres guerrilleros se pusieron la ropa del Ejército Argentino: debían atacar a los soldados que estaban de reserva de la guardia utilizando uniformes y órdenes del enemigo. Otro usó una chaqueta militar, de Artillería. Mayol fue al ataque tal como había salido del cuartel, incluso con el pulóver que había retirado al mediodía: no podía despertar sospechas en su tarea crucial de acercarse al centinela de la puerta trasera para reducirlo y franquear el paso al resto de sus compañeros.

En cambio, los dos pelotones que debían copar el aeropuerto vestían, en su mayoría, de civil.

El equipo de combate incluyó un puente de emergencia, clavos miguelito, minas del tipo vietnamita, herramientas, silbatos, aerosoles, y un bolso con ropa limpia y un botiquín de primeros auxilios para cada guerrillero, que fueron distribuidos entre los nueve vehículos.

Bien armados, tensos pero confiados, cada uno de los guerrilleros fue subiendo al vehículo que le correspondía. Unos diez minutos antes de las 16, Yaguer dio la orden de partida a la columna montonera: los tres móviles que debían copar el aeropuerto, el “Garaje” en la jerga de los atacantes, encabezaron la caravana, que arrancó entre vivas a la patria socialista, a Perón y a Montoneros. Luego del Ford Falcón blanco, el Fiat 128 borravino y la camioneta Ford F-100 bicolor, se ubicaron el Móvil Comando, una Chevrolet gris con una franja horizontal verde, el rastrojero beige, una Ford F-100

colorada, una Ford Ranchera amarilla, y el furgón cerrando la marcha, donde viajaban el conscripto Mayol y Koncurat, entre otros.

Los bañistas y pescadores que se habían convertido en testigos involuntarios de la formación de la columna montonera debieron quedarse allí, junto a sus vehículos, cuyas llaves fueron incautadas por los guerrilleros; algunos de esos jóvenes que parecían salidos de una película de acción los saludaron con la mano, haciéndoles la V de la victoria y del peronismo.

Por el camino de tierra, la columna llegó a la ruta nacional 11 y giró a la derecha, rumbo a la ciudad de Formosa. Los vehículos guardaban una distancia de unos cien metros entre sí, que les permitía un control visual en medio de un paisaje dominado por palmeras y espinillos, vacío de las casas que se observan ahora. Cerca del aeropuerto, el Móvil 8, el Ford Falcón blanco que iba al frente de la formación, apuró la marcha para realizar la última observación antes del ataque al “Garaje”; uno de sus ocupantes informó por radio a Yaguer que, como se preveía, había numerosos autos que esperaban la llegada del vuelo de Buenos Aires y Corrientes, más dos vehículos que no estaban en los planes: un patrullero con cuatro policías y un automóvil oficial de la gobernación formoseña. A pesar del imprevisto, Yaguer no introdujo ningún cambio en el plan: ya tenía pocos combatientes y no había querido aumentarlos para no hacer aún más difícil el escape en avión; tanto era así que él mismo debía hacerse cargo de reducir la Compañía Servicios del cuartel, el lugar donde estaban las armas a “recuperar”. Eso se había decidido la noche anterior, en Resistencia, cuando Mayol llegó con la novedad de que había más soldados armados de los que se preveía. Por todo eso, Yaguer ordenó continuar la marcha sin reforzar a los nueve guerrilleros que debían copar el aeropuerto y que, además, tenían que bloquear la ruta entre el aeropuerto y la ciudad.

Los otros seis móviles siguieron viaje hacia el cuartel; pasaban por la puerta principal del aeropuerto cuando vieron que el Boeing 737-200 se aproximaba a la pista, bastante antes de lo planeado.

—Apuremos la marcha que la operación ya debe haber saltado —ordenó Yaguer, en alusión a que a esa hora seguramente se sabía ya en Buenos Aires que el vuelo AR 706 había sido secuestrado.

Eran las 16.10, aproximadamente. La caravana cruzó el puente sobre el arroyo El Pucú; tomó por la avenida Circunvalación evitando el ingreso a la

ciudad; cruzó las vías del Ferrocarril General Belgrano y dobló a la derecha al llegar a la avenida Independencia, por donde continuó unos cuatrocientos metros.

Los vehículos siguieron por un camino de tierra, José María Cabezón, y estacionaron antes de llegar a la calle Marcial Rojas. El sol quemaba cuando Mayol y Koncurat bajaron del furgón, doblaron por Marcial Rojas y caminaron hacia la puerta trasera del cuartel. En las camionetas y en el furgón, sus compañeros se quedaron esperando la señal de que el centinela había sido reducido para iniciar el asalto al “campo principal del enemigo”.

Capítulo 3

COPANDO EL PUCÚ

“Jefe, mire: ¡ se mueve el cana!”, gritó el guerrillero rubio apostado en la torre de control del Aeropuerto Internacional El Pucú. A unos cien metros, el agente Neri Argentino Alegre, casado, 27 años, se empecinaba, herido, en continuar su escape hacia la ruta nacional 11. No pudo: desde la torre, el “jefe” y el guerrillero rubio le tiraron con sus FAL y el cuerpo del policía dejó de moverse.

La tarde de infierno en la que dos pelotones montoneros atacaron el Aeropuerto Internacional El Pucú (El Largo, en guaraní), el sargento Agapito Fretes dirigía la patrulla del Cuerpo de Tránsito de la Policía de Formosa que debía custodiar al interventor Juan Carlos Taparelli, que regresaba de su primer viaje al interior de la provincia en el avión Piper Navajo de la gobernación.

Fretes y sus tres compañeros, el cabo Joaquín Burgos y los agentes Carlos Ortiz y Neri Argentino Alegre, llegaron al aeropuerto a las cuatro en punto en el patrullero número 7, con Ortiz al volante, quien estacionó justo frente a la torre de control.

Los cuatro policías se bajaron del Ford Falcon, dejaron las puertas abiertas con la vana esperanza de que se refrescara un poco y se pusieron a conversar delante del coche, en la vereda de la playa de estacionamiento,

mirando a la pista de aterrizaje y de espaldas al patrullero y a la ruta nacional 11.

Diez minutos después de haber llegado, Fretes estaba con sus dos manos apoyadas en el alambre tejido que rodeaba las instalaciones del aeropuerto. “ Ya debe estar por llegar el avión”, dijo, como para sostener la conversación. Sus compañeros no tuvieron tiempo de contestarle: unas frenadas bruscas los sobresaltaron.

El cabo Burgos vio como en una pesadilla que unos siete hombres armados con FAL, ametralladoras y pistolas, descendían de la cabina y de la caja de una camioneta Ford F-100 bicolor, gris en la parte superior y blanca en la inferior, que llevaba carteles con las palabras “ Vialidad Nacional” en sus puertas.

—No intentés nada porque te voy a hacer volar la cabeza —le gritó el conductor del vehículo desde su asiento mientras la apuntaba con una pistola.

Otro de los atacantes caminó hacia él, con un FAL en su mano derecha y una pistola ametralladora en la izquierda. Cuando Burgos lo miró, se tapó el rostro con un pañuelo y, molesto, le disparó una ráfaga con el fusil. Pero antes de que apretara el gatillo, el policía ya se había tirado al suelo frente al patrullero: se salvó, y el joven le apoyó el cañón del FAL en la espalda.

—No intentés nada porque te quemo —le ordenó, al tiempo que le quitaba su pistola reglamentaria, una Colt calibre 11.25 milímetros, y la arrojaba dentro de la camioneta.

Desde esa posición, tendido cuerpo a tierra, Burgos escuchó que los desconocidos entraban al aeropuerto.

—No se olviden de la torre de control —avisó uno que parecía ser el jefe del pelotón.

Junto con la camioneta con los carteles de Vialidad Nacional habían llegado un Ford Falcon blanco y un Fiat 128 borravino.

El agente Ortiz, que estaba parado junto a su colega Alegre, vio que los guerrilleros que bajaron del Ford Falcon arrojaron una granada debajo del patrullero, que explotó a la altura de la caja de velocidad. Ortiz sacó su pistola, hizo algunos disparos, saltó el alambre y corrió hacia la torre de control.

Antes de encarar hacia la cerca, Ortiz notó que el agente Alegre, que llevaba, además de su pistola, una ametralladora, corría hacia el otro lado, en dirección a la ruta 11, pasando por delante de la camioneta beige y por detrás del automóvil Rambler de la gobernación.

Del otro lado de la cerca, en el edificio del aeropuerto, la sargento de Policía Gerónima Sofía Galarza Heynz revisaba a las mujeres que se aprestaban a volar a Buenos Aires cuando escuchó las frenadas y vio a través de la ventana que la camioneta estacionaba detrás y a la izquierda del patrullero. Ella notó que de la Ford F-100 bicolor bajaron unos siete hombres, “vestidos algunos con ropas de fajina militar y otros de civil; la mayoría, con borceguíes; otros, con camperas y sacos; todos portaban armas largas”.

Galarza Heynz observó que el sargento Agapito Fretes saltó sobre la cerca de alambre y cayó del otro lado, donde permaneció acostado, inmóvil, durante unos segundos; luego, se colocó de costado, extrajo su arma y efectuó varios disparos por los agujeros del tejido.

El relato de los guerrilleros, publicado en la revista *Evita Montonera* número 8, es corto, tiene el tono de un parte de guerra e incluye algunas diferencias con el testimonio de los policías:

Precisa que en total “éramos 9 compañeros distribuidos 2 en un Ford Falcon, 2 en un Fiat 128 y 5 en una pick up”.

Indica que no esperaban la presencia del patrullero con los cuatro policías y el coche de la gobernación. “Este imprevisto altera totalmente nuestra planificación”.

Sostiene que el ataque no fue encabezado por la camioneta sino por uno de los automóviles: “Los dos compañeros del Ford Falcon descienden y se

dirigen hacia el patrullero intimándoles la rendición, la que no es acatada por el personal policial, el que de inmediato desenfunda sus armas. Inmediatamente, el jefe del pelotón ordena abrir fuego quedando heridos casi todos los policías. Dos de ellos intentan irse por atrás de los coches para dejarnos entre dos fuegos, pero quedan uno muerto y otro gravemente herido en el intento. Los otros dos policías se encontraban más lejos; uno fue reducido y el otro herido, pero logró escapar hacia adentro del edificio del aeropuerto. Este combate dura alrededor de 10 minutos y luego continuamos con nuestro plan original”.

Al escuchar los primeros disparos, la mujer policía, Galarza Heynz, indicó a los pasajeros que estaban a su alrededor que se tiraran al suelo y se quitó un distintivo de la Guardia de Infantería y la credencial de la Policía de la provincia. La sargento notó a través de la ventana que “ en el medio del tiroteo, un guerrillero fue herido de la cintura para arriba; se recostó en la camioneta con su campera gris ensangrentada y otros compañeros lo llevaron hacia el frente del aeropuerto”.

A la derecha del patrullero y del Rambler de la gobernación, hacia la entrada principal del aeropuerto, un puñado de taxistas esperaba el vuelo que venía de Buenos Aires. Francisco Luca, un gendarme retirado, escuchaba el partido final del campeonato formoseño de fútbol entre Textil Formosa y 1º de Mayo dentro de su coche, el taxi número 103, cuando vio la corrida del agente Alegre hacia la ruta. Luca escuchó que desde la vereda frente al aeropuerto uno de los guerrilleros, un rubio delgado, de bigotes, de unos 28 años, que vestía saco y corbata, le gritó “ ¡Alto! ¡Alto!” al policía; como Alegre no le hizo caso, el guerrillero le disparó una ráfaga de FAL.

El relato de otro taxista, Miguel Angel Saldarini, es similar aunque con algunos matices, tal vez porque no estaba dentro del taxi número 33 escuchando la radio sino cerca de su coche. Saldarini vio que mientras el avión de Aerolíneas Argentinas aterrizaba, la camioneta bicolor estacionaba detrás del patrullero; escuchó disparos y ráfagas, y observó que Alegre buscaba refugio detrás de su taxi perseguido por dos guerrilleros que lograron herirlo en el hombro derecho; sus balazos también rompieron el vidrio de la puerta trasera del coche. El policía cayó pero se levantó y siguió corriendo hacia la ruta; quiso atravesar un alambre, pero se le trabó un pie y

levantó las manos en aparente actitud de rendición. Saldarini afirmó que Alegre fue ametrallado por los dos atacantes, que “ tenían unos 25 años y cabellos oscuros”.

Medio muerto quedó Alegre, el cuerpo apuntando a la ruta a la que nunca llegó.

Desde la entrada principal del aeropuerto, otro de los atacantes, el joven delgado, alto, rubio y de bigotes, ordenó a Saldarini y al resto de los taxistas que entraran al hall y se colocaran cuerpo a tierra.

—¿Qué tiene en la mano? —le preguntó a Saldarini.

—Tereré, jefe.

—¡Tírelo a la mierda!

—...

—¿Qué hace ahí, hijo de puta?

—Nada, señor.

—Bueno, ¡apúrese!

Guido Giardinieri manejaba el colectivo número cinco de la Empresa San Martín, que esperaba pasajeros frente al bar del aeropuerto, en el otro extremo del edificio principal, para llevarlos a la capital. Desde esa posición, vio la llegada de los guerrilleros, que, luego de atacar a los policías y reducir a los taxistas, se dividieron en dos grupos: algunos se dirigieron a la torre de control y otros ingresaron al hall central por la puerta principal. Luego, uno de los atacantes se acercó al colectivo y agujereó una de las gomas delanteras con un disparo de FAL.

—¡Baje con las manos en la nuca!

También Giardinieri fue llevado al hall del aeropuerto, donde tuvo que tirarse al suelo, boca abajo.

Ildefonso Acosta atendía el mostrador del bar y la confitería del aeropuerto junto con su señora e hijas cuando escuchó disparos y una explosión que venían del frente del aeropuerto, y observó a dos guerrilleros armados con FAL que ingresaban al hall.

—¡Todos cuerpo a tierra, boca abajo y con las manos sobre la nuca!

Los atacantes entraron disparando ráfagas hacia el techo y contra algunas puertas de vidrio para intimidar al público, a los empleados de Aerolíneas Argentinas y al destacamento de Gendarmería que custodiaba el aeropuerto.

La actriz Claudia Lapacó y el locutor Sergio Velasco Ferrero habían presentado la noche anterior en Formosa el show *Payasadas* y estaban entregando sus documentos para volver a Buenos Aires. Lapacó recuerda que, cuando su representante les avisó que el avión estaba descendiendo, “empezaron los tiros y entró un grupo de gente con armas en la mano y nos hicieron tirar en el piso. A partir de ahí fue todo muy confuso, tanto que esos jóvenes armados, vestidos de bluejeans, eran tan amables que no sabíamos si eran guerrilleros o qué. Inclusive se nos acercó uno que con toda cortesía nos preguntó si estábamos heridos o descompuestos”.

En el mostrador de Aerolíneas Argentinas, Enrique Bravo le vendía un pasaje a una señora cuando escuchó unas ráfagas y vio a un guerrillero de saco claro que se le acercaba a la carrera apuntándole con un FAL.

—¡Cuerpo a tierra, las manos sobre la nuca! Quédense todos en silencio y no levanten la cabeza —ordenó, mientras otro atacante rompía el vidrio de la puerta del depósito de la empresa.

Había mucha gente en el aeropuerto: ochenta y tres personas viajaban a Corrientes y a Buenos Aires, a las que se sumaban los parientes y amigos que habían ido a despedirlos y la gente que esperaba a quienes llegaban en el avión que estaba por aterrizar. Eran, en total, unas ciento cincuenta personas que se apretaban contra el piso.

El jefe de la base de Aerolíneas en El Pucú, Mario Caro, venía de una pequeña oficina desde la cual había avisado por teléfono a sus colegas de Resistencia del sorpresivo aterrizaje del Boeing 737-200 y de los disparos

que había escuchado fuera del aeropuerto, cuando fue amenazado por un guerrillero delgado y alto, de cabellos negros. Caro observó que había otros dos desconocidos con armas largas en el medio del hall, y que Bravo y todos los pasajeros ya estaban tendidos boca abajo en el piso y con las armas en la nuca, posición que también él pasó a ocupar. Unos cuantos minutos después, escuchó una fuerte explosión en el frente del edificio. Varios pasajeros se inquietaron y algunos preguntaron qué había pasado.

—Quietos, silencio, no levanten sus cabezas. Esa mujer que levanta la cabeza: ¡que la baje o se la arranco de un tiro! —gritó uno de los guerrilleros.

—No se asusten: hicimos volar un patrullero. La cosa no es con ustedes —terció otro guerrillero, más amable y calmo.

El operativo en El Pucú duró entre sesenta y ochenta minutos, según la fuente que se consulte; en todo ese tiempo, los tres guerrilleros que, de acuerdo con los taxistas, habían participado en la persecución del policía Alegre, se encargaron de vigilar el aeropuerto, que, a lo largo de unos 85 metros y entrando desde la ruta y de izquierda a derecha, comprendía tres sectores bien diferenciados: Migraciones, aduana y sala de embarque.

Hall central, mostrador de Aerolíneas Argentinas y sala de espera.

Confitería.

De acuerdo con varios testigos, el jefe de ese pelotón era el guerrillero alto, delgado y rubio, de bigotes, que, según Acosta, el concesionario del bar, llevaba anteojos espejados tipo Clipper.

—No tengan miedo, quédense tranquilos que no les va a pasar nada a los civiles. Esto es un operativo de Montoneros —le escuchó decir el taxista Liborio Bobadilla cuando la situación quedó bajo control de los guerrilleros.

Según Bobadilla, el segundo guerrillero de ese pelotón “ tenía unos 27 años; era alto, delgado, de cabellos y bigotes oscuros; vestía un saco celeste a cuadros y portaba un FAL”, y el tercero llevaba “ una radio portátil con la

que operaba, que tenía una antena larga; él tenía unos 25 años; era alto y delgado; de cabellos oscuros y cutis trigueño; vestía una campera y llevaba un revólver negro en la cintura”.

Cuando hacía ya varios minutos que estaba cuerpo a tierra, otro taxista, Luca, el gendarme retirado, notó que desde la plataforma de estacionamiento de aviones, por la puerta que usaban los pasajeros de Aerolíneas, entraba al hall “ una mujer delgada, de 1,65 de estatura; de cabellos largos, suelto, de color castaño; de cutis blanco, y hermosa, sin armas a la vista, vistiendo una pollera ancha, floreada, roja, con una blusa mangas cortas de color azul claro, que tenía el brazo izquierdo cubierto de sangre y siempre semilevantado”.

—No te preocupés que ya nos vamos; ponete por ahí —le indicó el guerrillero rubio.

Otros cuatro guerrilleros ya habían subido a la torre de control, donde el cabo primero de la Fuerza Aérea Carlos Lúquez cumplía su turno de operador.

A las 16.10, antes de que llegaran los atacantes, Lúquez observó que, mientras el avión del interventor Taparelli se aprestaba a aterrizar en la cabecera norte de la pista, por la cabecera sur y a una muy baja altura aparecía el Boeing 737-200 de Aerolíneas Argentinas; Lúquez se sorprendió y avisó al piloto del Piper Navajo de la provincia, que apuró el descenso; el avión de Aerolíneas realizó un giro de 360 grados y también aterrizó.

Fue en ese preciso momento cuando Lúquez escuchó los primeros disparos en el frente del edificio principal y se asomó desde la torre de control, a una altura de once metros; desde allí, pudo seguir el ataque contra los policías y las tareas de control y reducción de todas las personas que se hallaban fuera del aeropuerto, que fueron obligadas a entrar al hall central.

Mientras el avión de Aerolíneas rodaba hacia la plataforma de estacionamiento, Lúquez le avisó al piloto que volviera a la cabecera sur de la pista porque “ el aeropuerto está copado y hay tiroteo”; además, por los equipos de radio, envió un alerta a todas las estaciones.

—Tenemos el aeropuerto copado por guerrilleros.

—Recibido —contestaron desde Resistencia y Monte Caseros.

Lúquez vio que el Boeing ingresaba a la plataforma y que el mecánico de Aerolíneas, de apellido Heijan, corría hacia el avión haciéndole señas al comandante para que se fuera de allí de inmediato; los guerrilleros le dispararon una ráfaga de ametralladora desde el edificio principal del aeropuerto y al mecánico no le quedó otra que arrojar al suelo.

Allí fue cuando entraron a la torre tres guerrilleros con armas largas y cortas y granadas, mientras un cuarto atacante subía y bajaba por las escaleras. La primera pregunta que le hicieron fue hacia dónde y a qué distancia se encontraba el regimiento; tras la respuesta, uno de ellos, un rubio delgado de bigotes finos con anteojos blancos de receta y traje claro, agarró un binocular marca Bausch y Lomb que encontró por ahí, se lo colgó al cuello y tomó posición en la esquina de la torre, del lado de afuera, vigilando hacia la ruta y la ciudad. Llevaba un aparato del tamaño de un paquete de cigarrillos por el que se comunicaba cada tanto con guerrilleros ubicados en el hall y en la pista de aterrizaje.

Los guerrilleros instalaron una ametralladora Madsen —que habían traído de Rosario— del lado de afuera de la torre, apuntando a la ruta. Luego, quisieron saber si la torre tenía comunicación directa con Santa Fe y Paraná; el cabo primero Lúquez, que estaba vestido de civil, les respondió que no.

—Quedate tranquilo, hermano, yo estoy con vos, a estos milicos hijos de puta hay que matarlos a todos —le dijo el que dirigía el pelotón, que vestía saco claro a cuadros y pantalones de color claro y calzaba borceguíes; tenía cutis blanco, cabello castaño, bigotes finos y anteojos blancos de receta; era delgado y de estatura mediana.

—Jefe, mire: ¡se mueve el cana! —gritó el guerrillero rubio apostado en el lado exterior de la torre. A unos cien metros, el agente Alegre, casado, 27 años, buscaba pararse y ya se había arrodillado, empecinado en continuar su escape hacia la ruta. No pudo: desde la torre, el “jefe” y el guerrillero rubio

le tiraron con sus FAL y el cuerpo del policía, que había nacido en Palo Santo, a 135

kilómetros de la capital formoseña, dejó de moverse. El médico Pablo Caulier determinaría luego que su cuerpo “ presentaba varias heridas de (proyectiles de) armas de fuego que le interesaron partes vitales ocasionándole la muerte por hemorragia masiva”.

Según el escueto informe de Montoneros dedicado a la toma de la torre de control, fueron sólo dos los guerrilleros que subieron, “ limpiando los cuatro pisos y reduciendo al operador sin problemas”. Luego, “ procedimos a instalar un fusil ametralladora en la torre de control”. No hubo mención a ningún muerto.

Por su lado, el cabo Burgos seguía tendido cuerpo a tierra al lado del patrullero cuando, unos quince minutos después de iniciado el ataque, algunos guerrilleros salieron del aeropuerto y subieron a la camioneta bicolor con los carteles de Vialidad Nacional adosados a sus puertas.

La Ford arrancó a toda velocidad hacia la ruta con el propósito de bloquear el acceso y la salida de la ciudad. Pero enseguida frenó; uno de los cuatro guerrilleros que iban en la caja saltó del vehículo, se acercó corriendo a Burgos y le apoyó el caño de su arma en la nuca. El cabo escuchó un estampido muy fuerte pero se salvó porque había alcanzado a inclinar y girar la cabeza.

El guerrillero volvió a subirse a la camioneta, que reanudó su marcha con los cuatro hombres sentados en la caja, de espaldas a la cabina. Burgos quedó con una herida en el cuero cabelludo, detrás de la oreja izquierda, aturdido y con la vista nublada, pero vivo. Cinco minutos después, otro de los atacantes salió del aeropuerto y lo condujo al hall, donde fue obligado a quitarse toda la ropa; en calzoncillo y con el uniforme a un costado, el cabo retornó a su posición de cuerpo a tierra, esta vez junto a unas ciento cincuenta personas.

La custodia del aeropuerto estaba a cargo de Gendarmería Nacional, que aquel domingo había destinado a cuatro uniformados que, a la hora del ataque, cumplían con la rutina de controlar y anotar los documentos y los

equipajes de los pasajeros que esperaban el vuelo AR 706, cuyo arribo estaba previsto para las 16.45, como todos los días.

Treinta y cinco minutos antes, el jefe del puesto de Gendarmería en El Pucú, el sargento ayudante Luis Ceferino Falcón, vio que el Boeing se aproximaba a la pista y escuchó los primeros disparos frente al aeropuerto.

—Todos los pasajeros cuerpo a tierra —gritaron dos de sus subordinados, el sargento Carlos Maciel y el cabo primero Domingo Bojanovich.

—Voy a avisar por teléfono —les dijo Falcón con la pistola en la mano, y salió corriendo hacia la oficina de Plan de Vuelos, desde donde pensaba llamar al cuartel de Gendarmería, mientras dos guerrilleros, que acababan de entrar al aeropuerto, le disparaban con sus FAL, rodilla en tierra.

Falcón eludió las balas y llegó a la oficina de Plan de Vuelos, donde el cabo primero de la Fuerza Aérea Ángel Gómez le prestó el teléfono para llamar al Escuadrón 15 “ Bajo Paraguay”, ubicado en la ciudad de Formosa. Falcón demoró algunos minutos: primero, marcó el número de la Guardia; luego, el del Casino de Oficiales, y otra vez el de la Guardia, hasta que allí lo atendieron y le pasaron con el oficial a cargo, el primer alférez Horacio Domato.

—Mi primer alférez, las instalaciones del aeropuerto están siendo atacadas por personas de civil, con armas largas y cortas.

—Ya vamos para allá.

El sargento ayudante Falcón salía de la oficina de Plan de Vuelos cuando fue atacado y desarmado por cuatro guerrilleros, que le arrebataron la pistola Ballester Molina, los dos cargadores de repuesto y el birrete, y lo arreararon a patadas y empujones hacia donde había quedado el patrullero. A medida que avanzaban, le iban sacando la ropa y él escuchaba que decían: “ Mátenlo” y “ ¿Qué esperan para matarlo?”; cuando parecía que lo meterían dentro del vehículo policial, llegó un guerrillero desde el hall de entrada.

—No, no, llévenlo adentro, con los otros —les ordenó.

Mientras Falcón era conducido al edificio del aeropuerto, escuchó una fuerte explosión que provenía del patrullero, que había sido destruido parcialmente por una segunda granada de fabricación montonera. Falcón permaneció cuerpo a tierra en el hall, en calzoncillo, custodiado por jóvenes que le pareció que hablaban con acento de otras provincias, de Santa Fe y de Córdoba.

El cuarto gendarme, el cabo Roberto Alasia, estaba colocando un cordón de seguridad para ordenar la fila de pasajeros al Boeing cuando escuchó las primeras ráfagas. Retrocedió hasta la última puerta del hall central y sacó su pistola. Vio que a unos doce metros venía un hombre de civil armado con un FAL, le hizo tres disparos y lo hirió en el estómago. Alasia se replegó ante los disparos que recibía de otros guerrilleros que también portaban armas largas y acudían en apoyo de su compañero herido, hasta que se escondió en una pileta ubicada al costado del mástil y a unos seis metros de la oficina de Aerolíneas Argentinas.

Desde ese refugio, el gendarme observó a dos atacantes armados con FAL que recorrían el sector entre la plataforma de estacionamiento de aviones y las puertas que comunicaban al hall central; los escuchó, incluso: tenían acento porteño.

También vio a un tercer guerrillero, que usaba una pistola y estaba vestido con una ropa que le pareció el uniforme de fajina de la Policía Federal. Unos diez minutos después se le unió en la pileta el cabo primero Bojanovich, que venía de intercambiar disparos con los atacantes.

En este tramo, el relato oficial de Montoneros resume que, mientras dos guerrilleros ocupaban la torre de control, “ el resto de los compañeros (7) reduce a los pasajeros y al personal del aeropuerto y busca al policía (que había escapado) y a dos gendarmes. Con uno de éstos se produce un intercambio de disparos y logra esconderse en el edificio; el otro es reducido al encontrarse con un compañero en el pasillo. Superados estos inconvenientes, se retiran los compañeros de la pick up para controlar la ruta de acceso al aeropuerto, quedando dos de nosotros controlando a los pasajeros y la entrada del aeropuerto, y otros dos en la torre”.

Unos minutos antes que el Boeing 737-200 de Aerolíneas Argentinas aterrizó el Piper Navajo LV-JXM de la gobernación de Formosa, que traía al interventor Taparelli y a cuatro funcionarios de su primer viaje al interior de la provincia.

Venían de Colonia Villa 213, una localidad ubicada a 162 kilómetros de la capital, cerca de la frontera con Chaco.

Taparelli era un profesor rosarino y diputado santafesino que se había hecho cargo de Formosa hacía apenas tres meses, en reemplazo del senador santacruceño Juan Carlos Beni, que a su vez había sucedido a Alberto Rodríguez Fox, que duró sólo diecisiete días. Esta sucesión de interventores reflejaba la inestabilidad política que afectaba a Formosa, el último territorio nacional en ser provincializado por el segundo gobierno de Juan Perón, en junio de 1955.

Formosa fue la primera provincia que Perón intervino en su tercera presidencia, el 17 de noviembre de 1973, debido a la pelea entre el gobernador Antenor Gaúna, un maestro respaldado por la Juventud Peronista, las Ligas Campesinas, la Iglesia Católica y algunos gremios progresistas, y su vice, Ausberto Ortiz, titular de la Unión Obrera Metalúrgica y de la filial local de la Confederación General del Trabajo. Una disputa entre el ala izquierda y el ala derecha del peronismo que se reproduciría en otras provincias, que también serían intervenidas.

Aquel domingo 5 de octubre de 1975 el avión que traía a Taparelli era piloteado por Julio César Maluf, que, al igual que el interventor y los funcionarios, se tiró cuerpo a tierra debajo del avión apenas bajó y escuchó el tiroteo. Un guerrillero los vio y les ordenó a los gritos que caminaran a la oficina de Plan de Vuelos y de allí, al hall central, donde fueron obligados a ponerse boca abajo.

—Quédense tranquilos que la cosa no es con los civiles —les informó otro guerrillero.

Los guerrilleros preguntaron por Taparelli, pero no lograron identificarlo y la máxima autoridad provincial atravesó todo el copamiento como un rehén más.

La situación provocó una serie de rumores sobre presuntos vínculos, nunca probados, del profesor rosarino con los guerrilleros. Dos factores alimentaron esas voces: por un lado, el interventor era un desconocido en Formosa; por el otro, los lugareños estaban hartos de los funcionarios que venían de otros lugares del país a gobernarlos; de los pingüinos del santacruceño Beni y de los porteños y santafesinos de Taparelli.

Taparelli, sus funcionarios y el piloto Maluf estuvieron cuerpo a tierra durante varios minutos en la entrada del hall, cerca del mesón donde se entregaba el equipaje, hasta que el mismo guerrillero que los había traído a los gritos le ordenó a Maluf que junto al cabo primero Gómez, que estaba a su lado, arrastraran la escalerilla de Aerolíneas a la puerta delantera del Boeing para que los pasajeros que venían de Buenos Aires pudieran descender rumbo al hall central. El primero en asomarse fue un joven que llevaba la gorra de uno de los tripulantes de Aerolíneas Argentinas; en su mano derecha exhibía una pistola y con la izquierda hacía la V de la victoria; bajó, conversó con el atacante que custodiaba a Maluf y a Gómez y volvió al avión, desde donde fueron descendiendo los pasajeros.

Una vez que bajaron todos, el guerrillero gritón ordenó a Maluf y a Gómez que volvieran a la posición de cuerpo a tierra, esta vez en la plataforma de estacionamiento de las aeronaves, a unos cinco metros del Boeing. A Maluf le llamó la atención el estilo rudo de ese joven, que contrastaba con el de sus compañeros.

A los diez minutos de permanecer cuerpo a tierra junto al Boeing, Maluf y Gómez notaron que se acercaba el Ford Falcon blanco que había participado del ataque a los policías, conducido por un guerrillero que, al verlos, sacó la mano izquierda por la ventanilla y les hizo la V de la victoria. Vestía saco marrón claro, sin corbata; era alto y delgado; tenía “cabellos negros duros” y unos 27

años. Estacionó el coche y subió al avión, del que bajó enseguida junto a un compañero, al que llamaba “jefe”, un joven delgado, rubio, con anteojos blancos de receta, que caminó hasta el Falcon, abrió el baúl y mantuvo un diálogo a través de un equipo de comunicaciones bastante voluminoso. Maluf y Gómez notaron que inmediatamente después de hablar por la radio

los dos atacantes perdieron la calma y marcharon hacia el edificio principal del aeropuerto dando una serie de órdenes e indicaciones.

El Ford Falcon blanco había arribado justo cuando Casimiro Cáceres y Carlos Quiñones cargaban combustible en el Boeing. Ellos estaban de turno en la planta de combustible de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), a unos cuatrocientos metros de la torre de control, cuando escucharon disparos y explosiones y vieron que varias personas corrían de un lado para otro alrededor del edificio principal del aeropuerto mientras aterrizaba el vuelo de Aerolíneas, unos minutos después del Piper Navajo de la gobernación. Intrigados, pusieron en marcha el camión tanque y fueron a la plataforma, ya que debían reabastecer al Boeing para que emprendiera el regreso a Corrientes y Buenos Aires, una hora después. A mitad de camino, Quiñones, que conducía el camión, descubrió que un guerrillero de saco marrón los vigilaba desde lo alto de la torre de control; por señas, el desconocido les comunicó que siguieran avanzando y así lo hicieron, lentamente, hasta que cruzaron un cartel de Aerolíneas, donde otro guerrillero, que llevaba “ un gorro blanco y celeste con un pompón”, los paró y se acercó a Cáceres.

—Carguen el combustible, rápido.

Los pasajeros ya habían descendido; Quiñones arrimó el camión, mientras el guerrillero del pompón se alejaba y venía otro a vigilarlos, de saco marrón oscuro, con el rostro cubierto por un pañuelo marrón y anteojos oscuros.

Llevaba una pistola en la mano izquierda y una granada en la derecha, y Cáceres calculó que tendría unos 40 años porque, si bien un pañuelo atado en las cuatro puntas le cubría la cabeza, algunas canas asomaban por los costados.

—Necesitamos que venga el mecánico de Aerolíneas y que apaguen la turbina; cargar así es muy peligroso —dijo Cáceres.

Sorprendido, el guerrillero subió al avión; tardó muy poco en volver, enojado.

—El comandante dice que usted sabe cargar el avión y que lo haga como usted sabe. Si te pasás de vivo, te voy a reventar esto en la jeta —le advirtió, arrimándole la granada a la cara.

Mientras comenzaba a cargar el combustible, Cáceres vio que otro guerrillero, de polera negra y anteojos oscuros, se subía al avión Cessna 182 LV-HOT del Aero Club Chaco, de cuatro plazas, que estaba estacionado frente a la confitería, y lo trasladaba hasta la cabecera norte de la pista, donde lo dejó listo para despegar. Luego, se acercó a Cáceres.

—No te pases de vivo; no está entrando combustible al avión.

—Sí, jefe, ya van cargando 1.500 litros.

—Apuren la carga porque si no... —les dijo, y sacó una pistola de la cintura y se la mostró a Cáceres y a Quiñones.

Cuando iban por los 6.300 litros el guerrillero de saco marrón oscuro que tenía el rostro y la cabeza cubiertos notó que la carga se hacía más lenta.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, nervioso, a Cáceres.

—Ya se está terminando el combustible.

—¿Y qué espera que no saca la manguera, entonces?

En total, fueron cargados 6.344 litros de JP1 (aeroqueroseno) en quince minutos, aproximadamente.

Cáceres y Quiñones estacionaron el camión cisterna cerca de una ambulancia y fueron llevados al hall central del aeropuerto. Cuando cruzaron al lado del Ford Falcon blanco, que estaba con las puertas y la tapa de baúl abiertas, Cáceres escuchó que el joven que había bajado del Boeing y parecía ser el jefe del pelotón que había secuestrado el vuelo se comunicaba por un aparato de radio portátil.

—¡Apúrense carajo, que ya vienen!

Capítulo 4

EL SECUESTRO DEL VUELO AR 706

Permanezcan todos sentados, que ya van a bajar. Al final, los que viajaban a Formosa nos tienen que agradecer: el viaje se les hizo más corto que otras veces.

El portavoz de los guerrilleros que secuestraron el avión de Aerolíneas Argentinas en pleno vuelo, a las 16.50 del domingo 5 de octubre de 1975, al anunciar que habían llegado al aeropuerto formoseño sin escalas.

El comandante Diego Bakas y el copiloto Amílcar Fernández nunca habían trabajado juntos pero enseguida se cayeron muy bien. Unos treinta minutos después del despegue, a las 15.45 de aquel domingo, volaban muy distendidos por encima de las nubes, charlando de fútbol, de Boca Juniors y de Ferrocarril Oeste, los equipos de los que eran hinchas, cuando la puerta de la cabina del flamante Boeing 737-200 “ Ciudad de Trelew”, matrícula LV-JNE, se abrió de un modo violento.

—¡No se muevan! ¡El avión está tomado por Montoneros! —les gritó un joven de entre 20 y 25 años que tenía una pistola Browning 9 milímetros y llevaba anteojos blancos de receta y gorra multicolor con una visera bien calzada hasta la mitad de las orejas.

—¡Apaguen el transponder! —les ordenó otro joven armado, también de anteojos, indicando con su mano izquierda el lugar donde estaba ubicado el aparato que habría permitido avisar al radar de tierra que el avión estaba siendo secuestrado a través del envío de un código secreto.

El vuelo AR 706 había pasado la ciudad de Monte Caseros y se encontraba próximo a iniciar las maniobras para aterrizar en el aeropuerto Cambá Punta, de Corrientes; ya estaba fuera del alcance del radar de Ezeiza y sus pilotos no habrían podido enviar el alerta de secuestro. De todos modos, la sorpresiva orden convenció a Bakas y a Fernández de que los secuestrados sabían bien qué tenían en la cabina del Boeing 737-200.

En realidad, los secuestradores ya sabían que un avión tardaba veinticinco minutos en salir del radar del Aeroparque, aunque ése era un dato sobre el que tenían muchas dudas.

El “ Negro” Bakas era teniente de fragata retirado y a los 44 años llevaba once en la línea de bandera del Estado argentino, “ su compañía”, de la cual era un firme defensor. Aquel mes de octubre cumplía trece mil horas de vuelo acumuladas en veinticinco años de profesión. Bakas ya falleció y sus colegas lo recuerdan como un eximio piloto, que no perdía nunca la calma ni el trato agradable; una persona apropiada para situaciones de mucho estrés, como las que viviría en las siguientes tres horas y media.

Como buen piloto, Bakas sabía que en aquel momento tan delicado pasaba a tener dos prioridades: en primer lugar, la vida de los ciento dos pasajeros, entre ellos cuatro bebés, y de los cinco tripulantes que llevaba a bordo; y luego, el avión, “ La Chancha”, como se lo conocía por su forma. Aerolíneas Argentinas había comprado una docena de ese modelo, que siguió volando hasta noviembre de 2009.

—Levantate y andá para atrás —le ordenó a Fernández el guerrillero que había mencionado el transponder, y que pasó a ocupar su lugar, el asiento del copiloto, a la derecha del comandante.

Fernández tenía 25 años, era soltero y recién comenzaba su carrera en la empresa estatal. El otro guerrillero, el que había abierto la puerta y llevaba una gorra multicolor, lo condujo a la cabina de pasajeros y lo hizo sentar en la segunda fila, contra una de las ventanillas.

—Serán unos locos que nos llevan a Cuba —pensó Fernández, mientras se acomodaba en el asiento. En esa época, no eran raros los secuestros de aviones por parte de guerrilleros que los desviaban a países vecinos o a Cuba para escapar de las autoridades locales.

Según el comandante Bakas, los dos guerrilleros que habían tomado la cabina de comando aparentaban la misma edad, entre 20 y 25 años; el que reemplazó a Fernández como copiloto era de mediana estatura y delgado, tenía la piel blanca y los cabellos castaños, y por momentos se tapaba la cara. El otro era más delgado, un poco más alto, también de cutis blanco. Vestían de civil, de un modo “ normal”; tanto que no le llamó la atención qué llevaban puesto.

Al principio, Bakas los notó bastante nerviosos.

—¡Entréguenos la 45 y la pistola de luces! —le ordenó el guerrillero de la gorra multicolor, que ya había vuelto a la cabina de comando.

—Muchachos, cálmense: yo voy a hacer todo lo que ustedes digan siempre que no perjudique al pasaje. Les aseguro que no hay ningún arma en la cabina.

Y la pistola de luces está allí, en su lugar.

El joven que ocupaba el lugar del copiloto sacó varios mapas con instrucciones escritas a mano, en colores diferentes.

—No vamos a aterrizar en Corrientes —fue lo primero que le dijo a Bakas sobre el nuevo destino de la aeronave y de sus ocupantes, ya bastante más tranquilo. Y le dio una serie de instrucciones de navegación por las que el comandante creyó darse cuenta de que iban a aterrizar directamente en el aeropuerto de la ciudad de Formosa, que era la segunda y última escala del viaje.

—Mirá que tenemos poco margen de combustible; como hacía buen tiempo, pensábamos cargar en Corrientes —quiso cerciorarse Bakas.

—Tranquilo, que no pensamos salir del país.

Ahí fue cuando Bakas se convenció de que aterrizarían en Formosa, aunque seguía sin saber cuál era el objetivo del secuestro.

El otro guerrillero, el de la gorra de varios colores, iba de la cabina de comando al sector de pasajeros y volvía, aunque a veces, en las instancias clave del vuelo, se sentaba en un asiento plegable ubicado en el medio, entre el piloto y el copiloto, y desde allí vigilaba a Bakas con su pistola lista.

En aquel momento, el avión podía ser conducido por el piloto o por el copiloto, por lo cual tanto Bakas como los expertos de Aerolíneas y de la compañía aseguradora que intervinieron luego del secuestro concluyeron que el guerrillero que ocupó el asiento de Fernández había estado en el simulador del Boeing 737-200 que Aerolíneas Argentinas había instalado

en su centro de instrucción en Buenos Aires, como ya confirmó Roberto Perdía en el capítulo 2.

Un amigo de Bakas, el comandante Luis Cuniberti, cuenta que, luego de la Operación Primicia, cuando él fue enviado a Santa Fe a sacar el avión de la pista improvisada donde había sido forzado a aterrizar, “ encontramos el plan de vuelo con anotaciones a mano, y nos pareció que la letra correspondía a un colega del sindicato, que no sabíamos que estaba con los montoneros aunque sí que era de izquierda. Todavía vive. No pensamos que estuvo allí sentado porque habría sido reconocido por el piloto, pero era su letra”.

En la cabina de pasajeros, Héctor Rey Leyes, periodista y profesor de Lengua y Gramática, venía charlando con un colega, Francisco Sales Morales, con quien había asistido el día anterior a un congreso de la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA) en Buenos Aires.

—Estábamos en una conversación náufraga, sin mucho sentido, para pasar el tiempo. Resulta que no habían repartido los diarios, y eso nos llamó la atención. Comentamos con Sales Morales que posiblemente habría problemas económicos en la compañía y empezamos a sacar cálculos de cuánto ahorraría Aerolíneas. Además, ya nos habían servido de comer el pequeño refrigerio que daban, un sándwich y una gaseosa, pero lo hicieron tan rápido y hasta con cierto mal modo que dijimos: “ ¡A la pucha, falta que nos tiren la comida encima!”

Porque pasaron, dejaron la comida y al momento recogieron todo. Lo que pasa es que ahí ya había sido tomado el avión; eso nos dijo una azafata cuando pasó.

Creo que su nombre era Bárbara. Una rubia muy bonita.

Bárbara Koch se encontraba en la mitad de la cabina de pasajeros junto al segundo comisario de a bordo, Carlos Alberto Flores, retirando el carro de la comida y las bebidas cuando vio que un joven “ vestido de sport” y ubicado en la sexta o séptima fila se levantaba apuntando con una pistola Browning 9

milímetros hacia el techo de la nave. El pasajero se paró delante de la primera fila y comenzó a gritar algo que la azafata no entendió. Enseguida, observó que el copiloto Fernández era sacado de la cabina de comando por otro joven, también vestido de sport, que hasta ese momento había estado sentado junto al desconocido que seguía gritando.

El comisario Flores empujaba el carro hacia la parte trasera del avión y estaba parado de frente a la azafata Koch y de espaldas a los primeros asientos y a la cabina de comando. Escuchó gritos que venían de la parte delantera del avión; al darse vuelta, observó a un hombre que empuñaba un arma de fuego y decía que el avión estaba siendo tomado.

Los pasajeros comenzaron a entrar en pánico: veían a una persona gritando con un arma en la mano pero pocos alcanzaban a escuchar qué decía. Flores le hizo señas con las manos para que utilizara el micrófono por el que habitualmente se comunicaba la tripulación. Ahí, todos pudieron comprender lo que sucedía.

—Somos integrantes de la Organización Político Militar peronista Montoneros y este avión está tomado. Todos los pasajeros deben permanecer tranquilos en sus asientos y colocar sus manos detrás de la nuca.

El joven, que a partir de ese momento sería el portavoz de los guerrilleros, ordenó a las azafatas Koch y Cristina Font Olivares y a los comisarios Flores y Horacio Mateazzi que se sentaran en las dos últimas filas del avión, las números 19 y 20, también con las manos detrás de la cabeza.

Koch y Flores apuraron el paso recogiendo con el carro los restos del refrigerio de los pasajeros ubicados en la segunda mitad del avión.

—¡El avión fue secuestrado! —le avisó Koch al primer comisario Mateazzi y a su colega Font Olivares, que no habían entendido las instrucciones, cuando llegó al fondo del Boeing.

Mateazzi quiso desplazarse hacia la cabina de comando pero a mitad de camino lo frenó uno de los guerrilleros, el portavoz, que le ordenó que fuera

a sentarse con sus compañeros. Desde allí, escuchó que el portavoz seguía con sus indicaciones.

—Vamos a volar treinta minutos, vamos a aterrizar y todos ustedes van a quedar en libertad. Sólo nos interesa el avión. Que nadie se haga el héroe porque, en ese caso, nosotros vamos a disparar, y una bala perdida puede perforar al fuselaje, y nos vamos todos al suelo.

Según el pasajero Humberto Parmetler, el portavoz tenía unos 22 años, abundante bigote, anteojos ahumados y una gorra con visera. Para otro pasajero, Orestes Malosetti, hablaba un castellano aporteñado “ en forma suelta y sin denotar estado de nerviosismo”.

Otro guerrillero, que también llevaba anteojos y gorra para disimular su rostro, comenzó a avanzar hacia el fondo inspeccionando visualmente a los pasajeros.

—Las mujeres puedan bajar los brazos, pero los hombres no. Si alguno de ustedes tiene un arma, que se la entregue inmediatamente a mi compañero — agregó el portavoz.

El compañero del portavoz llegó hasta la última fila y le hizo una pregunta al comisario Mateazzi.

—¿Dónde está la lista de pasajeros?

—En los vuelos de cabotaje no llevamos lista de pasajeros.

El guerrillero fue exigiendo los documentos a los pasajeros que no eran tan jóvenes. El profesor Rey Leyes lo recuerda muy bien.

—Tenía una gorra azul con visera, anteojos ahumados y mandíbula prominente; un carretilludo, como se dice. Se me acercó en tres o cuatro oportunidades a preguntarme quién era yo y a pedirme documentos porque se ve que estaban buscando a alguien pero no lo podían ubicar.

Encontraron a la persona que buscaban dos filas más adelante, en el asiento 10A; resultó ser el prefecto mayor Aníbal Antúnez, casado, 50 años, jefe de

la Delegación Corrientes de la Prefectura Naval.

—¿Tiene el fierro encima?

—Sí.

—Lo voy a tener que palpar.

—No hace falta; está en mi portafolio.

El guerrillero se llevó la credencial y el portafolio con el arma y otras pertenencias del prefecto mayor, y le mostró todo eso al portavoz. Volvió a los pocos minutos.

—Muy bueno el fierro —le dijo con ironía y le devolvió el portafolio, vacío.

Antúnez nunca más vio su revólver Ruby calibre 38 especial.

Más suerte tuvo otro militar que viajaba en el avión, el mayor Juan Carlos Borkowski, que era el médico del Regimiento de Infantería de Monte 29, el “objetivo” o “campo principal del enemigo”, según la Orden General de Operación Primicia. Cuando el guerrillero se le acercó y le pidió su documento, Borkowski le entregó su libreta de enrolamiento a la que antes le había arrancado las anotaciones militares, donde estaba registrada su asimilación al Ejército. Borkowski fue tratado como un simple pasajero más.

El profesor Rey Leyes recordó que había visto a los miembros del Pelotón 9 en el aeroparque Jorge Newbery “cuando llegaron para tomar el avión. Parecían de un equipo deportivo, con ropa de elegante sport: eran muchachos jóvenes, con sacos azules, pantalones grises y llevaban bolsitos de mano; se ve que allí tenían las armas. Era un grupo: seis u ocho”.

Según la Orden General de Operación Primicia, la toma del avión estuvo a cargo del Pelotón 9, formado por siete guerrilleros, que contaron con un Grupo de Apoyo en Buenos Aires. El día anterior, el sábado 4 de octubre de 1975, todos estos guerrilleros habían realizado la “concentración previa” en

una “ casa operativa” en Buenos Aires; allí se repartió el “ equipo” que llevaría cada uno de los miembros del pelotón: documento de identidad falso; arma corta completa; granadas de mano SFM 4 (Servicio de Fabricación Montonera 4), elaboradas en la fábrica móvil José Sabino Navarro, y un set de primeros auxilios. Ese día la actividad consistió en cinco tareas:

Controlar el equipo personal.

Leer la Orden General.

Completar la planificación.

Preparar las comunicaciones a través del Grupo de Apoyo de Buenos Aires, Base 0 (B0), con las bases de Santa Fe (B2) y Resistencia (B3).

Desconcentración y control de cierre.

El domingo 5 de octubre de 1975, el Día D, entre las 12.30 y las 13 el jefe de Operación Primicia, Raúl Yaguer, informó a la Base Resistencia que todos los guerrilleros que atacarían el Aeropuerto Internacional El Pucú y el cuartel habían llegado a Formosa sin contratiempos y de acuerdo con lo planificado. “ Vino mamá y está bien”, fue el mensaje en clave que transmitió desde el Móvil Comando. Luego, la Base Resistencia ratificó a la Base Buenos Aires que el operativo se realizaba (“ Mamá llegó bien”); unos instantes después, la Base Santa Fe comunicó a la Base de Buenos Aires que todo estaba listo para el aterrizaje final del avión cerca de la ciudad de Rafaela, en el punto culminante del cinematográfico escape ideado por Yaguer (“ Mamá viene bien a casa”). Eran las dos señales que esperaban los miembros del Pelotón 9 para subirse al Boeing.

El Boeing 737-200 era uno de los dos “ móviles especiales” con los que contaba Yaguer, identificado en la nomenclatura de Operación Primicia como “ Ma”, que significaba “ avión principal”.

El portavoz volvió a tomar el micrófono.

—Los hombres pueden bajar los brazos; continúen manteniendo la calma que ya estamos cerca.

Cuando transcurrían unos cuarenta y cinco minutos del secuestro, los pasajeros volvieron a escuchar al portavoz.

—Vamos a aterrizar en cinco minutos; abróchense los cinturones de seguridad y nadie fume. La Organización Político Militar Montoneros agradece a todos los pasajeros la calma que han mantenido.

Ni los tripulantes ni los pasajeros sabían dónde estaban. En la segunda fila, el copiloto Fernández miró por la ventanilla y se dio cuenta de que iban a descender en Formosa. Ahí fue cuando le entró la duda y pensó: “ ¿Qué hacemos acá?” Hasta ese momento, estaba convencido de que los llevaban a Cuba.

En cambio, los pasajeros se pusieron muy contentos cuando comprendieron que estaban aterrizando en Formosa. El primero que lo supo fue un hombre bien informado que identificó por la ventanilla a un motel de las afueras de la ciudad, según recuerda el profesor Rey Leyes.

—Cuando esta persona gritó que estábamos en Formosa, todos nos alegramos porque creímos que la cosa estaba terminando bien. Por lo menos, estábamos en nuestra ciudad; antes, nadie sabía adónde iríamos a parar. Y comentamos con mi compañero de viaje, Sales Morales, un hombre mucho mayor que yo, que a lo mejor nos hacían gritar “ Viva Perón” y nos dejaban ir a casa; pensábamos que todo era un acto simbólico.

En la cabina de comando, Bakas y los dos guerrilleros pasaron una decena de minutos muy dramáticos. Poco antes de aterrizar, Bakas comenzó a comunicarse con la torre de control del aeropuerto El Pucú, donde el cabo primero de la Fuerza Aérea Carlos Lúquez cumplía su turno de operador. La voz de Lúquez le sonó extraña al experimentado piloto: es que en ese preciso momento, el cabo primero escuchaba los primeros disparos en el frente del aeropuerto. Luego de que el avión tocó pista, el guerrillero que hacía de copiloto le preguntó si había algún problema.

—El aeropuerto está copado y hay tiroteo. Es mejor que vuelvan a la cabecera sur, les informó Lúquez.

El avión estaba ya ingresando a la plataforma de estacionamiento cuando el guerrillero-copiloto le ordenó a Bakas que retornara de inmediato a la cabecera de la pista. Allí permanecieron más de cinco minutos. Su compañero, que se había puesto la gorra de uno de los tripulantes de Aerolíneas, insistía en que había problemas en el copamiento del aeropuerto y en que era mejor decolar de inmediato.

—No podemos poner en riesgo la retirada por vía aérea de los compañeros.

El guerrillero-copiloto llamó nuevamente a la torre de control.

—Todo está bajo control, compañero; el aeropuerto está tomado —les contestó una voz que devolvió tranquilidad a los dos guerrilleros y también a Bakas, quien ya calculaba adónde podían llegar con el poco combustible que les quedaba.

Bakas regresó el avión a la plataforma, donde lo dejó con las turbinas en marcha y sin el freno de estacionamiento; es decir, el Boeing 737-200 quedó preparado para una salida de urgencia.

En la segunda fila de la cabina de pasajeros, Fernández, el copiloto, miraba por la ventanilla: “ Parece que hay gente parada en la torre de control, ¿qué está pasando acá?”, pensó.

El portavoz de los guerrilleros volvió a tomar el micrófono.

—Permanezcan todos sentados, que ya van a bajar. Al final, los que viajaban a Formosa nos tienen que agradecer: el viaje se les hizo más corto que otras veces.

Otro guerrillero, el de mandíbula prominente, intentaba abrir la puerta delantera del avión. El comisario Flores notó que tenía problemas y pidió permiso para ayudarlo.

El primero en asomarse fue el guerrillero que llevaba la gorra de uno de los tripulantes de Aerolíneas; en su mano derecha exhibía una pistola y con la izquierda, hacía la V de la victoria; bajó y conversó con uno de sus compañeros, el que custodiaba a los dos rehenes que habían acercado la escalerilla. Se los notaba muy contentos: hasta entonces, los guerrilleros que habían copado el aeropuerto sabían que el Pelotón 9 había subido al avión pero desconocían si habían podido desviarlo; y los que venían en el vuelo de Aerolíneas estaban seguros de que sus compañeros habían lanzado el copamiento de El Pucú pero sin conocer el resultado.

El guerrillero con la gorra de tripulante volvió al avión e informó al portavoz que todo estaba bajo control.

—Sólo vamos a abrir la puerta de adelante. Por aquí, van a descender en perfecto orden todos los pasajeros, menos el prefecto naval y la tripulación, que deben permanecer en la máquina —indicó el portavoz.

Los pasajeros dejaron sus asientos convencidos de que todo había terminado.

El profesor Rey Leyes, incluso, le preguntó a la azafata Koch qué pasaría con el equipaje.

—La rubia sólo me tocó como empujándome para que me fuera rápido. Todos exultantes bajamos del avión y cruzamos la plataforma; encontramos en el piso y acostado boca abajo a un hombre obeso que trabajaba en Aerolíneas; un gordo al que todos conocíamos, que estaba con la cabeza apoyada en una de sus manos como quien está en la playa; pasamos al lado de él y todavía le hicimos algunos chistes y nos reímos. ¡No sabíamos que él era un rehén que estaba ahí, en esa posición tan extraña, porque le apuntaban desde arriba, desde la torre de control!

Si pasaba algo raro, lo mataban, pero de eso nos enteramos después, cuando entramos en el hall principal; ahí, empezamos a ver las ametralladoras, los FAL, la gente tirada en el piso, los empujones, y a escuchar gritos y órdenes. Yo alcancé a ver a mi mujer con mis tres hijos, de 1, 3 y 5 años. Me estaban esperando, junto con mi cuñada, que volvía en el avión a Buenos Aires; había venido a visitarnos. Los guerrilleros estaban contra la

pared y nosotros, tirados en el piso delante del mostrador de Aerolíneas; había más de doscientas personas, y el fondo estaba libre: era por donde se movían los guerrilleros, iban y venían.

Junto con los pasajeros, también bajó el guerrillero con la gorra de tripulante.

Rubio, de cara grande, vestido con pantalón, camisa y saco, se quedó al pie de la escalerilla en actitud vigilante, con la pistola apuntando al cielo.

En el avión, los guerrilleros ordenaron al comandante Bakas que fuera a la cabina de pasajeros y se quedara con el resto de la tripulación. Apenas Bakas salió de la cabina de comando, el copiloto Fernández pudo escuchar una discusión entre el piloto y un par de guerrilleros.

—Necesitamos combustible para sólo una hora de vuelo. Con lo que tenemos, nos alcanza —afirmó el que hacía de portavoz.

—Vamos a estar muy justos. Necesitamos cargar más —sostuvo Bakas.

—¿Cuánto? —terció el que hacía de copiloto.

—Seis mil litros por lo menos.

Los guerrilleros acordaron reabastecer la máquina, un capítulo que los incomodaba ya desde la planificación de Operación Primicia porque se trataba de una maniobra en la que dependían demasiado de terceros, del personal del aeropuerto que se ocupaba de esa tarea. Por eso, se mostraron tan nerviosos durante la carga de querosene refinado.

Fernández estaba cada vez más preocupado por lo que había escuchado: “Dicen que necesitan combustible para una hora de vuelo: a Cuba ya no vamos.

¿Adónde vamos? ¿Qué hay a una hora de vuelo?”, pensó.

Bakas, Fernández y el resto de la tripulación fueron obligados a sentarse separados unos de otros, contra las ventanillas y a partir de la fila número 10.

Todos estaban lógicamente preocupados, pero con los nervios todavía bajo control.

El prefecto mayor Antúnez fue ubicado un par de asientos más adelante que el que le correspondía, en la fila 7 u 8, separado de la tripulación. Antúnez vio por la ventanilla que el aeropuerto estaba tomado y que varios guerrilleros caminaban bien armados por las instalaciones. Desde su nuevo asiento, Antúnez notó que dos guerrilleros habían subido al avión: uno de ellos tenía el rostro cubierto por un pañuelo y en la cabeza usaba otro pañuelo con cuatro nudos a modo de gorro; llevaba una pistola Browning 9 milímetros en la mano derecha; era bajo, robusto y caminaba rápido, con pasos largos. Al prefecto le pareció que debía ser el jefe o uno de los jefes de los atacantes. El otro guerrillero también estaba armado con una pistola: era de regular estatura, tez bronceada, cabellos rubios ondulados; elegante en su forma de vestir.

Según la azafata Font Olivares, “ en forma confusa, subían y bajaban del avión personas desconocidas, todas armadas; algunas vestían camisa y pantalón grises y verdes opacos. Permanentemente con la tripulación había una persona armada que los vigilaba”, y que se comunicaba con sus compañeros a través de un equipo portátil.

En el hall central del aeropuerto, media hora después del descenso del Boeing, los guerrilleros ya no estaban tan tranquilos como al principio, sino cada vez más nerviosos porque se habían cortado las comunicaciones con los pelotones que habían ido a atacar el cuartel y porque, además, esos compañeros tardaban demasiado en volver. Esa circunstancia fue convenientemente aprovechada por los rehenes, como cuenta el profesor Rey Leyes.

—Al comienzo, estábamos mudos, boca abajo y con las manos detrás de la cabeza. Después se ve que las cosas empezaron a ir mal afuera y se empezó a relajar el control. Comenzamos a hablar entre nosotros y nos acomodamos un poco en el piso porque al principio estábamos unos sobre otros sin preguntarnos quiénes éramos.

Cuando ya habían pasado unos minutos de las 17, los guerrilleros comenzaron a buscar entre los pasajeros al “ piloto del avión chico”, el

Cessna 182 LV-HOT del Aero Club Chaco, de cuatro plazas, que estaba estacionado desde las 14.30 frente a la confitería del aeropuerto. Era el “Mb” en la nomenclatura montonera, el “avión secundario”. Ninguno pudo responder: el piloto civil Guillermo Schmitd volvió al aeropuerto recién una hora después, como había quedado con el simpático cliente que trajo desde Resistencia.

Schmitd había hecho el servicio militar en el cuartel de Formosa y trabajaba en el Aero Club Chaco. Una semana antes, el domingo 28 de septiembre, había trasladado de Resistencia a Formosa a un joven que se identificó como Ángel Obregón, quien permaneció unas horas en Formosa y retornó a la capital chaqueña en compañía de otra persona. Obregón quedó muy satisfecho con el periplo, tanto que pactó otro viaje para aquel domingo 5 de octubre a las 13.30, pero luego le traspasó la reserva a Ramón Ángel Ruiz, quien presentó la Cédula de Identidad número 219.306, expedida por la Policía del Chaco, e incluso, el registro de conductor número 16.715, otorgado por la municipalidad de Resistencia.

Schmitd y Ruiz llegaron al aeropuerto El Pucú; el piloto estacionó el Cessna 182 frente a la confitería y, como era norma, dejó la documentación del avión en la torre de control.

—Nos vemos a las seis de la tarde, pero dejame las llaves del avión por si llego antes.

Dudó Schmitd ante un pedido tan poco común, pero Ruiz se había mostrado como un gran conversador y parecía un cliente excelente, de esos que no convenía perder. Además, se presentaba como una persona muy bien relacionada.

Y le dejó las llaves.

Sólo que Ruiz no era Ruiz sino Jorge Alberto Livieres, uno de los atacantes al cuartel, lugar en el que a los 23 años acababa de morir. Ya no regresaría a su casa en el “avión secundario”, a reencontrarse con su esposa y con su bebé.

El asalto al cuartel

Domingo 5 de octubre de 1975

ENTRADA:

- 1 La caravana montonera viene por la Ruta Nacional 11.
- 2 En el Aeropuerto se quedan tres vehículos: Camioneta Ford F-100 bicolor, Fiat 128 borravino y Ford Falcon blanco.



- 3 Los otros seis vehículos bordean el centro de la ciudad y llegan hasta Cabezón y Marcial Rojas, donde estacionan.

- 4 Bajan dos guerrilleros que reducen al centinela del Puesto 2; luego la caravana reanuda su marcha y penetra en el regimiento por la Entrada secundaria, tras colocar un puente para cruzar la cuneta.



- 5 Una vez en el cuartel, el Rastrojero, la Ford Ranchera amarilla, la Ford colorada, el Móvil Comando y el furgón siguen por la calle situada a la derecha de la Plaza de Armas, y la Chevrolet por la calle a la izquierda para estacionarse frente a la Compañía Comando.

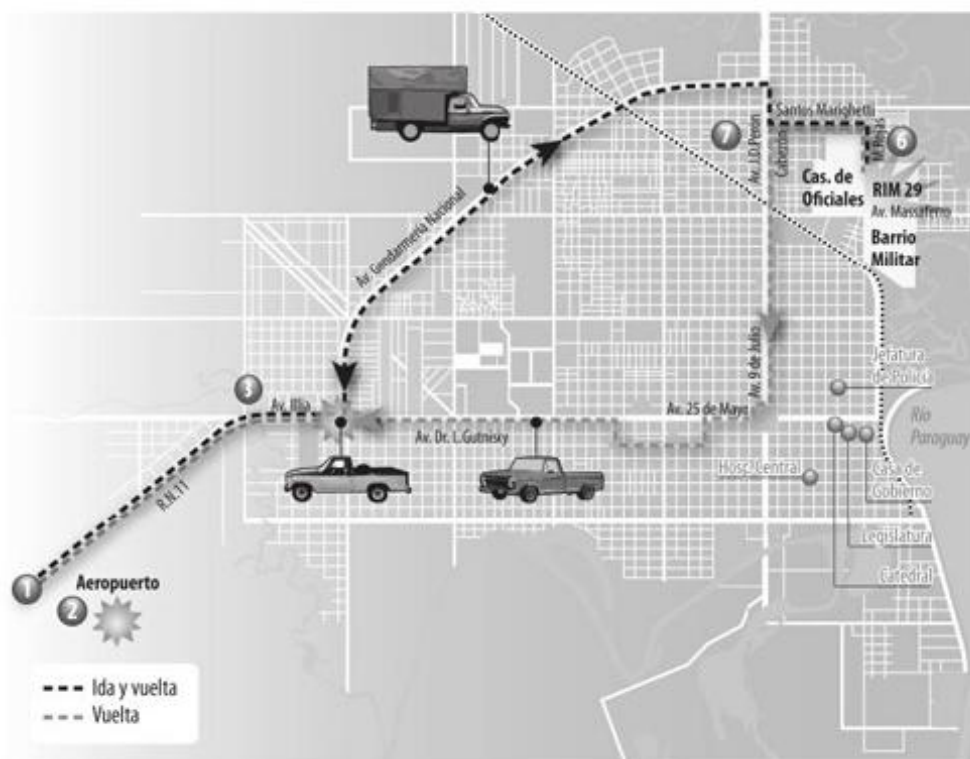


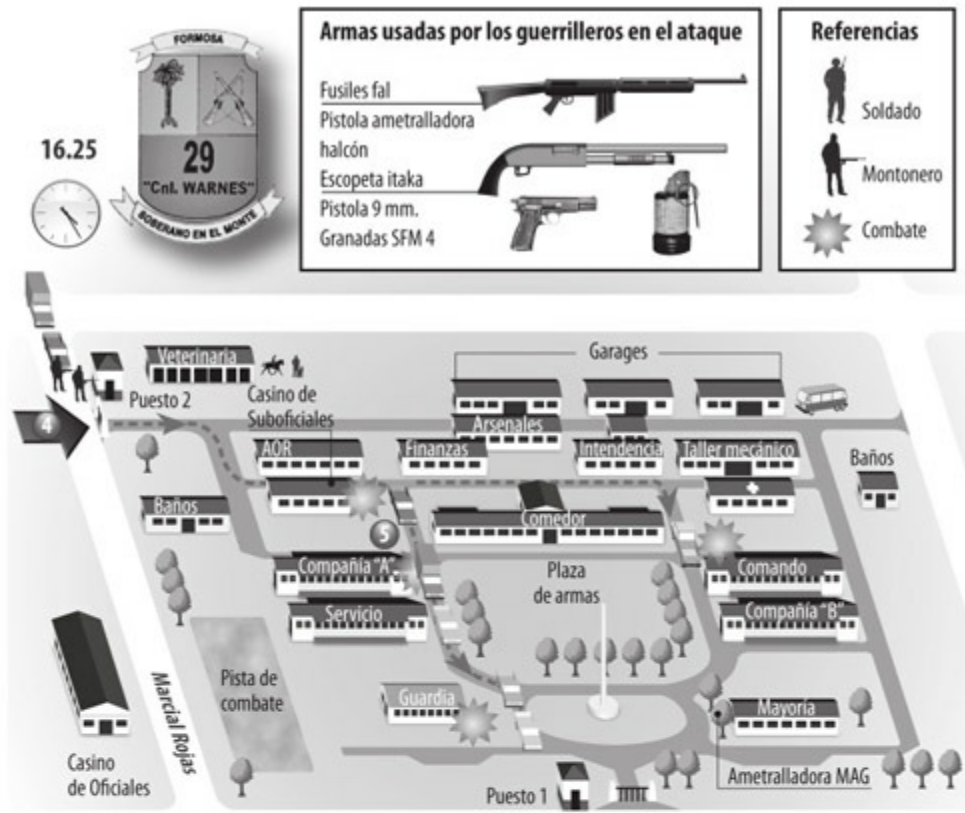
16.55

ESCAPE:

- 6 Sólo salen dos vehículos: primero la camioneta Ford colorada con la goma trasera derecha reventada y luego, el furgón; los otros cuatro vehículos quedan en el cuartel, destrozados. La camioneta sale por Marcial Rojas; dobla en Narighetti y al llegar a la actual Av. Perón, dobla por error a la izquierda hacia el centro de la ciudad.

- 7 Ese camino es más largo pero llegan al aeropuerto justo a tiempo para escaparse.





Infografías: Sergio Ucedo

Capítulo 5

“¡ACÁ NO SE RINDE NADIE, MIERDA!”

El soldado Hermino Luna estaba tendido en el suelo, el cuerpo cortado en dos por el FAL de uno de los atacantes, las vísceras que se escurrían por los agujeros de los balazos.

“Topo, Topo, matame hermano, que me duele mucho”, se quejó cuando vio al soldado Juan Carlos Morínigo, el 5 de octubre de 1975 a las 16.55, aproximadamente.

El fusil por encima de la cabeza, las dos manos firmes que sostienen el arma en posición horizontal indicando que el terreno quedó libre de enemigos. Ésa era la señal que la columna montonera formada por seis vehículos esperaba para avanzar hacia la puerta de atrás del cuartel; un lugar sólo utilizado por las mulas y los caballos, una entrada inaccesible para cualquier vehículo por el obstáculo de una cuneta ancha y profunda.

Varios jóvenes que estaban jugando al fútbol al rayo del sol, en una canchita alisada, con el pasto bien cortado, vieron que los hombres vestidos en su mayoría de azul, que parecían ser de la Policía Federal, se subían a sus rodados, doblaban a la derecha y se iban alejando por la calle Marcial Rojas. Pero no les dieron mayor importancia y siguieron corriendo detrás de la pelota.

El soldado Roberto Mayol acababa de reducir a su colega Ramón Medina, que montaba guardia en el Puesto número 2. Medina lo había visto llegar por la Marcial Rojas.

—Alto, ¿quién vive? —le gritó.

—¿Tenés fósforos, hermano? —lo descolocó Mayol mientras se le acercaba, tranquilo y sonriente.

Seguramente, Medina pensó que era otro de los compañeros que quería entrar por detrás del cuartel para ahorrarse la caminata que implicaba dar toda la vuelta e ingresar por el portón principal, el único permitido en esos tiempos duros en los que había que estar muy atento por si a los guerrilleros se les daba por atacar el regimiento. Como sea, Medina se descuidó y fue seducido por ese santafesino simpático y entrador que andaba siempre convidando cigarrillos y Coca Cola; bajó el FAL y de pronto se encontró en

el suelo, boca abajo, con Mayol dueño de su fusil, gritándole que no se moviera, que la cosa no era con él sino con los oficiales y suboficiales de “ese ejército vendepatria, aliado a la oligarquía y al imperialismo yanqui, que había que reemplazar por un ejército popular”.

—Y quedate cuerpo a tierra en tu puesto; no te movás hasta que todo haya terminado, que no te va a pasar nada.

Medina se dio cuenta recién ahí de que Mayol había venido caminando con otra persona: era Mario Koncurat, “Sebastián”, con quien subió rápidamente a un Rastrojero beige idéntico al del capellán del regimiento, el salesiano José Lima, que también llevaba a quienes iban a tomar la Guardia, los pelotones 3 y 4. Luego venía una camioneta Chevrolet similar a la del proveedor de la cantina con siete guerrilleros que debían atacar las compañías Comando y B; una Ford Ranchera amarilla igual a la del panadero con el Pelotón 2, cuya tarea consistía en apoderarse de la ametralladora pesada MAG y controlar la entrada principal, y hasta un furgón térmico, un camión Ford F-350 azul eléctrico, parecido al que usaba el carnicero para traer las medias reses, que debía transportar a los heridos y las armas “recuperadas”, entre la media docena de móviles que reproducían marca, modelo y color de los vehículos que ingresaban todos los días al cuartel.

Dos miembros del Pelotón 6, que debía tomar el Casino de Suboficiales, ya habían colocado un puente portátil de madera de unos cuatro metros de largo, traído de Rosario, para salvar el problema del zanjón, y la columna comenzó a penetrar en territorio enemigo.

Al principio, pareció la entrada triunfal de las huestes liberadoras de Fidel Castro y del Che Guevara en los cuarteles del Ejército corrupto del dictador cubano Fulgencio Batista: se encontraron con soldados que los saludaban con la mano, sorprendidos, desorientados y, lo más importante, sin armas, como los que estaban en los corrales de las mulas, junto a la alfalfa con la que pronto se cubrirían de pies a cabeza, apenas escucharan los primeros disparos.

El sargento ayudante Isaías Aguilar, un morocho de 40 años que en sus ratos libres se dedicaba al folclore, los vio llegar de frente. Aguilar apenas

había traspasado la entrada principal y caminaba rumbo al Casino de Suboficiales. Una camioneta gris con una franja horizontal verde bordeaba la Plaza de Armas por la calle interna ubicada a su derecha, en dirección a las compañías Comando y B; el Rastrojero idéntico al del padre Lima venía a su encuentro, seguido por la Ranchera color limón.

Aguilar regresaba de almorzar en su casa; el subteniente Jorge Cáceres le había dado permiso, total vivía cerquita, en el barrio militar, frente al cuartel. Quería traer también a su hijo Guillermo, de 3 años, para que le hiciera compañía en esa tarde que adivinaba aburrida, como siempre ocurría los domingos en Formosa, e incluso había comenzado a cruzar la calle con él, pero el muy pícaro se resistía a darle la mano, por lo cual lo regresó a su casa y lo dejó allí, en penitencia. La desobediencia de su hijo lo puso de mal humor, pero pudo haber salvado la vida de ambos. Cuando divisó los vehículos, el sargento imaginó que eran los jugadores de Aguará Rugby Club que, como de costumbre, iban a bañarse al cuartel luego de jugar en la cancha del barrio militar.

—Pucha, vinieron los del rugby y no me avisaron.

El Rastrojero estacionó frente al edificio de la Guardia; rápidamente se bajaron ocho jóvenes, vestidos casi todos como los de la Policía Federal, y ahí Aguilar pensó que no, que no eran los rugbiers que venían a bañarse sino los policías a quienes ellos les prestaban fusiles para que fueran a practicar tiro al polígono del regimiento, ubicado a la entrada de la ciudad, cerca del aeropuerto.

—Abajo los fusiles —gritó uno de los jóvenes, mientras saltaba del vehículo.

—¿No encontraron otro día mejor para devolvernos los fusiles? —refunfuñó Aguilar.

—Vamos rápido a la Guardia —ordenó uno que parecía ser el jefe.

Aguilar estaba a unos metros, pero en el apuro los jóvenes no repararon en él o tal vez sí lo hicieron y consideraron que no era un enemigo de cuidado ya que no llevaba armas. Ahí se dio cuenta el sargento de que algo no

andaba bien: uno de los desconocidos llevaba un pantalón gris perla y una chaqueta de militar, igual a la de él pero de Artillería, con las hombreras de color rojo.

En el Puesto 1, al lado de la entrada principal, el cabo primero Guillermo Tissera observó algo que no le gustó. Estaba parado allí con otros suboficiales tomando tereré, atraídos por la presencia de una mujer despampanante, una morena toda vestida de blanco que buscaba al soldado Mayol.

—Él tiene mi documento; anoche me dijo que pase hoy a las cuatro que me lo va a devolver.

El soldado Alberto Flores, de guardia en el Puesto 1, señaló hacia adentro.

—Mire mi cabo primero, allá viene el padre Lima.

—Ajá, llegó el cura... Pero, si no entró por acá, ¿por dónde entró el cura?...

Cargá, cargá el fusil porque acá hay algo raro.

Flores obedeció pero tenía el FAL sin seguro: cuando terminó de cargar, se le escapó un tiro. Este error adelantó el ataque de los guerrilleros, quienes a unos cien metros, frente al edificio de la Guardia, escucharon el disparo y precipitaron el asalto al grito de “ ¡Montoneros, patria o muerte!” con un par de granadas y unas ráfagas de ametralladora.

Esos primeros disparos fueron escuchados por Raúl Yaguer justo cuando ingresaba al cuartel en el Móvil Comando, la Ford Ranchera celeste, en el anteúltimo lugar de la caravana (todavía faltaba pasar el furgón) y unos veinte segundos después de la entrada del primer vehículo.

En la Guardia, el primero que murió fue el soldado que estaba más cerca de la puerta, Antonio Arrieta, que era el telefonista de turno y no tenía armas; un tiro le perforó la cabeza, que quedó levemente recostada contra el respaldo del asiento como si estuviera durmiendo, frente al panel y al cablerío de la central telefónica, con los auriculares todavía conectados a sus oídos.

Uno de los atacantes cruzó el pasillo y entró en la sala de la radio del regimiento, donde el sargento primero Víctor Sanabria, de 32 años, había estado tomando unos mates recostado en una cama, detrás de un biombo.

—¡Son los subversivos, mi sargento primero! —le gritó el soldado Hermenegildo Villagra.

—Metete debajo de la cama —le ordenó Sanabria.

Sanabria, que aquel domingo no debió haber estado a cargo de ese puesto, se incorporó a tiempo para forcejear con el guerrillero que acababa de entrar a la sala; lucharon cuerpo a cuerpo y logró hacerlo caer, pero otro de los atacantes llegó y lo mató con una ráfaga de ametralladora. Villagra, sin armas, ya se había escondido; el otro soldado que estaba de turno en la radio, Juan Francisco Baglieri, levantó las manos.

—¡No me maten, no me maten! No tengo armas.

—¡Rajá de acá, que la cosa no es con vos! —le dijo uno de los atacantes.

Baglieri empezó una larga carrera: salió del edificio de la Guardia hacia la entrada principal, pero se encontró con una lluvia de disparos que provenían de ese sector; giró en el aire, maldijo en guaraní, y sin perder velocidad encaró hacia la Plaza de Armas.

—¡Carlitos, tu papá está corriendo, tu papá está escapando! —se alegró Dora Sanabria, que seguía las alternativas del combate desde la puerta de su casa, la número 13, ubicada en la primera hilera del barrio de suboficiales, justo frente al cuartel.

Los disparos la habían sacado del dormitorio, donde estaba terminando de vestir a sus hijos, Carlitos, de 7 años, y Roxana Elizabeth, de 11 meses; pensaba llevarlos al cuartel para que visitaran a su papá, como habían acordado durante el almuerzo, cuando el sargento Sanabria consiguió que le dieran permiso para abandonar la guardia y comer un asado en su casa con unos parientes que habían venido de visita desde Rosario. Ahora, ella estaba parada en la puerta, muy nerviosa, con sus hijos y con su hermana, que la sujetaba de un brazo para que no cruzara la calle a socorrer a su marido.

Pero se confundía: no era su esposo quien se escabullía entre las balas; Víctor Sanabria ya estaba irremediablemente muerto.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntaba Carlitos, que no entendía bien qué sucedía en el cuartel de su papá, con todos esos autos que habían entrado, las explosiones y el humo espeso de la pólvora.

El local de la Guardia seguía siendo el foco principal del ataque; por algo, Montoneros había enviado allí a sus oficiales mejor preparados, más confiables, que venían de Rosario. Sin embargo, no pudieron prever una decisión de último momento de los colaboradores del subteniente Cáceres, que no estuvo motivada por ninguna razón estratégica sino por el insoportable calor formoseño: se habían trasladado unos ochenta metros, hacia la puerta de entrada, bajo la sombra de unos enormes chivatos y en el único lugar donde al menos soplaba una brisa de aire, aunque caliente. Además, la atractiva morena que buscaba al soldado Mayol entretuvo a los suboficiales de guardia en el Puesto 1, lejos del centro del ataque. No la habían dejado pasar al local de la Guardia, como seguramente preveía Mayol: unos meses antes, en un ejercicio de rutina, un soldado disfrazado de mujer había logrado entrar al cuartel invocando el nombre de un militar, poniendo al descubierto que los centinelas eran vulnerables a los encantos femeninos. La treta no funcionó y la morena, que había estado la noche anterior en una bailanta con Mayol pero no sabía nada del ataque, se escabulló luego de los primeros disparos.

Por todas esas circunstancias, aquellos suboficiales pudieron eludir el asalto a la Guardia y consolidar rápidamente un relevante foco de fuego contra los guerrilleros, que fue conducido por el cabo Tissera, el mejor tirador del regimiento, de quien se decía que era capaz de acertar con una pistola en el pico de una botella a veinte metros de distancia. El sargento Aguilar, que ya había vuelto sobre sus pasos y también tiraba muy bien, lo auxiliaba con el FAL del soldado Flores, a quien le habían ordenado que se protegiera en la cuneta.

El edificio de la Guardia ya había sido tomado por los guerrilleros y ocurrían dos eventos clave para el desarrollo del combate. Por un lado, Mayol, todavía molesto por los gritos del mediodía, buscaba al subteniente Cáceres en el cuarto del jefe de Guardia, ubicado casi al fondo del pasillo;

por el otro, tres de sus compañeros ya habían llegado a la puerta del dormitorio donde descansaban los veinte soldados que habían sido reemplazados de sus puestos, apretujados en el suelo y en cinco hileras de cuchetas.

—¡Ríndanse carajo, que la cosa no es con ustedes!

Los gritos, los disparos y las explosiones provocaron el primer movimiento de defensa de un soldado: todos se tiraron al piso, cuerpo a tierra; cada uno con su “novia”, su FAL, los ojos bien abiertos por la sorpresa y por el peligro. Los más experimentados o, simplemente, los más lúcidos en esa hora crucial, prepararon su fusil en silencio: revisaron la carga y le quitaron el seguro.

—¡Son los extremistas! —soltó un soldado.

—¡Bien cuerpo a tierra todos! —gritó otro.

—Cállense, no hablen que nos van a matar a todos —rogó en voz baja un tercero.

Los guerrilleros dispararon las primeras ráfagas de ametralladora Halcón, que acribillaron la puerta de madera e impactaron contra las paredes del dormitorio, levantando una humareda de pólvora, astillas, revoque y pintura que fue ahogando a los soldados.

Cuando los disparos cesaron, algunos creyeron que todo había terminado, se pararon como resortes y buscaron salir del encierro; Marcelino Torales fue uno de ellos: se levantó y alcanzó a abrir la puerta y a asomarse, cuando un disparo de FAL lo volvió hacia adentro; su cuerpo ensangrentado por los borbotones que se le escapaban de los oídos y de la boca cayó para atrás y empujó de nuevo al suelo a Severino Soto, que también se había alzado y que quedó otra vez cuerpo a tierra, sin un rasguño y debajo del pobre Marcelino, un carismático albañil y cantor aficionado que soñaba con compartir el escenario con Sandro y se murió en cinco segundos, el tiempo suficiente para terminar de estremecerse. Ya le habían informado que saldría de baja a fines de octubre. A Félix Ibáñez un balazo le dio en la mandíbula; se tocó y tenía sangre bien caliente. “Cuerpo a tierra”, le

susurró un compañero, y él se zambulló y ahí se quedó: besando el suelo y tragando su propia sangre. Daniel Quintana sintió que una bala le entraba por el costado derecho, a la altura de la cintura, y no había terminado de caer al piso cuando comenzó a desvanecerse por el dolor.

Ricardo Valdéz recordó sus años de futbolista rudo allá en San Jacinto, una colonia de agricultores a 195 kilómetros de la ciudad de Formosa, y se tiró con los pies hacia adelante, una “plancha” de defensor que le permitió volver a cerrar la puerta. Y ahí se quedó Valdéz, la espalda firme contra el piso, el FAL bien apretado contra el pecho, los pies haciendo fuerza contra la puerta; pensando en su papá, en su mamá, en su tío Cristino y en que podía morir, sí, pero que no debía facilitar la tarea de los guerrilleros dejando que la puerta se abriera otra vez. Juntó coraje y volvió a moverse: colocó su cuerpo a lo ancho de la puerta, que medía unos noventa centímetros. Otros soldados se acomodaron a su lado para ayudarlo a trabar la puerta. Valdéz estaba a unos treinta centímetros de distancia de los atacantes y podía oír cómo cuchicheaban; pensó en tirarles con su FAL pero algunos soldados le hicieron señas de que eso podía delatar su posición.

—Salgan, manga de cobardes, que aquí los subversivos nos están matando a todos —escucharon desde el otro lado de la puerta.

Algunos se confundieron, creyeron que era un oficial o un suboficial que necesitaba ayuda y se levantaron. Otras ráfagas los tumbaron, siempre a una altura de setenta, ochenta centímetros. Dante Salvatierra no alcanzó a pararse: estaba en eso cuando recibió tres o cuatro balazos que le abrieron el pecho y la cabeza y convirtieron su cuerpo en una regadera que no dejó a casi nadie sin salpicar; cayó para atrás, rebotó en el suelo y allí se quedó, agonizando. Rogelio Mazacotte sintió dos golpes en el estómago y uno en un muslo; no le dolió pero se tocó y vio que le salía sangre caliente de tres lugares distintos del cuerpo. A Luciano Vega una bala le rozó la mejilla y lo tiró otra vez al piso. A Ignacio Silva le agujerearon un hombro. Había también otros heridos, como Fausto Landriel y Félix Bernuj. Quienes podían se aguantaban en silencio, pero la mayoría gemía o gritaba de dolor.

Los soldados que no estaban heridos ni muertos y conseguían dominar sus nervios permanecían en silencio, abrazados a sus fusiles, rezando para que a

los guerrilleros no se les ocurriera tirar contra el piso, esperando una oportunidad.

Se las dio el soldado más pequeño de la guardia, Juan Carlos Torales, “Toralito”, 1,54 de estatura, el centro de todas las cargadas de la Compañía A.

Precisamente, para eludir las bromas, acostumbraba dormir en el techito de los armarios de cemento contruidos sobre las paredes de los dormitorios, donde los soldados dejaban sus pertenencias; bien arriba, lejos de las ironías. Desde allí, Toralito podía ver ese domingo qué pasaba afuera, en la galería, a través de la ventana que estaba justo frente a él; de repente, le hizo señas a Valdéz de que se acercaba uno de los guerrilleros con una granada en la mano, dispuesto a tirarla dentro del dormitorio. Valdéz le pidió con las manos que se calmara y que, cuando pudiera, le tirara con el FAL. Toralito se acomodó y, cuando tuvo en la mira al atacante, le disparó desde arriba a una distancia de unos cinco metros.

—¡Cayó! —gritó Toralito, y se tiró del techo del armario de cemento, el “cofre”, como le decían los soldados.

—Aprovechemos para salir —soltó Antonio Oviedo, quien se paró y corrió hacia la ventana, que estaba abierta de par en par por el calor. La tela metálica contra los mosquitos hacía tiempo que estaba rota y no fue obstáculo para Oviedo ni para Valdéz, que saltó desde la puerta y se escabulló en el segundo lugar, a unos cinco metros de distancia de Oviedo. Los siguieron la mayoría de los que no estaban heridos, cada uno con su fusil, hasta que a unos veinticinco metros los más rápidos consiguieron tirarse cuerpo a tierra sobre el pasto y tomar posición, con sus FAL apuntando contra el lugar del que habían escapado.

Los guerrilleros se asomaron al dormitorio, notaron que sólo habían quedado los heridos y los muertos y corrieron hacia la galería desde donde comenzaron a disparar contra los soldados que huían. Los más lentos pagaron con sus vidas.

Tirados sobre el pasto, sus compañeros vieron cómo las balas levantaron por el aire los cuerpos de Alberto Villalba y José Mercedes Coronel y los

depositaron en el suelo ya muertos. Villalba, un empleado de Pozo del Tigre, una localidad del centro de la provincia, fue alcanzado por dos o tres disparos pero sólo largó el fusil cuando quedó como suspendido a dos metros de altura, antes de caer planchado de panza, como una bolsa de papas, a unos diez metros del grupo de soldados cuerpo a tierra. A Coronel, un ciclistero de la zona de Clorinda, en la frontera con el Paraguay, la muerte lo alcanzó cuando corría hacia delante, en dirección a la cerca de alambre del regimiento; los balazos le acertaron en la cabeza y uno de los tiros le salió por el ojo izquierdo; luego de una voltereta en el aire, cayó de rodillas con su FAL debajo de un árbol en un charquito, y quedó como en una plegaria. Coronel fue uno de los tres soldados que no debió haber muerto aquel día: tampoco a él le correspondía estar de guardia, pero había estado enfermo y le habían dado el alta el viernes, por lo cual no tenía previsto viajar a Clorinda a ver a su familia; por eso, aceptó cambiar el franco con otro soldado.

Hay cosas que no se pueden explicar en un combate: Paulino Sosa fue el último de ese grupo en salir del dormitorio y así y todo no sufrió ni un rasguño.

Parecía un fantasma, completamente blanco de la cabeza a los pies porque se le había caído encima revoque de la pared y del techo, y corrió en busca de un árbol protector, un chivato bien grande que le hiciera de escudo; en el camino, una bala le partió la suela de uno de sus borceguíes y escuchó el silbido de varios disparos que buscaban su cabeza hasta que escuchó que alguien le gritó: “ ¡Cuerpo a tierra, soldado!”; él obedeció y tomó posición apuntando su FAL

hacia el edificio del que había logrado escapar.

La decena de soldados que estaba cuerpo a tierra comenzó a disparar contra la humareda de pólvora que identificaba el lugar desde donde partían los disparos, en la primera respuesta militar colectiva de los conscriptos de la Guardia. Los guerrilleros se metieron dentro del edificio de la Guardia para preparar el obligado repliegue.

—Tenemos cinco minutos para retirarnos —avisó el jefe de uno de los dos pelotones.

El soldado Quintana ya había recobrado el conocimiento, pero se quedó unos minutos en el dormitorio con los muertos y el resto de los heridos hasta que se animó y, rengueando por el balazo en la cintura, saltó por la ventana rota y cayó al suelo, muy cerca del cuerpo del guerrillero que había querido tirarles una granada; se levantó y corrió como pudo, también hacia adelante y esquivando algunos balazos. Buscó un árbol robusto para protegerse pero creyó que ya había sido ocupado por Coronel; a unos metros encontró otro árbol, más fino, donde tomó posición. Tuvo suerte porque los guerrilleros ya habían abandonado la galería. Recién se dio cuenta de que Coronel estaba muerto unos minutos después, cuando se le rompió el disparador del FAL, levantó la vista en dirección a su compañero y observó que no se movía y que tenía los ojos y la boca demasiado abiertos; se arrastró, tomó el fusil de Coronel y volvió a su arbolito a seguir tirando. Ya tendría tiempo para llorar esa muerte y la de otros compañeros.

El soldado Soto también aprovechó ese intervalo para escapar: caído debajo del cuerpo de Marcelino Torales, lucía tan ensangrentado que, en la visión de conjunto que tuvieron los guerrilleros cuando abrieron la puerta, parecía un muerto más aunque no tuviera un rasguño. Salió corriendo por la ventana y no paró hasta que pudo salir por el costado del cuartel, gracias a un agujero en el muro que sostenía el alambrado.

El ataque encontró al subteniente Cáceres, el oficial a cargo de la guardia aquel domingo, sentado en el inodoro y con los pantalones bajos.

—¡Este boludo de Saldarini empezó la práctica sin avisarme! —soltó al escuchar los disparos y las explosiones. Y salió lo más rápido posible del baño del edificio de la Guardia para encontrarse en el pasillo con el soldado-guerrillero Mayol, que venía a buscarlo a su dormitorio.

—¡A ver si me gritás ahora, hijo de puta! —le dijo Mayol mientras le apuntaba con una pistola 11.25 y oprimía el gatillo. Pero el disparo no salió.

—¡Yo sabía que eras un guacho traidor! —le contestó Cáceres, que aprovechó y le apuntó con su pistola como para volarle la cabeza. Pero en el apuro se había olvidado de amartillarla, y también apretó en vano el gatillo.

Así estuvieron unos segundos en el estrecho pasillo estos dos jóvenes de 21

años, separados apenas por unos metros, gatillando sin que salieran las balas, entre insultos y con las miradas cargadas de odio. Mayol le tiró una trompada; Cáceres se la devolvió y le sumó una patada; otro guerrillero interrumpió sus disparos contra el dormitorio de los soldados y se acercó con una ametralladora Halcón; cuando lo vio, Cáceres se refugió en un depósito de mercaderías; cerró la puerta, revisó la carga de su pistola, la amartilló, juntó fuerzas y volvió a asomarse, con mucho cuidado. Pero ya no encontró a nadie en el pasillo: Mayol y su compañero habían debido atender otra urgencia, el inesperado escape de los soldados.

Cáceres pudo salir por una ventana a la galería, que daba al frente del regimiento. Todo sucedía a un ritmo vertiginoso, como si fuera una película de guerra. Cáceres avanzó por la galería y pasó por el dormitorio de los soldados; ayudó a escapar a quienes todavía estaban allí y los condujo a la Pista de Infantería, un espacio con obstáculos para la instrucción de los conscriptos, donde se tiraron cuerpo a tierra apuntando, también, contra el edificio de la Guardia. El subteniente sintió un dolor en la pierna y se dio cuenta de que había sido herido por una bala que había rebotado en el piso. Pero eso no le impediría continuar en el combate.

Los montoneros se habían dividido en siete pelotones para atacar el cuartel y cada uno de ellos tenía un objetivo, de acuerdo con el plan cuidadosamente preparado. Si bien se preveía que el combate principal ocurriría en el edificio de la Guardia, los guerrilleros sabían que otro lugar clave para neutralizar era la Compañía Comando, que ese domingo cumplía la función de Retén: allí estaban concentrados los soldados de reserva, listos para actuar en un caso imprevisto, como un ataque. Y al Retén los montoneros enviaron al Pelotón 5, integrado por cinco guerrilleros; tres de ellos vistieron uniformes del Ejército, uno de oficial y los otros dos de soldados.

En su visita del mediodía al cuartel, Mayol se había enterado de un dato importante: aquel domingo no había ningún jefe en esa Compañía. El oficial de semana, el subteniente Víctor Rodríguez, había pedido permiso para viajar a Santa Fe porque su papá se había enfermado, y el suboficial de semana, el sargento primero Sanabria, estaba en la radio en reemplazo de un colega. Cinco minutos antes de las cuatro de la tarde, la máxima autoridad

era Fermín Cabrera, el “ furriel”, un soldado que se desempeñaba como asistente administrativo y que a esa hora roncaba plácidamente, desparrado en su pesado sueño habitual.

—Mi furriel, mi furriel, usted me ha dicho que lo despierte —le dijo el soldado Hermindo Luna con su tonada “ criolla”, ese acento salteño que identifica a los habitantes del oeste de la provincia de Formosa, mientras le tocaba un hombro.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —replicó Cabrera en mal modo.

—Mi furriel, mi furriel, usted me ha ordenado que no me vaya de acá sin despertarlo —subió el tono Luna, ya tomándolo del cuello con cierta impaciencia.

—Ah, sí, Negro; muchas gracias, hermano. Ya me desperté.

Cabrera se alzó, se desperezó, no recordó que su fusil estaba al pie de la cama y caminó hacia su oficinita, ubicada a unos diez metros de la primera fila de cuchetas donde había dormido la siesta; allí lo esperaba su máquina de escribir para continuar pasando en limpio el inventario que debía presentar al día siguiente.

Luna, en tanto, volvió a cruzar la puerta de madera y vidrio oscuro que separaba la cuadra, el dormitorio de los soldados, del hall, y se sentó en un sillón con su fusil sobre las piernas, como le había ordenado el sargento Aguilar dos horas atrás.

—Negro, vos sentáte ahí, en el sillón. Y si viene alguien, hacé fuego —le había dicho Aguilar.

—Que vengan nomás, mi sargento ayudante: ¡los vamos a hacer mierda! —le contestó Luna.

Mientras Luna retomaba su función de cuartelero, a cargo de la vigilancia de la cuadra, Cabrera comenzó a tipear. No había terminado los dos primeros renglones, cuando llegó otro soldado, Heriberto Dávalos, muy contento.

—Mi furriel, de parte del teniente primero José Luis Bettolli, que me dé una orden de salida.

—¿Cómo una orden de salida? ¿Cómo es que te fuiste por ahí cuando tenías la obligación de estar acá, de retén?

—Ah, no sé, no sé. Él me dijo que, si hay problemas y faltan hombres, que vos te hagas cargo del servicio de retén. Así que te dejo mi fusil.

—Yo no te voy a dar el parte firmado; si querés, yo te relleno el papel, te lo dejo acá y vos se lo llevás al teniente primero para que él te lo firme.

—Bueno, preparalo que me voy a bañar.

Bettolli era el jefe de la Compañía Comando. Sucedió que, mientras Cabrera dormía su siesta, Dávalos se había escapado al barrio militar, donde, sin que nadie se lo pidiera, comenzó a arreglar el jardín de la casa del oficial. Cuando Bettolli volvió de almorzar, Dávalos le pidió permiso para dar una vuelta por el centro de la ciudad y el teniente primero, que no sabía que el soldado estaba de retén, lo autorizó a salir del cuartel.

Dávalos se fue a la zona de los baños y las duchas, ubicada al fondo de la cuadra, de la cual estaba separada por una puerta, pero tampoco esta vez pudo Cabrera concentrarse en su inventario: a los pocos minutos escuchó disparos y luego, una fuerte explosión. Manoteó el FAL de Dávalos, salió de su oficina y se dio cuenta de que, si hubiera continuado su siesta, seguramente habría sido destrozado por esa granada que acababa de explotar justo en el borde de la cama donde había dormido tan plácidamente. También vio a dos jóvenes sólo un poco mayores que él, que lucían uniformes militares de fajina y apuntaban contra el puñado de soldados que huían despavoridos hacia los baños y las duchas, algunos con sus fusiles y otros desarmados.

—Ríndanse carajo, tiren sus armas que no les va a pasar nada; la cosa no es con ustedes —les gritaban.

Cabrera estaba a unos seis metros de los dos atacantes, que le daban la espalda y no podían verlo. Un blanco muy fácil. Preparó el fusil, lo puso en

automático, apuntó bien y apretó el gatillo pero no salió ninguna bala. Cabrera abrió los ojos de espanto y sintió que su pulso se aceleraba. Otra vez: preparó el fusil, lo puso en automático, apuntó mejor y presionó fuerte contra el gatillo.

Nada. La boca se le iba secando y las manos le temblaban un poco cuando, por tercera vez, preparó el fusil, lo puso en automático, apuntó con cuidado y gatilló. Otra vez, nada. Las piernas se le aflojaron a Cabrera, que fue deslizándose hasta caer de rodillas, con el FAL acunado en las manos como un juguete inservible, vencido totalmente, a la espera de que esos dos jóvenes apenas mayores que él se dieran vuelta y lo mataran en el acto. Miró los cartuchos que habían saltado del arma y vio que el culote decía: 1953. “ Las balas tienen una antigüedad de veintidós años. ¡Por eso no funcionan! Pero, ¡qué manga de milicos hijos de puta!”, pensó.

—Parpo, ¡vamos a reventar a todos estos hijos de puta que no se quisieron rendir! —le dijo uno de los guerrilleros a su compañero, mientras abría fuego con su ametralladora.

Cabrera, que nunca supo si esa palabra “ Parpo” era un sobrenombre o un apellido, tuvo suerte y ninguno de los atacantes se dio cuenta de su existencia.

Estaban más preocupados en reducir a los soldados que se habían refugiado en los baños y las duchas, y en la piecita del suboficial de semana, ubicada a unos metros del fondo de la cuadra, sobre un costado. Desde esos lugares, los conscriptos que habían llevado sus armas contestaban el fuego e impedían el avance de los guerrilleros.

Juan Carlos Morínigo, más conocido como “ Topo Gigio” o simplemente “ Topo” por el tamaño de sus orejas, era uno de los soldados que habían buscado refugio en la zona de baños y duchas. Como provenía del interior de Formosa y sus padres no tenían dinero, nunca podía aprovechar los fines de semana para viajar a su casa. En la práctica, vivía dentro del regimiento, donde siempre debía cumplir alguna tarea; aquel fin de semana estaba de retén. La primera granada lo tiró de la cama pero no lo mató: lo protegió una pared. Sin saber muy bien lo que pasaba, cargó su fusil e hizo algunos disparos hacia la puerta que sirvieron para que él y sus compañeros

pudieran correr hacia el fondo de la cuadra en medio de una confusa gritería.

Morínigo quería escapar de allí; subió a uno de los piletones y vio por los ventiletes del costado una camioneta Chevrolet estacionada casi frente a la Compañía y un par de personas vestidas de azul que se acercaban sigilosas hacia ese sector.

—Son guerrilleros -le avisó a Ricardo Montenegro, que lo miraba desde el suelo y que en el apuro se había olvidado de recoger el FAL.

Eso fue antes de que sintiera que algo caliente le atravesaba el cuerpo y que escuchara cómo otros disparos pegaban en la pared, y de que cayera a un costado del piletón, donde quedó paralizado, como muerto, viendo cómo, a los pocos instantes, Montenegro caía boca abajo con el hombro izquierdo destrozado.

Desde el suelo, Morínigo vio también que Heriberto Dávalos llegaba corriendo recién bañado, sin armas, con su ropa de fin de semana bien planchada, y que no se decidía a zambullirse cuerpo a tierra para no estropear la salida a la plaza que con tanto ingenio se había fabricado. Duda fatal para este joven de 21 años de Misión Tacaaglé, el mayor de los ocho hijos de un matrimonio de agricultores: otra ráfaga de ametralladora lo tiró contra el piso y comenzó a llenarse de sangre y a temblar; cuando dejó de estremecerse, Dávalos ya estaba muerto, la camisa dominguera desgarrada y coloreada de rojo.

—Yo también me estoy muriendo, como él —se lamentó Morínigo, tendido sobre una rejilla, que, en bajada, atraía la sangre de Dávalos y de Montenegro.

A los tres les habían tirado a través de los ventiletes ubicados en la pared del costado. Desde la Enfermería, vieron cómo un guerrillero era alzado por otro de sus compañeros para que pudiera disparar por ese lugar con una ametralladora Halcón.

Cuando cesaron los tiros desde los ventiletes, Morínigo juntó fuerzas, agarró su fusil, se levantó y avanzó a balazos hacia la cuadra, donde pudo

escuchar que alguien les avisaba a los dos guerrilleros que habían entrado al edificio: “ Vamos, vamos, tenemos cinco minutos para salir del cuartel”. Los atacantes se fueron, y Morínigo llegó a la piecita del suboficial de servicio, donde se habían refugiado algunos soldados.

—Estos montoneros hijos de puta —soltó Morínigo, dolorido y furioso.

En la piecita estaban Antonio Vergara; Quirino Salinas, que había sido herido y seguía en el suelo, y “ El Abuelo” Córdoba, un desertor consuetudinario que tenía unos 35 años y siempre andaba de civil y sin armas. “ El Abuelo” se había escondido debajo de la cama; su cuerpo cubría el agujero del desagüe y, como no quería mojarse con la sangre de Salinas, en un momento arqueó su cuerpo de tal manera que levantó el tejido metálico y desenganchó la cama provocando un estruendo de maderas y metal.

—Hermano, casi me matás del susto —le reprochó Vergara, que, tirado cuerpo a tierra, había disparado todos los tiros de su FAL contra un guerrillero que venía arrastrándose por debajo de las camas.

—No le di, pero tuvo que salir corriendo. No se le veían las patas de lo rápido que huyó.

Lamentaba su suerte Vergara: él era el cafetero de la plana mayor del regimiento y ese domingo el furriel, Fermín Cabrera, lo había puesto como reserva de la guardia.

—La primera vez que estoy de retén y a estos guerrilleros se les ocurre atacar justo hoy.

Ya habían salido de la piecita del suboficial de semana y llegaban al hall, donde el Negro Luna agonizaba.

—Mi furriel, mirá lo que me han hecho —se le quejaba Luna a Cabrera, que le sostenía la cabeza tras haberse salvado de milagro.

Luna estaba tendido en el suelo, el cuerpo cortado en dos por el FAL de uno de los atacantes, las vísceras que se escurrían por los agujeros de los

balazos.

Vergara corrió hacia una de las camas y sacó una sábana de un tirón. Con Cabrera y Morínigo, envolvieron el cuerpo de Luna, lo llevaron a la cuadra y lo colocaron boca arriba.

—Topo, Topo, matame hermano, que me duele mucho —se quejó Luna cuando lo vio a Morínigo.

—Aguantá Negro, que ya viene la ambulancia a llevarte al hospital.

—No doy más, no doy más —gemía Luna, y golpeaba la cabeza contra el suelo, y ese movimiento violento, guiado por un dolor insoportable, le aflojaba la sábana, y se le volvían a caer las tripas, que otra vez eran colocadas en su sitio por sus llorosos compañeros. Y así se fue muriendo Luna, quizá pensando en sus padres, en lo tristes y solos que se quedarían ahora esos campesinos pobres, “peronistas de Perón y Evita”, como decía su hijo conscripto.

Luna estaba sentado de guardia cuando se le aparecieron dos de los guerrilleros que acababan de bajarse de la Chevrolet.

—Rendíte; dame el arma, que la cosa no es con vos.

—¡Acá no se rinde nadie, mierda! —contestó Luna, que saltó hacia un costado y preparó su fusil.

No alcanzó a usarlo: unos disparos de FAL lo partieron en dos. Su gesto, sin embargo, sirvió para alertar al resto de sus compañeros, que se despertaron por el ruido de esos balazos y pudieron huir hacia el fondo de la cuadra.

Al soldado Cirilo René Campuzzano el ataque lo encontró yendo a buscar agua caliente para el mate del jefe de guardia, con el termo en la mano y el FAL

y la bolsa con granadas cruzados sobre el pecho y la espalda, a la cazadora, caminando muy tranquilo hacia el Casino de Suboficiales. Había cruzado la Compañía de Tiradores A cuando vio que venía hacia él una Ford Ranchera

amarilla con desconocidos que parecían ser de la Policía Federal. Ellos lo saludaron con la mano y él les contestó con un gesto similar. Caminó unos metros más y al llegar al Casino, escuchó un grito que recordaría durante toda su vida: “ Alto, somos montoneros”. Campuzzano tiró el termo al suelo, atropelló la puerta vaivén y, una vez adentro del Casino, preparó su FAL

mientras ráfagas de ametralladora impactaban en el techo y las paredes y unas granadas explotaban en los pasillos y en los baños, donde un par de suboficiales se estaban duchando y un subteniente se cambiaba de ropa para hacer gimnasia.

Un guerrillero entró al casino con una ametralladora, y Campuzzano, con la espalda bien afirmada contra una vitrina llena de trofeos, le disparó al pecho; las balas levantaron el cuerpo del atacante y lo tiraron fuera del edificio.

Campuzzano aprovechó para saltar por una ventana y no dejó de correr hasta salir del regimiento por la parte de atrás, convencido de que todo el cuartel ya había caído en manos de los montoneros. Creyó que lo único que podía hacer era buscar ayuda. Una vez en la calle, caminó unos trescientos metros y vio un Torino amarillo.

—Por favor, necesito que me lleve al centro, al Distrito Militar, frente a la Plaza San Martín —le dijo al conductor.

—No te puedo llevar, voy para el otro lado.

—Me llevás o te tiro —le contestó Campuzzano levantando su FAL a la altura de la cabeza del hombre.

Las dos compañías de Tiradores, A y B, fueron reducidas con cierta facilidad por los guerrilleros.

La Compañía B estaba al lado de la Compañía Comando, y a ella pertenecía Mayol: fue la única donde los atacantes no debieron disparar un tiro. Como ese domingo no cumplían la función de guardia o de reserva, los pocos soldados que estaban allí no tenían armas.

En la Compañía A, del otro lado de la Plaza de Armas, el soldado Mateo Amarilla estaba en el baño, acomodándose el birrete del uniforme de salida, todo de color marrón claro. Él hacía los mandados y llevaba los mensajes y las órdenes; era el estafeta del sector. Luego del almuerzo, el subteniente Ricardo Massafarro le había dado una orden muy precisa.

—Soldado, después de la siesta, tiene que salir a la farmacia para comprarme estos remedios —y le entregó una receta.

Los disparos de Itaka retumbaron en toda la compañía, y Amarilla, que no tenía armas, esperó algunos minutos antes de correr hacia la puerta que separaba la cuadra del hall. Cuando lo hizo y se asomó, vio los dos cadáveres bañados en sangre, con los rostros destrozados, irreconocibles; el de Massafarro, que aquel domingo era el jefe del Retén, la reserva de la guardia, y el del soldado Edmundo Sosa, el furriel, el asistente administrativo de la Compañía. Y vio también cómo los perdigones de Itaka habían perforado las paredes del hall. Los dos guerrilleros ya se habían retirado de la Compañía: se asomaron a la cuadra, no vieron a nadie y corrieron en dirección al edificio de la Guardia, donde el tiroteo era intenso.

Massafarro había ido a dormir la siesta y en el hall se encontró con Sosa, que estaba de cuartelero, vigilando la cuadra vacía aunque sin armas.

Los guerrilleros los sorprendieron con sendos tiros de Itaka a la cabeza, tanto que Massafarro, que era conocido por su agilidad, ni siquiera pudo sacar su pistola. Como Sosa, sólo atinó a girar la cabeza en un movimiento de protección por lo cual el disparo le impactó en la nuca, de atrás para adelante, y le separó el rostro como si fuera una máscara.

Por eso fue que al otro día, temprano, el soldado Silverio Molina tuvo que ayudar en la reconstrucción del cadáver de Massafarro: para que sus padres en Buenos Aires no se apenaran tanto y pudieran verlo en un mejor estado, le pegaron la cabeza con yeso. Lo mismo se hizo con el soldado Sosa, quien, en realidad, podía haberse salvado del servicio militar porque no tenía padre; él trabajaba como obrero metalúrgico y era único hijo varón ya que tenía una sola hermana, de apenas un año, Mariana, que ahora es periodista del principal diario de Formosa, *La Mañana*. Pero había pedido cumplir con el servicio militar porque quería ser conscripto, algo que no era

tan inusual en Formosa y en otras provincias, en especial en los sectores populares, donde esa situación “ bajo bandera”, de “ servir a la patria”, era vista con orgullo por padres e hijos.

Sosa no debería haber estado aquel domingo en el cuartel por una segunda razón. Cinco días antes, el 30 de septiembre, se había producido la primera baja, que benefició a la veintena de soldados que habían sido los mejores de la clase 54. Sosa fue uno de los dos seleccionados en su Compañía, pero rechazó el premio con un argumento singular: si bien su madre y su abuela lo necesitaban, prefería quedarse y que se fuera en su lugar uno de sus compañeros, que era casado, con dos hijos y tenía gravísimos problemas económicos.

Había, además, una tercera razón por la cual Sosa no debería haber estado aquel domingo de cuartelero: le tocaba a otro soldado, Alberto Canteros, que era de Clorinda, de una familia muy pobre. Canteros, que también era furriel, le había pedido a Sosa si podía reemplazarlo porque necesitaba viajar a Clorinda ese fin de semana para hacerse unos pesos hombreando bolsas de harina y de azúcar, que eran los productos en auge en aquel momento en el contrabando a Paraguay.

—Me pagan muy bien y son sólo tres horitas el sábado a la madrugada. En mi casa están precisando ese dinero.

—Está bien, yo te hago la guardia —le contestó Sosa.

Tres razones para que su madre, Catalina, con quien se llevaba tan bien que iban juntos a bailar a los clubes, a los corsos y a las bailantas, no se sintiera tan vacía para siempre.

Capítulo 6

EL COMBATE INESPERADO

—¿Quién fue el traidor?

—*El hijo de puta de Mayol, pero ya lo bajamos; es el único que está con pantalón marrón.*

Tendido boca arriba, el soldado Roberto Mayol se arrastraba en busca de un árbol salvador. Los militares y soldados que escucharon el dato sobre el pantalón marrón concentraron el fuego sobre Mayol hasta que su cuerpo dejó de moverse, perforado por una lluvia de disparos.

“ El Monumental está de fiesta, River Plate gana 1 a 0 y se afirma en la cima del campeonato. El partido contra Cipolletti recién comienza. Toma la pelota Oscar Mas en la mitad de la cancha y avanza a toda velocidad; el puntero izquierdo elude a su marcador, Ceca; le sale el número 2 y también lo deja en el camino; peligro de gol; peligro de gol; Mas remata al arco; rechaza el arquero, Luna; insiste Mas desde el suelo, con la derecha, y gol, gol, gol, gooooooolllll de River; golazo de Oscar ‘Pinino’ Mas, que a los 12 minutos del primer tiempo marca el 2 a 0 con el que River Plate le está ganando al Club Atlético Cipolletti, de la provincia de Río Negro, en el Monumental de Núñez.”

Ni tiempo para festejar tuvo el subteniente Raúl Fernández, que escuchaba medio dormido el partido en su habitación, en el primer piso del Casino de Oficiales, que era donde vivían los oficiales solteros. Los estallidos de un par de granadas y el tableteo de una ametralladora taparon la voz del Relator de América, José María Muñoz; Fernández dudó unos instantes, hasta que se dio cuenta de que una balacera tan intensa no podía deberse a una mera práctica; saltó de la cama, apagó la radio que le había regalado su abuela y, en calzoncillos, abrió la ventana, que daba a uno de los costados del regimiento.

Fernández vio que del edificio de la Guardia escapaban varios soldados, y que un joven alto, rubio, delgado, todo vestido de azul, les tiraba con una ametralladora.

—¡Son los subversivos, carajo!

Fernández se vistió con lo que tenía a mano: su pantalón de combate, el cinturón con el porta cargadores y un par de mocasines porque no encontró los borceguíes; controló el FAL y salió así, sin camisa ni remera. Mientras bajaba las escaleras, se le sumaron otros tres oficiales, cada uno con su arma: a principios de aquel año, el jefe del regimiento, el coronel Dardo Oliva, había dispuesto que todos los “ cuadros” militares (oficiales y suboficiales) llevaran un FAL con ochenta tiros a sus viviendas porque, según machacaba, un cuartel podía ser atacado y sorprendido, pero lo importante era que tuviera capacidad de reacción. Fuera del Casino de Oficiales, pudieron escuchar que el oficial a cargo de la guardia, el subteniente Jorge Cáceres, les gritaba desde el otro lado de la calle Marcial Rojas.

—¡Nos atacan los subversivos! ¡Ayuda, que nos matan a todos!

Cáceres había sentido un golpe en la pantorrilla, pero sólo se dio cuenta de que estaba herido cuando intentó cruzar la calle para convocar a los militares que dormían la siesta en el Casino de Oficiales: quería correr pero no le respondían las piernas. Por eso, se limitó a llamarlos a los gritos. Ya había distribuido a los últimos soldados que habían salido del dormitorio de la Guardia y decidió desplazarse hasta el Puesto 1, hacia la entrada principal del cuartel, sobre la avenida que ahora se llama Subteniente Ricardo Massaferro. Aprovechó un agujero en la cerca de alambre y salió a la esquina del regimiento; en diagonal, en la otra vereda, ya se habían juntado algunos vecinos que pensaban que se trataba de una práctica más.

Cáceres se encontró con algunos oficiales, los primeros en llegar al lugar establecido como el punto de encuentro del personal militar si había que recuperar el cuartel luego de un ataque durante la noche, un domingo o un feriado, según un plan de defensa que había sido elaborado unos años antes y que cada tanto era actualizado. Les contó lo que estaba ocurriendo y les pidió que intentaran bloquear el repliegue de los guerrilleros, que seguramente iban a salir por donde habían entrado, el antiguo portón ubicado al lado del Puesto 2, a unos cuatrocientos metros de allí.

Ésa era, precisamente, la misión del subteniente David Cabrera Rojo, un porteño que provenía de una familia de militares, en el plan de defensa del cuartel: cerrar la salida del fondo encabezando a los soldados que estuvieran disponibles. Aquel domingo, como era habitual, Cabrera Rojo había ido a misa con su esposa, María Rosa, y estaba reponiéndose del almuerzo en una hamaca paraguaya con su hija de cinco meses dormida sobre su pecho cuando escuchó una explosión “ como de veinte fuegos artificiales”. El subteniente llevó su hija al dormitorio, tomó su fusil y las municiones, le dejó a su mujer un revólver calibre 38 y, vestido como estaba, con un jean y una remera azules, se fue corriendo al cuartel. A su esposa, que no sabía manejar un arma, se le escapó un tiro que perforó el respaldo de la cama matrimonial, y prefirió encerrarse con su hija y una radio en un placard de hormigón. Cabrera Rojo salió de su casa y se encontró con su vecino, el subteniente Agustín Torres Del Sel, un santafesino que acababa de comprarse un Fiat 600 celeste cero kilómetro. En ese auto llegaron los dos a la esquina del cuartel.

Los militares no tenían equipos de comunicación portátiles y se comunicaban a los gritos, como Cáceres también hizo con el capitán Rodolfo Mazzino, jefe de la Compañía Servicios. Mazzino había estado a cargo de la guardia el día anterior y llevaba una remera roja, a tono con lo que indicaba el plan de recuperación del cuartel, que señalaba que, para distinguirse de los eventuales atacantes, los “ cuadros” debían llevar alguna prenda de ese color.

Cáceres también vio llegar a un grupo de marineros que venía a colaborar con los defensores del cuartel, encabezados por el oficial principal Darío Alcides Solís. Hacía un año que Solís, un entrerriano de Concordia, estaba destinado en el destacamento de la Prefectura en Formosa; ese domingo, le tocó la guardia y a media tarde recibió un llamado telefónico del mayor Ricardo Ducros, que era el número tres del regimiento y el jefe de Operaciones. Un pariente de Ducros trabajaba como técnico de la agencia estatal de noticias Telam y el día anterior había viajado a Formosa para inaugurar la corresponsalía. Ducros lo estaba llevando al aeropuerto para que tomara el avión de regreso a Buenos Aires cuando se encontró con que los guerrilleros habían bloqueado la ruta y llamó al cuartel, pero allí la línea ya había sido cortada; intentó comunicarse entonces con el Casino de

Oficiales pero le daba siempre ocupado. Por último, probó con la Prefectura y lo atendió Solís, quien, luego del llamado, les preguntó a los conscriptos que estaban de guardia quién quería acompañarlo porque “ parece que atacaron el cuartel”; no quedó uno sin ofrecerse. Solís eligió a siete u ocho y se distribuyeron fusiles, cargadores y pistolas. Salieron “ más pesados que la puta”, según recuerda ahora, y se subieron a una camioneta para recorrer la decena de cuadras que los separaban del regimiento. Por el camino, se encontraron con varios oficiales, suboficiales y conscriptos que estaban de franco. Habían oído los tiros y se dirigían al trote al cuartel.

Ahí fue cuando Cáceres escuchó la voz del teniente primero José Luis Bettolli, que acababa de llegar al Puesto 1 y ya estaba cuerpo a tierra apuntando con su pistola ametralladora hacia adentro del cuartel.

—Cáceres, ¿dónde está?

—Acá, mi teniente primero; en la esquina.

—¿Quién fue el traidor?

—El hijo de puta de Mayol, pero ya lo bajamos; es el único que está con pantalón marrón.

Tendido boca arriba, el soldado Roberto Mayol se arrastraba en busca de un árbol salvador. Los militares y soldados que escucharon el dato de Cáceres sobre el pantalón marrón concentraron el fuego sobre Mayol hasta que su cuerpo dejó de moverse, perforado por una lluvia de disparos.

Mayol fue el anteúltimo en caer de los guerrilleros que había atacado el edificio de la Guardia. Se derrumbó con una MAG en brazos, una ametralladora pesada que Cáceres había hecho traer a su despacho desde la Sala de Armas de la Compañía A para reforzar la guardia ante un posible ataque, que, preveían, sería por la noche; nunca durante la sagrada siesta formoseña.

La otra MAG había sido corrida de lugar durante la siesta, lo que desconcertó a los montoneros, que no alcanzaron a verla cuando entraron al cuartel: ya no estaba emplazada al lado del mástil, cerca de unos pinos, sino

unos cuantos metros más atrás, bajo unos árboles frondosos, casi dentro del local de la Mayoría, que era donde funcionaba la plana mayor del regimiento. Así lo había decidido Cáceres luego de la sorpresiva visita de Mayol, siguiendo uno de los últimos agregados al plan de recuperación del regimiento, que indicaba que esa MAG debía rotar durante todo el día.

El cambio de lugar de la ametralladora pesada favoreció a los defensores del cuartel. Desde allí, a unos ochenta metros, disparaban contra los guerrilleros que habían asaltado el local de la Guardia, que también eran tiroteados por los soldados que habían escapado del dormitorio de la Guardia para tomar posición a unos cuarenta y cinco metros, y desde el Puesto 1, a cien metros. Esos tres focos de fuego formaron un triángulo mortal para el grupo de elite que atacó la Guardia.

El sargento ayudante Isaías Aguilar tiraba desde el Puesto 1. Ahora, a los 74 años, se dedica sólo al folclore y hasta hace poco conducía un programa por Radio Nacional, en Formosa.

—Yo nunca habría hecho lo que hizo Mayol en aquel momento: había en el edificio de la Guardia una MAG. Mayol tendría que haber tomado la MAG, plantarla en tierra y atacarnos a nosotros. Pero él quiso llevarse esa arma, y fue uno de los que más lejos llegó de los siete que intentaron replegarse desde la Guardia. Si se avivaba y nos tiraba, nos borraba del mapa, y la historia habría sido otra.

Mayol cayó a unos veinte metros de la Compañía Servicios, cerca de donde lo esperaba el furgón en el que los guerrilleros pensaban escapar junto con doscientas armas “recuperadas” del cuartel, con el doble objetivo de reforzar los recursos y la moral del naciente Ejército Montonero y ridiculizar a sus nuevos enemigos del Ejército Argentino.

Los siete guerrilleros (ya había muerto uno de los integrantes de los pelotones 3 y 4) se habían concentrado en el edificio de la Guardia a la espera del momento propicio para replegarse. Permanecieron adentro unos minutos, hasta que, ante el temor de perder el avión que ya había sido secuestrado para el gran escape, salieron de allí totalmente desprotegidos, sin esperar a que un fuego amigo les cubriera la retirada.

Tendido cuerpo a tierra, Ricardo Valdéz era uno de los soldados que aguardaban con su FAL el repliegue de los atacantes, como les había ordenado Martín Leobino Páez, un cabo primero que llegó al cuartel tal como estaba vestido cuando supo del ataque, sin uniforme, en remera y pantalón corto, todo de blanco. Páez se dio cuenta de que los guerrilleros no tenían otra opción que salir por el frente del edificio de la Guardia en dirección a la Compañía Servicios, ubicada a unos setenta metros.

Bien pertrechados, cada uno con un fusil, una ametralladora o una escopeta, tres cargadores, una pistola y una bolsa con granadas de fabricación montonera, los guerrilleros demostraron ahí que estaban bien adiestrados: salían de a dos, corrían tres o cuatro metros en zigzag y se tiraban al piso, rodaban otros dos o tres metros, se levantaban y otra vez, a correr en zigzag para volver a rodar como si fueran tambores cuesta abajo. Todo en vano: ninguno de ellos sobrevivió; los dos primeros, por ejemplo, no pudieron correr más de siete u ocho metros.

En realidad, un guerrillero logró llegar a la Compañía Servicios, pero fue llamado por uno de sus compañeros, que estaba herido, y volvió sobre sus pasos; cuando se agachó, también fue derribado. Los militares supieron luego por qué había retornado: el caído tenía el plan de fuga del cuartel dibujado en un papel de aluminio, de esos que se usan para envolver cigarrillos. Había alcanzado a entregar el improvisado mapa, pero el receptor también murió.

El plan de Operación Primicia preveía que, luego de reducir a todos los soldados de la Guardia, los cuatro miembros del Pelotón 3 ocuparan ese edificio y concentraran la vigilancia, y eventualmente el fuego, sobre el barrio militar y el Casino de Oficiales para evitar el contraataque de los oficiales y suboficiales.

El objetivo era permitir que los cuatro integrantes del Pelotón 4 se desplazaran a la Compañía Servicios para abrir la Sala de Armas y cargar en un furgón, el camión Ford F-350, los doscientos fusiles que pensaban llevarse del regimiento, el “botín” en la jerga de los montoneros.

En la realidad, luego de que se les escaparan casi todos los soldados y de que incluso sufrieran una baja, los guerrilleros se encerraron en el local de

la Guardia y quedaron en medio de un triple fuego mortal.

Raúl Yaguer había establecido su puesto de comando entre las compañías A y Servicios, asistido por los dos miembros de su pelotón. Desde allí, seguía el desarrollo de la batalla y tomaba decisiones sobre la marcha para mejorar las posibilidades de victoria, en comunicación con el aeropuerto y los guerrilleros que controlaban la ruta de entrada y de salida a la ciudad de Formosa a través de los equipos de radio instalados en su móvil. Eran aparatos muy modernos: en ese aspecto, los montoneros aventajaban claramente a los militares, que sólo tenían una radio fija, en el local de la Guardia, y debían comunicarse entre sí a los gritos.

Yaguer había seleccionado una cantidad reducida de combatientes para no dificultar aún más el escape en avión y por eso, a último momento, había tenido que hacerse cargo también de tomar la Compañía Servicios, una tarea que cumplió sin dificultades. Desde ese edificio, pudo ver algo que lo sorprendió mucho porque no estaba dentro de su rigurosa planificación: los soldados, armados o desarmados, desobedecían las órdenes de rendición. “En todos lados presentaron fuerte resistencia y en algunos lugares esa resistencia fue suicida”, señaló dos semanas después la revista *Evita Montonera* en su informe sobre esa “verdadera batalla”, donde el “fuego fue impresionante. Para tener una idea aproximada de lo que fue su intensidad hay que computar entre ambos bandos alrededor de sesenta personas haciendo fuego simultáneamente con FAL, pistolas ametralladoras, la ametralladora pesada MAG, granadas y armas cortas”.

El principal problema estaba en la Guardia. Yaguer quiso instalar una base de fuego en la Compañía Servicios para proteger la retirada de sus compañeros, utilizando a los guerrilleros del Pelotón 5, que se estaban replegando de la Compañía Comando, donde estaban los soldados del Retén. No hizo a tiempo: los miembros de los pelotones 3 y 4 no esperaron más, salieron de la Guardia y fueron acribillados.

Yaguer perdió así a los guerrilleros que, en su diseño, debían encontrar y cargar el botín. En un gesto de rabia, abrió él mismo la puerta de doble hoja de la Sala de Armas y ordenó a sus compañeros que descolgaran rápido los fusiles y los amontonaran en las cuatro amplias mantas blancas que habían traído para subirlos primero al furgón y luego al avión.

Para los militares, el cabo primero Guillermo Tissera fue uno de los héroes de la jornada. Estaba tirando desde el Puesto 1 cuando vio que la MAG se había trabado y que el soldado a cargo, Guillermo Trinidad, no lograba arreglarla; también notó eso uno de los atacantes en la Compañía Servicios. Tissera y el guerrillero corrieron a controlar una posición que podía definir la suerte del combate; en el trayecto, intercambiaron varios disparos; como la distancia desde la puerta de entrada era menor, Tissera ganó la carrera, y le gritó al soldado.

—Bajalo a ese que viene ahí.

El soldado tomó su FAL y puso fuera de combate al atacante, que cayó en la Plaza de Armas.

Tissera arregló la ametralladora pesada y aprovechó para destrozar casi todos los vehículos de los atacantes, que ya no podrían ser utilizados en la fuga; sólo se salvaron dos rodados que estaban estacionados fuera de su visión de tiro: el furgón, en la Compañía A, y la camioneta Ford F-100 colorada, en el Casino de Suboficiales, aunque con una goma reventada.

Además, Tissera disparó contra los guerrilleros que intentaron fugarse desde el edificio de la Guardia. Unos minutos después de que cayera el último de éstos, los soldados que seguían cuerpo a tierra detrás de ese edificio vieron que el furgón se movía e intentaba recoger a los heridos.

—Soldados, vamos a cerrarles la salida; vamos al Puesto 2, al lugar por donde entraron —gritó el cabo Páez.

Yaguer ordenó la retirada en medio de aquel tiroteo infernal, cuando comprendió que, luego de la sorpresa inicial, la resistencia inesperada de los soldados estaba volcando el resultado del combate hacia una derrota segura de los atacantes. Incluso, se había quedado sin el Móvil Comando: por un error inexplicable, la Ford Ranchera celeste había quedado estacionada frente a la Compañía Servicios, dentro del radio de fuego de los militares, en especial de Tissera con la MAG. Ya ni siquiera podía comunicarse con sus compañeros del aeropuerto y de la ruta.

Yaguer rompió el parabrisas del furgón y ordenó que instalaran en el capot un Fusil Automático Pesado (FAP) tomado del cuartel “ para abrírnos paso de cualquier forma”. Los guerrilleros subieron al camión, dieron la vuelta, recogieron algunos compañeros y marcharon hacia el lugar por donde habían entrado, la puerta trasera del cuartel. Habían alcanzado a subir al furgón tres atados de lona con un número de armas que variaría entre dieciocho y cincuenta Fusiles Automáticos Livianos, según se consultara a fuentes militares o montoneras, además del FAP.

Pero Yaguer no advirtió que los tres miembros del Pelotón 6 que controlaban el Casino de Suboficiales, desde donde cubrían la retaguardia, no habían escuchado la orden de repliegue debido a “ la intensidad del combate y a la distancia que mediaba entre nosotros y el resto de los compañeros”, como informó luego *Evita Montonera*; ellos tres, junto con el jefe del Pelotón 5, que había ocupado la Compañía Comando y estaba herido, quedaron aislados y tuvieron que retirarse por su cuenta en la camioneta Ford que todavía funcionaba.

Los guerrilleros del Pelotón 6 relataron a *Evita Montonera* cómo lograron escapar: “ Una vez producida la retirada del grueso de nuestra fuerza, comenzó una lluvia de fuego sobre nosotros, ya que éramos la única posición que quedaba ocupada. Casi al mismo tiempo se nos aproxima una camioneta conducida por un compañero con un raspón en la cara del cual manaba abundante sangre; manejaba a la vez que disparaba con su pistola. Abordamos la camioneta en la parte posterior del Casino, a cubierto del fuego enemigo. Cuando salimos del Casino, recibimos una descarga cerrada desde el flanco izquierdo del cuartel que nos hizo pensar que no nos podíamos retirar. Pero al repeler el fuego enemigo, éste buscó cubierta permitiéndonos que nos acercáramos al portón del Puesto 2, que estaba clausurado y al que debimos tirar abajo con la camioneta. De allí salimos a la ruta principal, que se encontraba a un kilómetro de distancia”.

Unos minutos antes, luego de recibir la orden del cabo Páez, los conscriptos se habían alzado y corrido agazapados y en zigzag hasta la cerca de alambre que daba a la calle Marcial Rojas; allí había un agujero por donde salieron del cuartel. En fila india, agachados y protegidos por el muro, siguieron corriendo, esta vez en dirección a la puerta trasera del regimiento, pero a

unos cien metros vieron que el furgón arrancaba literalmente el portón y, luego de un decidido volantazo del chofer, escapaba en dirección al aeropuerto. Por el impacto, las puertas traseras del Ford F-350 se abrieron de par en par y dejaron al descubierto a varios guerrilleros parados; a algunos recostados, tal vez heridos, y a tres bultos envueltos con mantas blancas que contenían las armas “recuperadas”. De inmediato, esas puertas fueron cerradas desde adentro. Los soldados dispararon sus armas, en vano. El cabo Páez lloraba de bronca.

—¿Cómo se nos escaparon! ¿Por qué no me di cuenta antes?

Antes del furgón había escapado la Ford colorada con su rueda trasera derecha reventada.

Otro que lamentaba que los guerrilleros se hubieran escapado por tan poco era el subteniente Fernández, que había llegado al Puesto 2 junto a un grupo de oficiales y suboficiales que se había ido engrosando en el camino, dirigido por el segundo jefe del regimiento, el teniente coronel Andrés Luis Plechot.

Plechot ordenó a los oficiales, suboficiales y soldados que se prepararan para recuperar el regimiento desde la puerta trasera. Y les recomendó que entraran de a dos, espalda contra espalda, bien protegidos, porque no sabían si todavía había guerrilleros adentro del cuartel, y que tuvieran mucho cuidado dónde pisaban porque los atacantes podían haber “sembrado” minas.

—¿Dónde dejaste el auto? —le preguntó el subteniente Cabrera Rojo a su colega Torres Del Sel, en alusión al Fiat 600 celeste flamante con el que habían llegado al cuartel.

—En la esquina del regimiento, frente al Casino de Oficiales. ¿Por?

—¿Y si lo buscamos y perseguimos a los subversivos? Si cortamos camino, en una de esas los alcanzamos.

—Bueno, vamos.

En la otra punta, el subteniente Cáceres ya había llegado a la entrada principal del regimiento. Había caminado unos metros agachado, protegido por el muro de sesenta centímetros de altura que formaba la base del tejido de alambre, y luego se había metido en la cuneta, lo cual le permitió moverse más rápido aunque el agua podrida le infectara la herida en la pierna. Al llegar al Puesto 1, se encontró con el teniente primero Bettolli, el sargento ayudante Aguilar y el cabo primero Juan Carlos Camicha, entre otros colegas.

Cuando comenzó el ataque, Bettolli estaba durmiendo la siesta en la casa que compartía con su esposa y sus tres hijos mayores en el barrio militar, a unos trescientos metros del cuartel. Había comido un asado junto a sus suegros en una empresa que construía una ruta en el interior de Formosa, ya que ese domingo se festejaba el Día del Camino. También él se vistió a las apuradas y, luego de dejarle a su suegro un Winchester y un revólver 38 para que protegiera a la familia, en vez de dirigirse hacia la esquina del cuartel, que era el punto de reunión en una contingencia como esa, atravesó a la carrera la cancha de rugby y las casas de los suboficiales y desembocó en la entrada principal del regimiento.

Nunca sabría el motivo de esa opción, pero lo cierto fue que a los pocos minutos, viendo que todos tiraban pero nadie entraba al cuartel, tomó otra decisión inesperada: era el oficial de mayor rango y correspondía que se quedara dirigiendo el operativo, pero resolvió encabezar la recuperación del regimiento.

—Voy a avanzar; ustedes, cúbranme.

—Mi teniente primero, yo voy con usted —le dijo Cáceres.

—Guarda que en la camioneta hay uno; detrás de la camioneta había otros dos pero hace un rato que no tiran —les avisó Aguilar.

Entre el Puesto 1 y el edificio de la Guardia los tres guerrilleros del Pelotón
2

habían atravesado la Ford Ranchera color limón, a unos treinta metros de la entrada principal, precisamente para bloquear un eventual contraataque

desde ese lugar.

Bettolli avanzó y, mientras Cáceres se las arreglaba para abrir la puerta del vehículo, entre el teniente primero y los militares que tiraban desde el Puesto 1

y la MAG pusieron fuera de combate al guerrillero. Bettolli dio la vuelta al vehículo y comprobó que los otros dos atacantes también estaban muertos.

—Listo, vamos hacia el edificio de la Guardia —le dijo a Cáceres, mientras sus compañeros se movían del Puesto 1 a la camioneta, siguiendo sus pasos.

Lo primero que vieron fue al soldado Antonio Arrieta muerto en su puesto de telefonista de turno, frente al cablerío de la central, con los auriculares todavía en sus oídos y la cabeza levemente inclinada a un costado, como si estuviera durmiendo. Antes del servicio militar, Arrieta vivía en la capital con su familia y ayudaba a su papá en una chacra en Colonia Villafañe, a cien kilómetros.

Cruzaron el pasillo, entraron al Centro Fijo de Comunicaciones y encontraron el cuerpo del sargento primero Víctor Sanabria, tirado en el piso junto a la radio del regimiento.

—Sanabria, ¡pobre Dora, su esposa! —soltó Bettolli, que era el jefe del sargento en la Compañía Comando.

—Uhhh, ¡qué desgracia! —exclamó el subteniente Cabrera Rojo, que estaba a cargo de la sección Comunicaciones en la Compañía Comando; en esa sección, Sanabria era el numero dos. Cabrera Rojo volvía de perseguir a los atacantes que habían huido en la camioneta.

—Cabrera, usted que es hábil en estas cosas, fíjese si alguna de estas radios funciona —le ordenó Bettolli mientras observaba por la ventana qué estaba sucediendo en el resto del cuartel.

Cabrera Rojo agarró el microteléfono y vio que funcionaba.

—La radio anda, mi teniente primero.

—Haga un llamado a ver quién lo escucha y dígale la situación que estamos viviendo —agregó Bettolli.

Cabrera Rojo empezó a dar la alarma a la brigada, localizada en Corrientes.

Luego de varios intentos, lo atendió un suboficial pero del cuartel de Misiones.

—Me contestan de Misiones... Acá, Regimiento de Infantería de Monte 29; el regimiento ha sido copado y estamos combatiendo.

Bettolli dejó de mirar por la ventana y se dio vuelta, muy enojado.

—¡Cabrera! ¿Cómo copado? El regimiento ha sido atacado y estamos combatiendo para recuperarlo.

—Rectifico: el regimiento ha sido atacado y estamos combatiendo para recuperarlo.

En eso, Bettolli desvió la vista hacia la cama en la que Sanabria había estado recostado tomando unos mates, y descubrió un pie que volvía rápido a la oscuridad.

—¡Hay uno debajo de la cama! ¡Salí de ahí, hijo de puta! —gritó Bettolli.

—¡Mostrá la cara, cobarde! —agregó Cáceres.

—¡Nadie tire! ¡Sacá la cabeza con cuidado, no hagás nada raro! —ordenó Bettolli.

Todos apuntaron hacia la cama y, luego de unos segundos, vieron cómo iba apareciendo la cabeza del soldado Hermenegildo Villagra, uno de los auxiliares de Sanabria, que, desarmado, se había escondido debajo de la cama siguiendo la orden del sargento. Lloraba asustado Villagra, que acababa de salvar su vida por segunda vez en poco más de media hora.

Bettolli, Cáceres y el resto de los oficiales y suboficiales fueron luego al pequeño dormitorio de la Guardia. Aquello era el infierno: soldados muertos y heridos en el piso sucio de sangre y revoque; las paredes, la

puerta y la ventana destrozadas por los balazos; un olor a pólvora que revolvía las tripas; los gemidos de los soldados que todavía estaban vivos. Dante Salvatierra, que antes de incorporarse al servicio militar había sido bombero y peón de campo, tenía disparos en el pecho y en la cabeza y agonizaba cuando lo vio a Cáceres.

—Mi subteniente, les cerramos la puerta —alcanzó a decirle, y se murió con una sonrisa leve.

Por su lado, Plechot y su grupo avanzaban desde el Puesto 2. Sin mayores dificultades porque no quedaba un guerrillero en ese sector. Primero recuperaron el Casino de Suboficiales, que estaba destrozado por balazos y granadas; en el hall, descubrieron el cuerpo del soldado Ismael Sánchez, que era el cuartelero o vigilante del Casino, todavía sentado en un sillón. Las fuentes difieren en qué hacía cuando lo mataron: algunos dicen que estaba en calzoncillos y con una aguja en la mano porque se había sacado los pantalones para coserlos; otros sostienen que leía una revista. Una cosa parece segura: Ismael Sánchez, un agricultor de la zona de Ibarreta, a doscientos kilómetros de la capital provincial, no tenía armas ya que los únicos que estaban armados aquel domingo eran los soldados de la Guardia y del Retén.

Fuera del Casino de Suboficiales, encontraron herido al ayudante de cocina Martín Benítez, con un disparo en el vientre. El soldado Severino Soto, que había vuelto a entrar al regimiento tras escapar sin un rasguño de la matanza en el dormitorio de la Guardia, le colocó los intestinos en su sitio y se quedó con él a esperar que se lo llevaran al hospital.

El resto del grupo fue a la cocina, al comedor de los soldados y luego a la Compañía A, donde descubrieron los cuerpos del subteniente Ricardo Massafferro y el soldado Edmundo Sosa. Fuera del edificio siguiente, la Compañía Servicios, detrás de unos árboles, encontraron el cuerpo del soldado Tomás Sánchez, un empleado del interior, de Colonia Villafañe, que estaba de guardia y caminaba hacia la Compañía A cuando se tiroteó con los ocupantes de uno de los móviles guerrilleros.

Acongojados porque la cantidad de víctimas propias era mayor de lo que habían supuesto, los dos grupos, el que avanzaba desde la entrada principal

y el que venía desde la puerta trasera, se encontraron en la Compañía Servicios, que concentraba todas las actividades logísticas del cuartel, desde la preparación de la comida a la provisión de armas pasando por el cuidado de las mulas y los perros y el mantenimiento de los vehículos. Por eso, la llamaban “Tahyí”, hormiga, en guaraní. Varios militares fueron hasta el cuerpo del soldado Mayol, que había caído cerca, y le dedicaron un rosario de insultos; algunos lo escupieron y otros lo patearon.

La Compañía Servicios era la única donde los atacantes habían logrado ingresar a la Sala de Armas, y a simple vista se notaba que se habían llevado varios fusiles. Cáceres llegó rengueando y vio cómo varios oficiales y suboficiales zamarreaban al soldado que estaba de guardia en esa Compañía, Ramón Godoy, a quien acababan de sacar de los pelos de su escondite: por el susto y porque estaba desarmado, se había refugiado debajo de una cama cuando escuchó que entraban los guerrilleros.

—Éste es un traidor —aseguraba uno.

—Dejó que se robaran las armas —acusaba otro.

—Lo vamos a fusilar aquí mismo —proponía un tercero.

Parecía que iban a matarlo cuando el subteniente Elsio Luis Faraudello se metió en el medio y puso al tembloroso soldado detrás de su cuerpo.

—Ustedes están locos, che —y se alejó con el soldado sin que nadie se atreviera a cruzarse en su camino.

Los guerrilleros manejaban una información muy precisa, seguramente proporcionada por el soldado Mayol.

En primer lugar, sabían que la guardia de todo el cuartel del día anterior, el sábado 4 de octubre, había estado a cargo de personal de la Compañía Servicios.

Ése era un dato clave: la orden era que todas las armas tenían que estar encadenadas a las paredes, cada una con su candado. Pero la costumbre de los suboficiales encargados de las salas de armas de las unidades que

estaban de guardia los viernes y sábado era encadenar los fusiles y las pistolas pero colocar los candados individuales recién los lunes, porque era lo que les llevaba más tiempo y ellos lo que querían los fines de semana era irse rápido a sus casas. Por eso los guerrilleros dirigieron el furgón a la Compañía Servicios: sabían que los fusiles, que habían retornado a la Sala de Armas aquel domingo a las 8 de la mañana, iban a estar sin candados.

En segundo lugar, había una granada lacrimógena del otro lado de la puerta como una medida extra de seguridad, que era muy poco conocida: si se intentaba abrirla sin antes desactivarla, estallaba. Los guerrilleros no tenían la llave. Fue el propio Yaguer el que rompió las bisagras y retiró enteras las dos hojas de la puerta sin que la granada pudiera activarse. Resultaba obvio que también conocían ese dato. Mazzino, el jefe de esa Compañía, explica que “era un sistema casero inventado por un suboficial de la Compañía B. Yo había estado antes en esa Compañía y me había gustado ese sistema. Mayol lo conocía porque él pertenecía a la Compañía B, la otra unidad del regimiento donde también se usaba”.

A las 17 el cuartel había sido recuperado completamente, varios minutos después de que se escuchara el último tiro de los guerrilleros, que habían hecho su entrada a las 16.25 aproximadamente. El combate duró media hora, tal vez unos minutos más. Los protagonistas recuerdan ahora tiempos muy variados: algunos hablan de apenas quince minutos; otros, de más de una hora.

A esa altura, el teniente coronel Plechot ya se había hecho cargo del cuartel.

Una de sus primeras medidas fue ordenar el traslado de los diecinueve heridos, soldados casi todos, al Hospital Central. Fueron llevados en lo que se pudo: las dos ambulancias del cuartel, camiones Unimog, vehículos particulares y hasta el Rastrojero del padre José Lima, que partían a toda velocidad impulsados por un coro de gritos, sirenas y bocinas, mientras la radio convocaba de urgencia a médicos, enfermeros, bioquímicos y dadores de sangre, y la noticia del asalto al cuartel se esparcía de boca en boca por una ciudad que esa tarde perdía su inocencia y dejaba de ser aquel lugar perdido de la Argentina donde nunca pasaba nada.

Uno de los primeros en llegar al hospital fue Cáceres, a las 17.10. Ya se había juntado mucha gente en la entrada; el suboficial que lo llevaba se abrió paso y les avisó a unos médicos y enfermeros que esperaban en la puerta.

—Díganles a todos que se preparen porque hay muchos soldados heridos.

—¿Qué pasó? —preguntó un médico.

—Nos atacaron los subversivos... Mi subteniente, por acá, por acá —le dijo el cabo a Cáceres.

—No, cabo, no, que primero atiendan al soldado —contestó Cáceres, señalando a Juan Carlos Morínigo, que acababa de llegar en un camión del Ejército con el brazo derecho destrozado.

—Pero, subteniente, pase usted —lo invitó un médico.

—Dije que no, carajo, que este soldado está mucho peor que yo —replicó Cáceres ya de mal modo y revoleando su pistola—. Lo atienden al soldado o empiezo a los tiros.

Todos los heridos se fueron recuperando bien, aunque algunos tuvieron que ser derivados a Corrientes y a Buenos Aires. El jefe del Ejército, el general Jorge Rafael Videla, viajó el lunes 6 de octubre a Formosa, y fue de visita al hospital.

—¿No se afeitó, subteniente? —le preguntó Videla cuando llegó a la cama de Cáceres.

—No, mi general, estoy herido en la pierna y la verdad es que no me acordé de afeitarme.

—Tiene quince días de arresto por no afeitarse, subteniente; un militar no debe descuidar nunca su aspecto —lo sancionó Videla, que continuó su recorrida con aire distante y marcial.

Faltaban menos de seis meses para que asumiera como dictador, luego del golpe militar que —con el ataque al cuartel de Formosa por parte de la

guerrilla peronista— comenzaba a ponerse definitivamente en marcha.

Capítulo 7

UNA FUGA DE PELÍCULA

El último en subir al Boeing 737-200 fue el guerrillero que llevaba la gorra de uno de los tripulantes de Aerolíneas Argentinas. “Gracias, compañeros”, les dijo a los cuatro rehenes que habían sido obligados a traer la escalerilla. Y les indicó que la retirasen hasta el borde de la pista y esperasen allí hasta que el avión se fuera. “Hasta la victoria final, compañeros”, fue su saludo. Lo último que vieron de él los rehenes fue la V de la victoria.

El domingo 5 de octubre de 1975

a las 17.25 aproximadamente.

El botín había mermado bastante; los soldados, lejos de entregar las armas, habían combatido con fiereza, y doce compañeros habían sido muertos, pero aun así varios guerrilleros habían logrado escapar del cuartel y se alejaban a toda velocidad por una calle de tierra, Santos Marighetti. El camión Ford F-350 azul eléctrico con su caja cerrada de color metalizado, un furgón convertido en una suerte de tanque por el Fusil Automático Pesado adosado al capot, dobló a la derecha al llegar a la avenida que ahora se llama Juan Domingo Perón, recorrió unos trescientos metros y luego giró a la izquierda para tomar la avenida Circunvalación rumbo al aeropuerto. Allí, otros montoneros los aguardaban con el avión de Aerolíneas Argentinas listo para despegar y con una ansiedad creciente: hacía un buen rato que no se podían comunicar con el jefe de la operación, Raúl Yaguer, quien viajaba sentado del lado de la ventanilla en la cabina del furgón. Él y sus compañeros llevaban en sus rostros sombríos y en sus ropas sucias de tierra y de sangre los rastros del combate sorpresivo e intenso.

La camioneta Ford F-100 colorada había escapado un rato antes conducida por el jefe del Pelotón 5, que tenía una herida en la cara y vestía uniforme del Ejército, con otros tres guerrilleros a bordo. Pedro Rigonatto, apreciado carpintero de la zona, recuerda bien ese vehículo.

—Yo he visto pasar la camioneta huyendo por la calle Marighetti. Tenía una cubierta trasera destrozada que la iba perdiendo de a pedazos. Vi la caja cargada de bolsas de arena y el rostro de dos hombres que apuntaban a los costados con ametralladoras.

Un par de circunstancias hicieron que la Ford F-100 tomara un camino equivocado, más largo y peligroso, por lo cual casi perdieron el avión. Primero sucedió que, al llegar al asfalto, los guerrilleros vieron que del acceso norte a la capital venía un ómnibus de inconfundible color verde militar que no estaba en los planes, por lo cual en lugar de girar a la derecha doblaron a la izquierda, hacia el centro de la ciudad de Formosa. La reacción fue escapar pero no hacía falta: el micro traía a la banda de música del cuartel, que había tocado en Clorinda, y siguió su viaje hacia el cuartel porque sus pasajeros llevaban apenas un fusil y dos pistolas.

A los pocos metros, los guerrilleros de la camioneta se toparon con un policía de a caballo, el agente Miguel de los Santos Romero, de la Sección Cuatrерismo, que aquel día debía controlar que no hubiera animales sueltos porque por allí debían regresar los participantes de una carrera de motos.

Romero se tiroteó con ellos con su pistola reglamentaria e incluso les echó el caballo encima de la camioneta, pero los guerrilleros lograron herirlo en el muslo y continuaron viaje para encontrarse con los subtenientes David Cabrera Rojo y Agustín Torres Del Sel, que venían cortando camino desde el cuartel por la avenida Pedro Aramburu, que ahora se llama Horacio Gorleri, en el Fiat 600

recién salido de fábrica de Torres Del Sel, un santafesino primo de uno de los Midachi. En el cruce de las actuales avenidas Perón y Gorleri, Cabrera Rojo y Torres Del Sel se bajaron del coche y abrieron fuego contra la camioneta, que pasó a toda velocidad, según recuerda el ahora coronel retirado Cabrera Rojo.

—Había gente en la cabina y en la caja de la camioneta. Vemos que le pegamos y que se detiene a unos doscientos cincuenta metros. Cuando queremos volver al Fiat para perseguirlos, nos damos cuenta de que no le habíamos puesto el freno de mano y que se nos había ido unos cincuenta metros. Torres Del Sel va a buscar el auto y yo voy a perseguir a los de la

camioneta. Corro con mi pistola 9 milímetros hacia ellos, disparando; de la caja, ellos me tiran con FAL, y yo me doy cuenta de eso por cómo picaban las balas en el asfalto.

De acuerdo con los montoneros, esa camioneta fue abandonada no porque hubiera sido impactada por los disparos de los dos subtenientes, sino porque había salido del cuartel con la rueda trasera derecha reventada y “ a esa altura ya andábamos arrastrándonos sobre la llanta porque habíamos perdido la goma” en el trayecto.

Los guerrilleros tuvieron la suerte de que en ese preciso momento viniera de la ciudad otra camioneta Ford F-100, modelo 1972, chapa patente P 007324, también colorada, de la empresa constructora Juan M. De Vido e Hijos. A punta de pistola, hicieron bajar a sus ocupantes, dieron media vuelta y continuaron la fuga en el vehículo registrado a nombre de Juan Manuel De Vido. Al llegar a la Plaza San Martín, en el centro de la capital, giraron a la derecha y pasaron por la puerta del Distrito Militar, donde el soldado Cirilo René Campuzzano informaba cómo el regimiento había sido atacado.

—¡Son ellos! —gritó Campuzzano cuando vio pasar la camioneta colorada, y salió a la calle con la ametralladora que le habían dado en el Distrito Militar.

Pero los guerrilleros volvieron a girar y embocaron la Avenida 25 de Mayo, hacia la ruta nacional 11 y el aeropuerto.

A esa altura, el camión Ford F-350 abandonaba la Avenida Circunvalación y pasaba por detrás del “ puesto de contención principal” que habían montado los cinco guerrilleros del Pelotón 8 con el propósito de impedir la llegada de policías y gendarmes al aeropuerto; Yaguer y sus acompañantes doblaron a la derecha y tomaron la ruta nacional 11. El Pelotón 8 dejó de tirotearse con gendarmes y policías, levantó el puesto y se retiró detrás del camión, también rumbo al “ Garaje”, es decir, al aeropuerto.

Los guerrilleros del Pelotón 8 habían llegado de Rosario en el Móvil 6, una camioneta Ford F-100 bicolor, gris y blanco, que llevaba adosadas en sus

puertas las palabras Vialidad Nacional en letras negras sobre fondo amarillo.

Primero, habían participado en el copamiento del aeropuerto, y luego, durante la última media hora, habían mantenido a raya en la ruta a gendarmes y policías.

El primero en salir en auxilio de los gendarmes que custodiaban el aeropuerto fue el primer alférez Horacio Domato, que estaba a cargo de la Guardia en el Escuadrón 15 “ Bajo Paraguay” cuando recibió el telefonazo del sargento ayudante Luis Ceferino Falcón. Domato dejó la guardia en manos de su ayudante, el subalférez Mario Sosa, y subió al patrullero número 32 del escuadrón junto con otros tres gendarmes. A toda velocidad, cada uno con su pistola y su FAL, salieron rumbo al aeropuerto, ubicado a unos seis kilómetros.

El colectivero Sixto Ortiz, de 37 años, los vio pasar como una flecha rojiza, con la sirena y las luces encendidas, mientras manejaba el interno número tres de la Empresa San Martín desde el centro de la ciudad hacia el aeropuerto. Un taxista estacionado sobre la banquina les hizo señas para que se detuvieran, pero no pudieron por la velocidad que llevaban. Tuvieron que hacerlo a unos cuatrocientos metros del cruce con la avenida Circunvalación porque el camino estaba obstruido por un camión, un automóvil y la Ford F-100 bicolor; habían disminuido la marcha y se encontraban a unos setenta metros del bloqueo cuando notaron que un joven se incorporaba de la caja de la camioneta y con un FAL les efectuaba un disparo que impactó en el parante superior del parabrisas, del lado del acompañante; el vidrio se hizo añicos y las astillas hirieron el rostro, el pecho y los brazos de Domato.

Los gendarmes detuvieron el patrullero, abrieron las puertas, se arrojaron del vehículo y comenzaron un nutrido tiroteo con los guerrilleros. Domato se arrastró hasta el patrullero y pidió refuerzos por la radio; los miembros del Pelotón 8 optaron por replegarse en la Ford F-100 hasta el cruce de la actual avenida Arturo Illia con la avenida Circunvalación, donde armaron una barricada con un camión y un par de automóviles que pasaban por el lugar. Los gendarmes ocuparon el lugar que los guerrilleros habían dejado.

En ese puesto de bloqueo, los guerrilleros detuvieron a numerosos vehículos que pretendían entrar o salir de la ciudad. En uno de ellos venía la abogada y licenciada en Relaciones Internacionales Celeste Cáceres, que en aquel momento tenía 11 años y cursaba sexto grado.

—Yo había ido aquel fin de semana al campo de una amiguita y estábamos volviendo porque queríamos ir al Cine Argentino, frente a la Plaza San Martín; a la función que duraba hasta las 20 porque daban tres películas. Había poco que hacer en Formosa los domingos por la tarde: se dormía la siesta, se iba de paseo o se iba al cine. Aquel domingo volvíamos en el auto de los padres de mi amiga; manejaba el doctor Luis Díaz, escribano, y veníamos la esposa; mi amiga, Miryam Marcela Díaz, y yo; y en otro auto, sus tíos y primos. Cuando estábamos llegando a la ciudad, veíamos otros autos parados al costado del camino que nos hacían señas como que no siguiéramos. Pasando el aeropuerto, en una zona de casas, nos pararon. Vimos filas de autos a ambos lados de la ruta y quedamos frente a dos jóvenes de entre 18 y 20 años, bien vestidos, con armas largas. Recuerdo particularmente a uno porque el auto dobló un poco y él quedó frente a mi ventanilla: tenía un pantalón vaquero, camisa a cuadros y una remera abajo. Fueron muy amables, nos dijeron que no podíamos seguir avanzando.

Nos pidieron que estacionáramos en la banquina, que saliéramos del auto y dejáramos las llaves en el coche. Esos jóvenes eran porteños: uno tenía bien en claro quién era de la provincia y quién era de Buenos Aires.

Celeste Cáceres y la familia Díaz esperaron en la casa de una familia que justo ese día se estaba mudando y los invitaron a entrar. A las 17, los gendarmes del patrullero 32 recibieron el refuerzo de colegas y de policías de la provincia, pero no pudieron aprovechar esa ventaja numérica: los cinco guerrilleros del Pelotón 8 se replegaron casi de inmediato hacia el aeropuerto regando el camino de clavos miguelito para entorpecer una eventual persecución, amargados porque sólo el furgón regresaba del ataque al cuartel.

De acuerdo con el primer alférez Domato, los guerrilleros se retiraron con al menos dos heridos graves acostados en la caja de la camioneta: “ un gordo de barba, con anteojos negros”, y otro que fue puesto fuera de combate cuando manipulaba sobre una banquina lo que resultó ser una

bomba del tipo vietnamita conectada a un sistema “ cazabobos”, según dictaminó luego el oficial subayudante del Cuerpo de Bomberos José Viveros, que fue el experto convocado para desactivarla.

En un informe fechado el 30 de noviembre de 1975, Viveros explicó que el artefacto explosivo estaba “ constituido por una envoltura metálica de hierro de 0,01 milímetro de espesor de forma cilíndrica con un extremo en terminación troncocónica (en forma de embudo); en su interior, se hallaban depositados unos cuatro kilos de pólvora negra aluminizada y, en un compartimiento de seis centímetros de espesor, municiones de acero de gran tamaño y peso que actuarían en forma de metralla en caso de explosión”. Viveros agregó que la bomba pesaba unos diez kilos y estaba conectada a un sistema caza bobos formado por dos varillas de aluminio de medio metro de largo clavadas en la tierra: estallaría cuando un incauto intentara desenterrar esas varillas, con un efecto devastador ya que, “ al encontrarse constituida por grandes municiones de peso considerable, podría causar la muerte a cualquier individuo que se encontrare dentro de un radio de cien a ciento cincuenta metros, y grandes daños materiales a muebles e inmuebles ubicados cerca del lugar”.

Los guerrilleros querían proteger la retirada hacia el aeropuerto volando el puente sobre la ruta 11 que cruza el arroyo El Pucú para dejar aislada la capital.

En el aeropuerto, la tensión iba en aumento. En la torre de control, el jefe del pelotón que había copado ese sector intentaba en vano comunicarse con Yaguer.

Sólo dejó de hacerlo cuando uno de sus hombres, el rubio que montaba guardia del lado exterior de la torre con un FAL y el binocular del operador de turno, le avisó que venía la caravana de Montoneros, reducida a apenas dos vehículos: el furgón y la camioneta bicolor. Apenas lo supo, el jefe del pelotón que había secuestrado el vuelo de Aerolíneas Argentinas cruzó a grandes trancos la plataforma de estacionamiento de aviones rumbo al edificio principal.

—¡Ya vienen, ya vienen! —gritó al llegar al hall. Los guerrilleros que custodiaban a los rehenes se precipitaron a la plataforma de

estacionamiento en busca del avión salvador. En el apuro, se olvidaron de escribir en las paredes del aeropuerto las consignas que habían preparado y dejaron sin usar los aerosoles.

También se replegaron los guerrilleros que custodiaban otros sectores del aeropuerto.

En el avión “ Ciudad de Trelew”, el comandante Diego Bakas ya había sido obligado a regresar a la cabina de comando, donde, unos minutos después, le ordenaron que condujera el Boeing 737-200 hasta la cabecera sur de la pista y lo colocara en posición de despegue. La máquina más moderna de Aerolíneas, que había sido comprada en 8 millones de dólares, fue carreteando muy lentamente, seguida por el Ford Falcon blanco y una fila de guerrilleros en procesión.

El piloto del interventor provincial, Julio César Maluf, y el operador de la oficina de Plan de Vuelos, el cabo primero de la Fuerza Aérea Ángel Gómez, seguían cuerpo a tierra en la plataforma de estacionamiento de aviones; un guerrillero les ordenó que llevaran la escalerilla de Aerolíneas Argentinas a la nueva posición del Boeing 737-200, que se había alejado unos mil doscientos metros. Para que los ayudaran trajeron a dos rehenes del hall central del edificio: Humberto Parmetler, que había llegado en el avión secuestrado, y Héctor Larroza, empleado de Aerolíneas.

Al trote, los cuatro comenzaron a empujar la escalerilla custodiados por el guerrillero que usaba la gorra de uno de los tripulantes de Aerolíneas Argentinas y llevaba una pistola. Cuando habían recorrido la mitad del camino, el joven comenzó a arengarlos sobre el sentido de lo que estaban haciendo, pero fue interrumpido por el paso a toda velocidad del furgón; Gómez vio que en la cabina iban cuatro guerrilleros y en la carrocería, “ otros diez, todos apretados y con las puertas de atrás abiertas”.

Los montoneros ya había formado un dispositivo de seguridad en torno al avión de Aerolíneas: instalaron sobre la pista cinco ametralladoras pesadas. El tiempo los apremiaba. Trescientos metros antes de llegar al avión, el guerrillero que custodiaba a los cuatro rehenes elegidos para trasladar la escalerilla recibió un llamado desde la torre de control a través de una radio

pequeña que tenía en el bolsillo de la camisa: le dijeron que se apurara porque también ellos estaban abandonando esa posición.

Los guerrilleros no esperaron la escalerilla para subir el botín al avión: formaron un pasamanos con algunos en tierra, otros en la caja de la camioneta y un par en el techo del furgón, estacionado de culata, y así cargaron tres bultos cubiertos con lonas blancas que contenían las armas “recuperadas” del cuartel; también subieron bolsas de campaña color verde oliva, cajas con fusiles y granadas que no habían sido utilizados, una caja repleta con chapas patente de vehículos con la letra “ P”, de Formosa, y el equipo de comunicaciones que estaba en el baúl del Falcon. El comisario de abordaje Carlos Flores tuvo que colaborar en la ubicación del botín, que fue colocado en las primeras filas de asientos del Boeing.

Cuando los cuatro rehenes y el guerrillero que los custodiaba llegaron al avión, la carga “ gruesa” ya había terminado, y el furgón y la camioneta habían sido reubicados a unos metros. La escalerilla fue arrimada a la puerta delantera; por allí y por la escalera del avión, que, como era un carguero, estaba incorporada a la puerta trasera, subió una veintena de guerrilleros. Parmetler notó que uno de ellos llevaba una gorra, se cubría el rostro con una bufanda y tenía “ un ojo desviado”.

El “ pilotaje” estuvo a cargo de “ Mario”, es decir de Yaguer, quien apenas subió al avión fue hasta la cabina de comando y revisó si todo estaba bien, con una pericia que sorprendió a Maluf, el piloto del interventor provincial. El último en subir fue el guerrillero que llevaba la gorra de uno de los tripulantes de Aerolíneas. “ Gracias, compañeros”, les dijo a Maluf, Gómez, Parmetler y Larroza. Y les indicó que retirasen la escalerilla hasta el borde de la pista y esperasen allí hasta que el avión se fuera. “ Hasta la victoria final, compañeros”, fue su saludo. Lo último que vieron de él fue la V de la victoria, hecha con los dedos índice y medio de la mano izquierda.

En el hall central del aeropuerto, los rehenes ya se habían parado y miraban por la ventana el despegue del avión de Aerolíneas; tuvieron que volver a tirarse al piso cuando la puerta que daba a la ruta se abrió de golpe y entraron los cuatro guerrilleros que venían escapando en la camioneta de la constructora De Vido y se habían demorado al emprender un camino más largo y peligroso.

Según dijeron luego en *Evita Montonera*, circularon unas cuadas por la Avenida 25 de Mayo y luego eligieron una calle paralela, de tierra, mucho menos transitada, para evitar nuevos enfrentamientos, “ pero nos encontramos con un estero que nos obligó a subir nuevamente a la ruta (a la avenida). Después de hacer unos doscientos metros, nos encontramos con el puesto de contención que habían montado nuestros compañeros y que, a esa altura, ya estaba ocupado por el enemigo. Bordeamos el puesto tirándonos a la banquina a mucha velocidad, tiroteándonos con la policía que se había ubicado en él después que lo abandonaron nuestras fuerzas en la retirada hacia el aeropuerto. En el salto a la banquina, perdimos el FAL, que era nuestra principal arma. Doscientos metros más adelante, tuvimos otro enfrentamiento, esta vez con un móvil de la gendarmería al que dejamos fuera de combate con fuego de ametralladora y granadas”.

Llegaron al aeropuerto justo cuando sus compañeros estaban por irse.

Ildefonso Acosta los vio cuando estacionaban frente a la confitería de la que él tenía la concesión. Prestó atención, en especial, al conductor de la Ford F-100, que tenía una herida en la frente y el lado derecho de su ropa manchado con sangre; vestía uniforme de fajina color verde oliva (pantalón, blusón y borceguíes) y llevaba una metralleta. Otro de los rehenes, Carlos Quiñones, de YPF, reparó en los otros tres guerrilleros que bajaron de la camioneta: vestían de azul, con birretes y pistolas ametralladoras, y vio que uno de ellos tenía “ aspecto de cansado y desmoralizado”.

Los cuatro guerrilleros ingresaron al hall por la puerta principal, a la carrera y disparando al aire para intimidar a la pequeña muchedumbre; atravesaron el salón y marcharon hacia la plataforma de estacionamiento de aviones.

Los montoneros utilizaron dos “ móviles especiales” para el repliegue: Ma, el “ avión principal”, el Boeing 737-200 de Aerolíneas Argentinas, y Mb, el “ avión secundario”, el Cessna 182 LV-HOT del Aero Club Chaco, que a las 17.20 y al comando de uno de los guerrilleros se preparaba para despegar, en la cabecera norte de la pista. Parecía que iba a tomar vuelo cuando, de repente, volvió a la entrada de la plataforma, donde levantó a los cuatro compañeros que habían llegado retrasados. Pero como no había lugar para todos, dejó a dos de sus ocupantes en el camino, que fueron buscados en la Ford F-100 bicolor y llevados rápidamente al Boeing.

Mientras el Cessna 182 retornaba a la cabecera norte de la pista, el avión de Aerolíneas cerraba sus puertas y todos en su interior se preparaban para el despegue. El copiloto, Amílcar Fernández, recuerda un episodio que le llamó mucho la atención y que refleja la disciplina de los atacantes.

—Venía uno de ellos herido corriendo a campo traviesa a unos ciento cincuenta metros haciendo señas para que lo esperaran. El que estaba en la puerta delantera, en cuclillas, lo ve, se da vuelta y lo mira al jefe como preguntándole: ¿qué hago, cierro la puerta o lo espero? El jefe se asoma, lo ve y le dice: “ Esperalo”. Tenían mucha disciplina, una disciplina tipo militar: el tipo estaba a ciento cincuenta metros, ¿cuánto podrían tardar si lo esperaban? Pero si el jefe, y digo que era el jefe porque, cuando había que tomar una decisión, todos lo miraban, le decía que no lo esperaban, el otro cerraba la puerta y lo dejaban en banda. Al final, alargaron un fusil y lo hicieron subir.

Fue en el despegue cuando Yaguer demostró su fina inteligencia. Primero, decoló el Cessna 182, desde la cabecera norte de la pista; salió hacia Puerto Iguazú y se identificó al Centro de Control localizado en Resistencia como si fuera el vuelo AR 706; fue una maniobra de distracción, para que tanto Aerolíneas Argentinas como la Fuerza Aérea creyeran que el Boeing secuestrado estaba siendo conducido hacia Misiones y Brasil. Yaguer sabía que la Base Aérea de Reconquista podía enviar aviones militares a interceptarlos y fabricó esa pista falsa para favorecer el escape del grueso de su tropa (luego, la Fuerza Aérea diría que ellos nunca fueron informados por el Ejército del ataque en Formosa y que, de todos modos, no contaban con radares en Reconquista).

El avión de Aerolíneas despegó un minuto después, a las 17.30, desde la cabecera sur de la pista, como recuerda Fernández.

—Salimos hacia el norte como si fuéramos para Brasil y de pronto, el avión gira hacia el sur. Pensé: “ Estamos volviendo a Buenos Aires”, y me preocupé: “ Capaz que estos locos hacen un desastre con nosotros arriba”, me dije.

Esa parte del truco funcionó a la perfección: veinte minutos después del despegue, el jefe de la oficina de Aerolíneas Argentinas en El Pucú, Mario

Caro, recibió un llamado de sus superiores; les informó que los guerrilleros habían cargado 6.344 litros de combustible y que habían tomado la dirección norte luego del despegue.

De acuerdo con el comandante Bakas, el Boeing 737-200 estuvo cincuenta minutos en el aeropuerto formoseño: entre las 16.40 y las 17.30, que fue cuando despegó por indicación del guerrillero que ya había ocupado el puesto de copiloto durante el primer capítulo del secuestro: “ Me ordenó decolar y poner rumbo 210 grados, rumbo que pasa entre medio de Corrientes y Resistencia”.

En la cabina de comando había, como durante el viaje a Formosa, un tercer guerrillero, el joven que llevaba la gorra de uno de los tripulantes de Aerolíneas y que no dejaba de vigilar a Bakas con su pistola Browning 9 milímetros.

Luego de pasar entre Resistencia y Corrientes, le dijeron a Bakas que siguiera con el mismo rumbo. El comandante pudo sintonizar “ el VOR de Ceres (una radioayuda de la ciudad de Ceres, provincia de Santa Fe, que va dando las posiciones por las que se aeronavega) y la radioemisora de Rafaela, también de Santa Fe. Unos diez minutos después de haber pasado por la ciudad de Villa Ocampo, ya en territorio santafesino, me ordenaron comenzar a descender de los 24 mil pies (8.400 metros) en que viajábamos a 4 mil pies (1.200 metros) y en dirección a Rafaela”.

Los dos guerrilleros no se comunicaban con Bakas más que para darle instrucciones y charlaban entre ellos sobre los pueblos que iban dejando atrás; al piloto le quedó claro que el joven que le apuntaba con la pistola a veces a la cabeza, a veces a la espalda, conocía bien la zona.

Los montoneros tuvieron que elaborar un plan de vuelo especial para ir de Formosa al lugar de la provincia de Santa Fe donde pensaban aterrizar e incluso realizaron un “ vuelo de chequeo” entre Formosa y Rafaela el viernes 26 de septiembre, nueve días antes del ataque al cuartel, que fue completado “ con éxito”, según el documento secreto en el que la Conducción Nacional de Montoneros evaluó todo el operativo, el 29 de enero de 1976.

Los guerrilleros también repitieron el esquema en la cabina de pasajeros, donde el portavoz seguía siendo el joven de abundante bigote, anteojos ahumados y una gorra con visera.

—Compañeros, ubíquense todos en sus asientos y abróchense los cinturones de seguridad que vamos a despegar —había anunciado por el micrófono.

De inmediato, según escucharon las azafatas Bárbara Koch y Cristina Font Olivares, los guerrilleros comenzaron a numerarse de atrás para adelante, como hacen los militares: uno, dos, tres... hasta llegar al portavoz que gritó: “veinticinco conmigo, dos más en la cabina y tres más haciendo sangre y plasma: treinta”.

El copiloto Fernández recuerda que dos de los guerrilleros heridos “estaban bastante graves; uno de ellos tenía un tiro en la cara y le daban inyecciones contra el dolor, calculo que sería morfina”. La azafata Font Olivares tuvo que servir tres o cuatro vasos de agua a los lesionados, “uno de ellos con una herida desgarrante en uno de los brazos y otro que por su apariencia notaba hallarse muy grave, con una herida interna en el abdomen”.

Las primeras curaciones estaban a cargo de dos oficiales de Sanidad que ya venían en el avión desde Buenos Aires. Se realizaban en la parte trasera del Boeing, sobre filas de asientos donde las azafatas pudieron ver abundante material de primeros auxilios, como gasas, suero y jeringas.

—A todos los miembros de la tripulación y al prefecto naval, bajen la vista durante diez minutos —ordenó el portavoz de los guerrilleros en alusión también al prefecto mayor Aníbal Antúnez.

La mayoría de los guerrilleros que había subido en Formosa aprovechó para cambiar de ropas: dejaron los uniformes azules o del Ejército que llevaban, que estaban manchados con sangre o con tierra, y se vistieron “de civil”, con pantalones, camisas y remeras que sacaron de los bolsos que habían sido colocados en la parte delantera del avión. Seis guerrilleros conservaron sus armas largas, entre ellos los dos asistentes de Yaguer, pero la mayoría las “empaquetó”, las guardó en los bolsos que habían quedado vacíos.

Los tripulantes notaron que los atacantes hablaban poco entre ellos y que se trataban de “compañeros”. La azafata Koch detectó un “Pancho” y el comisario de abordó Horacio Mateazzi se dio cuenta de que “había habido un enfrentamiento, pero las conversaciones eran entrecortadas; cuando subieron al avión, se los veía nerviosos, pero luego del decolaje, la situación fue totalmente tranquila”.

“Todos eran jóvenes, cuyas edades oscilaban entre 20 y 30 años, y su condición social, aparentemente muy buena”, según la azafata Koch. De acuerdo con el copiloto Fernández, había cuatro o cinco mujeres entre los guerrilleros.

Fernández iba sentado contra la ventanilla y al ver el río Paraná se dio cuenta de que habían comenzado a volar sobre Santa Fe, aunque no tenía idea de hacia dónde estaban yendo. “Además, ya comenzaba a atardecer. Primero pensé que íbamos hacia Córdoba, pero luego me desconcerté. Cuando empezamos a descender, pensé: ‘¿Dónde vamos a bajar? No llegamos todavía a Rosario y a Santa Fe ya la pasamos; no hay ningún aeropuerto por acá’”.

Fernández estaba sentado en la misma fila que uno de los guerrilleros, asiento de por medio, pero no podía mirarlo porque, cuando lo intentaba, escuchaba que alguien le decía: “Usted, baje la cabeza”. Mantuvieron un diálogo muy particular, en el que, casi sin verse, cada uno expresó sus dudas y se consolaron mutuamente:

—Flaco, acá nos van a matar a todos, con el prefecto naval, ¿no es cierto?

—No, no, quedate tranquilo que la cosa no es con ustedes.

—Pero decime la verdad: ¿para qué, entonces, nos dejaron arriba a los de la tripulación y al prefecto?

—No, no, quedate tranquilo. Pero, decime vos: cuando aterricemos, en medio de todas estas armas, terminamos todos muertos, ¿no? ¿Nos vamos a hacer pelota?

—No, no, quedate tranquilo que el piloto es buenísimo.

—Pero, la verdad: acá morimos todos.

—No, no, vas a ver que no.

Fernández también escuchaba los comentarios de otros guerrilleros sobre el lugar del aterrizaje, muy diferentes entre sí; por ejemplo, uno dijo que a lo mejor aterrizaban en el agua: “ Muchos no sabían adónde iban. Sí sabían que sería un aterrizaje de emergencia, con el tren de aterrizaje adentro, ‘de panza’.

Hay una creencia bastante extendida de que en caso de aterrizaje forzoso, en una ruta o en el mar, conviene hacerlo con el tren adentro”.

Con el trato amable que mostraron durante todo el periplo, uno de los guerrilleros le pidió a la azafata Font Olivares que explicara cuál era la posición especial que cada pasajero debía adoptar en un aterrizaje de emergencia.

—Todos los pasajeros deben ajustarse el cinturón; agacharse hacia delante; tomarse de los tobillos, y colocar la cabeza entre las piernas —informó la azafata por el micrófono.

Font Olivares vio que el herido que estaba en peores condiciones, el que tenía una herida interna en el abdomen, no podía adoptar esa posición, por lo que sugirió que reclinaran el respaldo de su asiento y le colocaran los pies sobre el asiento de adelante.

Unos minutos después, el portavoz volvió a tomar el micrófono.

—Compañeros, vamos a aterrizar en un lugar que no es el apropiado para este tipo de avión, así que deben ajustarse bien los cinturones porque habrá fuertes sacudidas, tómense con las manos fuertemente de los tobillos y coloquen la cabeza entre las piernas. ¡Prepárense para el aterrizaje!

En la cabina de comando, el guerrillero que hacía de copiloto le informó a Bakas que debía aterrizar “ en un campo que tiene la pista señalizada con una sábana en forma de cruz en la cabecera. Hay otras sábanas que indican la dirección de la pista”.

—¿Y cuál es la longitud del campo?

—Dos mil metros. Y vamos a aterrizar de panza.

No le gustó a Bakas la idea de bajar con el tren de aterrizaje adentro o levantado: implicaba un daño importante, tal vez definitivo, para el avión y existía el riesgo de que se prendiera fuego, ya que el impacto contra el suelo podía arrancar las turbinas y desplazarlas hacia los tanques de combustible, provocando una tragedia.

Después de Rafaela, los dos guerrilleros le ordenaron a Bakas que pusiera “rumbo 195 grados”, hacia el sur de esa ciudad, y fueron siguiendo la ruta mediante un mapa hecho a mano en un papel amarillo con birome azul y marcador rojo, donde tenían graficados todos los campos, caminos y canales; inclusive, las casas y arboledas, hasta ubicar el campo elegido para aterrizar.

Pero el campo no estaba señalizado como habían previsto. El Boeing 737-200

tuvo que dar varias vueltas alertando a los pobladores de Susana y Angélica, dos pequeñas colonias agrícolas, mientras crecía el nerviosismo en la cabina de mando, como explicaron los guerrilleros en *Evita Montonera*: “ Cuando el avión llega a Susana, la pista no estaba señalizada. Éste no era un problema grave porque conocíamos perfectamente el terreno donde debíamos bajar. Lo grave era que la ausencia de señales significaba que no estaba el grupo reforzado encargado de la dispersión y absorción de hombres y equipo. Se sobrevuela la zona alrededor de veinte minutos, alertando a todos los habitantes de la zona. El Boeing dio seis vueltas alrededor de la pista a quinientos metros de altura”.

Las tareas de copar el campo para marcar allí una pista de aterrizaje y de preparar y garantizar la fuga de los guerrilleros estuvo a cargo del Grupo de Combate Carlos Tuda (un guerrillero muerto por la Policía en Campana el 11

de abril de 1975), compuesto por tres pelotones: El pelotón de dispersión, formado por los choferes de diez vehículos.

El pelotón de contención, que debía enfrentar a los policías que pudieran aparecer en el trayecto.

El pelotón de señalización de la pista.

La base de operaciones de todo este grupo estuvo ubicada en la ciudad de Santa Fe (Base 2), con un “equipo” adecuado a sus misiones y funciones: arma corta y granada para cada uno de sus integrantes; cuatro FAL; cinco metralletas; una escopeta con tromblón (permite el lanzamiento de granadas o cohetes); minas del tipo vietnamita, munición complementaria y clavos miguelito.

Aquel día, el grueso de la tarea había comenzado para este grupo luego del mediodía, cuando se comunicaron con la Base 0 (Buenos Aires), para dar las últimas novedades: “Mamá bien, viene a casa”, fue la consigna que usaron, que significaba que todo estaba bajo control. A partir de las 15, llamaron a la Base 0, hasta que recibieron el esperado “Te llamaba para decirte: salió bien”, que aludía a que el vuelo 706 de Aerolíneas Argentinas había despegado con los compañeros a bordo. De inmediato, “se aproximaron a la pista”; es decir, partieron rumbo al campo que ya habían elegido.

Según el comandante Bakas estuvieron diez minutos dando vueltas, hasta que divisaron varios vehículos que, desde las dos puntas de un camino de tierra, confluían hacia el campo, situado veinticinco kilómetros al sur de Rafaela y a unos noventa kilómetros de la ciudad de Santa Fe. Un dato importante para la fuga de los guerrilleros: la pista estaba a tres kilómetros de la ruta nacional 34, que vincula a Rosario con la localidad salteña de Salvador Mazza, en el límite con Bolivia, y a pocos kilómetros más del cruce con la ruta nacional 19, que une a las ciudades de Santa Fe y Córdoba.

La estancia elegida por los guerrilleros para el aterrizaje pertenecía a los hermanos Boll, empresarios vinculados a la industria láctea. Los tres miembros del pelotón de señalización llegaron allí a las 16 en una camioneta Ford F-100

carrozada, de color gris. El puestero, Juan Orellano, de 67 años, estaba borracho y tomando vino tinto, tal cual era su costumbre los domingos ya desde la mañana. Orellano escuchó que alguien golpeaba las manos y cuando salió de su vivienda, a unos ochocientos metros de la futura pista, fue sorprendido por tres jóvenes armados.

—Junte los animales que andan sueltos y llévelos a otro lugar, más lejos —le ordenó uno de ellos.

—No, el capataz no me dio ninguna indicación —respondió Orellano, con esa temeridad que suele dar el vino.

Dos de los jóvenes buscaron un par de caballos y obligaron al puestero a colocarle un freno a cada uno; los guerrilleros montaron los animales y arrearon las vacas hacia otro campo, al sur de donde se encontraban. El otro desconocido, que parecía ser el jefe y era delgado y alto y tenía cabellos rubios bastante largos, le ordenó que subiera a la camioneta, con la cual se dirigieron al campo pero con tanta mala suerte que el vehículo se hundió en un pantano.

Cuando los dos jóvenes terminaron de arrear las vacas, fueron al lugar donde había quedado atascada la camioneta, a unos trescientos metros de donde debían instalar la bandera que indicaba el comienzo de la pista de aterrizaje; dejaron los caballos a un costado y comenzaron a sacar del vehículo todos los elementos que habían traído para señalizar la pista. Orellano y el guerrillero rubio volvieron a las apuradas a la vivienda a buscar un carro, al que le ataron dos caballos; como el puestero estaba “mareado” y le costaba subir al carro, el joven lo ayudó, lo sentó en el lugar del conductor, le dio las riendas y le ordenó que retornaran a la camioneta.

En el trayecto, Orellano observó que los otros dos desconocidos estaban colocando “poco menos que corriendo” unos rectángulos de hierro, con cuatro patas, forrados con lonas pintadas con pintura fosforescente blanca para delimitar la pista. El carro fue ubicado al lado de la Ford y estos dos jóvenes comenzaron a cargarlo con los elementos que quedaban en la camioneta.

—Apurémonos que el avión está llegando —comentó uno de ellos.

Orellano alzó la vista y vio que, efectivamente, una máquina estaba sobrevolando el lugar, en círculos. El rubio sentado su lado le quitó las riendas y dirigió los caballos hacia el lugar donde iba a aterrizar el avión. El rubio se bajó del carro; el avión volaba cada vez más bajo y al puestero le dio miedo de que, “ en una de esas, si aterrizaba, lo chocara”, por lo cual recuperó las riendas, azuzó a los animales y escapó a su casa. Desde el patio, Orellano observó que el avión descendía y que, inmediatamente después, aparecía una fila de vehículos por una de las calles internas de la estancia.

En el avión, cuando los tres guerrilleros terminaron su tarea e hicieron señas de que todo estaba listo, Bakas solicitó a los dos guerrilleros que le permitieran hacer una pasada por la pista para observar las condiciones. Desde arriba, le pareció tan prolija como la de un aeroclub; tenía, incluso, una manga de viento con bolillero con la cual podía conocer la dirección e intensidad del viento. Pero había un problema: si bien la pista medía dos mil metros, por lo menos la mitad de esa superficie estaba anegada, lo cual reducía drásticamente su capacidad de maniobra.

Los dos guerrilleros lucían cada vez más nerviosos por la demora en el aterrizaje: con tantas vueltas en el aire, estaban alertando a la Policía de los pueblos vecinos y eso podía complicar el tramo final de la retirada. Hubo un momento crucial, cuando Bakas decidió bajar de una manera normal, con el tren de aterrizaje desplegado. El piloto dijo luego a la Policía Federal que había logrado convencer a los guerrilleros de que era la forma más adecuada a las condiciones del campo y a la carga de explosivos que llevaban. Según *Evita Montonera*, hubo “ un cambio de opiniones con el piloto sobre si lo correcto era aterrizar de panza o con el tren de aterrizaje, decidiéndose por esto último, que era la opinión del piloto”. Pero el comandante Luis Cuniberti, un amigo de Bakas que fue enviado al día siguiente a sacar el Boeing de la posición en la que quedó, tiene otra versión.

—Bakas venía con el tren de aterrizaje adentro, como le habían ordenado, pero cuando estaba por iniciar la maniobra se dio cuenta de que la pista era buena y dio motor, dio potencia para bajar el tren de aterrizaje. Hizo lo que cualquier piloto habría hecho. Pensó: “ No lo voy a aterrizar con el tren

adentro, voy a salvar el avión”. Además, había un riesgo enorme de incendio. Pero los guerrilleros creyeron que quería escapar y el guerrillero armado le tiró a la cabeza; sólo que la bala no salió. Estaban seguros de que el guerrillero que hacía de copiloto podría aterrizar él solo el avión porque estaban dispuestos a matar al piloto. Bakas niveló el avión, bajó el tren, configuró con el tren abajo, hizo el circuito y lo puso como con la mano, con el tren abajo. Cuando se terminó de parar, las ruedas se hundieron en el barro y ahí quedó, apoyado en las turbinas.

Salvó al avión y salvó a todos.

Bakas aterrizó el avión a las 18.40, una hora y diez minutos después del despegue en Formosa, de este a oeste y en un tramo corto, setecientos metros; cuando frenó, los guerrilleros estallaron en aplausos y varios vivaron a Perón y a Montoneros, mientras una nube de tierra se colaba por el aire acondicionado.

También la tripulación respiró aliviada. El copiloto Fernández se había tranquilizado un poco cuando escuchó que el tren de aterrizaje estaba bajando.

—Después de que aterrizamos, se hizo un gran silencio. Llegaba la hora de la verdad para nosotros.

Cuando los comisarios de a bordo Mateazzi y Flores abrieron las puertas delantera y trasera del avión, se encontraron con una fila de diez vehículos “Ford Falcon, Chevy y otros de tamaño grande” que esperaban a los guerrilleros, cada uno con un cartón en el parabrisas en el que estaba escrito un número bien visible. La mayoría bajó por la escalera del avión, cada uno sabiendo el número del móvil al que debía dirigirse y por eso no hubo ningún amontonamiento. El tobogán de emergencia fue utilizado para evacuar a los heridos y para bajar el “botín”: las armas fueron subidas a una camioneta Chevrolet verde, carrozada.

Los treinta guerrilleros se dispersaron en los diez vehículos, los “corchos” en la jerga montonera, en forma muy rápida. Eso fue lo que más impresionó a Bakas de todo el secuestro: “En poco más de cinco minutos ya habían

bajado todo el cargamento de armas y explosivos y se habían distribuido en los coches.

Demostraron un alto grado de capacidad para la evacuación de este tipo de aeronaves; deben haber recibido un adiestramiento especial”.

Su amigo y colega Cuniberti explica que los pilotos de Aerolíneas Argentinas “ estábamos obligados a realizar cada tanto prácticas de evacuación. Si los guerrilleros no hicieron esas prácticas, por lo menos tenían un gran conocimiento. La evacuación fue perfecta, mejor que las nuestras”.

El Peugeot 404 color crema que llevaba el número 9 en el parabrisas y era conducido por “ Chacho”, un empleado bancario santafesino, se retiró vacío. Él debía trasladar a tres guerrilleros a la capital provincial. A la hora convenida, Chacho se instaló cerca del campo elegido para el aterrizaje y vio que hacia allí se dirigían numerosos automóviles que también tenían un número que los identificaba; cuando llegó al avión, “ Gaita”, el jefe de Montoneros en la ciudad de Santa Fe, le ordenó que fuera a buscar a los compañeros de Sanidad porque habían llegado algunos heridos. Al regresar, notó que la mayoría de los vehículos ya se estaba yendo, cada uno con sus pasajeros.

—Gaita, ¿y los que tengo que llevar yo?

—Andate solo, que los compañeros que iban en tu coche murieron en el enfrentamiento.

Al día siguiente, Chacho devolvió el Peugeot 404 a quien se lo había dado, “ Adolfo”, que también le había entregado 300 mil pesos para gastos, dinero que repuso deducidas las erogaciones realizadas.

El copiloto Fernández recuerda que “ el último en bajar fue el portavoz, que nos dijo: ‘Ustedes, por media hora, no le avisen nada a nadie. Después, hagan lo que quieran’. Fueron todos en los autos hacia una tranquera que había en el lugar, esperaron unos minutos y desaparecieron. Nosotros nos quedamos arriba del avión; nos juntamos todos y empezamos a abrazarnos y a saltar de alegría.

Las azafatas lloraban. Nos tomamos varios minutos para recuperarnos”.

Los guerrilleros dejaron algunas cosas, por una sucesión de descuidos o porque pensaron que no valía la pena llevarlas, como un ejemplar de la novela *Visita, francesa y completo*, que el tucumano Eduardo Perrone publicó en 1974.

Perrone, que murió a mediados de 2009, fue un autor muy leído en los setenta y en ese libro narra la vida en los bajos fondos de San Miguel de Tucumán; el título alude a las tres prestaciones que acostumbraban ofrecer las prostitutas de esa capital. También abandonaron varias prendas manchadas de sangre o rotas; municiones; clavos miguelito; una tarjeta de embarque del vuelo AR 706

correspondiente al asiento 15E; una planilla de horarios de ómnibus de las empresas ABLO, General Urquiza y Sierras de Córdoba; los mapas con los que habían hecho la navegación desde Formosa, y material utilizado para curar a los heridos.

Alguien se ensañó con la azafata Koch: le robaron una cartera de mano que contenía una billetera; un par de anteojos de sol comprado en Francia; un bolso con productos de belleza; un encendedor Cartier, de oro macizo, y una lapicera esferográfica Gross, de oro, entre otros elementos. También le sustrajeron un maletín Samsonite, estadounidense, con perfumes franceses.

A esa hora, ya hacía rato que los cuatro ocupantes del Cessna 182 habían aterrizado en una arrocera en Nueva Valencia, frente al río Paraná y a una veintena de kilómetros de la ciudad de Corrientes. Llevaban un herido, en el estómago, que fue curado de urgencia por los médicos y enfermeras del servicio sanitario de Montoneros en esa zona y trasladado rápidamente a una clínica de la capital provincial.

SEGUNDA PARTE

LOS PROTAGONISTAS

Capítulo 8

“FUEGO LIBRE”

Los hacen caminar hasta el baldío de la esquina, y allí les dicen: “Cuerpo a tierra”, y luego el oficial les grita a los soldados: “Fuego libre”, y así los matan. Después, vino un camión y les cargaron como bolsas de papas y les llevaron al regimiento.

Inocencio Ibáñez relatando la muerte de su hermano Felipe, 25 años, policía, y Celso Rafael Pérez, de 15, estudiante secundario, el 5 de octubre de 1975 antes de las 18.

Caía la noche en Formosa cuando apareció en la Plaza de Armas el jefe del regimiento, el coronel Dardo Argentino Oliva, de botas largas marrones y pantalones de montar del mismo color. El ataque de los montoneros lo había sorprendido jugando al polo con sus amigos artilleros destinados en Resistencia.

Casi todo había terminado ya: los guerrilleros sobrevivientes habían aterrizado en un campo en Santa Fe dejando a sus muertos desparramados en el cuartel; los cuerpos sin vida de los diez soldados, el sargento y el subteniente estaban siendo lavados y vestidos con sus uniformes de fin de semana en la Enfermería; un grupo de soldados ordenaba el comedor, donde se realizaría el velatorio colectivo; los heridos habían sido trasladados al hospital; la guardia había sido reforzada, y algunos exaltados pelotones de oficiales, suboficiales y soldados habían salido a patrullar la ciudad y los alrededores del cuartel.

“ Oliva llegó lamentándose por no haber estado en el cuartel. Decía: ‘Me siento culpable; debería haber muerto yo y no mis soldados’”, recuerda el entonces oficial principal de la Prefectura Darío Solís.

“ Él había viajado como viaja cualquiera un feriado. Yo mismo el sábado había estado en Corrientes jugando un partido de rugby. Lo importante es que Oliva ya había dado las órdenes que explican, en parte, la capacidad de reacción que tuvo el regimiento, como que cada oficial llevara su fusil a su casa: no es lo mismo tratar de recuperar un cuartel con una pistola que con un FAL con ochenta tiros”, evalúa José Luis Bettolli, teniente primero en aquel momento.

Lo primero que hizo Oliva fue reunirse con sus oficiales y avalar todas las medidas que habían tomado en su ausencia, que incluían la recolección de los cadáveres de los atacantes. Esa tarea consistió en marcar el lugar donde había caído cada uno, ordenar los cuerpos frente al edificio de la Guardia pintándoles en el pecho o en la panza un número con carbonilla negra y reunir los objetos personales de cada guerrillero en una bolsa de plástico que llevaba el número correspondiente.

A pesar de que Oliva no estuvo en Formosa en el momento en que varios de sus soldados, suboficiales y oficiales combatieron contra los montoneros, las autoridades del regimiento, él en primer lugar, brindaron información que lo ubicaron al frente de la reconquista del regimiento, como señalaron varios medios de comunicación cuando tuvieron que reconstruir qué había pasado.

En octubre de 1975, Formosa era un pueblo grande, donde más de la mitad de la población hablaba también el guaraní, un reflejo de la fuerte influencia paraguaya que aún hoy sigue presente en la forma de expresarse, las comidas y la música; una ciudad nueva, fundada hacía menos de cien años, en 1879, con alma pueblerina, en la que sus 70 mil habitantes llevaban una vida serena, más allá de que, como ocurría en el resto del país, el peronismo, el sindicalismo y la Juventud Peronista se las arreglaban para alterar con sus disputas esa calma chicha. Pero, en general, las peleas no desbordaban la escena pública y, en todo caso, servían para entretener las tertulias de los formoseños, que tomaban partido por uno o por otro grupo más por simpatías o relaciones personales que por razones políticas o ideológicas.

La siesta era sagrada, como sigue siéndolo, en buena medida por el calor tropical que envuelve a la ciudad durante la mayor parte del año. Por eso, se

dice que Formosa tiene sólo dos estaciones: el verano y la estación del tren, que ya no funciona; y también por ese motivo, los forasteros siguen siendo alertados de que allí la tarde comienza a eso de las 17, que es cuando la gente se atreve a salir a la calle y los comercios abren sus puertas.

Cuando el cuartel fue atacado, el área urbana más compacta se extendía unas treinta cuadras desde el puerto, emplazado en una bellísima curva del río Paraguay, hacia el oeste. Precisamente, Formosa viene de “fermosa”, que significa hermosa en castellano antiguo, y ése fue el adjetivo que usaron los conquistadores españoles al descubrir este lugar. El regimiento estaba ubicado en los suburbios, unas veinticinco cuadras al norte del puerto. Al norte del cuartel no había ningún barrio; sólo montes y zonas rurales que se irían poblando recién a partir de 1979. Al este se levantaba un grupo de casas humildes que formaban “Villa Ketty” y que hoy, bastante más poblado, es el barrio San Agustín.

Allí, en Villa Ketty, una patrulla del Ejército mató inmediatamente después del ataque a dos formoseños: Celso Rafael Pérez, un adolescente de 15 años, estudiante, y Felipe Santiago Ibáñez, un agente de la Policía provincial de 25

años que se desempeñaba desde hacía un año y medio en el Cuartel de Bomberos. Sus cuerpos fueron cargados a un camión militar y llevados al cuartel, donde engrosaron la fila de guerrilleros muertos.

El Ejército siempre sostuvo que Pérez e Ibáñez formaban parte del grupo que había atacado al cuartel.

Luego de la visita del general Jorge Videla a Formosa, el comando general del Ejército difundió el lunes 6 de octubre a las 23.20, en Buenos Aires, un comunicado en el que amplió la información oficial brindada sobre el intento de copamiento del regimiento.

En el párrafo número 6 de ese comunicado, el Ejército sostuvo: “Producida la inmediata reacción de los efectivos presentes en la Unidad, y al ser cercados los delincuentes, se generalizó un tiroteo, el que dio como resultado la muerte de catorce extremistas y varios soldados heridos. Dos delincuentes consiguieron fugar y refugiarse en una casa próxima al cuartel

siendo perseguidos y rodeados en ese lugar. En dichas circunstancias, los delincuentes intentaron fugar, escudándose tras dos niños mientras accionaban sus armas. Pese a ello, fueron finalmente abatidos sin daño para los menores”.

Familiares de las víctimas sostienen otra versión, muy distinta: según ellos, los muertos no habían participado del ataque al cuartel ni conocían a ninguno de los guerrilleros, estaban desarmados y tirados cuerpo a tierra, a la vista de familiares y vecinos, y en esa posición fueron ejecutados por una patrulla encabezada por un oficial.

“ Mi hermano vivía con mis padres y otros hermanos menores casi frente a uno de los costados del cuartel; en la esquina, había un terreno baldío; luego estaba la casa de Pérez; luego, otro baldío, y después, nuestra casa. Mi hermano había cumplido el servicio militar en el cuartel; antes de la baja, hizo los trámites de ingreso a la Policía”, cuenta Inocencio Ibáñez, que es jubilado de la Policía formoseña.

De acuerdo con su relato, aquel domingo tanto él como su hermano Felipe estuvieron de guardia, cada uno en un destino diferente.

—Más o menos al mediodía, él se retiró enfermo porque le dolía la barriga.

Le pidió permiso a su jefe inmediato y se fue a casa. Yo estaba de guardia en la sede de Vialidad; a las seis de la tarde, más o menos, me llaman por teléfono de la Comisaría Segunda, que era donde yo trabajaba, y me dicen: “ Atacaron el regimiento y parece que le mataron a tu hermano. Venite rápido para acá”. En la comisaría estaba mi jefe, que me dice: “ Yo sé que pasó algo en tu casa, pero no podemos ir ahora al regimiento porque está muy fea la situación. Yo te voy a llevar después”.

Inocencio Ibáñez recuerda que recién pudo ir a la casa de sus padres a las 20, aproximadamente.

—Voy y me conecto con mi mamá; estaban todos llorando porque ellos vieron cuando le tiraron a él. Mi mamá me contó que le mataron, y que a mi papá y a otro hermano, uno más chico, les llevaron detenidos. ¿Y a dónde?

Nadie sabía. Como no podía salir, nos juntamos todos ahí hasta el otro día.

Sostiene Ibáñez que su madre le confió que, mientras su hermano Felipe estaba descansando porque le dolía el estómago, uno de sus vecinos, Celso Pérez, entró a su casa y le avisó que estaban atacando el regimiento y que había un tiroteo infernal. Felipe Ibáñez se vistió a las apuradas; se puso un jeans y una camisa celeste mangas cortas, y ésa pudo haber sido una combinación fatal porque era similar al uniforme que usaban los guerrilleros. Tomó su arma reglamentaria y la credencial de policía, y fueron juntos a la esquina a mirar qué era lo que estaba pasando en el cuartel. Allí permanecieron hasta que llegó una patrulla caminando desde el regimiento; los curiosos entendieron que lo mejor era meterse rápido en la casa de Pérez, que era la que estaba más cerca.

La patrulla, agrega Ibáñez, estaba formada por “ un subteniente y cinco o seis soldados” que les ordenaron a todos que salieran de la casa, “ con las manos arriba; los hacen caminar hasta el baldío de la esquina, y allí les dicen: ‘Cuerpo a tierra’, y luego el oficial les grita a los soldados: ‘Fuego libre’, y así los matan. Después, vino un camión y les cargaron como bolsas de papas y les llevaron al regimiento”.

Ibáñez asegura que su hermano había dejado su pistola en la casa de Pérez y que salió a la calle con su credencial de policía.

Al día siguiente, Inocencio Ibáñez se puso su uniforme y se fue a buscar a su padre y a otro de sus hermanos, Pedro Florencio, un adolescente que cursaba la secundaria, que habían sido detenidos. En el regimiento le dijeron que su papá, un herrero de 55 años, había sido enviado a la central de Policía, la comisaría primera, donde se lo entregaron.

—Pregunté por mi hermano y me dijeron que él sí estaba en el regimiento.

Entonces, cuando volví al regimiento, me encuentro con un suboficial que me dice: “ Mirá, andá a aquella ventana; ahí está tu hermano, no te vayas a despegar de ahí”. Yo me conecto con el segundo jefe del regimiento y le digo: “ Yo quiero a mi hermano”. Bueno, me entregaron a mi hermano. Lo que pasa es que ahí le torturaron: le entraron con picana en el huevo; él perdió un huevo, no le funciona, se le secó. Le decían que contara lo que

sabía; le hablaron del hermano muerto. Cuando le dijeron: “ Usted, ¿de qué trabaja?”. “ No, yo no trabajo, soy estudiante”; fue peor ahí. Y le preguntaban si se reunía con los subversivos, todas esas cosas.

A los pocos días, “ un abogado amigo que ya murió nos hizo una notita”, que fue publicada en el diario *La Mañana* el 15 de octubre bajo la forma de una solicitada titulada “ Aclaración”, donde su padre, Julián Ibáñez, relató cómo su hijo, Felipe, y su vecino Pérez fueron “ acribillados a balazos en mi presencia; de mi esposa, Perfecta Cabrera de Ibáñez, y de varios vecinos, indignados por tan alevoso crimen”.

Al día siguiente, *La Mañana* publicó una noticia titulada “ Instrucciones y aclaración del jefe de la Guarnición Militar”, basada en un comunicado del coronel Oliva: “ Se deja constancia que en ningún momento efectivos de esta unidad atacaron a mansalva a personas indefensas, como lo expresa la publicación de una solicitada en el diario *La Mañana* de fecha 15 de octubre de 1975, siendo atribuible la muerte a circunstancias del combate librado”.

El comunicado de Oliva también afirmó “ que la imprudencia por inexperiencia manifiesta por parte de la población —producto de la curiosidad— facilita la acción de los delincuentes subversivos, que tratan de disimular su actitud confundiéndose entre ella o utilizándola como escudo en su huida”.

Sostiene Inocencio Ibáñez que tras la solicitada, una patrulla militar fue a buscar a su papá a su casa, y que él mismo lo llevó al cuartel al día siguiente ya que estaba en Clorinda por razones de trabajo.

—Ahí nos recibió un coronel que es abogado. Le trató mal a mi papá y le dijo un montón de cosas; yo le dije: “ Mi papá es paraguayo y no entiende”, y no me quería dejar entrar con él. Le tuvieron desde las 7 hasta las 11; querían saber quién nos hizo la nota. Nosotros le dijimos: “ Nosotros nomás”. “ No, esa redacción ustedes no la pueden hacer”, nos contestó.

Celso Rafael Pérez, el estudiante de 15 años, había almorzado con su familia en la casa de unos amigos de sus padres, a una decena de cuadras de la puerta trasera del cuartel. No quiso quedarse a la sobremesa y sus padres

le dieron permiso para volver antes a su casa, caminando, junto a sus tres hermanos, con quienes estaba jugando cuando se le ocurrió avisar del ataque a su vecino Felipe Ibáñez.

Él no lo sabía, pero su papá, Celso Pérez, ya había sido tiroteado por error cuando tuvo la mala suerte de pasar con el camión de reparto de gaseosas Coca Cola en el que trabajaba como chofer por la calle Marcial Rojas, la que separa al cuartel del Casino de Oficiales, en pleno combate con los guerrilleros. Pérez padre retornaba del almuerzo junto a su esposa, Paulina.

Raúl Fernández, uno de los subtenientes que acababa de salir del Casino de Oficiales y que, en el fragor de la lucha, intentaba ordenar a los soldados para contrarrestar el ataque, recuerda aquel episodio.

—Venía un camión Mercedes Benz rojo del lado por el que habían entrado los montoneros, y nosotros pensamos que venía con gente a atacarnos a nosotros.

Le dimos la voz de alto, varias veces, pero no se detenía. Yo empecé a tirar contra el camión y el subteniente que estaba a la izquierda mía también le tiró; uno de los soldados, cuando yo di la apertura de fuego, giró su armamento y también le tiró. El camión pasó por adelante nuestro y siguió su camino.

Celso Rafael Pérez (le había puesto sus dos nombres a su hijo mayor) resultó herido en el brazo por uno de aquellos balazos y fue a la sala de guardia del Hospital Central para que lo atendieran. Además, su esposa se había golpeado cuando se tiró al piso de la cabina para eludir los disparos. Ya había terminado el combate en el cuartel y el hospital comenzaba a llenarse de gente, con médicos y enfermeros que atendían a soldados y militares que llegaban perdiendo sangre y quejándose del dolor.

Pérez padre lucía muy preocupado por su hijo: “ No sé qué le habrá pasado porque estaba jugando al fútbol en una canchita contigua al regimiento cuando se armó el tiroteo”, pudieron escuchar Justo L. Urbietta y Evelio Ríos, flamantes corresponsales de la agencia estatal de noticias Telam. Un médico conocido se acercó a los cronistas y les comentó: “ Pobre tipo.... No se enteró todavía de que el pibe murió de un tiro en la nuca”.

Tanto el coronel Oliva como el coronel Andrés Plechot están muertos.

También falleció el mayor Ricardo Ducros, que era el oficial de Operaciones, el número tres del regimiento. Ninguno de ellos puede dar a conocer ahora su versión.

Los militares consultados, que en aquel momento tenían una graduación inferior, confirman la versión oficial sobre un tiroteo que derivó en las muertes de Ibáñez y Pérez, y aseguran que ellos no participaron de ningún patrullaje en Villa Ketty.

Sin embargo, uno de esos militares había admitido antes al historiador local Julio Ortiz que “ fue un error. El Ejército cometió un error”. Lo hizo en estricto *off the record*, es decir, solicitó que su nombre y apellido permanecieran en el anonimato.

Otras tres fuentes afirmaron que la patrulla que mató a Ibáñez y a Pérez habría sido encabezada por un contador que se había incorporado al Ejército como teniente primero y era el encargado de Finanzas del regimiento. Sería Marcos Rodríguez, quien años después se retiró con el grado de capitán y ahora vive en Paraná, la capital de Entre Ríos. También el abogado Pedro Velázquez Ibarra, dirigente justicialista y defensor de los derechos humanos en Formosa, mencionó a Rodríguez, primero en una entrevista con la revista entrerriana *Análisis* y luego en un correo electrónico enviado al autor de este libro.

Rodríguez negó que estas versiones fueran ciertas, a través de su hijo: “ Mi padre no estuvo en el cuartel durante el ataque y llegó cuando todo había terminado; tampoco participó en los patrullajes posteriores. Posiblemente, se confundan de Rodríguez porque en aquel momento había al menos otro oficial con ese apellido”.

En general, los soldados consultados aseguran que, de inmediato, comenzaron a circular versiones que indicaban que una patrulla del Ejército había matado por error a, por lo menos, un joven.

Por ejemplo, Luciano Vega recuerda que “ cuando terminó todo, me dieron la orden de vigilar el lugar donde habían puesto los cadáveres de los

subversivos muertos; estuve allí de las 21 del domingo a las 8 del lunes, para que nadie tocara nada. Cada uno de los cuerpos tenía un número que los identificaba; los superiores podían acercarse a ese lugar, pero nadie más. Éramos cuatro soldados de guardia, la fila de cadáveres tenía unos ocho metros y nosotros estábamos a diez metros de los cuerpos. En total, llegaron catorce cuerpos de los subversivos más el del policía que, según comentaron luego extraoficialmente, fue muerto por equivocación: luego del ataque, salió de civil con un arma en la mano frente al regimiento y una patrulla lo confundió. Parece que quería venir a colaborar con nosotros, y lo mataron por error. Cuando comencé la guardia allí ya había seis cuerpos. A las 21 ya estaba ese cuerpo (el del policía). Antes de la medianoche, ya estaban todos los cuerpos”.

Es un relato similar al que dio *La Mañana* el 7 de octubre de 1975, dos días después del ataque: “ El agente Ibáñez estaba en su casa, cerca del RIM 29 (del regimiento), y salió de civil y armado. Fue muerto casi de inmediato en el lugar”.

Una de las paradojas es que, mientras la Policía formoseña, a la que pertenecía Ibáñez, ha evitado referirse a este episodio, el Concejo Deliberante de la ciudad de Formosa lo honró designando con su nombre una de las calles aledañas al cuartel a través de la ordenanza número 4435, del 4 de diciembre de 2001; así, Felipe Santiago Ibáñez es paralela a Subteniente Ricardo Massafarro, el oficial muerto en el cuartel por los guerrilleros.

Angélica Pérez es la hermana de Celso Rafael Pérez, hijo, y tenía 13 años cuando mataron a su hermano. Es profesora en Palo Santo, a unos ciento treinta kilómetros de Formosa, y cada tanto visita a sus padres, Celso Rafael Pérez, de 79 años, y Paulina Benítez, de 80, que siguen viviendo en la capital provincial pero nunca le han querido hablar de su hermano mayor.

Angélica Pérez recuerda que aquel 5 de octubre de 1975 a la hora del ataque ella jugaba con sus tres hermanos varones, de 15, 11 y 8 años, y algunos vecinos en la calle frente a su casa, muy cerca de la esquina y de uno de los costados del cuartel.

—Escuchamos disparos, pero no nos llamó tanto la atención porque en algunas oportunidades, no muchas, se habían hecho maniobras o simulacros también con disparos. Pero, como siguieron y ya veíamos que entre los edificios había mucho movimiento, nos sorprendió, aunque en ningún momento nos asustamos. Vimos que en esos doscientos metros de terreno baldío que separaban al barrio de los edificios del regimiento venía corriendo, desesperado, un soldado. Saltó el alambrado y se metió en la casa de don Fernández, que vivía frente a la nuestra. Nosotros fuimos a casa y nos metimos en una piecita que había al fondo, que tenía una ventana que daba hacia el cuartel, y por allí mirábamos lo que ocurría. Estábamos los cuatro hermanos; Felipe Ibáñez, nuestro vecino que no sé cómo había llegado, y otros chicos más. El mayor era Felipe.

Al rato vieron que por el terreno baldío del regimiento, por donde había llegado corriendo el soldado, avanzaba hacia el barrio una veintena de militares armados y uniformados, uno a la par de otro, inspeccionando el terreno.

—Cuando llegaron al alambrado del regimiento, comenzaron a gritar en forma desordenada. No había una sola orden. Uno gritaba una cosa, otro decía otra cosa. En ese grupo todos gritaban, pero lo que se entendió claramente era que todos los habitantes de las casas vecinas teníamos que desocupar las viviendas y salir a la calle. Felipe, que era policía, tenía su arma, pero estando en la pieza dijo que iba a dejar la pistola en un ropero que allí había. Salió sin el arma. En la calle, nos hicieron formar con otros chicos y personas mayores que ya estaban afuera. Los militares comenzaron a revisar casa por casa, mientras los que vivíamos allí estábamos en la calle, tirados en el suelo, boca abajo. Éramos más criaturas que personas grandes. Cuando entraron a la casa de don Fernández, encontraron escondido al soldadito que había huido y le dispararon. No lo impactaron, pero nosotros en la calle nos asustamos.

Los militares los separaron en hombres y mujeres.

—Al frente de mi casa, nos hicieron formar a las mujeres y por la calle que ahora se llama Sargento Sanabria en honor a uno de los militares muertos dentro del cuartel, justo al lado del regimiento, formaron los varones. Nos dijeron que nos iban a conducir a todos detenidos al cuartel y, cuando

comenzamos a caminar, vimos tirados cerca de la cuneta a los dos cadáveres: el de Celso y el de Felipe. Celso tenía un pantalón a cuadros, sin camisa, pero con la campera blanca de la Escuela Industrial, de donde era alumno. Felipe tenía un pantalón vaquero, como se le decía antes a los jeans, y camisa. No sé en qué momento los mataron. Hacía sólo algunos minutos que nos habían separados de ellos.

Hubo tiros, pero no puedo precisar cómo y en qué momento los mataron.

Cuando las dos columnas, de varones y mujeres, que íbamos detenidos al cuartel, vimos los cadáveres y nos dimos cuenta de que eran Celso y Felipe, comenzó un llanto colectivo; la fila se descontroló; gritábamos mucho pero no nos dejaron arrimar. Me pareció que Celso tenía sangre en el estómago, pero después, ya en el velatorio, vi un impacto en la cabeza.

Angélica Pérez cuenta que los militares decidieron conducir al cuartel únicamente a los varones.

—A las mujeres y a los niños nos llevaron a la casa de don Fernández, y allí nos encerraron. Con mis hermanitos, miramos por la ventana durante horas el cuerpo de Celso para ver si se movía, si estaba herido. Pero no.

Sostiene Angélica Pérez que esa noche sus padres quedaron internados en el Hospital Central, él herido y ella con unos golpes, lógicamente sin saber nada de lo que ocurría con sus hijos.

—Al día siguiente, el lunes, mi mamá se entera de que habían matado a Felipe y se lamenta mucho por el sufrimiento de la madre, su vecina. Más tarde, le cuentan que también habían matado a Celso: nunca se pudo recuperar de eso, hasta hoy. Este tema nunca se habló en casa.

Angélica Pérez revela que sus padres ya cobraron una indemnización del Estado por la muerte de su hermano.

—Desde 1983 en adelante, llegaron a casa, varias veces, algunos abogados ofreciendo sus servicios para gestionar un resarcimiento. Mi padre siempre les decía que hicieran ellos esas gestiones porque nosotros no teníamos un solo peso para pagarlas. No sé qué estudio jurídico las hizo, pero ya

terminaron. Una abogada les informó a mis padres que iban a cobrar unos 300 mil pesos. Eso ocurrió hace dos años. Mis padres recibieron algo así como 200 mil pesos y unos 100 mil fueron para la abogada.

Y agrega: “ Hace muchos años, en una misa que se hacía un 5 de octubre, mis padres estaban casi al fondo de la iglesia. Un oficial superior se acercó, se presentó y les pidió disculpas por ese hecho. Mis padres le agradecieron, pero nunca más se habló del tema”.

También los parientes de Ibáñez solicitaron la indemnización establecida por la ley 24.411 para los desaparecidos y para los herederos de “ toda persona que hubiese fallecido como consecuencia del accionar de las fuerzas armadas, de seguridad, o de cualquier grupo paramilitar con anterioridad al 10 de diciembre de 1983”.

El beneficio ya fue otorgado por el gobierno nacional. Ascendió a 355.200

pesos, según la Resolución 830 firmada por el ministro de Justicia y Derechos Humanos Alberto Iribarne, el 27 de julio de 2007, durante los últimos meses de la presidencia de Néstor Kirchner.

Esa resolución benefició, específicamente, a los herederos de Felipe Ibáñez, que habían presentado la solicitud siete años antes. Inocencio Ibáñez recuerda cómo fue ese trámite.

—Primero, fuimos con papá a un estudio de un abogado que me dijo: “ Mirá, nosotros no podemos hacer nada; esto está bajo el regimiento, peligramos”.

Después, pasaron los años, y una doctora nos dijo: “ ¿No quieren hacer nada?

Yo les voy a representar”. Ella me explicó a mí, después a mamá y a Pérez las mismas cosas. Porque somos todos del barrio; la doctora es del barrio.

El padre de Ibáñez, Julián, falleció antes de que el gobierno concediera la indemnización.

Al 25 de julio de 2009, los Ibáñez aún no habían cobrado la indemnización, pero sólo porque había fallecido uno de los hermanos y todavía no se había realizado su sucesión, según explica Inocencio.

El cuerpo de Ibáñez tenía el número 1 pintado en la panza, y el de Pérez, el número 2, y ambos cadáveres fueron entregados a sus parientes el lunes 6 de octubre de 1975, el día siguiente al ataque, a las 14 y a las 13.15 horas, respectivamente.

Los peritos médicos determinaron el 20 de octubre de 1975 que Ibáñez presentaba una “ herida de (proyectil de) arma de fuego con orificio de entrada en región clavicular derecha y orificio de salida en línea media axilar del hemitórax izquierdo, a la altura de la séptima costilla”. Es decir, la bala le entró por la clavícula derecha, atravesó el pecho y salió por la axila izquierda.

En cuanto a Pérez, esos peritos informaron, también el 20 de octubre de 1975, que su cuerpo tenía una “ herida de (proyectil de) arma de fuego en la región preauricular izquierda” (a la altura de la patilla izquierda). Aquel mismo día, el comandante Enrique Raúl Graffunder, el oficial de Gendarmería encargado de colaborar con la investigación en el fuero civil, informó al juez federal de Formosa, Leandro Santos Costas, que “ en lo que respecta al lugar en que se produjo el deceso, esta Instrucción no está en condiciones de determinar el mismo, siendo de opinión que sobre el particular se requiera dicho antecedente al Juez de Instrucción Militar con asiento en el RIMte 29”.

Hay otra muerte polémica sobre la que casi no se habla en Formosa: la de Mamerto Cáceres, también formoseño, de 24 años recién cumplidos, jornalero.

Fue el último cuerpo agregado a la fila de guerrilleros, entre las 23 del domingo 5 y el mediodía del lunes 6 de octubre, según la fuente que se consulte. Le pintaron el número 14 en la panza. Olvidado por la mayoría de sus comprovincianos, sigue sepultado como NN.

De acuerdo con el Ejército, Cáceres era un guerrillero que fue muerto en un enfrentamiento cerca del riacho Formosa, que pasa por detrás del cuartel y

desemboca en el río Paraguay, durante uno de los tantos patrullajes realizados luego del ataque.

La madre de crianza y un ex maestro de Mamerto Cáceres afirman otra cosa.

Él había nacido en Pirané, la tercera ciudad de Formosa, ubicada a 111

kilómetros de la capital, donde fue criado por el matrimonio formado por María Gómez, maestra, y Luciano Ramírez, suboficial de la Gendarmería.

En su casa en Pirané, María Gómez cuenta que “ mi esposo, fallecido hace un año, sentía gran afecto por los niños. Quería ayudarlos a todos. Un niño, habrá tenido diez años, venía siempre a casa a ofrecer su ayuda para labores cotidianas.

Sabíamos que se llamaba Mamerto Cáceres, que su madre era Fulgencio Machado y que tenía otros hermanos. Era una familia muy pero muy pobre. Mi marido al poco tiempo le tomó cariño y un día le dijo que le preguntara a su madre si deseaba que lo alojara en esta casa. Se lo enviaría a la escuela, se lo vestiría, se le daría algunos pesos para sus pocos gastos; en fin, se lo integraría como uno más de la familia. Habrán pasado treinta minutos y él estaba de vuelta con un bolsito con su ropita. Nunca tuvimos mucho trato con la familia de Mamerto. Doña Fulgencio era una señora de edad, creo que ya se encuentra fallecida. Nosotros lo queríamos mucho. Era muy bueno, respetuoso, obediente”.

Mamerto Cáceres, que había nacido el 25 de septiembre de 1951, se trasladó a Formosa para cumplir el servicio militar, recuerda su madre de crianza.

—Al finalizar, viene a Pirané y nos dice que se va a quedar en Formosa a trabajar. Estuvo con nosotros casi diez años. Después que se radicó en Formosa, venía una vez por año a visitar a su madre y nos visitaba a nosotros. Nos contó que estaba viviendo en pareja con una chica que era maestra.

María Gómez señala que ellos se enteraron de la muerte del joven a través de un colega, el maestro Pedro Morales, que el lunes 6 de octubre de 1975 los llamó por teléfono desde Formosa.

—Nosotros le avisamos a la madre, el Ejército nunca le avisó. Nunca le entregaron el cadáver a nadie. Para el Ejército fue un subversivo, y fue sepultado como NN.

María Gómez dice que Morales les contó cómo había muerto Mamerto.

—Él acababa de bajar de un colectivo urbano, en las cercanías del regimiento, cuando una patrulla lo “barrió”. Mi marido tomó todo eso con mucha tristeza e impotencia. Él era personal del Escuadrón 5 de Gendarmería Nacional, especializado en construcciones viales. El 5 de octubre de cada año era festejado por todo el escuadrón porque era el Día del Camino. Ese 5 de octubre de 1975

la fiesta se hizo en la estancia “Labarthe”; estábamos allí cuando llegó la noticia del asalto al regimiento en Formosa. De inmediato, el jefe ordenó el traslado al escuadrón y el acuartelamiento de todo el personal. Al otro día, cuando nos enteramos de la muerte de Mamerto, mi marido decidió ir a Formosa. De la jefatura se le aconsejó ni mencionar su vínculo con “uno de los subversivos muertos”, y tampoco obtuvo permiso para viajar. Yo he tenido varios alumnos contestatarios, rebeldes; le puedo asegurar por lo que me pida que Mamerto nunca anduvo en ese tipo de actividades. Fue una muerte injusta.

Pedro Morales es un dirigente político conocido en Formosa, donde fue maestro y llegó a ministro de Educación; hasta diciembre de 2009, fue diputado provincial por el peronismo. Él había sido vicedirector de la escuela de Pirané, donde tuvo de alumno a Mamerto Cáceres, entre muchos otros.

—Mamerto se había criado sin padre; su madre era muy humilde y tenía varios hijos. Trabajó en changas, especialmente guiando bueyes en los carros, de boyero, hasta que lo recogió la familia Ramírez. Yo le avisé a Ramírez de la muerte de Mamerto. Nadie reclamó su cuerpo y fue enterrado como NN.

El 5 de octubre de 1975, Morales era subsecretario de Gobierno de la municipalidad de Formosa y tenía a su cargo el cementerio de la ciudad, donde fueron enterrados los guerrilleros. Morales recuerda que, cuando se acercó a la hilera de cuerpos, “vi que un joven yacía con una llamativa sonrisa en la cara.

Me resultó conocido y después comprobé que era Mamerto Cáceres”. Morales no reveló que lo conocía porque “hablar en aquellos tiempos de alguien así era para que el Ejército inmediatamente comience a tejer extrañas vinculaciones sin mayores fundamentos”.

¿Cómo murió Mamerto Cáceres? De acuerdo con Morales, también Cáceres vivía en Villa Ketty, al igual que Ibáñez y Pérez, “en la casa de una tía llamada Dominga Cáceres. En el momento en que una patrulla de militares daba órdenes a civiles en la calle, Mamerto bajó de un colectivo. Viendo tantos militares armados, algunos de ellos que corrían, otros que estaban parados, otros en el piso cuerpo a tierra, él se asustó y comenzó a correr a la casa. Allí, le dispararon y lo mataron”.

Los rastrillajes del Ejército, ayudado por la Policía provincial, la Prefectura y la Gendarmería, abarcaron toda la ciudad de Formosa y los caminos que comunicaban a la capital con el interior, Chaco y Paraguay, y duraron varios días con sus noches.

Mientras los heridos eran llevados al hospital, las patrullas comenzaron a rastrillar la capital, que rápidamente fue dividida en sectores, en busca de los atacantes y de sus presuntos cómplices. Una de esas patrullas desalojó el Gran Cine Italia interrumpiendo la función familiar de *El día del Chacal*, cuyo protagonista era un asesino profesional contratado por un grupo terrorista para matar al presidente de Francia, Charles De Gaulle. “Nadie está a salvo de la bala de un asesino” aseguraba el Chacal, el personaje creado por el escritor británico Frederick Forsyth.

Otra patrulla irrumpió en el Gran Cine Argentino, frente a la Plaza San Martín, en diagonal al Obispado, que, desde su creación, en 1957, estaba a cargo de monseñor Pacífico Scozzina, una suerte de padre espiritual de los formoseños y un reconocido luchador por los derechos humanos. A los 88 años, emérito o retirado desde 1978, Scozzina recuerda que aquel domingo

“estábamos tranquilos en el Obispado con mi hermano y su esposa; era una tarde serena cuando sentimos no tiros pero sí un movimiento inusual de coches.

Vimos que del Cine Argentino salía toda la gente, que andaba la Policía y que en el Distrito Militar estaban los soldados en mangas de camisa, de civiles, con el fusil en la mano. Yo fui a la tarde a la Catedral porque tenía que hacer la misa; resolvimos no hacerla porque no había nadie”.

Frente a la Plaza San Martín también estaba ubicada la corresponsalía de la agencia de noticias Telam, cuyo bautismo de fuego fue, precisamente, la cobertura del ataque al cuartel ya que había sido inaugurada el día anterior, el sábado 4 de octubre a las 19, cuando el interventor federal de la provincia, Juan Carlos Taparelli, encendió las teletipos, que trajeron como primera noticia la muerte del cómico Pepe Biondi.

En aquella época, Formosa estaba desvinculada del resto del país también en las noticias: el servicio telefónico de la estatal Entel funcionaba mal; no tenía ningún canal de TV, y había sólo un diario, *La Mañana*, y dos emisoras de radio, Radio Nacional, muy escuchada, en especial en el interior de la provincia, y Radio Fortín Yunká, de alcance más limitado. Los hechos que ocurrían en Formosa solamente llegaban a los diarios, radios y canales de TV de Buenos Aires a través de corresponsales que leían sus despachos por los teléfonos de Entel o los enviaban por avión o por los ómnibus de larga distancia.

Por eso, sin la cobertura de Telam el resto de los argentinos no se habría enterado tan rápido y con tanto despliegue del ataque de Montoneros en Formosa, de la magnitud del combate en el cuartel y de la fuga espectacular en dos aviones. Los despachos de esa agencia incluyeron precisas crónicas sobre los heridos y describieron la conmoción popular que estaba causando el ataque, con pequeñas muchedumbres que se acercaban espontáneamente al hospital a cuidar enfermos y a donar sangre, hasta que el bioquímico Pedro Echeverría tuvo que salir a decirle a la gente que no siguiera en la fila: “Muchas gracias, pero ya no hay más lugar en las heladeras”.

La solidaridad popular y el repudio al ataque fueron inmediatos y generalizados. Una multitud acongojada asistió el lunes 6 de octubre por la

tarde al sepelio de los soldados, que fue encabezado por el interventor Taparelli y el gobernador de Chaco, Felipe Deolindo Bittel. “ Brazos de gobernadores, ancianos, colonos, jóvenes soldados, adustos oficiales, funcionarios y desconocidos que sólo querían decir presente se confundían en el esfuerzo de portar a pulso oscuros féretros hacia la cruz mayor del cementerio de Formosa”, describió *La Mañana*.

En silencio, los militares siguieron con sus rastrillajes: en poco más de dos días fueron detenidas unas ciento cincuenta personas, según publicó *Clarín* el 8

de octubre de 1975: “ Los interrogatorios se realizan en el Regimiento 29, donde los corresponsales observaron a una veintena de detenidos ubicados cuerpo a tierra en el Patio de Armas de la unidad”.

El periodista Héctor D’Amico, actual secretario general del diario *La Nación*, fue enviado a Formosa a cubrir la noticia por la revista *Gente*.

— Había un estado de cacería en todo Formosa, con muchos rumores de que algunos de los atacantes habían cruzado al Paraguay; también se decía que no todos habían alcanzado a escaparse en el avión y que algunos se habían refugiado en la ciudad. Así que a los periodistas de Buenos Aires nos encerraron en un hotel que estaba en una torre, habremos sido entre seis y ocho. Escuchamos muchos disparos en la noche y hubo redadas en cantidad.

La falta de información oficial y la percepción cada vez más generalizada de que las detenciones y los interrogatorios se realizaban, muchas veces, en forma indiscriminada y arbitraria, fueron haciendo que, progresivamente, la Iglesia Católica, los medios de comunicación y diversas fuerzas políticas y sectoriales adoptaran una actitud crítica.

Monseñor Scozzina asegura que Formosa ya no fue la misma luego del 5 de octubre de 1975.

—Vivíamos tranquilos. En Formosa, nunca hubo un hecho de guerrilla antes del 5 de octubre... y tampoco lo hubo después. Pero Formosa nunca volvió a ser lo que fue antes de ese día. Entró el miedo, la gente cambió sus

hábitos; a las diez de la noche las calles estaban casi vacías. Eso duró mucho tiempo, y cuando el miedo pasó, Formosa ya era otra ciudad. Ése fue el fin de una Formosa que nunca más volvimos a ver.

A tono con lo que pasaba en todo el país, la represión se endureció y se extendió al interior de la provincia. La Iglesia resultó afectada directamente el 19

de noviembre de 1975, cuando fue detenido el sacerdote francés Santiago Renevot en su parroquia en El Colorado, a ciento cuarenta y cinco kilómetros de la capital, en el límite con Chaco, junto con varios dirigentes de las Ligas Agrarias. Aquel día también fueron apresados dirigentes de la Juventud Peronista y del Partido Auténtico.

Monseñor Scozzina sostiene que el padre Santiago trabajaba mucho con los campesinos.

—En el momento de su detención yo estaba en Buenos Aires, en una reunión del Episcopado. Me avisaron por teléfono y, de inmediato, hice un telegrama al Ministerio del Interior, que no me contestaron. Apenas volví, conversé con el padre Santiago y después me fui a verlo al coronel Oliva, a preguntarle si podía informarme cuáles eran las razones por las que lo tenían detenido. No me quiso dar datos. “ Bueno, yo voy a tomar una medida un poquito rara”, le contesté.

Fue el cierre de los templos. El último domingo de noviembre no se abrieron los templos en toda la provincia.

Con el tiempo, el padre Renevot fue liberado y pudo volver a Francia, luego de una fuerte presión de los obispos argentinos y franceses.

Scozzina siempre respaldó a los dirigentes campesinos con los cuales trabajaban él y sus sacerdotes.

—Lo único que nos preocupaba era la gente sana. Porque había gente que venía con otras intenciones. Ellos (los dirigentes campesinos) no cedieron a presiones. Cuando alguno de los visitantes insinuaba acciones violentas, inmediatamente me contaban. A varios militares yo les dije que ponía las

manos en el fuego por este grupo, que se dedicaba únicamente a la defensa del campesino, que tenían en la tierra el pan de sus hijos y no buscaban nada más.

Capítulo 9

OceanofPDF.com

PARADOJAS PERONISTAS EN ORO Y

BRONCE

¿Cómo puede ser que los familiares de los guerrilleros muertos hayan cobrado tanto dinero mientras nosotros, que defendimos el cuartel, y nuestros hijos tengamos que vivir así, tan pobres, tan sin nada, sin ninguna ayuda del gobierno?

Rogelio Mazacotte, un albañil que recibió tres heridas: dos en el estómago y una en un muslo, pero no alcanzó el grado de invalidez previsto por la ley para cobrar una pensión.

¿Se dan cuenta? Lo que yo hice por el peronismo, la Resistencia y la Juventud Peronista y ahora me pagan así.

El mayor retirado Ricardo Massaferro a dos oficiales frente al féretro de su hijo, el subteniente Ricardo Massaferro, el 6 de octubre de 1975, en alusión a que él había brindado “instrucción militar” a grupos montoneros.

La tragedia de Formosa derivó en un tratamiento desigual de las víctimas por parte del Estado, los partidos políticos y las organizaciones de derechos humanos.

Por un lado, la mayoría de los guerrilleros muertos durante el combate en el regimiento figura en los renovados anexos del *Nunca Más*; es decir, en los listados de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) actualizados por el gobierno de Néstor Kirchner, y en el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado, en la costanera porteña, y sus herederos han cobrado una indemnización del Estado que en marzo de 2010 era de 620.919

pesos.

Por el otro, los soldados que perdieron la vida defendiendo el cuartel en pleno gobierno constitucional y peronista son recordados apenas en

Formosa (sus homenajes no cruzan el límite provincial del río Bermejo), y sus padres deben arreglarse con una pensión que en marzo de 2010 era de 842 pesos mensuales.

Formosa fue una tragedia y dos imágenes la ilustran: el oficial de 23 años que descubrió a un amigo del Liceo Militar entre los cadáveres de los guerrilleros que los habían atacado y el mayor retirado que recibió en Buenos Aires el cuerpo de su único hijo varón, el subteniente de 21 años muerto por compañeros de los montoneros a quienes él mismo, un peronista de la Resistencia, tanto había ayudado.

Al subteniente Raúl Fernández le resultaba muy familiar el rostro del guerrillero que tenía pintado el número 6 en la panza, pero no le sonaba el nombre que figuraba en el DNI 11.490.463, Ángel Sergio Córdoba, correntino, y lo despistaban los bigotes negros y largos.

Fernández pudo sacarse la duda a las 6 de la mañana del lunes 6 de octubre de 1975, cuando la Policía Federal acercó la verdadera identidad de todos los guerrilleros muertos en el cuartel, incluido su camarada Reinaldo Ramón José Briggiler, DNI 10.315.640, nacido en San Jerónimo Norte, a cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad de Santa Fe, subteniente de reserva, quien vivía en la capital provincial cuando concurrían al Liceo Militar General Manuel Belgrano.

Fernández recuerda que “ cuando trajeron la identificación de los muertos, yo estaba en el despacho del jefe del regimiento porque le acababa de informar cuántas armas nos faltaban; el jefe le pasa al subjefe las fotos de los verdaderos documentos de cada guerrillero y ahí me doy cuenta de que era Briggiler, y les cuento que había sido compañero mío en el Liceo”.

A nadie le extrañó el dato, tal vez porque ya en el golpe con el cual Montoneros se dio a conocer, en el secuestro del general Pedro Aramburu, el 29

de mayo de 1970, participaron dos jóvenes egresados del Liceo General Paz, en Córdoba.

A Fernández le dio pena cuando reconoció a Briggiler.

—Habíamos sido compañeros durante muchos años. Era todo muy triste. De mi promoción egresamos noventa y cinco, pero sólo cinco seguimos la carrera militar en quinto año. Dos o tres se hicieron guerrilleros y murieron. Briggiler era el “banana”. El piola, el canchero; ya las había pasado todas, vivía para adelante, jugaba al rugby... Yo creo que la mayoría de los que vinieron al ataque al regimiento eran como él, de clase media para arriba.

Antes del ataque, aquel domingo 5 de octubre, Briggiler había estado alojado en el mejor hotel de la ciudad, el Plaza Hotel, según consta en la planilla de movimiento de pasajeros de ese establecimiento, con el nombre de Ángel Sergio Córdoba; dijo que tenía 21 años, era viajante y venía de Corrientes.

A esa altura, Fernández ya sabía que Briggiler había participado en el asesinato del general Juan Carlos Sánchez, el 10 de abril de 1972. Sánchez era el comandante del Segundo Cuerpo de Ejército y fue muerto en el centro de Rosario por un comando liderado por Julio Iván Roqué, “Lino”, “Martín” o “Mateo”, un pedagogo cordobés que luego sería el jefe del grupo que emboscó al secretario general de la CGT José Ignacio Rucci, el 25 de septiembre de 1973, en Operación Traviata.

En aquel momento, Briggiler, “Ramiro”, pertenecía, como Roqué, a las Fuerzas Armadas Revolucionarias, un grupo inspirado en el marxismo del Che Guevara (sostenía que no había que esperar a que maduraran las condiciones económicas para la revolución socialista, sino que un foco guerrillero podía acelerarlas), que al año siguiente se uniría con Montoneros. El 6 de febrero de 1973, Briggiler fue condenado a nueve años de prisión por la Justicia, que consideró probado que había recibido y escondido las armas utilizadas en el ataque; tres meses y medio después, el 25 de mayo de 1973, fue amnistiado por el flamante gobierno del presidente Héctor J. Cámpora, junto a todos los presos políticos.

Casualmente, el barrio militar pegado al regimiento de Formosa llevaba el nombre del general Sánchez.

El padre de Briggiler se enteró de la muerte de su hijo por una carta que recibió el sábado siguiente al ataque, el 11 de octubre de 1975, desde

Corrientes, que contenía el DNI de Reinaldo. Al día siguiente, el domingo 12

de octubre, Briggiler padre atendió un llamado telefónico, en el que una voz desconocida le preguntó si había recibido el documento de su hijo y le confirmó el fallecimiento, según dijo a la Policía santafesina cuando su casa fue allanada.

También señaló que Reinaldo estaba separado de su esposa, Ana, con quien tenía dos niños, y que lo había visto por última vez un par de meses atrás, cuando “ le manifestó el deseo que tenía de ver a sus hijos, cosa que se concretó por espacio de unas dos horas en las inmediaciones de la Estación Terminal de Ómnibus” de Santa Fe.

La esposa, Ana, confirmó que estaban separados de hecho desde hacía más de un año y medio, y dijo que las discusiones que derivaron en la ruptura de matrimonio habían comenzado porque su esposo no quería decirle dónde estaba trabajando en Posadas, ciudad a la que habían ido a vivir en 1973, luego de que Reinaldo recuperara la libertad. Él tampoco le contaba quiénes eran los amigos que lo visitaban en su casa, otro de los motivos de la separación. Entre enero y abril de 1974, el matrimonio se trasladó a Corrientes, también por iniciativa de Briggiler, donde él siguió manteniendo a la mujer al margen de sus actividades.

En su ropa, Briggiler llevaba un carnet de socio del club Colón de San Justo, provincia de San Fe, a nombre de Ángel Sergio Córdoba, y cinco tarjetas de personas influyentes de Corrientes y Misiones, entre ellas el gobernador de Corrientes, Julio Romero, un peronista ortodoxo que, sin embargo y en parte por su rivalidad con el otro caudillo justicialista del nordeste, el gobernador chaqueño Deolindo Bittel, mantenía buenas relaciones con la Juventud Peronista y con Montoneros. Por ejemplo, el periodista José “ Yuse” Estigarribia recuerda que Romero les facilitó el viaje a Buenos Aires el 1° de mayo de 1974 al acto por el Día del Trabajo, que derivó en la ruptura definitiva entre Perón y los montoneros, que ya se veían como el reemplazo natural del anciano General en el liderazgo del Movimiento y del país.

—En el Chaco, nadie quería alquilarnos ni un colectivo para viajar al acto.

Nos encontramos con don Julio, como le decíamos nosotros, y él nos posibilitó que nos alquilaran todos los colectivos que necesitábamos y encima, a mitad de precio. La columna de la Regional Nordeste salió de Resistencia; punto de reunión: la Universidad Nacional del Nordeste, que todavía estaba en gran medida en manos de la “ Orga” (el sobrenombre de entrecasa de Montoneros).

Encabezando la columna íbamos Adam Pedrini; Guillermo Amarilla, delegado de la Juventud Peronista de la Regional; Fernando Vaca Narvaja; Carlos Kunkel, que manejaba el coche, y yo. La cantidad de gente que participó en la movilización fue impresionante: sólo del Chaco había más de treinta colectivos.

Pero la tarjeta de Romero en la vestimenta de Briggiler no indicaba nada: el guerrillero muerto también llevaba una nota firmada por el vicepresidente segundo de la Cámara de Diputados de Corrientes, Hermenegildo Gómez, que autorizaba a Ángel Sergio Córdoba para que, “ en el carácter de Secretario Primero del Bloque Justicialista de la honorable Cámara de Diputados de la Provincia, entreviste a los compañeros del mismo bloque de las provincias del Chaco, Formosa, Misiones y Corrientes”; una pericia demostró luego que la nota era falsa. Como las tarjetas personales, también ese papel se había manchado con la sangre de Briggiler.

El 29 de octubre de 1975, el padre de Briggiler, de 61 años, se presentó en el juzgado federal de Formosa, donde reconoció las fotografías del cadáver de su hijo, y solicitó la entrega del cuerpo para trasladarlo a la ciudad de Santa Fe. El ataúd de Reinaldo Ramón José Briggiler fue depositado el sábado 1° de noviembre de 1975 en el panteón de la familia materna en el cementerio municipal de Santa Fe.

Mucha gente cree en Formosa que los atacantes fueron enterrados en una fosa común en el cementerio local y que aún permanecen allí. También algunos periodistas repiten esa versión, no sólo en Formosa. En aquel momento, Pedro Morales era el subsecretario de Gobierno de la municipalidad de Formosa y tenía a su cargo el cementerio de la ciudad. Morales niega la existencia de esa fosa común.

—El día siguiente del ataque, el juez federal de Formosa, Leandro Santos Costas, encabezó una reunión en el regimiento con funcionarios y jefes militares, y precisó que el entierro se haría según la legislación vigente, en la forma habitual para cualquier otro ciudadano. Se hizo una fosa para cada cuerpo en su respectivo ataúd, colocando una cadenita con un número en el pecho de los fallecidos. En la cabecera de la fosa pusimos un mojón con el mismo número, y en la parte superior, una chapita con la misma identificación. Lo que pasó fue que las fosas fueron hechas con una máquina que tiraba la tierra en un solo lugar y muchos transeúntes, al ver ese gran montón de tierra, presumieron que se los enterraba en una fosa común.

El lunes 6 de octubre de 1975, el juez Santos Costas solicitó al intendente capitalino, Victorino Molina Martínez, doce ataúdes que el martes 7 “fueron inhumados en el cementerio local debido al estado de descomposición de los cuerpos”. Las tumbas quedaron localizadas en el sitio destinado a Reserva dentro del Cementerio Número 2.

Sostiene Morales que, cuando los familiares de los guerrilleros llegaban a Formosa a reconocer y retirar los cadáveres, “contrataban un servicio fúnebre mejor, por lo que se cambiaba al muerto de féretro, que era trasladado a su respectivo destino. La municipalidad había designado sólo a tres personas para esas exhumaciones”.

Morales agrega que él exhumó diez cuerpos por orden del juez Santos Costas.

Los jefes del regimiento ya habían entregado los cuerpos de Felipe Ibáñez y Celso Pérez, dos de los tres formoseños muertos, y de Roberto Luis Mayol, el soldado que abrió las puertas del cuartel.

Por lo tanto, según las cuentas de Morales, quedaron dos cuerpos enterrados como NN, que serían los de Mamerto Cáceres, el otro formoseño muerto en la represión posterior al intento de copamiento, y Jorge Alberto Livieres, quien había llegado desde Resistencia como único pasajero del Cessna 182 LV-HOT

del Aero Club Chaco, luego utilizado para la fuga de cuatro guerrilleros.

Livieres alquiló el avión como Ramón Ángel Ruiz y con ese nombre murió: en su vestimenta se encontraron una cédula y un registro de conductor con esa identidad. Fue el cadáver número 4 y llevaba un reloj con caja y malla de acero inoxidable Seiko.

Livieres tenía 23 años y había nacido en Chubut pero vivía en Corrientes, junto con su esposa y su hijo, un bebé de meses. En una entrevista con *La Mañana*, su cuñada, Mónica Massochi, recordó que el día anterior al ataque, el sábado 4 de octubre de 1975, la suegra de Livieres cumplía años, “ toda la familia estaba almorzando, y Jorge abrazó a su pequeño hijo y le dijo: ‘Esto es lo último’, y nosotros, que estábamos allí, no pudimos entender qué quiso decir con esa despedida; después sí lo entendimos”. El suegro de Livieres había pertenecido a la Prefectura; también sus dos cuñados se desempeñaban en esa fuerza.

Según la justicia federal, las esposas o los padres de los doce guerrilleros muertos en el regimiento fueron notificados para que se trasladaran a Formosa a reconocer los cuerpos y entregárselos, y en los casos en los que ellos no fueron encontrados, la notificación fue entregada a otros parientes, como ocurrió con una concuñada de Livieres el 27 de octubre de 1975. Sin embargo, Mónica Massochi afirmó que “ ninguno de la familia pudo rescatar el cadáver. Hicimos gestiones ante el juzgado y el regimiento, pero sin resultados”.

Todos los guerrilleros muertos en el cuartel habían nacido en el interior del país. José Daniel Graziano, de 26 años, era uno de los que había viajado el sábado desde Rosario en un ómnibus de la empresa Godoy; murió con dos fotos de su beba en el bolsillo. Fue el cadáver número 9.

Otro de los muertos en el cuartel fue el correntino Alfredo Velázquez, “ Fredy”, el cuerpo número 5, que llegó a Formosa desde Resistencia en una camioneta Chevrolet que pasó por el puesto de control policial Puerto Veláz, en el límite del Chaco, el domingo 5 de octubre a las 6.40. Velázquez, de 25 años, murió con una tarjeta del instituto donde aprendía danzas folclóricas, en Resistencia, entre sus ropas.

Según la Policía chaqueña, aquel día también cruzaron la frontera provincial otros dos vehículos conducidos por otros dos muertos en el

cuartel: La camioneta Ford F-100 usada en el copamiento del aeropuerto y en las tareas de contención, “ conducida por un tal Emio Vorsi, que resultó ser Emio Edgardo Guillermo Rossi”.

El furgón Ford F-350, “ conducido por un tal Emilio Chiocca, que resultó ser Oscar Ramón Boero”.

Rossi, 34 años, nacido en San Fabián, en la provincia de Santa Fe, era serigrafista y al momento de morir llevaba una cédula de identidad a nombre de Isidoro Alegre. Fue el cadáver número 12.

Boero, 26 años, era también del interior santafesino, de Santa Clara de Buena Vista, a noventa y siete kilómetros de la capital provincial, donde había trabajado como metalúrgico en la planta automotriz Fiat. Murió con un anillo de metal blanco, al parecer de plata, y fue el cuerpo número 7.

Raimundo Kobalg pertenecía a la clase de los soldados conscriptos, 1954; tenía 21 años, y había nacido en Tunuyán, Mendoza, en un hogar formado por dos inmigrantes, un austriaco y una yugoslava. Era soltero y había llegado al ataque del exterior del país: el sábado 4 de octubre tomó un ómnibus de la empresa Pluma, donde ocupó el asiento número 30, en San Pablo, en el sudeste de Brasil; descendió en Asunción, la capital del Paraguay, y desde allí se trasladó a Formosa, ubicada a ciento cincuenta y cuatro kilómetros. Fue el último de la fila de cuerpos, el número 15.

Saúl Mario Kobrinsky, “ Luly”, había nacido en Basavilbaso, en Entre Ríos, pero vivía en Buenos Aires. A un mes de cumplir 23 años, era soltero y estudiaba Derecho. Fue el cadáver número 3. Él había llegado de Buenos Aires en ómnibus, previa escala en Rosario.

Juan Sebastián Hernández acababa de cumplir 19 años y había nacido en Rosario, donde su padre era un abogado prestigioso, de una familia muy conocida. Hernández padre era socio del Jockey Club y con su familia frecuentaba “ el country”, el club de campo de esa institución, en las afueras de la ciudad. Dos días después del ataque, su papá fue abordado en el centro de Rosario por una persona, que le dijo: “ Su hijo murió como un héroe en Formosa; vaya a buscar el cuerpo”. Esas palabras sorprendieron al doctor

Hernández, quien “ creía que su hijo estaba estudiando Derecho en Santa Fe”, según un amigo de la familia.

Cuando Juan Sebastián Hernández fue ubicado en la Plaza de Armas del regimiento con el número 13, se encontró en su vestimenta un DNI a nombre de Hugo Víctor Mercado, que luego se comprobó falso, y con el cual se habría alojado el viernes 3 de octubre de 1975 en el Plaza Hotel, frente a la plaza principal de Formosa. Murió con un reloj Seiko y un encendedor a gas Cricket.

Luis Carlos Morero, 23 años, también era rosarino, hijo de un albañil de 59 años, y fue el cadáver número 11. Como Graziano y Kobrinsky, había tomado un ómnibus de Godoy en Rosario, el día anterior.

A su lado estaba el cuerpo número 10, que pertenecía a Oscar César Suárez, 24 años, nacido en la ciudad de Santa Fe, que llevaba un DNI a nombre de Luis Alberto Mansor, un estudiante marplatense de 19 años que desde hacía más de cinco meses estaba postrado en su casa por un grave accidente de tránsito.

El cadáver número 8 era el del soldado Roberto Mayol, quien había llegado castigado desde el Batallón de Arsenales 121, ubicado en la localidad de Fray Luis Beltrán, a diecisiete kilómetros de Rosario, sobre el río Paraná, luego de que el 13 de abril de 1975 el Ejército Revolucionario del Pueblo atacara la guardia, matara al coronel Arturo Carpani Costa y se llevara una buena cantidad de armas, entre ellas ciento setenta FAL, cinco FAP y tres ametralladoras pesadas MAG. Los guerrilleros tuvieron cuatro bajas. Sus jefes en el batallón llegaron a la conclusión de que Mayol había entregado las armas demasiado rápido y, como ya sospechaban de su militancia en Montoneros, lo sacaron de la zona de Rosario, donde la guerrilla tenía mucho desarrollo, y lo enviaron a un lugar alejado, donde nunca pasaba nada, presuntamente para neutralizarlo.

La breve pero intensa juventud de Mayol permite comprender qué les pasó a tantos como él en aquella época de utopía y de violencia.

Cuando Mayol llegó a Formosa, en mayo, se destacó rápidamente, como recuerda el entonces subteniente David Cabrera Rojo.

—Mayol se notaba enseguida primero porque era un rubio al lado de los otros soldados, que eran todos morochos, de cabellos duros. Había también otros soldados no formoseños, que habían pedido prórroga en otras provincias, pero en su gran mayoría eran formoseños, con un diez por ciento de tobas, que venían de ser hacheros y eran grandes baqueanos, capaces de ver una víbora yará en el medio del monte en plena noche. Muchos eran pobres: no estaban acostumbrados a más de una comida al día, y en el regimiento había aulas para enseñarles a leer y escribir. Mayol llegó sospechado y algunos oficiales y suboficiales sabíamos que teníamos que tener cuidado con él, pero no era mucha la información que circulaba.

Mayol fue destinado a la Compañía de Tiradores B y sus jefes recibieron la orden de que le restringieran el acceso a toda información que no tuviera que ver con sus obligaciones y le impidieran el acceso a lugares clave, como la sala de armas o la oficina donde se preparaban las novedades de ese sector. También se hizo notar como un soldado excelente: cargaba y descargaba las armas con presteza, asimilaba las instrucciones con docilidad e inteligencia y se mostraba muy interesado en la vida militar; tanto fue así que pronto fue considerado el mejor soldado de su unidad y lo ascendieron a dragoneante.

Según el entonces capitán Rodolfo Mazzino, que era el jefe de la Compañía Servicios, “ Mayol decía en sus francos que se iba a la ciudad de Formosa o a Resistencia, pero luego descubrimos que en Resistencia tomaba un avión a Rosario. Ahí nos empezamos a alertar”.

A los 21 años, Mayol ya era un “ cuadro” relevante de Montoneros en Santa Fe, en cuya estructura militar había alcanzado el grado de oficial segundo y donde había dirigido ataques contra la corresponsalía de la agencia Telam y el Club del Orden, que había sido fundado en 1853 por la elite provincial partidaria de la nueva Constitución y del vencedor de la batalla de Caseros, el general entrerriano Justo José de Urquiza.

A partir de la segunda mitad de los sesenta, los hijos de muchos padres de ideas conservadoras, liberales o radicales, en varios casos antiperonistas o “

gorilas”, se hicieron peronistas, y con esa fe que suelen tener los conversos se volcaron a la lucha armada contra los sucesivos gobiernos militares; eso ocurrió en todo el país y Mayol integró esa tendencia: pertenecía al aristocrático Club del Orden su propio padre, un prestigioso abogado que durante la Revolución Libertadora había sido presidente de la Corte Suprema de Justicia de Santa Fe.

Mayol era el mejor informante que Montoneros podía tener en un cuartel y por eso la cúpula, encabezada por Mario Firmenich, decidió atacar un regimiento tan alejado y en un lugar donde la guerrilla peronista no tenía mucha presencia, con todos los riesgos que eso implicaba.

Tanto influyó la presencia de Mayol en el cuartel que el 5 de octubre de 1975

fue fijado por Raúl Yaguer como Día D el miércoles 24 de septiembre debido a que se aproximaba la fecha en que el soldado montonero sería dado de baja.

“ Esto transformaba la operación en una fruta madura, que si no la arrancábamos hoy, mañana podía estar caída”, se lee en la evaluación secreta de Operación Primicia realizada por la Conducción Nacional de Montoneros.

El lunes 6 de octubre de 1975 el cuerpo de Mayol fue entregado a sus tíos por el jefe del regimiento, el coronel Dardo Oliva. La visita generó un tumulto entre algunos oficiales y suboficiales, que seguían muy alterados por el intento de copamiento.

—Vienen los padres de Mayol —fue la información que transmitió un oficial desde la Guardia.

Dos señores de traje y una señora entraron al cuartel y varios militares fueron a insultar y a escupir al caballero que caminaba al frente con aire muy resuelto.

—No señores, yo soy el funebrero contratado para llevarlo a Santa Fe —dijo el hombre, muy calmo, mientras se secaba la cara.

Los tíos de Mayol se escabulleron y se metieron en el edificio de la Mayoría, mientras la pequeña turba los seguía con sus insultos. Allí, los parientes de los soldados muertos esperaban que los recibiera Oliva, quien estaba siendo entrevistado por el periodista Héctor D'Amico para la revista *Gente*.

—Estábamos en el despacho de Oliva cuando escuchamos unas puteadas feroces. Él nos dijo: “ Disculpenme un momento”, y salió de la sala. Nosotros, lógicamente, lo seguimos. Pasó a un patio amplio y allí vemos a un grupo de gente grande, todos llorosos; a una pareja de edad que miraba hacia abajo, y a un oficial totalmente fuera de sí. “ Éstos son los padres del hijo de puta que mató a sus hijos”, les decía a los parientes de los soldados muertos. Y señalaba a la pareja con el dedo. Era una escena dantesca; los señalados estaban totalmente avergonzados. El jefe del regimiento le ordenó: “ Subteniente, venga conmigo”. Y se lo llevó a algún otro lado. La escena era de una gran violencia.

A treinta y cinco años del ataque al cuartel, Mayol es un traidor para los militares y los conscriptos, quienes, para ser precisos, se refieren a él como “ el soldado entregador”, pero un héroe, un mártir, un “ cura laico” o por lo menos una víctima del terrorismo de Estado para muchos de quienes fueron montoneros, e incluso así se lo considera en otros ámbitos, como la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral, en la ciudad de Santa Fe, donde estudiaba Derecho: él fue uno de los veinticuatro “ alumnos, profesores y egresados muertos, desaparecidos y perseguidos durante la última dictadura militar” que fueron recordados con cuatro jornadas de homenaje a fines de agosto de 2006.

Esas jornadas comenzaron el lunes 28 de agosto de 2006 en el Aula Alberdi con una conferencia a cargo de Ricardo Lorenzetti, santafesino, en aquel momento miembro y ahora presidente de la Corte Suprema de Justicia, titulada: “ Los derechos humanos en la doctrina de la Corte Suprema”, y culminaron el jueves 31 en el hall con un acto “ en homenaje a quienes fueron muertos, desaparecidos y perseguidos por el terrorismo de Estado”. Hablaron familiares, organizadores y el secretario de Derechos Humanos, Eduardo Luis Duhalde, y se colocó una placa alusiva.

El recordatorio incluye una foto de Mayol en un acto y un párrafo escrito por el abogado Jorge Pedraza, que dice: “ El compañero más querido y paradójicamente más olvidado. Su vida fue una completa entrega hacia los demás, especialmente los humildes. Se formó muy joven con los jesuitas, su lectura de cabecera fue la revista *Cristianismo y Revolución*, de García Elorrio y Casiana Ahumada. Era como un cura laico de la militancia, una personalidad atrapante. Fue orador del Ateneo de Derecho y muy pronto la universidad le quedó chica. Antes había fundado en Santa Fe el Movimiento de Acción Secundaria, que confluiría luego en la UES (Unión de Estudiantes Secundarios).

Su muerte —en un momento de extrema violencia política en el país— nos conmovió a todos sus compañeros y a amigos. Fue un antes y un después”.

Pedraza, que estuvo siete años preso, es director de Investigación y Reconstrucción de la Memoria Histórica de la Secretaría de Derechos Humanos del gobierno de la provincia de Santa Fe, que es encabezado por el socialista Hermes Binner. Él fue compañero de estudios de Mayol en el histórico Colegio de la Inmaculada Concepción, “ La Inmaculada”, donde se educa la elite santafesina, que está ubicado en el centro de Santa Fe, frente a la Plaza 25 de Mayo.

—De Roberto Mayol tengo el mejor de los recuerdos. Fuimos compañeros durante toda la escuela secundaria. Sufrí mucho su desaparición. Cuando me enteré, no le encontré razón a esa decisión de tomar el cuartel para recuperar armas. Me pareció una locura, pero el país ya estaba inmerso en una espiral de violencia imparable. Yo también tenía un nivel de militancia, pero el de él era evidentemente más elevado y hacía un tiempo que le había perdido el rastro. El Colegio de la Inmaculada es de los jesuitas. Él había hecho la primaria también en un colegio religioso. Era muy inteligente, muy sensible; un cuadro político forjado en la escuela de Cristianismo y Revolución, dentro del tercermundismo, con mucha influencia también de nuestros maestros jesuitas. La última vez que lo vi fue en 1973, en el Movimiento Ateneísta, que fue el precursor de la Juventud Universitaria Peronista; él fue uno de los oradores. Lo recuerdo como un muy buen orador, un joven de muy buena imagen; un cura laico; un admirador de Camilo Torres, venía del progresismo católico.

No sólo Mayol es considerado un héroe, un mártir o una víctima del terrorismo de Estado por sus compañeros de militancia o de estudios: la mayoría de los guerrilleros muertos en el cuartel han sido homenajeados en sus pueblos o ciudades y en los colegios y universidades que frecuentaron.

Más relevante que eso: la mayoría figura en los nuevos listados del *Nunca Más*, que fueron actualizados por el área Conadep del Archivo Nacional de la Memoria, creado por el Decreto 1259/2003 en el ámbito de la Secretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, y presentados en la Feria del Libro de 2006.

Por ejemplo, Briggiler está incluido en el Anexo II del *Nunca Más* publicado en abril de 2006, como víctima de “ejecución sumaria” el “5 de octubre de 1975” en el “Regimiento de Infantería de Monte 29, ciudad de Formosa”.

La fuente de esa información es el REDEFA, el Registro de Fallecidos de la ley 24.411, la norma que durante el gobierno de Carlos Menem estableció el pago de una indemnización para los herederos de los desaparecidos y de “toda persona que hubiese fallecido como consecuencia del accionar de las fuerzas armadas, de seguridad, o de cualquier grupo paramilitar con anterioridad al 10

de diciembre de 1983”. Su legajo es el número 832.

Es decir que, como en otros casos, todo indica que primero sus herederos cobraron la indemnización creada durante el menemismo y luego, en el kirchnerismo, su nombre fue incorporado al listado de la Conadep. El oro, por un lado, y el bronce, por el otro, en un ejemplo tal vez impensado de continuidad entre esas dos vertientes del peronismo, que parecen enfrentadas entre sí.

En todo caso, Briggiler no es un desaparecido y, además, no hay nada que haga sospechar que haya sido víctima de una “ejecución sumaria”; es decir, que haya sido fusilado sin juicio previo en el cuartel. Por el contrario, sus compañeros pensaban que había muerto en combate en el regimiento, como surge de la información que le dieron a su padre el 11 y el 12 de octubre de 1975.

Por otro lado, los legisladores que sancionaron la ley 24.411 y el presidente Menem que la promulgó, el 28 de diciembre de 1994, ¿querían indemnizar a los muertos por cualquier tipo de “ accionar” de las Fuerzas Armadas o de seguridad antes del retorno a la democracia, incluso en un tiroteo en la calle, a plena luz del día, o durante el ataque a una comisaría o a un cuartel en los gobiernos de Héctor Cámpora, Juan Perón o Isabel Perón, o sólo pensaban en las víctimas de la represión ilegal y clandestina de los militares o la Policía? ¿Cuál fue el espíritu de esa ley?

Los fundamentos del proyecto de ley y los discursos de los diputados y senadores indican que el objetivo era reparar las violaciones a los derechos humanos cometidas por el Estado, incluso antes del último golpe militar, pero no a las víctimas de la represión a la guerrilla realizada en democracia y dentro de la ley. Lo confirma el senador Eduardo Menem, quien estuvo a cargo de la presidencia del Senado en la sesión en la que se debatió ese proyecto, el 7 de diciembre de 1994.

—El sentido era muy claro: reparar a todas las víctimas de la represión ilegal de los militares, incluso antes del golpe del 24 de marzo de 1976. Por ejemplo, en el caso de la masacre de Trelew, en 1972. Y también a las víctimas de los grupos paramilitares, como la Triple A. Pero para mí no se debe aplicar a los ataques a cuarteles como el de Formosa porque, ante el ataque a un regimiento, en democracia, ¿cómo no se iban a defender los militares? Es absurdo pensar que no debían haberse defendido.

Sin embargo, la interpretación oficial vigente es que la indemnización prevista por esa norma incluye también a los guerrilleros muertos en cualquier tipo de enfrentamientos con militares, gendarmes y policías hasta la vuelta a la democracia y desde una fecha no precisada pero que en la Secretaría de Derechos Humanos ya estiran al 28 de junio de 1966, fecha del golpe contra el presidente radical Arturo Illia, según el Anexo II del informe actualizado de la Conadep, que reúne a las “ Víctimas de desaparición forzada y ejecución sumaria 28/06/1966 – 24/03/1976”.

De todos modos, aun cuando legalmente corresponda que todas esas muertes sean indemnizadas con dinero del Estado, proveniente de Rentas Generales, ¿es correcto incorporarlas al listado de la Comisión Nacional

sobre la Desaparición de Personas? ¿No excede esa práctica el espíritu y la letra del decreto del presidente Raúl Alfonsín que creó la Conadep?

Por el Decreto 187 del 15 de diciembre de 1983, Alfonsín estableció que la Conadep “ tendrá por objeto esclarecer los hechos relacionados con la desaparición de personas ocurridos en el país”. Y en el artículo 2 indicó cuáles eran sus funciones “ específicas y taxativas” durante los ciento ochenta días que duraría en funciones: todas estaban relacionadas con los desaparecidos y con “ la ubicación de niños sustraídos a la tutela de sus padres o guardadores a raíz de acciones emprendidas con el motivo alegado de reprimir al terrorismo”.

En ese sentido, el prólogo original del *Nunca Más*, de 1984, escrito por Ernesto Sabato, indicó que la Conadep fue creada por Alfonsín para “ indagar la suerte de los desaparecidos en el curso de estos años aciagos de la vida nacional”.

Para integrar la Conadep, Alfonsín designó a diez personalidades; una de ellas fue la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú, quien confirma que “ el objetivo de la Conadep fue elaborar el informe para la Justicia acerca de lo ocurrido durante la dictadura militar 76/83”.

Ruiz Guiñazú recuerda que en la página 16 de la edición original del *Nunca Más* quedó claro que la Conadep también recibió denuncias “ acerca de aproximadamente 600 secuestros que se habrían producido antes del golpe militar del 24 de marzo de 1976”, de las cuales la Conadep no pudo ocuparse porque estaban fuera de su alcance.

—Incluso cuando Kirchner adosó otro prólogo a la edición original con un absoluto desconocimiento de las reglas que rigen la propiedad intelectual, lo hablé con el entonces Secretario de Cultura, (José) Nun, proponiéndole que se animaran a hacer otro *Nunca Más* pero sobre los desaparecidos de la Triple A.

Su respuesta fue un silencio absoluto posiblemente porque el gobierno constitucional de Isabel Perón apañó desvergonzadamente el huevo de la serpiente que significaron los grupos parapoliciales de López Rega.

El gobierno de Néstor Kirchner no se animó a investigar esas violaciones a los derechos humanos previas al golpe militar, sino que prefirió realizar dos intervenciones en el *Nunca Más* original: Incorporó otro prólogo, en el que destacó que “ nuestro país está viviendo un momento histórico en el ámbito de los derechos humanos, treinta años después del golpe de Estado”, como resultado de “ la confluencia entre la decisión política del gobierno nacional, que ha hecho de los derechos humanos el pilar fundamental de las políticas públicas, y las ineludibles exigencias de verdad, justicia y memoria mantenidas por nuestro pueblo a lo largo de las últimas tres décadas”.

El nuevo prólogo rechazó en forma explícita la “ teoría de los dos demonios”; es decir, la justificación del “ terrorismo de Estado como una suerte de juego de violencias contrapuestas, como si fuera posible buscar una simetría justificatoria en la acción de particulares, frente al apartamiento de los fines propios de la Nación y del Estado que son irrenunciables”.

Sumó al listado de desaparecidos a todos los muertos antes del golpe, al crear un anexo sobre las “ víctimas de desaparición forzada y ejecución sumaria anteriores al 24 de marzo de 1976”.

De ese nuevo listado, 545 nombres provienen del RE-DEFA, el Registro de Fallecidos de la ley 24.411, casi todos (526) como víctimas de “ ejecución sumaria”, entre ellos los guerrilleros muertos en los ataques a los cuarteles de Azul, Villa María, Fray Luis Beltrán y Monte Chingolo, que se planificaron y concretaron durante gobiernos constitucionales, entre 1973 y 1976. Por razones alfabéticas, el número uno es Fernando Abal Medina, el primer jefe de Montoneros, abatido el 7 de septiembre de 1970 en un tiroteo con la Policía en la pizzería La Rueda, en William Morris, en el Gran Buenos Aires. La fuente de esa información es el REDEFA y el legajo, el número 1324. Cuesta encontrar un testimonio de algún compañero de Abal Medina que sostenga que el principal “ bronce” de la “ Orga” cayó en una “ ejecución sumaria”; la versión oficial, hasta ahora sin fisuras, indica que fue muerto en la balacera, cuando quiso salir por la puerta. Aquel atardecer también murió Carlos Gustavo Ramus, en la estancia de cuya familia, en Timote, a cuatrocientos veinte kilómetros de Buenos Aires, había sido

sometido a “juicio revolucionario” y “ajusticiado” el general Aramburu, tres meses antes. Ramus murió en el acto, cuando quiso lanzar una granada contra los policías, que le estalló en la mano; también él figura como víctima de ejecución sumaria en el nuevo listado de la Conadep, con legajo número 1061, del REDEFA. Precisamente, en honor a esas caídas la guerrilla peronista adoptó el 7 de septiembre como el Día del Montonero.

En el nuevo *Nunca Más* aparecen dos tipos de delitos que tampoco estaban previstos en el decreto de Alfonsín: ejecución sumaria y desaparición forzada, que es cuando el cuerpo de la víctima no ha sido identificado ni entregado a sus familiares. La categoría “desaparición”, a secas, quedó para los casos en los que los parientes ya recuperaron los restos de la persona que estuvo desaparecida.

Lógicamente, el de Briggiler no es el único caso entre los muertos en Formosa: hay otros siete.

Hernández, que tampoco figuraba en el listado de la Conadep de 1984, pero sí en 2006, con fuente en el registro de la ley de indemnización (dos renglones más arriba aparece, por razones alfabéticas, Fernando Haymal, también como víctima de “ejecución sumaria”; en realidad, Haymal fue fusilado el 6 de septiembre de 1975 pero no por los militares o la Policía sino por Montoneros, acusado de traición y delación, como informó la revista *Evita Montonera* número 8, página 21. Haymal fue incorporado al listado de la Conadep sobre la base de la información del REDEFA, lo cual supone el cobro de la indemnización de la ley 24.411).

Kobrinsky, también incorporado en 2006, como Hernández y Briggiler.

Livieres, con quien ocurre lo mismo que con Hernández, Briggiler y Kobrinsky.

Morero, también incorporado en 2006, como los cuatro anteriores.

Vélazquez, que figuraba en 1984 como “desaparecido” y en 2006 pasa a la categoría de víctima de “ejecución sumaria”, con fuente en la Conadep, legajo 4704.

Boero, que en 1984 figuraba como “desaparecido” en el informe de la Conadep y en 2006 estaba en el listado actualizado como víctima de “ejecución sumaria”, con fuente en el registro de la ley de indemnización.

Graziano, un caso igual al anterior. También figuran en ese anexo dos de los tres formoseños muertos por los militares fuera del cuartel: el policía Felipe Santiago Ibáñez y el estudiante Celso Rafael Pérez.

Hay otra derivación polémica de las modificaciones kirchneristas: si esos ocho guerrilleros fueron víctimas de delitos de lesa humanidad, que no prescriben por el paso del tiempo, sus “asesinos”, quienes los ejecutaron en forma sumaria, deberían ser llevados ante la Justicia. Y también quienes participaron de alguna manera en la comisión de esos delitos. Es decir: los soldados conscriptos, suboficiales y oficiales que protagonizaron la defensa del cuartel deberían ser denunciados e investigados. Además, si estos soldados, suboficiales y oficiales cometieron delitos imprescriptibles, tanto ellos como sus herederos deberían ser despojados de los beneficios económicos que hubieran recibido.

Los nombres de los ocho guerrilleros aparecen también en el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado inaugurado el 7 de noviembre de 2007

frente al Río de la Plata, en la costanera norte porteña, por el presidente Néstor Kirchner y la presidenta electa, Cristina Fernández de Kirchner, su esposa.

Este monumento había sido aprobado el 21 de julio de 1998, cuando la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires sancionó la ley número 46, que en su artículo primero destinó un espacio en la franja costera para homenajear a “los detenidos desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado durante los años 70 e inicios de los 80, hasta la recuperación del Estado de Derecho”.

También en este caso, como en el de la lista de la Conadep, hubo un “estiramiento” del alcance de la norma en procura del bronce y de la construcción de un relato histórico determinado, de una memoria colectiva sobre nuestro pasado favorable a los jóvenes que en los setenta abrazaron

los ideales del hombre nuevo, el amor a los pobres y excluidos, la igualdad social y la liberación nacional, de los cuales los Kirchner, sus funcionarios y sus simpatizantes se consideran los legítimos herederos.

La Comisión Pro Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado, integrada por legisladores, funcionarios y representantes de la Universidad de Buenos Aires y de los organismos de derechos humanos, confeccionó la lista de homenajeados durante seis años, y en esa tarea amplió el alcance original de la ley 46 al incluir “ los nombres de las víctimas del terrorismo de Estado, de los detenidos desaparecidos, de los asesinados y de los caídos en combate”, según el discurso de la Comisión leído en la inauguración.

El sentido se deslizó hacia un monumento a los “ caídos en combate”, que mereció algunas críticas, como la del profesor Hugo Vezzetti, quien sostuvo que “ así, queda relegado el crimen mayor, fundamental, el exterminio y la desaparición, que debería ser el objetivo central del monumento. Exaltar la figura plena del combatiente es muy distinto de *nombrar a las víctimas*, recuperar las fechas y las edades para conjurar una ausencia radical. Un propósito moral básico debería ser preservado de las luchas y las banderías ideológicas. La conmemoración ha perdido el horizonte de una memoria histórica común, capaz de recuperar y reintegrar ese pasado, con diferencias y debates, con miras a un futuro diferente”.

Los “ caídos en combate” en Formosa están allí, aunque no todos: faltan cuatro, Mayol entre ellos, al menos por ahora.

En cambio, también los formoseños Ibáñez y Pérez ocupan dos de las casi nueve mil placas que tienen nombre y apellido. En total, el monumento consta de treinta mil placas porque las organizaciones de derechos humanos siguen afirmando que ése fue el número total de desaparecidos y asesinados, con el respaldo de los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner.

¿Por qué no figuran Mayol y los otros tres guerrilleros? ¿Por qué tampoco está el otro formoseño: Mamerto Cáceres, quien, según todo indica, fue acibillado por error en la represión militar posterior?

Según el artículo 2 de la ley 46, el monumento debe contener los nombres del informe de la Conadep, “ depurado y actualizado” por la Secretaría de

Derechos Humanos de la Nación, que utiliza, como una de sus fuentes, los datos del REDEFA.

Es probable que Ibáñez y Pérez figuren en el monumento porque sus herederos cobraron la indemnización prevista por esa norma. Y que por la misma razón no figure Cáceres, puesto que a mediados de 2009 ninguno de sus parientes había comenzado los trámites para acceder a ese beneficio pagado por el Estado. Lo mismo sucedería en el caso de Mayol y de los otros tres guerrilleros.

De todos modos, la verificación plena de esta hipótesis es imposible, al menos por el momento: la Secretaría de Derechos Humanos no brinda información sobre las personas que han sido indemnizadas por el Estado, a través de sus herederos, con el argumento de que de esa forma protege datos privados. Tampoco informa sobre la cantidad total de esos casos, un número que permitiría terminar con la polémica que cada tanto resurge sobre cuántos desaparecidos hubo durante la dictadura.

En este sentido, si bien el gobierno defiende públicamente la cifra de 30 mil desaparecidos, un relevamiento realizado en el ámbito del Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, al que tuvo acceso el autor de este libro, indica que hasta mediados de abril de 2010 el beneficio extraordinario previsto por la ley 24.411 había sido pagado a los herederos de 7.500 víctimas de desaparición, desaparición forzada y ejecución sumaria. Esta cifra se desglosaba de la siguiente manera:

6.454 casos fueron resueltos de manera favorable desde la entrada en vigencia de la ley hasta el 31 de diciembre de 2003. En ese período, 80 casos fueron denegados.

1.046 casos fueron resueltos de manera favorable desde el 1° de enero de 2004 al 14 de abril de 2010. Otros 226 casos fueron denegados.

Si fuera cierta, esta cifra de 7.500 tampoco sería exacta porque incluiría casos anteriores a la última dictadura, pero se acercaría más a la verdad que el número de 30 mil.

Otros indicios de que al menos los herederos de ocho de los guerrilleros muertos en el regimiento ya cobraron ese beneficio son los certificados de fallecimiento pedidos en el juzgado federal de Formosa por los abogados de sus parientes o por los funcionarios que encabezaron la Secretaría de Derechos Humanos en los últimos años, como Duhalde o la actual diputada Diana Conti, para cumplir con los requisitos que marca la ley.

Esos pedidos comenzaron ya a mediados de 1984, diez años antes de que saliera la ley, y ahora, con sus idas y vueltas, forman casi todo el Cuerpo 11 de la investigación judicial sobre el ataque al cuartel de Formosa, caratulada “ Sala, Néstor Carlos y otros s/Infracción a la Ley 20.840”.

En las últimas fojas, el 22 de agosto de 2007, el secretario Duhalde preguntó al juzgado por la inscripción de la defunción de Oscar Ramón Boero, “ quien poseía documentación como Emilio Agustín Chiocca”. La respuesta llegó el 19

de noviembre de 2008, junto con las constancias de fallecimiento de Hernández y Kobalg; a fines de julio de 2009, ésa era la última foja de todo el expediente.

También figuran en el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado, y, por lo tanto, se presume que sus parientes cobraron el beneficio extraordinario de la ley 24.411, otros guerrilleros que participaron en Operación Primicia y que luego fueron muertos o desaparecidos, como Raúl Yaguer y su lugarteniente, Mario Koncurat.

Más difícil es saber por qué aparecen en el monumento los nombres de dos de los diez soldados conscriptos muertos por los guerrilleros aquel 5 de octubre de 1975. Se trata de José Mercedes Coronel y Dante Salvatierra. Salvo que fueran homónimos, hubieran tenido la misma edad y hubieran muerto el mismo año, ¿también figuran en la nómina de indemnizados por la ley 24.411? y, si así fuera, ¿quién gestionó y cobró ese dinero? Son preguntas sin respuestas debido al mutismo de la Secretaría de Derechos Humanos sobre los datos de los beneficiados.

Los guerrilleros muertos en el cuartel en Formosa que aparecen en las nuevas listas del *Nunca Más* también figuran en otras nóminas que se basan

en la Conadep, como las “ Víctimas de desaparición forzada y asesinato en Formosa (en construcción)” de la Comisión Permanente por la Verdad, la Memoria y la Justicia de esa provincia. En la lista de marzo de 2008, había en total cuarenta y ocho víctimas, entre ellas ocho atacantes del cuartel y los formoseños Ibáñez y Pérez; Pérez figuraba dos veces.

Los herederos de los diez soldados que murieron en Operación Primicia también han cobrado dinero del Estado. Pero son (siguen siendo) los parientes pobres de aquel combate: todos ellos fueron ascendidos post mortem al grado superior, cabo, y reciben una asignación mensual que no incluye los adicionales; por ejemplo, los padres de Marcelino Torales, acribillado en el dormitorio de la Guardia, cobraban 842 pesos en marzo de 2010, pero sin atención de la salud.

Tenían la obra social de los empleados públicos formoseños, otorgada por el gobierno provincial, junto con una pensión mínima. Vicente y María Torales cuentan en su humilde vivienda en la ciudad de Formosa que cobran esa pensión mensual recién desde diciembre de 1999.

—Nosotros tuvimos que comprar el terreno en el cementerio Virgen del Carmen y el regimiento mandó hacer una bóveda; a los diez días nos llamaron para hacernos firmar unos papeles y después nos dieron el ascenso de Marcelino a cabo. Al tiempo de la muerte de Marcelino, creo que luego de dos años, nos pagaron un subsidio, según nos dijeron. Era algo así como 5 mil pesos.

Después no cobramos más; recién en el último mes de 1999 nos pagaron 17 mil pesos, y a partir de allí todos los meses cobramos, en el Banco Nación, una pensión, que no es el sueldo de cabo; es mucho menos.

También el subteniente, el sargento primero y el agente de la Policía formoseña subieron post mortem al grado inmediato. Por ejemplo, Víctor Sanabria fue ascendido a sargento ayudante, según cuenta su hijo, Carlos.

—Mamá, que se llama Dora, tenía 29 años y ella solita nos educó a los dos hijos: yo soy ingeniero zootecnista y mi hermana, que tenía once meses, es ingeniera en producción animal. Hasta mediados de 2008, mamá cobraba de pensión 900 pesos; ahora (julio de 2009) cobra 2.300 pesos; tuvo que

recurrir a la Justicia para que le pagaran lo que realmente cobra un sargento ayudante, dado que los militares tienen un sueldo y también un plus. Por medidas judiciales que ella presentó, en 2007 cobró un subsidio de 21.350 mil pesos; creemos que le correspondían 200 mil pesos, pero los militares hicieron otro cálculo.

La muerte de los soldados y la defensa del cuartel siguen conmoviendo a la mayoría de sus comprovincianos, que todos los 5 de octubre recuerdan la fecha con un acto y un desfile cívico-militar en la ciudad de Formosa, donde los Ex Combatientes del 5 de Octubre marchan antes que los Veteranos de Malvinas y el regimiento.

Desde que los Kirchner están en el poder, el gobernador peronista Gildo Insfrán, atornillado a su sillón desde 1995, recibe todos los años antes de esa fecha un llamado telefónico de Néstor Kirchner en el que le reclama que le baje el perfil a ese acto; por ejemplo, que no encabece la ceremonia con todos sus funcionarios o que levante el desfile. Insfrán se ha negado en forma sistemática a complacer al líder patagónico, a pesar de que, por las necesidades financieras de su provincia y por su propio estilo político, tiende a una actitud dócil y amistosa con el gobierno nacional, con el de los Kirchner y con todos los que le ha tocado tratar en su prolongada estadía al frente de su provincia. “ A Gildo le pueden pedir cualquier cosa menos que se eche atrás con el 5 de octubre”, explica uno de sus colaboradores más cercanos, y recuerda que el gobernador impulsó en 2008 la ley provincial 1395, que estableció el 5 de octubre como Día del Soldado Formoseño.

Además, los nombres de los caídos figuran en calles de la capital provincial y de ciudades y pueblos del interior, así como en localidades y parajes. “ Yo creo que el 5 de octubre es el 11 de septiembre de los formoseños”, sintetiza el ex soldado Ricardo Valdéz, quien se retiró de la Policía provincial y ahora preside el Centro de Ex Combatientes.

Los ex soldados no quieren que se los relacione con los militares y ex militares acusados de violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura, y con sus defensores, que también se reúnen los 5 de octubre, pero en la Plaza San Martín de la ciudad de Buenos Aires, en el Día Nacional de Homenaje a las Muertos por la Subversión, que fue establecido por el general Ricardo Brinzoni en 2000, cuando era el jefe del Ejército.

Así se lo aclararon al presidente Kirchner el 28 de agosto de 2007 en una carta: “ Nosotros queremos reivindicar el accionar del 5 de octubre de 1975 y en absoluto podemos hacernos cargo de los hechos que ocurrieron a posteriori; es decir, el golpe de estado perpetrado el 24 de marzo de 1976; de manera contundente, repudiamos ese hecho vandálico, y coincidimos con usted, Señor Presidente, en que el Poder Judicial es el que debe impartir justicia por ese genocidio y en que los responsables deben pagar con la cárcel”.

Entre los soldados que lucharon aquel día, algunos de los dieciséis heridos cobran una pensión mensual que equivale al sueldo de cabo, también sin los adicionales, siempre que la lesión les hubiera provocado más de un porcentaje determinado de invalidez, que es fijado por la ley y las normas militares. El resto no recibe nada, ni siquiera asistencia psicológica, un tema que indigna a los ex conscriptos.

“ ¿Cómo puede ser que los familiares de los guerrilleros muertos hayan cobrado tanto dinero mientras nosotros, que defendimos el cuartel, y nuestros hijos tengamos que vivir así, tan pobres, tan sin nada, sin ninguna ayuda del gobierno?”, se enoja Rogelio Mazacotte, un albañil que recibió tres heridas: dos en el estómago y una en un muslo, pero no alcanzó el susodicho grado de invalidez.

Para los soldados y los militares, uno de los héroes aquel día fue Juan Carlos Morínigo, que ahora es fletero.

—Fui herido y tuve dos medallas: una de oro, al heroico valor en combate, y otra de plata, al herido en combate. Las vendí al poco tiempo; no había trabajo y ya tenía un hijo; había conseguido un terrenito y había levantado unas paredes, pero me faltaba el techo. Las vendí muy baratas, las regalé, pero me alcanzó para las chapas de cartón. Ahora, no tengo más que el pergamino que me dieron y todo lo que llevo en el corazón. Claro que durante cinco años no pude dormir de noche; mi señora me aguantó, gracias a Dios; yo peleaba todas las noches: en sueños, lanzaba patadas, manotazos...

Otro de los héroes para los defensores del cuartel fue Cirilo René Campuzzano, vendedor en un puesto del Mercado Paraguayo, frente al río

Paraguay, donde se puede encontrar casi todo; allí trabaja de 7 a 22, “ de parado”.

—Me fui del servicio militar el 31 de octubre de 1975 con baja de honor, con un pergamino que decía “ por mérito al valor y al arrojo”; siete nos fuimos así...

A veces, me acuerdo de todo eso, y lloro; quedé medio tartamudo, también.

Valdéz, otro de los “ pergaminados”, cuenta que en 2008 el Centro de Ex Combatientes recibió una lista del Ejército con los oficiales, suboficiales y soldados que, según ellos, habían participado en el combate para solicitar un subsidio al gobierno provincial.

—Pusieron a veinticinco oficiales, veinticinco suboficiales y sesenta y cuatro soldados. Los veteranos no lo aceptamos porque no era verdad y el trámite quedó inconcluso. Incluyeron a muchos oficiales y suboficiales que no estuvieron y a algunos que hasta escaparon cuando nos atacaron.

Sostiene Valdéz que el Centro de Ex Combatientes elaboró un proyecto de ley nacional para crear una pensión vitalicia de 900 pesos mensuales que sería cobrada por los ciento diez soldados que participaron en la defensa del cuartel.

No sé sabe si fue la creencia en que era lo que correspondía, la lejanía de las intrigas del poder nacional, un exceso de candidez o el calor tropical, pero a Valdéz y a sus camaradas se les ocurrió que podrían lograr el apoyo del presidente Kirchner para semejante iniciativa, y por eso le enviaron la carta ya mencionada, el 28 de agosto de 2007, donde, además, lo invitaron compartir con ellos el acto por el 5 de octubre. Y convidaron también a “ la compañera Cristina Fernández de Kirchner, que no dudamos por ningún instante que será nuestra próxima Presidenta, con el voto contundente de los Veteranos del 5 de Octubre, familiares y todo el pueblo formoseño”. Los excombatientes también le pidieron ayuda para construir la sede social.

La nota fue derivada al Ministerio de Defensa, donde un funcionario les contestó en forma negativa a cada uno de esos pedidos.

Tal vez los ex combatientes se entusiasmaron porque, como expresaron en su carta, no habían hecho nada más que cumplir con la Constitución y con la ley, que los obligaba a defender el cuartel y, por lógica extensión, al Estado y al gobierno democrático, que estaba en manos de peronistas, como ocurría también en 2007. Por eso mencionaron con orgullo en su carta al presidente Kirchner que ellos eran peronistas en su mayoría y que, en consecuencia, votarían por Cristina en las elecciones de aquel año. Y ésta es otra de las paradojas de Operación Primicia: los montoneros firmaron su Parte de Guerra con sus tres consignas: ¡Perón o Muerte!, ¡Viva la Patria! y ¡Hasta la Victoria, mi General!; los soldados que murieron bajo sus balas también eran peronistas. Todos pertenecían al mismo, vasto, heterogéneo, dividido, contradictorio movimiento: los que tiraban de un lado y los que disparaban del otro; los que murieron de un lado y los que fueron acribillados del otro.

Valdéz no tiene dudas sobre la filiación de la mayoría de sus camaradas: — La mayoría de la gente en Formosa es peronista, en especial en el interior, y eso se debe, en gran medida, a que todavía recuerdan que en los primeros gobiernos de Perón la gente de los pueblos más perdidos le escribía a Perón o a Evita pidiéndoles las cosas que podía necesitar: una máquina de coser, un colchón, ropa, remedios... ¡Y las cosas llegaban! Tal vez había que esperar un poco, pero llegaban.

Uno de los soldados heridos, incluso, Morínigo, había simpatizado con la Juventud Peronista en la localidad de Ingeniero Juárez, a 460 kilómetros de la capital formoseña, casi en el límite con Salta y Chaco.

También el hijo del sargento Sanabria dice que su papá era peronista.

—Era nacionalista y luego peronista. Además, Perón era militar.

Y, aunque no se le escuchaba hablar de política, el subteniente Ricardo Massafarro era peronista. Como su padre, Ricardo Massafarro, un mayor retirado que le había dado también su nombre a su único hijo varón, su heredero en la vida y en la profesión.

Massafarro hijo había egresado del Colegio Militar el 6 de diciembre de 1974, como Jorge Cáceres, que llegó a coronel y está retirado; ambos

pertenecían a la promoción 105, que a mediados de 2009 tenía varios generales en la conducción del Ejército. Cáceres era el oficial a cargo de la Guardia del regimiento aquel domingo 5 de octubre de 1975, y recuerda que, unos meses antes, en junio, Massafarro padre había visitado a su hijo en Formosa y que incluso los acompañó cinco días en el monte, en los ejercicios de instrucción de los soldados.

El mayor Massafarro les contó a Cáceres, a su hijo y a otros jóvenes oficiales que en 1956 participó de la sublevación del general Juan José Valle contra la llamada Revolución Libertadora, que había derrocado a Perón el año anterior; el nuevo presidente era el general Aramburu. Massafarro padre era teniente primero y se desempeñaba como ayudante del teniente coronel Oscar Cogorno, que tenía la misión clave, junto con un centenar de militares y civiles, de tomar el Regimiento de Infantería 7, en La Plata, y luego esa ciudad. Pero la rebelión fracasó y treinta y dos personas fueron fusiladas, entre ellas Valle y Cogorno.

Casi lo matan también a Massafarro padre, pero Cogorno lo salvó en la madrugada del 10 de junio, cuando reunió a sus colaboradores y les dijo: “Vayan a sus casas; sálvense porque hemos fracasado”. Esos fusilamientos marcaron a fuego a toda una generación, que en la década siguiente se fue deslizado al peronismo y a la lucha armada, como una forma de resistencia contra los sucesivos gobiernos militares. Una imagen: el comando que secuestró en 1970 a Aramburu, con el que Montoneros hizo su debut, llevaba el nombre, precisamente, de Valle.

En 1956, don Massafarro tomó a su familia y escapó a Uruguay; allí vivió unos años hasta que volvió al país, donde se mantuvo siempre activo en la Resistencia, es decir en las luchas del peronismo para retornar al poder. Y

cuando Perón fue de nuevo presidente, uno de sus primeros decretos fue el que ascendió dos grados a los militares que habían sido dados de baja por cuestiones políticas, entre ellos al ex ayudante de Cogorno.

En aquellas jornadas en el monte formoseño, Massafarro padre les reveló a Cáceres, a su hijo y a otros oficiales que él había dado “instrucción militar” a grupos de montoneros y que incluso dos años antes había participado en el Operativo Dorrego, en las tareas realizadas por el Ejército y la Juventud

Peronista, que estaba hegemonizada por Montoneros, para reparar canales, desagües, puentes, calles y escuelas en localidades de la provincia de Buenos Aires.

El día siguiente del ataque, el mayor Ricardo Massaferro recibió en Buenos Aires el cuerpo de su hijo. “ ¿Se dan cuenta? Lo que yo hice por el peronismo, la Resistencia y la Juventud Peronista y ahora me pagan así”, se lamentó frente a los dos oficiales que habían viajado desde Formosa trayendo el féretro del subteniente.

Capítulo 10

OceanofPDF.com

NI JUSTICIA

Me acosaban con preguntas sobre el “cope del rim” y yo pensaba qué podía ser “cope del rim”. Y al instante estaba de nuevo en la “parrilla” y se reanudaban los interrogatorios.

Recién al año siguiente, y por infidencia de un prisionero, supe que el “cope del rim” estaba referido al copamiento del Regimiento de Infantería de Monte Número 29 de Formosa, ciudad en la que yo viví durante todo ese año.

Antonio Horacio Miño Retamozo, *Nunca Más*, páginas 35 y 36.

Todas las piezas de la operación más espectacular de la lucha guerrillera en nuestro país fueron investigadas por la Justicia, con el auxilio de la Gendarmería, la Policía Federal y las policías de varias provincias. Durante años el juzgado federal de Formosa acumuló fojas y cuerpos en el expediente 2354/75

para desembocar en un resultado que es una muestra de la falta de eficacia del Estado para luchar contra la guerrilla según las leyes y el derecho: si bien parte de las armas robadas fueron encontradas, hubo sólo un condenado, un jornalero que estaba a cargo de un horno para fabricar ladrillos en Santa Fe, un militante peronista sin mayor relevancia a quien, cuando se conoció el fallo en segunda instancia, el 10 de junio de 1982, le faltaban apenas cuatro meses para cumplir la sentencia de siete años de prisión.

Es que la dictadura que surgió del golpe militar del 24 de marzo de 1976, menos de seis meses después del sangriento ataque montonero, privilegió otro método: el secuestro, la tortura, la desaparición y el asesinato bajo la forma de fugas inventadas y tiroteos fraguados; el uso del aparato estatal para combatir a la guerrilla violando los derechos humanos más elementales de miles de personas; el terrorismo de Estado.

En aquel contexto, encontrar y castigar a quienes los habían desafiado en un territorio periférico y marginado, provocándoles tantas bajas entre muertos

y heridos, fue una obsesión para muchos jefes militares.

Durante la dictadura, el Regimiento de Infantería de Monte (RIM) 29 se convirtió en uno de los dos centros clandestinos de detención que hubo en Formosa, según el *Nunca Más*, que incluye el testimonio de Antonio Horacio Miño Retamozo, “secuestrado en su lugar de trabajo en la Capital Federal, el 23

de agosto de 1976”. El caso mezcla la tragedia con el absurdo: primero en la Seccional 33 y luego en la Superintendencia de Seguridad Federal, a Miño Retamozo le preguntaban por el “cope del rim”, pero él no tenía idea de qué le estaban hablando: “Yo pensaba qué podía ser ‘cope del rim’ y no entendía nada de esa jerga. Y al instante estaba de nuevo en la ‘parrilla’ (el elástico de una cama al que era atado de pies y manos para ser torturado con una picana eléctrica en todo el cuerpo, en especial en los genitales) y se reanudaban los interrogatorios. Recién al año siguiente, y por confidencia de un prisionero, supe que el ‘cope del rim’ estaba referido al copamiento del Regimiento de Infantería de Monte Número 29 de Formosa, ocurrido el 5 de octubre de 1975, ciudad en la cual yo viví durante todo ese año”.

Después de sucesivas sesiones de torturas, Miño Retamozo fue llevado a Formosa, al regimiento 29: “Llegué con un cartel más grande que una estrella de cine pues para ellos era yo quien había planeado el copamiento del regimiento. El lunes, temprano, comenzaron a trabajar, y lo hacían mañana, tarde y noche. Los primeros días, entre sesión y sesión, estaba desnudo, atado a una cama, con un guardia al lado y sin comer. Por la noche, era llevado a un pasillo y tirado junto a los otros prisioneros que no sabían qué hacer, queriendo apartarse de mí por temor a ser confundidos y llevados en mi lugar. Un día conocí por fin cuál había sido la lógica de mi infortunio, si puede hablarse de lógica en estos casos. Mientras los presos políticos estaban en recreo, desde el calabozo de enfrente, alguien me relató que había ‘cantado’ Mirta Insfrán. Habían apresado a ella y a su marido. Primero, lo torturaron hasta destruirlo al marido.

Luego, lo eliminaron. Entonces, comenzaron con ella. En determinado momento, se extravió; pretendió salvarse o tropezó con los umbrales de la demencia, y comenzó a ‘cantar’ cosas inverosímiles. Mandó en prisión, fácilmente, a más de cincuenta personas y dijo que yo había planeado el

copamiento del regimiento, que militaba en la organización Montoneros y que ellos me habían ofrecido apoyo logístico. En el año 1975, yo había conocido a Mirta Insfrán; tenía ella 19 años, trabajaba en un juzgado y asistía a mi mismo curso, en el primer año de Ingeniería Forestal, y nos vinculaba una amistad tangencial. Fui puesto en libertad el 6 de junio de 1977” (Mirta Insfrán, hermana del ex diputado y actual intendente de la localidad de Villa Escolar, Miguel Ángel Insfrán, un radical aliado al oficialismo y sin parentesco con el gobernador de Formosa, el peronista Gildo Insfrán, fue detenida el 8 de junio de 1976 y permanece desaparecida, al igual que su marido, Ricardo Borgner).

La historia tiene sus paradojas: luego de que la fuga se realizara con éxito, el primero en caer fue quien más se había opuesto al ataque, el oficial superior Juan Francisco Beláustegui, “Pablo”, “Panzón” o “Pata Loca”, que era el jefe de la Regional Nordeste de Montoneros. En aquel momento, Montoneros sólo tenía dos oficiales en Formosa y ambos estaban presos; uno de ellos era el ingeniero Rafael María Menéndez, quien cuenta que Beláustegui tuvo que obedecer la decisión de la Conducción Nacional y colaborar en el intento de copamiento.

—La Conducción quería demostrar que se le podía hacer eso al Ejército, que era la fuerza contra la que se iba a pelear. Beláustegui decía que era una barbaridad. Pero tuvo que participar igual; participó desde Corrientes; él dirigió parte de la toma. A él le gustaba tomar vino y, luego de que ocurrió la operación, se agarró un “pedo” de la bronca que le dio todo eso.

Beláustegui, porteño, 39 años, murió el miércoles 8 de octubre de 1975, tres días después del ataque, en la ciudad de Corrientes, acribillado a balazos dentro de una camioneta Fiat 125 Multicarga, durante un tiroteo con la Policía provincial y mientras cubría la retirada de dos de sus hombres.

Aníbal Ponti, un santiagueño afincado en el Chaco, cuenta que Beláustegui despreciaba las normas de seguridad que aconsejaban que el jefe debía ser protegido por el resto de sus compañeros.

—En una reunión, en el interior del Chaco, yo era el más joven del grupo; tenía como nombre de guerra “Luis”. De acuerdo con las directivas de la época, debía cubrir la retirada de los compañeros de mayor nivel. Me

acuerdo que, cuando comienzan a organizar la seguridad, Beláustegui interrumpe: “ Luisito, ¿cuántos años tenés?”. “ Veintitrés”, contesto. Y Beláustegui dice: “ El primero que se retira es Luisito y yo me retiro último, yo cubro la retirada. Yo soy el jefe y el jefe debe tener siempre la mayor responsabilidad”. Era de la escuela de José Sabino Navarro: siempre el jefe tiene la mayor responsabilidad, y muere así.

Luego del ataque y de la borrachera, Beláustegui había decidido “ levantar” la vivienda de uno de los compañeros que habían viajado a Formosa para no volver, Jorge Livieres. A las 10 de la mañana del 8 de octubre, un llamado anónimo alertó a la Policía correntina de que tres hombres estaban sacando bultos de una casa vecina al cementerio San Juan Bautista, según un informe “ estrictamente confidencial y secreto” elaborado por la Policía dos días después.

Cuando llegó la Policía, Beláustegui y sus dos compañeros fugaron en la camioneta; durante varias cuadras fueron perseguidos a balazos por dos patrulleros, hasta que Belástegui estacionó el vehículo y ordenó a sus acompañantes que escaparan, que él iba a protegerlos. Los dos guerrilleros se subieron a un colectivo urbano; uno de ellos, Miguel Ángel Bustos, el “ Negro”

Bustos o “ Juan Carlos Lazarte”, cordobés, descendió a las pocas cuadras y huyó en una bicicleta, pero fue muerto “ con varios tiros de escopeta Itaka”. Bustos había sido uno de los fundadores de Montoneros a nivel nacional. Aunque herido, el otro guerrillero consiguió escapar.

En la camioneta Fiat, además del cuerpo de Beláustegui, la Policía encontró en los bultos de la mudanza una ametralladora Halcón, un fusil máuser, cinco pistolas, cinco revólveres, quince granadas de guerra de fabricación montonera, equipos de comunicaciones, explosivos, municiones y ropas, entre otros elementos. Siempre según el informe policial, la vivienda había sido alquilada por la señora María Virginia de Livieres, la madre de Livieres, y el vehículo, de color blanco, había sido comprado por Eduardo Juan Jensen, paraguayo, domiciliado también en Corrientes.

El cuerpo de Jensen fue encontrado al mes, el 8 de noviembre de 1975, junto con el de Horacio Miguel Pietragalla, “ Chacho” o “ Ángel”, en la

localidad de Malagueño, a veinticinco kilómetros de la ciudad de Córdoba; ambos cadáveres presentaban numerosas heridas de bala y estaban parcialmente quemados y cubiertos de tierra y ramas. Cuando algunos diarios informaron del hallazgo, la Gendarmería, que colaboraba con la justicia federal de Formosa, pidió información a la Policía cordobesa; contestó el comisario inspector Raúl P.

Telleldín, jefe del Departamento Informaciones Policiales (D2), quien el 21 de noviembre de 1975 aseguró que Jensen había permanecido detenido “ en averiguación de sus antecedentes desde las 18.30 horas del 15 de octubre próximo pasado hasta las 20.30 horas del 16 del mismo mes, en que recuperó su libertad después de haberse cumplimentado los trámites de ley”. En cuanto a Pietragalla, “ en ésta no existe novedad al respecto”. Telleldín también señaló que desconocía “ si los causantes fueron encontrados muertos”. Ante un nuevo pedido de la Gendarmería, Telleldín afirmó el 2 de diciembre de 1975 que en el D2 no tenían fotos de Jensen ni “ tampoco obra ningún antecedente” sobre los dos cadáveres.

Los organismos de derechos humanos tienen otra versión, muy diferente: El 15 de octubre, Pietragalla, Jensen y otra persona fueron detenidos en el bar Royal, en la ciudad de Córdoba; Jensen pensaba radicarse en esa provincia.

El 8 de noviembre fueron encontrados los cuerpos de Pietragalla y Jensen en Malagueño: habían sido asesinados por el Comando Libertadores de América, un escuadrón de la muerte similar a la Triple A que actuó en Córdoba durante el segundo semestre de 1975 y hasta el golpe militar.

El 27 de abril de 1976, ya durante la dictadura, ambos cuerpos fueron sepultados en una fosa común en el cementerio de San Vicente, de la ciudad de Córdoba, junto con otras víctimas de la represión clandestina; antes, habían estado en la comisaría de Malagueño y en la morgue judicial.

El 25 de septiembre de 2003, el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) identificó el cuerpo de Pietragalla.

El 14 de marzo de 2007, el EAAF identificó el cuerpo de Jensen.

Los cuatro, Beláustegui, Pietragalla, Bustos y Jensen, tenían cargos clave en la Regional Nordeste de Montoneros.

Beláustegui era oficial superior, el rango máximo en la estructura militar de Montoneros en aquel momento, e integraba el Consejo Nacional de Montoneros; vivía en Corrientes y tenía a su cargo toda la Regional Nordeste, que se dividía en dos columnas: la 26 (norte de Santa Fe, el Chaco y Formosa) y la 27 (Corrientes y Misiones).

Pietragalla era el jefe de la Columna 26; tenía el rango de oficial primero y vivía en Resistencia.

Bustos era el jefe de la Columna 27 y fue identificado por dos testigos como uno de los guerrilleros que participó en el copamiento del aeropuerto El Pucú.

Jensen (“Añamen”) era oficial de la Columna 27.

Tras la muerte de Beláustegui, “Chacho” Pietragalla quedó al frente de la Regional Nordeste, pero con los movimientos limitados ya que permaneció “guardado” (escondido) en distintas casas hasta que se fue de la zona. Luego de un breve interinato, a principios de diciembre de 1975 la cúpula nacional ordenó una serie de traslados para reorganizar la Regional, que había quedado diezmada por las muertes, las detenciones y los allanamientos que siguieron a Operación Primicia. De esa manera, la jefatura del nordeste fue asumida por Osvaldo Cambiaso, “El Viejo”, un ingeniero químico santafesino y oficial superior que duró en ese cargo apenas hasta el 25 de diciembre de 1975, cuando fue detenido luego de un grave accidente automovilístico. Cambiaso había sido uno de los fundadores de Montoneros.

Al día siguiente de la muerte de Beláustegui, el jueves 9 de octubre, la Policía detuvo en Resistencia al matrimonio formado por Néstor Carlos Sala y Mirta Susana Clara de Sala.

De acuerdo con la Policía chaqueña, en la vivienda del matrimonio Sala fueron encontradas armas “de todo calibre”, granadas, planos de Resistencia y Formosa, documentos en blanco “para hombres y mujeres”, “

cédulas de identificación de automotores” y una copia del juicio realizado por Montoneros al militante Fernando Haymal, condenado a muerte por haber facilitado, bajo torturas, la detención y el asesinato de Marcos Osatinsky, uno de los miembros de la Conducción Nacional, entre otros elementos.

La Policía presentó a Sala como “ uno de los principales jefes del ataque” del 5 de octubre, probablemente sobre la base de los testimonios de siete testigos que lo identificaron como uno de los guerrilleros que habría tenido un rol protagónico en el copamiento de El Pucú; por ejemplo, el taxista Francisco Luca dijo que fue quien lo hizo ingresar al hall del edificio principal del aeropuerto y “ que posteriormente controla la situación en el mismo”; otro taxista, Liborio Bobadilla, afirmó que fue quien informó a los rehenes que era un operativo de Montoneros y que los civiles no tenían nada que temer.

Una pericia policial estableció que las armas secuestradas en el domicilio de Sala “ fueron usadas en fecha coincidente con los hechos de Formosa”.

La investigación de la justicia federal sobre Operación Primicia está caratulada “ Sala, Néstor Carlos y otros s/Infracción a la Ley 20.840”, sancionada en 1974.

En un primer momento, Sala, un bonaerense de 31 años que era proyectista de obras, se negó a responder las preguntas de la Policía chaqueña, pero a la semana de su detención, el 16 de octubre de 1975, aceptó hacerlo. Según esa manifestación extrajudicial, que integra el expediente de la justicia federal de Formosa, Sala dijo que era oficial primero de Montoneros y que había llegado a Resistencia en julio de aquel año para colaborar en la reorganización de la Columna 26, que había sido afectada por varias detenciones.

Siempre de acuerdo con el expediente judicial, Sala detalló la organización interna de Montoneros; dio precisiones sobre Operación Primicia, y sostuvo que su tarea en el ataque fue de “ infraestructura. Para tal operativo, llevó una pistola ametralladora PAM, una Itaka, una (pistola) calibre 11.25, municiones suficientes para esas armas y granadas de guerra; armas que

posteriormente fueron devueltas por sus compañeros, los que, por otra parte, también llevaban armas automáticas”.

Algunos de esos datos fueron confirmados, como, por ejemplo, que aquel domingo 5 de octubre a las 6.40 el puesto de control policial de Puerto Vélaz, que ahora se llama Puerto Eva Perón, sobre el río Bermejo, en el límite del Chaco, registró el paso hacia Formosa de una camioneta Chevrolet con patente de Santa Fe que era conducida por “ un tal Bertolotti Massi”, a quien acompañaban tres hombres que no fueron identificados.

Según la Policía chaqueña, por el control de Puerto Vélaz también pasaron aquel 5 de octubre los otros ocho vehículos utilizados en Operación Primicia: El Ford Falcon blanco abandonado en la pista del aeropuerto, “ conducido por un tal Osvaldo M. Cortese, con dos acompañantes mayores del sexo masculino”.

Un Rastrojero “ conducido por un tal José P. Pérez”.

La camioneta Ford F 100 usada en el copamiento del aeropuerto y en las tareas de contención.

El furgón Ford 350 color azul en el que transportaron las armas del cuartel, “ conducido por un tal Emilio Chiocca, que resultó ser Oscar Ramón Boero, abatido en el interior de las instalaciones del RIM 29, acompañado por tres personas: uno de sexo masculino y dos del sexo femenino, sin identificar”.

Una camioneta Chevrolet color blanco “ conducida por un tal Adolfo Sarralde, con dos ocupantes del sexo masculino”.

Una Ford Ranchera color blanco.

La camioneta Ford F-100 color roja abandonada en la ciudad.

El Fiat 128 color borra vino dejado en el aeropuerto, “ conducido por un tal Jorge Leonardo Cortigiani y sin poderse determinar la cantidad de acompañantes”.

Las policías del Chaco, Santa Fe y Corrientes intentaron ubicar a otros guerrilleros que habían sido identificados por testigos del ataque al cuartel y al aeropuerto de Formosa, o que habían sido mencionados por algunos de los detenidos, o cuyos nombres o fotografías habían aparecido en los allanamientos realizados. La caza duró menos de tres meses y no tuvo éxito: los pocos que pudieron ser detenidos negaron cualquier tipo de participación.

El 11 de diciembre de 1975, la Gendarmería elevó al juez federal de Formosa Leandro Santos Costas un resumen de las 551 fojas que ya acumulaba la causa, y le sugirió que pidiera el traslado de quienes estaban detenidos en otras provincias para interrogarlos. El juez Santos Costas estuvo de acuerdo y el 20

de febrero de 1976, solicitó a su colega en Resistencia que autorizara el traslado del matrimonio Sala, a esa altura los principales detenidos por Operación Primicia, para “ recibirles declaración indagatoria por hallarse imputados del delito de Infracción a la Ley 20.840, de seguridad de Estado”.

El trámite continuó luego del golpe militar: el 12 de abril de 1976, ya en plena dictadura, el juez Santos Costas informó al nuevo jefe del Regimiento de Infantería de Monte 29, coronel Reinaldo Alturria, que el matrimonio Sala había sido puesto a disposición de su juzgado, y le pidió que se hiciera cargo del traslado desde Resistencia. Al mes siguiente, el 14 de mayo de 1976, Alturria informó al juez que los detenidos estaban a su disposición, en la cárcel local. La semana anterior, al llegar a Formosa, Mirta de Sala había dado a luz al segundo hijo del matrimonio.

El 28 de mayo de 1976, Sala aseguró ante el juez Santos Costas que no era suya la declaración del 16 de octubre de 1975 en la Policía del Chaco, y que “ durante los primeros días de su detención, fue torturado con picana eléctrica y golpes en los testículos”, en las piernas y, en general, en el cuerpo, de los que aún conservaba las marcas, y sometido a quemaduras de cigarrillos. Agregó que “ estuvo cuatro días sin beber ni comer”; que “ torturaron a su mujer” en su presencia, mientras él era obligado a permanecer con los ojos vendados, y que, “ por último, fue drogado y quedó dormido por diez o doce horas”.

Sala hizo otras afirmaciones:

Que no pertenecía a Montoneros.

Que, cuando el regimiento de Formosa fue atacado, él se encontraba en Resistencia, con su mujer y su hija.

Que se enteró del ataque por medio de la radio y los diarios, “ con posterioridad”. • Que su vivienda había sido allanada, pero que la Policía no secuestró armas porque él “ no poseía armas”.

Que tampoco tenía documentación y material de Montoneros.

Que no sabía por qué lo vinculaban con personas que habían participado en Operación Primicia.

Que él trabajaba como proyectista de obras en el Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires, pero renunció y decidió mudarse a Resistencia porque su mujer “ había sido despedida del trabajo en La Plata”, ella tenía la “ posibilidad de conseguir trabajo en el neuropsiquiátrico de Corrientes”, y a él le faltaban sólo seis materias para recibirse de arquitecto, que podían ser cursadas en la Facultad de Arquitectura de la capital chaqueña.

Sala añadió que ya había dado estas respuestas a la Policía chaqueña y que en diciembre de 1975 “ hizo una declaración en el juzgado federal de Resistencia con motivo de su detención”, que “ nunca apareció” en el expediente.

El 31 de mayo de 1976, el juez Santos Costas interrogó a la esposa de Sala, Mirta Susana Clara, una psicóloga marplatense de 27 años, que afirmó que tampoco ella pertenecía a Montoneros; que durante el allanamiento a la vivienda que compartía con su familia “ se secuestró un bolso o más”, cuyo contenido ella nunca vio; que se había enterado del asalto al cuartel de Formosa como “ todo el mundo”, por “ información radial”, y que aquel 5 de octubre de 1975

estuvo con su esposo y su hija en su vivienda y que luego fueron a una plaza y a una confitería, en la que permanecieron “ hasta las 20 o 20.30 horas”.

Mirta de Sala aseguró que inmediatamente después de su detención, “ le empezaron a pegar, siendo torturada con posterioridad, estando embarazada; que también escuchó las torturas que le hicieron a su marido” y que nunca antes había estado en Formosa.

Dos testigos del copamiento del aeropuerto El Pucú la habían identificado: el cabo de la Policía formoseña Gregorio Ortiz aseguró que la había visto “ en esta ciudad” pero no el día del ataque sino “ con anterioridad”, y el radiotécnico de turno de la planta transmisora, el suboficial de Aeronáutica César Ozuna, dijo que creía reconocerla en la fotografía de una mujer que le exhibían como la persona que estaba sentada en el asiento trasero de un automóvil AMI 8 beige estacionado en la playa del aeropuerto; Ozuna vio también a dos hombres parados al lado del vehículo, que conversaron con tres guerrilleros.

El ex gobernador peronista de Formosa Vicente Joga (1987-1995) compartió varios días de cárcel con Néstor Sala, antes de que el matrimonio Sala fuera llevado de vuelta a Resistencia.

—Yo era asesor letrado de la CGT y me detuvieron el mismo 24 de marzo de 1976, junto a dirigentes sindicales y políticos. Recuerdo que me había quedado solo en la celda porque habían ido sacando a los que me habían estado acompañando y una noche escucho ruidos, como si una persona se estuviera duchando. Al otro día, le pregunto al carcelero: “ Trajeron a uno de Resistencia”, me contesta. Después de unos días, lo traen a Sala a la celda, que para entonces había vuelto a llenarse con nuevos detenidos, y él nos cuenta que en el trayecto, antes de llegar a la ciudad de Formosa, lo habían bajado cerca de un riacho y le pegaban con una media llena de arena, como si fuera una pelota, que no dejaba marcas pero dolía un montón, mientras le hablaban del ataque al regimiento. Recuerdo bien esto porque días después me llevan al regimiento a declarar; en un momento, pido permiso para ir al baño y cuando vuelvo a la sala encuentro que me habían dejado solo; miro hacia una mesa que estaba en el fondo y veo una botella vacía y una media. “ Ahora me van a pegar con eso”, imaginé, pero

a mí no me hicieron nada y luego me soltaron. A Carlitos Sala lo recuerdo como un tipo muy agradable, muy afable, un gran compañero; él nos dijo que lo habían traído por lo del 5 de octubre pero siempre nos negó que hubiera tenido alguna participación en eso.

A los investigadores les fue mejor rastreando el botín de los montoneros: el 15 de octubre de 1975, a la madrugada, la Policía santafesina allanó la modesta vivienda de Ybo Zamora, 38 años, encargado de un horno para fabricar ladrillos en las afueras de Lehmann, una colonia agrícola ubicada a unos cuarenta kilómetros del lugar donde el comandante Luis Cuniberti seguía intentando sacar el Boeing 737-200 de Aerolíneas Argentinas, que había quedado atascado en el barro (lo conseguiría recién el 21 de octubre, luego de levantar el avión con compresores, dismantelar el interior para disminuir el peso, rellenar el terreno con camionadas de arena y colocar, pieza por pieza, los rectángulos de una pista de aluminio traída de los Estados Unidos, que había sido utilizada en la guerra en Vietnam).

Precisamente, Lehmann hace referencia a Guillermo Lehmann, un suizo nacido en Alemania que colonizó esa zona del interior santafesino fundando dieciséis prósperas colonias agrícolas; por ejemplo, Rafaela, la tercera ciudad de Santa Fe, luego de Rosario y la capital, y cabecera del departamento Castellanos; Susana; Angélica, y Aurelia.

Allí, en plena “pampa gringa”, al lado de un excusado, la Policía encontró un pozo de un metro y medio de ancho por dos metros de profundidad, cuya entrada estaba disimulada con chapas, tarros y basura; en su interior, había una gran caja metálica, que calzaba perfectamente en la excavación, con su tapa correspondiente. La caja contenía una de las tres lonas blancas utilizadas por los guerrilleros para trasladar parte de las armas “recuperadas” del regimiento y el aeropuerto de Formosa: seis FAL, un FAP, pistolas, cargadores y municiones; además de un portafolios negro del comisario de a bordo Carlos Flores y el maletín de la azafata Bárbara Koch.

Zamora argumentó que el pozo había sido cavado por un grupo de desconocidos liderados por un tal “Manuel”, un muchacho joven, alto, que tenía las manos “como una seda”, bien cuidadas, y un anillo de oro grande, a quien había conocido hacía unos meses durante una reunión en Rafaela para formar el Partido Auténtico, una fuerza política creada por

Montoneros. Zamora afirmó que no lo había vuelto a ver hasta principios de octubre, cuando “ casi al oscurecer”, el tal “ Manuel” se apareció en su casa en un automóvil; allí, “ sin más palabras”, lo amenazó con graves daños a él, a su esposa y a sus cuatro hijos si no seguía sus instrucciones. Siempre según el relato de Zamora, “ Manuel” repitió esas visitas los días siguientes, por la noche, junto con personas a las que nunca vio de frente, con quienes “ Manuel” cavó el pozo, a unos setenta metros de la vivienda del encargado del horno de ladrillos. El lunes o martes siguientes al aterrizaje del avión, “ Manuel” y sus amigos llegaron en dos o tres coches, entre los que Zamora pudo divisar una Renoleta color rojo, que tenía la parte delantera izquierda abollada, y una pick up “ que podría ser una Ford, también roja”.

—Metete en la casa y no salgas para nada —le ordenó “ Manuel”, que, a esa altura, “ se puede decir que mandaba en la casa”, según explicó Zamora a la Policía.

Desde el interior de su casa, Zamora escuchó que “ Manuel” y sus compañeros “ llevaban cosas” hasta el sitio en el que habían cavado el pozo. Zamora agregó que las visitas nocturnas de “ Manuel” se repitieron hasta un rato antes del allanamiento policial, siempre con amenazas de que no contara nada a nadie porque él y su familia sufrirían las consecuencias.

El descubrimiento de parte del botín de los montoneros fue la culminación de una serie de allanamientos que derivó en la detención de otras cuatro personas domiciliadas en Rafaela. Tanto la Policía como la Justicia consideraron que los cuatro, junto con Zamora, habían participado en la última fase de Operación Primicia, y todos ellos fueron procesados por los presuntos delitos de infracción a la ley 20.840, de seguridad del Estado; piratería aérea, tenencia de armas y asociación ilícita en concurso ideal.

El tiempo pasó, con todos los procesados en la cárcel, y el 7 de noviembre de 1980, el nuevo juez federal de Formosa, Luis José Vivas, descartó las amenazas referidas por Zamora por considerar que no se referían a un mal inminente, “ efectivo y de realización inmediata”, y que bien pudo haber avisado a la Policía, y lo condenó a siete años de prisión por infracción al artículo 1° de la ley 20.840, tenencia de armas de guerra y asociación ilícita en concurso ideal.

En el mismo fallo, Vivas absolvió de culpa y cargo a los otros cuatro procesados por falta de pruebas fehacientes.

La sentencia fue apelada tanto por el fiscal como por la defensora oficial, por motivos diferentes, pero fue confirmada por la Cámara Federal de Apelaciones de Resistencia el 10 de junio de 1982. En aquel momento, Zamora estaba detenido en la Unidad Penal 9 de La Plata desde hacía seis años y ocho meses; es decir, le faltaban apenas cuatro meses para cumplir el castigo por el cual había sido juzgado durante todo ese tiempo.

“ Manuel” no fue encontrado nunca; la Policía santafesina informó a la Justicia el 22 de octubre de 1975 que se trataría del sobrino de un ex gobernador peronista de la provincia de Santa Fe, pero esa sospecha no pudo ser comprobada. Al declarar ante la Policía, el 11 de marzo de 1976, esa persona aseguró que su nombre de guerra era “ Alejandro” y contó que en los primeros días de octubre de 1975, antes del ataque al cuartel, “ Sergio”, su jefe, le ordenó que viajara a Rafaela y que llevara ropa de fajina porque debía cumplir una tarea.

Así lo hizo: viajó en colectivo con “ Toti” y en Rafaela se encontraron con otros compañeros, con los que esperaron un buen rato, hasta que la tarea fue suspendida y todos volvieron a Santa Fe. Al otro día, como tenía una audiencia con un ministro del gobierno provincial, su jefe lo relevó del trabajo que debía cumplir. “ Toti” le comentó después que la tarea había consistido en cavar un pozo en un campo a las afueras de Rafaela para enterrar un recipiente de grandes dimensiones, y que ignoraba el motivo y la finalidad de la obra. El 11 de septiembre de 1978, “ Alejandro” ratificó, en lo sustancial, esas manifestaciones ante el juez Vivas y agregó que Operación Primicia fue una de las causas por las que decidió el abandono de Montoneros, a los pocos meses.

El fallo del juez Vivas también incluyó a Mirta de Sala pero no a su marido, Néstor Sala, porque hacía casi cuatro años que ya había muerto, el 13 de diciembre de 1976, en la Masacre de Margarita Belén. Sala era uno de los veintidós presos que estaban siendo trasladados de Resistencia a Formosa en la madrugada de aquel lunes, cuando, según diversos testimonios, todos ellos fueron asesinados durante un simulacro de fuga a un costado de la ruta

nacional 11, a una veintena de kilómetros de Resistencia, en las afueras de la localidad de Margarita Belén.

La versión de las autoridades militares fue que un grupo de guerrilleros había intentado liberar a sus compañeros o eliminarlos para evitar “declaraciones comprometedoras”; que en el tiroteo habían muerto algunos de los presos, entre ellos Sala, y que el resto había logrado huir.

Pero la versión oficial fue desmentida el 6 de mayo de 2001 por el propio jefe del Ejército, el general Ricardo Brinzoni, en una entrevista con el diario *Norte*, de Resistencia, realizada por el periodista Vidal Mario. “Durante mucho tiempo creí en la versión oficial del enfrentamiento. Pero con el paso de los años comencé a escuchar otras voces y hoy yo también creo que fue una operación militar para eliminar delincuentes terroristas”, señaló Brinzoni. A fines de 1976, Brinzoni era capitán y se desempeñaba como secretario general de la Gobernación del Chaco, en “tareas netamente administrativas y estrictamente pasivas”, según aclaró. Brinzoni agregó que, unos años después, en 1980, en Buenos Aires, escuchó “los primeros comentarios sobre lo realmente ocurrido allí. Estaba yo en la Escuela de Guerra y comencé a averiguar e investigar por mi cuenta. Así llegué a la triste conclusión de que jamás existió enfrentamiento alguno. Me cuesta decirlo, pero aquello fue un fusilamiento encubierto de detenidos”.

Varios de los muertos y desaparecidos aquel 13 de diciembre de 1976

pertenecían a la Regional Nordeste de Montoneros.

Según José “Yusé” Estigarribia, la masacre tuvo relación con Operación Primicia. Él estaba preso en la Unidad 7, la cárcel de máxima seguridad de Resistencia, en el pabellón 1, que fue de donde sacaron a Sala para el supuesto traslado al penal de Formosa.

—Yo doy el discurso de despedida a los compañeros. Lo de Margarita Belén está orientado como una represalia por lo de Formosa; toda la gente que boletean ahí es la que había caído después del 5 de octubre de 1975. Pero Sala no participó en Formosa; eso con seguridad. Era un compañero, yo era muy amigo de él.

Para Ponti, que también estaba detenido en ese penal, esa matanza fue, más bien, “ un hecho ejemplificador, para nosotros y para la sociedad; un hecho aterradorante, aunque no tiene una explicación lógica. Las víctimas no eran compañeros de nivel; eran compañeros de todas las zonas, de todas las provincias”.

El periodista y escritor Vidal Mario, que siempre agradece haber conservado en un lugar seguro el casete con la entrevista a Brinzoni que reavivó la investigación judicial de ese caso, es prudente.

—Lo único seguro es que las muertes de Margarita Belén efectivamente fueron en venganza por algo. ¿Fue por lo de Formosa? Ésa es la cuestión. No hay certeza de que haya sido para cobrarse lo de Formosa.

En el primer punto del fallo del 7 de noviembre de 1980, el juez Vivas condenó a Mirta de Sala a nueve años de prisión por los delitos de infracción al artículo 1° de la ley 20.840, piratería aérea y asociación ilícita en concurso ideal.

La sentencia fue apelada por la defensora oficial, y el 10 de junio de 1982, la Cámara Federal de Apelaciones de Resistencia revocó la decisión en primera instancia y la absolvió de culpa y cargo al señalar que las pruebas reunidas en su contra eran frágiles, defectuosas e intrascendentes para demostrar que hubiera estado, siquiera, en el aeropuerto El Pucú.

Sobre las “ manifestaciones extrajudiciales” de Sala en la Policía chaqueña, “ que después rectifica cuando declara ante el Juez, alegando haber sido objeto de apremios ilegales”, la Cámara concluyó que sólo constituían “ un mero indicio desprovisto de apoyo serio y cierto, habida cuenta la limitación probatoria que en modo alguno conduce a conclusiones inequívocas”.

Para ese momento, mediados de 1982, hacía dos años que Montoneros había abandonado la lucha armada: el ejército propio, que había debutado en Formosa, no los había conducido a la patria socialista.

TERCERA PARTE

LAS CAUSAS

OceanofPDF.com

Y LAS CONSECUENCIAS

Capítulo 11

OceanofPDF.com

LA HORA DEL BALANCE

Nos reunimos en un auto, creo que un Ford Falcon, que iba recorriendo despacito la avenida General Paz. Perdía y yo íbamos en el asiento de atrás, Perdía a la izquierda y yo a la derecha. Me dijo: “Nosotros queremos aportar a la solución de los problemas nacionales creando un nuevo Ejército, un Ejército que sea nacional y popular para terminar con este Ejército que históricamente ha estado al servicio del imperialismo y de la oligarquía”. Yo le contesté: “Ustedes sigan así y les vamos a matar a tres mil tipos y después nos vamos a sentar a discutir otra vez”.

General Albano Harguindeguy, luego poderoso ministro del Interior de la dictadura, a principios de mayo de 1975.

“ FORMOSA: VICTORIA DEL EJÉRCITO MONTONERO.” Así, con letras mayúsculas que enfatizaban el tono triunfal, la revista *Evita Montonera* dedicó la nota principal y la tapa del número de octubre de 1975 a Operación Primicia, que, como definió el primer párrafo de la nota, presentó “ una característica central para Montoneros: es la primera vez que tenemos como objetivo la ocupación de una importante instalación militar”.

Nunca antes la guerrilla peronista había atacado un cuartel. Esa jugada derribó los puentes que Montoneros mantenía con el Ejército, que había tendido con esmero desde su irrupción en la escena política, en 1970, en busca de una alianza con sectores nacionalistas, opuestos a las cúpulas liberales y antiperonistas.

Los oficiales del Ejército quedaron convencidos de que no había diferencias entre la guerrilla peronista y el trotskista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), y que ambos debían ser tratados como en una guerra; es decir, tenían que ser aniquilados, un término militar que aludía a la destrucción de un enemigo.

Era un concepto muy peligroso para la continuidad de la democracia porque, mientras el Ejército se reconstituía como un factor de poder cada vez más autónomo de la política y de la sociedad, el gobierno de María Estela Martínez de Perón, Isabel, naufragaba en medio de dos graves

problemas: Una inflación que entre enero y septiembre de 1975 había trepado al 180 por ciento y se había devorado ya a cuatro ministros de Economía;

“ Una orgía de asesinatos de la derecha y la izquierda”, según describía el diario británico *Sunday Telegraph* en una crónica titulada “ El país enamorado de la muerte”, en la que concluía que “ la Argentina se encamina hacia el punto de desintegración”.

Los números de la violencia política eran para helar la sangre: una estadística del *Buenos Aires Herald*, publicada el 30 de julio de 1975, reveló que en los primeros siete meses del año se habían registrado 245 muertos por esa causa: 143 pertenecían a la izquierda (50 murieron en tiroteos); 26 a la derecha; 44 eran policías; 9 del Ejército; 7 empresarios, y 16 “ otros”. Un promedio de más de un muerto por día (1,17).

Tanto en *Evita Montonera* como en el Parte de Guerra y en un comunicado, Montoneros evaluó que Operación Primicia había sido un triunfo militar con el cual “ nuestra Organización comienza a desarrollar un Ejército regular”, que se iría constituyendo “ progresivamente como una de las fuerzas decisivas que permitirán la toma del poder del pueblo en la patria”.

“ El día 5 de octubre nuestra Organización lleva a cabo la acción militar más importante realizada en nuestra patria para lograr su definitiva Liberación Nacional y Social”, comenzó el Parte de Guerra, fechado en Formosa el lunes 6

de octubre de 1975.

Montoneros contrapuso esta “ victoria militar” de su naciente ejército a la “ debilidad del ejército opresor”, del “ ejército gorila, que intenta ocultar nuevamente su derrota”.

En aquel momento, un año después de la vuelta a la clandestinidad y a la lucha armada, Montoneros evaluaba que estaban en una guerra interna, pero aseguraba que este conflicto había sido provocado por “ el enemigo”, por “ la oligarquía y el imperialismo” estadounidense, con los escuadrones de la muerte y los militares como fuerzas de choque.

“ Todos hablan de que estamos en guerra y en esto estamos de acuerdo, pero ésta es una guerra que se produce porque el pueblo ha dicho basta a la explotación; ha dicho basta a la represión que empezó con López Rega y la AAA (Alianza Anticomunista Argentina), luego de la muerte del general Perón, y que obligó al pueblo y a nuestra Organización a pasar nuevamente a la resistencia; ha dicho basta a que los militares gorilas defiendan a tiros los intereses del Imperialismo”, señaló el comunicado sobre Operación Primicia .

En ese documento, titulado “ Formosa: triunfo del Ejército Montonero, derrota del ejército gorila y victoria peronista”, de poco más de una página y media, Montoneros utilizó media docena de veces la palabra “ guerra”, siempre con ese enfoque.

De todos modos, Montoneros admitió que el triunfo no había sido completo, como esperaban: “ Nuestros pelotones de combate controlaron prácticamente la ciudad demostrando el grado de desarrollo alcanzado por nuestro Ejército. Se copó un avión, se controló el aeropuerto, se controlaron todos los accesos a la ciudad, se ingresó y controló parcialmente el cuartel tomando todas las compañías, el casino de suboficiales, el retén y parcialmente la guardia. Con una fuerza absolutamente inferior, nuestro Ejército mostró su combatividad y decisión, recuperó parte del armamento que se estimaba llevar (unos cincuenta fusiles automáticos) y se retiró en dos aviones”.

La culpa de que ese triunfo resultara sólo parcial fue de los soldados, de los conscriptos, que, en forma inesperada para los guerrilleros, “ no acataron la orden de rendición” y protagonizaron un encarnizado combate que en media hora dejó casi medio centenar de bajas en los dos bandos: veinticuatro muertos y por lo menos veintiún heridos.

Evita Montonera mostró en su relato la perplejidad de los atacantes frente a la reacción de los conscriptos:

“ Los soldados, armados o desarmados en algunos casos, desobedecieron la orden de rendición; en todos lados, presentaron fuerte resistencia y en algunos lugares, esa resistencia fue suicida”.

“ Una regla general fue que los soldados, cuando podían, escapaban de los lugares atacados por nuestras fuerzas, pero ninguno soltaba el fusil, y, una vez a distancia, buscaban parapetarse para iniciar el fuego”.

“ Esto es lo que se vio desde la Compañía Servicios por el Pelotón Comando, donde había una visión general. Desde allí se ve que aproximadamente la mitad, 15 soldados, de la compañía de Retén escapan pero con sus fusiles. De la Guardia, escapa la mayoría —allí había 33 soldados— que se parapeta y hace fuego contra nuestros compañeros provocándonos el mayor número de las bajas sufridas. En cambio, a los soldados que huyen del Retén se los pierde de vista y no se sabe si vuelven a combatir”.

Fue la misma perplejidad con la que volvieron cuatro de los cinco combatientes enviados por la Columna Norte de la Regional Buenos Aires, en la que Rodolfo Galimberti era uno de los nombres fuertes. Uno de ellos había muerto en Formosa: el entrerriano Saúl Kobrinsky. “ Lo terrible fueron los soldaditos. Ahí sí que nos agarraron por sorpresa. No se imaginan cómo tiraban, los muy pelotudos. Ahora resulta que se creyeron el verso que les hicieron y se van a jugar la vida para defender a sus generales, a sus patrones, a todos los peores hijos de puta que siempre los cagaron. Eso sí que fue un desastre”, contó Carlos Goldenberg, “ Tomás”, según los periodistas Eduardo Anguita y Martín Caparrós en el libro *La Voluntad*. Goldenberg había realizado un curso de buzo táctico y explosivos en Cuba, que le sirvió para volar la lancha del jefe de la Policía Federal, el comisario general Alberto Villar, en el Tigre, el 1° de noviembre de 1974. La bomba mató a Villar y a su esposa.

Los periodistas Marcelo Larraquy y Roberto Caballero cuentan en su biografía de Galimberti que los otros tres combatientes enviados por la Columna Norte fueron Sergio Puiggrós, “ Federico”, hijo del rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Rodolfo Puiggrós; Cristian Caretti, “ El Gringo” o “ Tano”, y Pablo González Langerica, “ Tonio”, que “ volvió impactado por la ferocidad con que los conscriptos defendieron el cuartel. Pensaron que iban a toparse con provincianos adolescentes, más interesados en alzar los brazos que en responder con balas. Esa tarde, comprobó que Montoneros estaba más lejos del pueblo de lo que suponía”. Goldenberg,

Puiggrós y Caretti están muertos; González Langarica vive pero no quiso ser entrevistado.

En público, Montoneros apeló al clásico argumento de la “falsa conciencia”

para explicar el comportamiento de los soldados, según señaló la revista: “Aventuramos la hipótesis de que esta resistencia suicida de los soldados tiene que ver en parte con el bajísimo nivel de conciencia de la población de la zona y básicamente al terror mítico, inculcado por los superiores, a los ‘extremistas, drogadictos enfurecidos que asesinan sin compasión’”.

Pero en privado, la Conducción Nacional de Montoneros evaluó que el “compañero soldado” Roberto Mayol, que murió en el combate, había brindado una información completa sobre el personal del cuartel, su cantidad y su ubicación, “pero que adolecía de una fuerte dosis subjetiva en lo que hace a sus características de comportamiento; este aspecto fue el que habría de determinar los criterios a utilizar en el asalto para la reducción de la guardia. Basándonos en la incorrecta apreciación de que no habría resistencia y que su capacidad de combate era escasa, usamos un criterio basado fundamentalmente en la intimación por amenazas, buscando además producir el menor número de bajas entre los soldados”.

El peso de la defensa recayó en los conscriptos porque aquel domingo había sólo tres subtenientes dentro del regimiento; estos oficiales tenían 21 años, como los conscriptos, y acababan de salir del Colegio Militar: estaban en el primer año de carrera. Esos tres oficiales eran asistidos por siete u ocho suboficiales, de los cuales apenas tres, tal vez cuatro, entraron en combate desde el primer momento.

Para el coronel retirado David Cabrera Rojo, que en aquel momento era subteniente, Mayol no pudo ver lo que se ocultaba tras la imagen mansa, apocada, sufrida, desalineada del soldado formoseño típico porque pertenecía a una clase social diferente.

—Hacia octubre todos los soldados estaban muy bien instruidos, incluso con ejercicios nocturnos con munición de guerra en el monte, que es el nivel más alto. Lo que pasa es que eran soldados diferentes: por ejemplo, lo

más difícil era hacerlos desfilar, lograr que movieran los pies y los brazos en forma coordinada; muchos soldados estaban acostumbrados a caminar descalzos. Además, ya habían jurado defender la bandera y eso era algo muy serio para ellos porque vivían en una zona de frontera, donde existe una conciencia muy fuerte de defensa de la soberanía y donde el Ejército era una institución muy respetada, que siempre estuvo muy relacionado con la historia de la provincia y que realizaba mucha acción cívica: enseñaba a leer y escribir a los conscriptos, daba cursos de motosierra a los soldados, ayudaba en las inundaciones, pintaba escuelas en el campo...

Otro coronel retirado, Jorge Cáceres, destaca que los soldados de un regimiento de monte son, de por sí, muy especiales, como Luna, que, cuando murió luego de posibilitar el repliegue de sus compañeros, acumulaba veinte días de arresto en calabozo por indisciplina.

—La instrucción de una unidad de monte es muy particular porque la vida en el monte hace que los soldados deban ser muy independientes; tienen que habituarse a tomar decisiones por sí mismos, en función del resto. Luna mostró una independencia que Mayol no podía prever. Claro que para la vida diaria, dentro de la cuadra, era una persona difícil porque no respetaba reglas y era insubordinado, como tantos otros. Es muy difícil enseñarle a un soldado a ser independiente en el monte y luego meterlo dentro del cuartel, donde hay reglas para todo: para levantarse, para ir al baño, para hacer gimnasia, para comer...

Luna era un muy buen soldado en la instrucción.

La resistencia inesperada de los soldados perjudicó el puntilloso plan elaborado por Raúl Yaguer, que preveía una ajustada distribución del tiempo: no debían perder el avión si querían escapar de Formosa pero tampoco podían llegar al aeropuerto a cualquier hora porque buena parte del éxito del repliegue aéreo dependía de que aterrizaran en Santa Fe, a setecientos kilómetros de distancia, antes de que cayera el sol. Por eso, el jefe de cada pelotón marcaba en forma tan celosa cuántos minutos tenían por delante; también por ese motivo los dos pelotones que atacaron la Guardia se apresuraron en salir de ese lugar sin esperar que se organizara un fuego amigo que los protegiera, y murieron a los pocos metros.

En un documento secreto fechado el 29 de enero de 1976, la cúpula de Montoneros evaluó que el plan de Yaguer fue “ el más adecuado a las posibilidades, correcto en términos generales”, aunque hubo “ elementos deficitarios que contribuyeron a producir el vuelco de la operación, convirtiéndolo en triunfo parcial”, entre los cuales destacaron “ un criterio incorrecto en la reducción de la tropa: un excesivo exitismo y una subestimación de la respuesta y capacidad de combate del enemigo, a los que se sumaba un criterio ‘politicista’ de ‘producir el menor número de bajas al enemigo’, que fueron fatales. Se iba a reducir, no a combatir, y el combate fue una sorpresa, casi un imprevisto, sobre todo por lo violento. Reducir por el fuego o reducir por intimación es una opción de tipo político-militar; en términos militares se impone la primera, con el agregado de producir el mayor número de bajas, y no a la inversa. Es de todas maneras una definición que trasciende la actual evaluación”.

Lo mismo había dicho *Evita Montonera*: “ Consideramos que hubo demasiada introducción verbal durante la intimación de rendición, permitiendo la defensa y fuga de efectivos en la guardia”.

El comunicado de Montoneros, por su lado, registró las dos novedades: la resistencia de los soldados y la muerte de una decena de ellos, y lanzó a los conscriptos “ un llamamiento y una advertencia”.

“ Lamentamos la muerte de soldados bajo bandera; en su mayoría son jóvenes del pueblo, como eran nuestros combatientes que cayeron cuando a las órdenes de los oficiales del régimen tiraron contra nuestra fuerza. Por eso, les hacemos un llamamiento y una advertencia; que no se presten a reprimir al pueblo del que forman parte; que, de aquí en más, el acatamiento a nuestras órdenes de rendición debe ser inmediato pues entre que mueran compañeros montoneros y evitarlo no hay opción. El saldo propio de compañeros caídos en Formosa se debió en gran parte a que se intentó no tirar contra los conscriptos. De cualquier manera, responsabilizamos al ejército gorila de llevar a la muerte a hombres del pueblo para defender sus intereses antinacionales.”

Otro de los “ elemento deficitarios” detectados por la Conducción Nacional de la guerrilla peronista fue la falta de una reserva, “ que podría haber revertido la situación originada en la guardia”. En realidad, Yaguer había

incluido un pelotón para cualquier imprevisto pero a último momento, el sábado 4 de octubre por la noche, Mayol llegó con la novedad de que había un soldado con un FAL vigilando cada una de las compañías A, B y Servicios; Yaguer decidió sacrificar la reserva enviando a dos de sus miembros a la Compañía A y a los otros dos a la Compañía B, mientras él y su grupo se hacían cargo de la Compañía Servicios. Fue otra información equivocada de Mayol: el domingo, los “cuarteleros” de esas unidades no estaban armados, tanto que uno de ellos andaba en la Compañía B con un palo de escoba simulando que era un FAL y bromeando con sus compañeros; el sábado pudo haber sido distinto, cuando la guardia del regimiento estuvo a cargo de otro equipo de soldados, suboficiales y oficiales.

El tercer “elemento deficitario” descubierto por la cúpula guerrillera fue que el pelotón de la jefatura, formado por Yaguer y sus dos asistentes, “era demasiado reducido, carecía de mecanismos claros de conducción en medio del combate (como recibir novedades, enviar órdenes, etcétera) y, por último, se le agregó una función específica (reducir una compañía)”. La Conducción Nacional criticó que no hubiera respetado “la premisa de que el jefe conduce el combate, pero no combate. La participación personal en la reducción de la Compañía Servicios y la apertura de la Sala de Armas llevaron a descuidar el conjunto”. Por otro lado, Yaguer había tenido que hacerse cargo también de las tareas logísticas, donde “las respuestas fueron lentas y anárquicas en un principio, pero se ordenaron y fueron eficientes en los últimos días”; lo correcto habría sido contar con un “responsable logístico, que no participara en la operación en sí”, según la evaluación.

La Conducción Nacional de Montoneros alertó en ese documento que Operación Primicia estuvo a punto de terminar en un desastre, que fue impedido por dos decisiones de Yaguer en plena pelea. “Dos órdenes básicas salvan la operación: la apertura de la Sala de Armas de la Compañía Servicios, a pesar de las circunstancias, y la retirada en el momento en que el combate empezaba a desnivelarse claramente.”

El formoseño Rafael Menéndez estaba preso en el penal de Resistencia, junto con otros compañeros como el actual diputado ultrakirchnerista Carlos Kunkel, y recuerda que al principio se alegraron del ataque al

regimiento por dos motivos: eran muy jóvenes y no comprendían a los sectores populares a los que aspiraban a representar y conducir.

—Fue una operación de película, muy bien planificada, pero después salieron mal un montón de cosas. Nosotros nos enteramos por los diarios. Al principio, todos pensábamos igual: qué bien que estuvimos. Éramos todos pendejos de 25

a 30 años y éramos todos de clase media. Entonces nos pareció bien, pero no hacíamos la evaluación de lo que pensaba la gente; nos faltó pensar en la gente, y eso de venir a Formosa y matar a diez conscriptos cayó para la mierda en la gente. Después, con el tiempo yo fui cambiando de opinión e incluso en el diario de acá saqué una nota donde decía que había estado mal, que fue un error que habíamos cometido. Cuando era ministro de Acción Social de la provincia, en un aniversario del ataque, el 5 de octubre de 1994, me fui a las 7 de la mañana al cuartel y pedí hablar con el jefe, el coronel Jorge Zamudio, que ya me conocía y sabía que yo había participado en Montoneros. Estábamos los dos solos en su despacho, y le dije: “ Mire, como oficial montonero, yo le vengo a pedir perdón por lo que hemos hecho”. Lloraba el tipo porque le decía que estaba arrepentido. Creo que, en general, todos mis compañeros piensan así, pero también creo que a Montoneros, como organización, todavía le falta una autocrítica más profunda.

El abogado Pedro Velázquez Ibarra, uno de los impulsores en Formosa de los juicios a militares por la violación de derechos humanos, compartió la cárcel en Resistencia con Kunkel y otros “ oficiales” montoneros. Velázquez Ibarra recuerda que, cuando llegó, en enero de 1977, “ me dieron un trato muy respetuoso y hasta distinguido pese a que no formaba parte de la ‘Orga’, tratamiento que cambió a partir de que planteo mi opinión de repudio al copamiento del RIM 29”. Sus compañeros de cárcel le contestaron que Montoneros había evaluado que el ataque serviría “ para que la gente entendiera que había dos ejércitos”. Según él, Kunkel le dijo: “ La gente tenía que entender que había dos ejércitos: uno, el ejército represor, y otro, el ejército montonero”.

El argumento no convenció a Velázquez Ibarra, que pasó a ser considerado por los jefes montoneros “ simplemente un ‘abogado liberal’, algo que por

entonces, en medio de delirios ‘revolucionarios’, era un estigma grave”. Kunkel no quiso ser entrevistado por el autor de este libro.

Otro de los montoneros presos en Resistencia, Aníbal Ponti, enfatiza que el gran error fue identificar al Ejército como al principal enemigo.

—El objetivo tiene que ver con la etapa que transitaba Montoneros. Hoy digo que fue uno de los principales errores de Montoneros. Fue un gran error porque, a partir de allí, se unificó el Ejército y aumentó la represión. Obedece a una caracterización incorrecta del enemigo, como lo había sido el pase a la clandestinidad. El enemigo nunca fueron las Fuerzas Armadas y menos el Ejército, sino los grandes grupos económicos, como lo son hoy, dicho sea de paso. Por otro lado, la relación con los milicos se mantuvo hasta un día antes del golpe. Por ejemplo, el general Albano Harguindeguy nos dio un preaviso antes del golpe de 1976: “ Ésta es la última reunión entre nosotros”, nos dijo.

Nosotros estábamos en un proceso de desviación de tipo militarista, aparatista.

Pero fue un error de todos: no hay que separar a la Conducción Nacional del resto de nosotros. Creo que hasta después de 1976 la Conducción Nacional expresa al conjunto, excepto a los disidentes, como la Juventud Peronista Lealtad, pero ellos se fueron. La verdad es que después de la asunción del presidente Héctor Cámpora, el 25 de mayo de 1973, nosotros no pegamos una, pero fueron errores del conjunto.

El abogado Roberto Perdía, que era el número dos de Montoneros, también tiene una postura crítica sobre la decisión de asaltar el regimiento, en especial porque los dejó sin interlocutores en el Ejército.

—La operación fue muy bien planificada por Yaguer y exitosa desde el punto de vista militar, pero no fue bueno el resultado político: galvanizó, unificó al Ejército. Impidió que oficiales del Ejército tomaran contacto con nosotros: ¿quién iba a querer entrar en contacto con nosotros luego de eso? El objetivo fue mostrar poder militar, mostrar que teníamos capacidad para atacar un cuartel ubicado a tantos kilómetros de Buenos Aires. Hoy, a la

distancia, entiendo que no fue la mejor decisión que tomamos. Hago mi autocrítica por eso.

En su libro *La otra historia*, Perdía destacó que a partir de Operación Primicia “ se abrió un abismo entre los Montoneros y el Ejército. Fue una demostración de fuerza que manifestaba nuestra progresiva militarización.

Obviamente, las simpatías con las que podíamos haber contado, dentro del Ejército, desaparecieron, y los viejos contactos y amigos se esfumaron”.

El momento de mayor influencia de Montoneros en el Ejército ya había pasado, pero los guerrilleros peronistas seguían teniendo relaciones en varios niveles y en distintas armas, fruto de un discurso que siempre había reivindicado la condición militar de Perón y reservado un lugar en el “ Movimiento de Liberación Nacional” a oficiales y suboficiales nacionalistas.

Lo explicó el número uno de Montoneros, Mario Firmenich, el 20 de junio de 1975, en la conferencia de prensa en la que informó sobre “ la culminación del proceso de detención, juicio y sanciones al monopolio Bunge y Born”, en alusión al cobro de más de 60 millones de dólares por la liberación de los hermanos Jorge y Juan Born, que habían sido secuestrados nueve meses antes.

Cuando un periodista le preguntó sobre “ la actitud” de la guerrilla peronista con relación a las Fuerzas Armadas, Firmenich describió cómo veían a los militares y destacó que “ los conscriptos son nuestros propios compañeros”.

“ Nosotros hemos caracterizado ya varias veces a estas Fuerzas Armadas, diciendo que ellas reproducen en su seno las contradicciones que existen en la sociedad. Es decir: allí están reflejados los distintos sectores sociales que componen la estructura social argentina; de todos modos, mientras tengan una conducción al servicio de los intereses de la antipatria, lamentablemente, en bloque —mientras se mantengan emblocadas— estarán enfrentadas en conjunto con el resto de las fuerzas que verdaderamente están por la liberación nacional y social. En ese sentido, nosotros nos enfrentamos (a ellas) en bloque, aunque, naturalmente,

exhortamos permanentemente —desde el hecho de que los conscriptos, o sea la tropa del enemigo, son nuestros propios compañeros— a todos los miembros de las Fuerzas Armadas: oficiales, suboficiales y soldados, a pasarse al campo del Pueblo”, sostuvo.

—¿Esto presupone que hay un trabajo concreto de Montoneros en ese sentido? —le preguntó un periodista.

—Naturalmente —contestó.

Antes del asalto al cuartel, aun los oficiales más antiperonistas o “ gorilas”

establecían una distinción entre Montoneros y el ERP, que se había especializado en el ataque a cuarteles y era considerada una guerrilla inspirada en una ideología marxista, “ foránea”, irrecuperable, con la que no había ninguna posibilidad de negociar.

Luego de Operación Primicia y en un contexto de violencia y polarización, los militares interpretaron que no había mayores diferencias entre el ERP y Montoneros, y que ambos querían destruirlos y reemplazarlos para concretar una revolución socialista o comunista.

Uno de los contactos de la cúpula de Montoneros en el Ejército era el general Harguindeguy, quien durante la dictadura sería el ministro del Interior durante cinco años. Harguindeguy tenía una buena relación con el periodista Norberto Habegger, un lúcido jefe de Montoneros, desde el Operativo Dorrego, en octubre de 1973, cuando Habegger era el asesor principal del gobernador bonaerense, Oscar Bidegain, y Harguindeguy encabezaba la Brigada de Caballería Blindada I, en Tandil.

El 24 de febrero de 2010 por la tarde Harguindeguy estaba internado en el Hospital Militar, en Buenos Aires, acusado de violaciones a los derechos humanos. A los 83 años, tendido en una cama por sus problemas de salud, a simple vista parecía el espectro de aquel ministro poderoso e implacable. Pero su voz se fortalecía y su cuerpo buscaba incorporarse cuando recordaba su protagonismo en aquellos años de plomo; por ejemplo, cuando, a principios de mayo de 1975, Habegger le dijo que Montoneros

quería reunirse con un representante del Ejército y que había designado a Perdía para ese encuentro.

—Habegger era periodista y estaba acreditado en el Ejército; además, yo lo conocía del Operativo Dorrego. Habegger me dice que Montoneros quería transmitir un mensaje al Ejército. Yo le informo al comandante en jefe, que era el general Leandro Anaya, y él me ordena: “ Vaya usted como representante del Ejército”. Y nos reunimos en un auto, creo que era un Ford Falcon, que iba recorriendo despacito toda la avenida General Paz, de una punta a la otra.

Habegger manejaba; Perdía y yo íbamos en el asiento de atrás, Perdía a la izquierda y yo a la derecha. En síntesis, me propuso una alianza Montoneros-Ejército. No me lo expresó así, en forma tan directa, sino que me dijo: “ Nosotros queremos aportar a la solución de los problemas nacionales creando un nuevo Ejército, un Ejército que sea nacional y popular para terminar con este Ejército que históricamente ha estado al servicio del imperialismo y de la oligarquía”. Me comentó también que habían preparado un sistema de evaluaciones de los oficiales de la cúpula del Ejército para determinar quiénes seguirían y quiénes serían dados de baja. ¡Hasta me explicó cómo sería formado ese comité de evaluación, con oficiales de bajo rango del Ejército y de ellos! Yo le contesté: “ Mire, yo no les puedo dar la contestación del comandante en jefe del Ejército pero le voy a transmitir el mensaje de ustedes. Lo que sí puedo darles es mi pensamiento, que creo que es el pensamiento de la mayoría de los oficiales superiores del Ejército”. Perdía me preguntó intrigado cuál era y yo le dije: “ Ustedes sigan así y les vamos a matar a tres mil tipos y después nos vamos a sentar a discutir otra vez”.

Harguindeguy jura que el asalto al cuartel de Formosa fue una sorpresa para él y para la cúpula del Ejército, al contrario de lo que ocurriría el 23 de diciembre de 1975 con el ataque del ERP al Batallón Domingo Viejobueno, de Monte Chingolo, en el Gran Buenos Aires.

—Formosa nos sorprendió totalmente; nos llamó la atención el coraje, la fuerza, el armamento reunido para copar un regimiento. Nos tomó totalmente desprevenidos; no fue como el ataque del ERP a Monte Chingolo, donde ahí sí tuvimos aviso porque teníamos infiltrado al ERP.

Igual, cuando supimos lo de Formosa, se previó enseguida que iban a volar a Santa Fe porque había una vieja apreciación de Inteligencia del Ejército que hablaba de una zona liberada cerca de Rafaela. Pero fue un golpe para Montoneros porque atacan el cuartel pero se tienen que ir por la capacidad de reacción. Como lo fue Monte Chingolo para el ERP.

Cuando Montoneros lanzó Operación Primicia hacía poco más de un mes que había asumido la nueva cúpula del Ejército, encabezada por Videla, luego de una severa crisis militar. La designación de Videla resultó una imposición del Ejército a la presidenta Isabel Perón, al peronismo y al sindicalismo, que preferían a un nacionalista, el general Alberto Cáceres, comandante del Primer Cuerpo.

En aquel momento, los sectores del Ejército más afines a Montoneros habían perdido el poder que tuvieron entre mayo y diciembre de 1973: el general Jorge Carcagno, que había sido el jefe del Ejército, y el coronel Juan Jaime Cesio continuaban siendo los puntos de referencia, pero habían pasado a retiro; entre los oficiales superiores en actividad sólo sobrevivía el general Carlos Dalla Tea.

Videla reemplazó al general Alberto Numa Laplane, también de Infantería, que había durado apenas ciento seis días al frente del Ejército en el momento de mayor esplendor del hombre fuerte del gobierno de Isabel, José López Rega.

Laplane sostenía la tesis del “profesionalismo integrado”: el Ejército debía compartir los objetivos del gobierno peronista y ayudar a lograrlos, frente al “profesionalismo prescindente”, liderado por Videla, jefe del Estado Mayor Conjunto, y el general Roberto Viola, comandante del Segundo Cuerpo, quienes formaban una dupla que había tenido mucha influencia durante la jefatura del antecesor de Laplane, el general Anaya.

El problema para Laplane fue que pronto se quedó sin su respaldo principal: López Rega fue obligado a renunciar el 11 de julio de aquel año vertiginoso debido a la presión sindical provocada por un drástico programa de ajuste económico que derivó en la primera huelga general de la CGT contra un gobierno peronista. La caída de López Rega fue seguida por un nuevo cambio de gabinete, que incluyó la designación de un oficial superior en

actividad, el coronel Vicente Damasco, como ministro del Interior. La mayoría de los generales y coroneles rechazó ese nombramiento con el argumento de que, como Damasco no estaba retirado, comprometía al Ejército con el gobierno; la rebelión se convirtió en una crisis militar al ser apoyada por el jefe de la Armada, el almirante Eduardo Massera. La crisis duró diez días y terminó con el pase a retiro de Damasco y el reemplazo de Laplane por Videla.

El analista Rosendo Fraga explica que el Ejército percibió el ascenso de Videla, siempre en dupla con Viola, “ como una suerte de victoria sobre el peronismo, que a la vez significaba la recuperación de su autonomía como factor de poder dentro del Estado”. Ya en los primeros días de septiembre, Videla y Viola identificaron cuáles serían sus principales objetivos, según Fraga: Afianzar la hegemonía del sector “ profesionalista” o “ liberal” en la cúpula del Ejército, lograda luego del retiro de los generales más identificados con el peronismo.

“ Cohesionar al Ejército” terminando con las secuelas deliberativas que había dejado la crisis recién superada.

Una participación creciente en la lucha contra la guerrilla “ asumiendo el real liderazgo del Ejército” en esa tarea.

Lograr, en forma progresiva, “ un rol de árbitro” en la arena política y una “ mayor influencia sobre el gobierno en función del problema subversivo”.

La presidenta Isabel conoció a Videla unos días después de su nombramiento, durante una visita oficial del nuevo comandante en jefe del Ejército, que duró media hora.

—Dijo que respetará el orden constitucional. Veremos si es así —le contó, desconfiada, la viuda de Perón a Julio González, su secretario privado y secretario Técnico de la Presidencia, hombre clave del “ entorno” de Isabel.

Videla fue destituido y cumple la pena de reclusión perpetua en Campo de Mayo por violaciones a los derechos humanos. Desde allí, accedió a contestar por escrito algunas preguntas enviadas por este autor a través de un militar retirado que solicitó que su nombre no fuera dado a conocer.

Videla elogia la planificación de Operación Primicia y asegura que el Ejército no tenía ningún indicio del ataque.

—Sorprendió el planeamiento magistral, poco común, de la operación. Fue algo que llamó la atención. Fue distinto. Por el empleo de medios, el secuestro de dos aviones, etcétera. Fue sorpresivo. Ningún órgano de Inteligencia advirtió sobre la operación.

Tal vez resulte llamativo un elogio al accionar de la guerrilla por parte de Videla, aunque quizá sea una exageración para justificar la intervención de las Fuerzas Armadas en esa lucha. En todo caso, el ataque convenció a Videla y al Ejército de que el peligro guerrillero había trascendido las fronteras de la provincia de Tucumán y que no podía ser afrontado por un gobierno liderado por una presidenta débil, con problemas de salud y de personalidad, como era, a su juicio, la viuda de Perón. Como Montoneros, aunque por otros motivos, también el Ejército había llegado a la conclusión de que Isabel no podía seguir en la Casa Rosada.

Capítulo 12

MONTONEROS SE VA A LA GUERRA

El poder popular se obtiene, se mantiene y se acrecienta con el poder militar. Nos proponemos ahora dar un nuevo salto: la construcción del ejército popular, el Ejército Montonero, que supere todas las experiencias anteriores del peronismo.

Será el instrumento para la liberación nacional y la construcción de una patria justa, libre y soberana: la patria socialista.

Documento de Montoneros de octubre de 1975.

Antes del ataque al cuartel de Formosa, Raúl Yaguer había estado en Tucumán, supervisando otra “operación especial”: la voladura de la pista del aeropuerto Benjamín Matienzo, de San Miguel de Tucumán, mientras despegaba un avión Hércules C-130 de la Fuerza Aérea con ciento catorce personas a bordo, casi todos gendarmes que regresaban a San Juan tras

haber participado durante dos meses en la lucha contra la guerrilla en esa provincia.

Fue al mediodía del 28 de agosto de 1975 y la caída del avión provocó la muerte de seis gendarmes y heridas en otros treinta.

El control remoto de los explosivos habría sido accionado por Juan Carlos Alsogaray, “ El Hippie”, hijo del general Julio Alsogaray, ex comandante en jefe del Ejército; sobrino de Álvaro, ex ministro de Economía y patriarca del liberalismo nativo, y primo de María Julia. “ El Hippie” estudió Sociología en la Universidad Católica Argentina y en La Sorbona, en París, y es un buen ejemplo de la peronización de los hijos de numerosas familias de clase alta.

La voladura del Hércules fue el segundo de los golpes con los cuales los montoneros dieron un “ salto” en su actividad guerrillera a partir de agosto de 1975, con acciones dirigidas contra cada una de las Fuerzas Armadas. Primero atacaron a la Marina, el 22 de agosto, con la voladura de su joya más valiosa, la fragata “ Santísima Trinidad”, la primera provista de misiles, que había sido construida con ayuda británica como parte de un acuerdo por 350 millones de dólares.

A casi un año del retorno oficial a la lucha armada, Montoneros pasaba a colocar en la mira también a los militares. Hasta ese momento, se había concentrado en sus rivales dentro del peronismo: la “ burocracia sindical” y los políticos de derecha; los grupos parapoliciales, como la Triple A; la Policía y los empresarios, y había dejado a la guerrilla trotskista del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) los ataques contra las Fuerzas Armadas por al menos tres razones:

Los montoneros necesitaban tiempo para completar el retorno de sus militantes a la clandestinidad, para su “ retirada estratégica”, antes de lanzar una serie de “ ofensivas militares tácticas”. Ese repliegue fue dado por terminado en marzo de 1975. Era un modo de pensar y un lenguaje inspirados en la “ guerra prolongada” de Mao Tsé tung, el “ Gran Timonel” de la revolución china.

Todavía no se habían decidido a quemar los contactos que aún mantenían con algunos oficiales en actividad, en especial en el Ejército. Hacía menos de dos años que Montoneros había protagonizado con la cúpula que dirigía esa fuerza el Operativo Dorrego, de ayuda a damnificados por las inundaciones en Buenos Aires.

Había habido una tácita división de roles con el ERP, que se “especializó” en los ataques a cuarteles y en el foco rural con la instalación de un grupo guerrillero en los montes tucumanos a principios de marzo de 1974, en pleno gobierno de Juan Perón. Allí querían establecer una zona liberada del control del Estado para, por un lado, lograr reconocimiento internacional como fuerza beligerante y, por el otro, intensificar la formación de combatientes capaces de sobrellevar una guerra de larga duración. Montoneros sostenía que la lucha armada por la liberación nacional y la revolución socialista se definiría en las ciudades, pero en los últimos meses, luego de la muerte de Perón, había enviado pelotones a Tucumán para colaborar con el ERP y acumular experiencia: pensaba abrir su propio frente rural, probablemente en el interior del Chaco.

La cúpula de Montoneros había reforzado sus tendencias militaristas luego del “fracaso” del Partido Auténtico, su más serio intento de afirmarse como una fuerza política de masas, en su debut en las elecciones para gobernador y vice en Misiones, el 13 de abril de 1975: en alianza con un partido local de izquierda peronista, sumó 15.244 votos, el 10 por ciento del total; si bien perdió algunos votos, el peronismo oficialista retuvo la provincia con el 46 por ciento de los votos, a ocho puntos del radicalismo.

Las Fuerzas Armadas presionaron al gobierno y el 8 de septiembre de 1975 la presidenta Isabel Perón firmó un decreto que declaraba ilegal a Montoneros, como ya lo era el ERP: “Prohíbese el proselitismo, adoctrinamiento, difusión, requerimiento de ayuda para su sostenimiento y cualquier otra actividad que efectúe para lograr sus fines el grupo subversivo autodenominado ‘Montoneros’, ya sea que actúe bajo esa denominación o cualquier otra que la sustituya”, decía el artículo primero.

El Ejército era el núcleo del poder militar y por eso terminó siendo el blanco de la operación más osada: el ataque al Regimiento de Infantería de Monte 29, el 5 de octubre de 1975.

El objetivo principal de estas tres audaces acciones contra las Fuerzas Armadas (la voladura de la fragata *Santísima Trinidad*, el ataque contra el Hércules C-130 y Operación Primicia) fue demostrar a propios y extraños que la guerrilla peronista ya estaba en condiciones de crear su propia fuerza militar, como señaló en octubre de 1975 un documento titulado “ Hacia la construcción del Ejército Montonero”, que afirmó que “ el poder popular se obtiene, se mantiene y se acrecienta con el poder militar”, y detalló las tareas que se proponía realizar: “ Montoneros ya tiene una experiencia que le permite conducir acciones militares y paramilitares con la participación de sus cuadros y de miles de activistas del movimiento. Nos proponemos ahora dar un nuevo salto: la construcción del ejército popular, el Ejército Montonero, que supere todas las experiencias anteriores del peronismo. El desarrollo de estructuras permanentes de combate, la creación y el desarrollo de las milicias, la combinación del accionar militar y paramilitar en acciones masivas, la incorporación de nuevas armas producidas o recuperadas, el desarrollo de la logística con la participación del conjunto del Movimiento, el desarrollo de la retaguardia organizada políticamente, la realización de campañas militares son los pasos que hemos dado y el camino a recorrer en la construcción de nuestro ejército popular: el Ejército Montonero. Será el instrumento para la liberación nacional y la construcción de una patria justa, libre y soberana: la patria socialista”.

Ese documento permite comprender cómo los jefes montoneros analizaban lo que venía pasando desde el 25 de mayo de 1973, cuando la Argentina retornó a la democracia con la asunción como presidente del odontólogo peronista Héctor Cámpora, un aliado de los jóvenes revolucionarios: “ Nuestra concepción de guerra integral nos permitió combinar en cada etapa las formas armadas con las formas no armadas de lucha. Por ejemplo, en 1973 tomó más relevancia el accionar no armado. La expresión fundamental del poder popular el 25 de mayo fue la movilización de masas. La falta de desarrollo de nuestra capacidad militar en ese momento impidió que durante el ‘equilibrio estratégico’ avanzáramos hacia el aniquilamiento del enemigo. Luego de la muerte del General Perón (el 1° de julio de 1974; Cámpora había sido forzado por Perón a renunciar el 13 de julio de 1973), y ante la evidencia de que los objetivos revolucionarios del peronismo eran traicionados por la conducción del Movimiento y del gobierno, decidimos

pasar a la resistencia para resguardar nuestras fuerzas y preparar la contraofensiva”.

En el caso específico de Operación Primicia, la guerrilla peronista quiso concretar “ la acción militar más importante realizada en nuestra patria para lograr su definitiva Liberación Nacional y Social”, como destacó el primer párrafo de su Parte de Guerra. Fue una muestra de la creciente capacidad militar de Montoneros y un hecho que buscaba provocar una fuerte conmoción pública, que tuvo un triple objetivo declarado:

“ Recuperar armamento”, unos doscientos fusiles para el naciente Ejército Montonero.

Marcar el comienzo de la creación de “ un Ejército regular que, junto al accionar militar y paramilitar que ya se ha efectuado y que se seguirá haciendo, perfilan ya claramente las sólidas bases de un Ejército que, nutriéndose del pueblo, se irá desarrollando progresivamente como una de las fuerzas decisivas que permitirán la toma del poder del Pueblo en la Patria”.

Humillar al Ejército, mojarle la oreja, y revelar la vulnerabilidad del poder militar con la toma de un cuartel ubicado a casi 1.200

kilómetros de Buenos Aires, en una provincia periférica y limítrofe, mostrando que “ no hay lugar del país, ni siquiera sus cuarteles más alejados, donde las fuerzas militares de la reacción al servicio del imperialismo y la oligarquía puedan sentirse seguras”.

Montoneros apuntaba también a un cuarto objetivo: provocar una reacción militar. Es lo que sostiene Rodolfo Pandolfi, que en aquel momento era periodista estrella del semanario *El Economista*; antes, había trabajado en las revistas *Panorama* y *Primera Plana* y en el diario *La Opinión*; luego, en la dictadura, tuvo que exiliarse en Uruguay.

—Muerto Perón, el Ejército iba hacia el poder. La tendencia originaria en el Ejército era convertirse en el poder detrás del trono, como sucedía con el presidente Juan María Bordaberry en Uruguay. Ésa era la tendencia general aunque había gente que se oponía, que no quería saber nada con volver a

intervenir en política. Pero el hambre viene comiendo: aquel consenso original se va modificando. Los militares veían que igualmente estaban pagando el costo a través del ataque a las unidades militares, como en Azul o en Formosa, o de atentados individuales. El Ejército estaba siendo agredido con los más diversos pretextos, como sucedía también en otros países de la región. Era una acción deliberada de la guerrilla. Un periodista de *La Opinión* me lo decía bien claro: “ Hay que fascistizar al Ejército”, hay que provocar una reacción antidemocrática en el Ejército; eso era muy obvio porque ellos empezaron a matar a militares.

Este colega participaba de un grupo armado; ya está muerto y no lo voy a identificar.

El sindicalista Andrés Castillo destaca ese cuarto objetivo. Castillo era uno de los jefes en la Capital Federal de la Juventud Trabajadora Peronista, una agrupación lanzada por Montoneros para disputar la conducción de los gremios y de la Confederación General del Trabajo a los gremialistas ortodoxos.

—Fue una operación para provocar una reacción, eso es evidente. Lo de Formosa no se explica por las armas que iban a tomar porque eso mismo podía haberse hecho de otra manera, menos arriesgada, en un lugar más cercano. Lo de la Marina, la voladura de la fragata *Santísima Trinidad*, fue distinto porque allí no hubo víctimas. Formosa fue un hecho espectacular para humillar al Ejército y provocar una reacción. Creo que fue una locura, que era evidente que si intentaban tomar el cuartel desde afuera habría tiroteos con los conscriptos.

También el embajador de los Estados Unidos en la Argentina, Robert Hill, pensaba que Montoneros quiso desencadenar una reacción: “ Claramente, su objetivo es provocar a los militares para que tomen el poder, lo cual los terroristas creen que podría generar condiciones en las cuales ellos podrían ganar respaldo popular y eventualmente, tal vez, desplazar al gobierno”, evaluó el diplomático en el cable confidencial número 6675, enviado a su gobierno el 6 de octubre de 1975. “ Sin embargo, los militares saben bien en qué andan los terroristas, y es improbable que cometan actos irracionales como resultado del ataque de Formosa. En cambio, podrían presionar por el fortalecimiento y la rápida aprobación del propuesto Consejo de Defensa”,

agregó Hill, quien calificó a Operación Primicia como “ el primer gran asalto de Montoneros contra los militares y el mayor operativo de este tipo que cualquier grupo extremista haya llevado a cabo contra el gobierno”.

¿Cuál era la capacidad de fuego de Montoneros en los últimos meses de 1975, en el año cumbre del poderío militar de la guerrilla peronista? De acuerdo con Perdía, los oficiales eran 2.300, aproximadamente, y, si se sumaba a los aspirantes a oficiales, el número crecía a 12 mil. Este aparato podía movilizar un número diez veces superior de simpatizantes o adherentes: “ Había unas 120 mil personas más o menos organizadas que adherían”, sostiene. Otras fuentes coinciden en que la capacidad de fuego de Montoneros era notable, y sus cifras van de un mínimo de 5 mil oficiales y aspirantes o milicianos a más de 10 mil.

En 1975, Montoneros demostró a los escépticos que una guerrilla urbana era posible, ocupó el centro de la vida política y alteró el flujo de la vida cotidiana.

En total, durante ese año la guerrilla peronista realizó unas quinientas operaciones de muy distinta importancia y le provocó setenta y cinco bajas a la Policía, a la que rebasaba a su antojo en varias ciudades, según el politólogo británico Richard Gillespie.

Esos números reforzaban el optimismo de los montoneros y ayudaban a despejar las dudas que provocaba una opción tan radical como la vuelta a las armas. “ Uno pensaba que con esa fuerza, si le metíamos pata, le íbamos a ganar al Ejército. Porque, además, había cosas que Montoneros desarrolló que eran muy importantes, como el material de guerra que se fabricaba. Por ejemplo, una granada que era un espectáculo y que la terminaron vendiendo en Cuba; después, se fabricó un fusil que disparaba una granada que rompía los tanques. Había varias fábricas; en una época, hubo una en el Chaco”, recuerda el formoseño Rafael María Menéndez.

Los montoneros se veían en una guerra, que, “ como toda guerra, se rige por un principio básico y elemental: proteger las propias fuerzas y aniquilar las del enemigo”, también tomado del manual de Mao. “ ¿Qué medios necesitamos para desarrollar la guerra?”, se preguntaban en el número 7 de la revista *Evita Montonera*, de septiembre de 1975. La respuesta: “

Necesitamos armas, necesitamos propaganda, necesitamos vehículos, necesitamos casas, necesitamos locales, necesitamos talleres, necesitamos sanidad, necesitamos comunicaciones, necesitamos informaciones...”

Montoneros abarcaba todo el país, que había sido dividido en ocho regionales: Buenos Aires; Rosario, Santa Fe y Paraná; Nordeste; Noroeste; Cuyo; Córdoba; Patagonia, y La Plata y Mar del Plata. Cada una de esas regionales estaba encabezada por un oficial superior, que era el rango máximo en la jerarquía de la organización, ya que todavía no existía el cargo de comandante.

A su vez, cada regional estaba formada por columnas, que, por lo general, dependían de un oficial mayor, el segundo rango en el escalafón de la “Orga”, y a la cual se subordinaban diversos ámbitos, áreas o “ frentes”: Militar, Logística, Prensa, Estudiantil, Barrial y Sindical, entre otros.

Había una estructura vertical, tipo militar, entre los miembros de Montoneros: en la base estaban los adherentes o simpatizantes de la causa; luego, venían los aspirantes o milicianos (suboficiales), que pasaban a revistar en la Unidad Básica de Aspirantes (UBA); después, cuando estaban bien adoctrinados y ya habían participado en acciones armadas, entraban a la jerarquía de oficiales y a la Unidad Básica de Combate (UBC): oficial raso, oficial segundo, oficial primero, oficial mayor y oficial superior.

La Conducción Nacional (CN o “ Carolina Natalia” en la jerga interna) era el principal organismo ejecutivo de Montoneros: tenía ocho miembros, pero en marzo de 1974 se los redujo a tres para lograr una mayor eficacia y centralización. Debía poner en práctica las grandes líneas de acción decididas por el Consejo Nacional, formado por dieciséis oficiales superiores: los ocho de la CN y los jefes de las ocho regionales.

Luego del ataque al cuartel de Formosa, los montoneros explicaron en un comunicado por qué hacía tiempo que no tenían ningún tipo de expectativas en el gobierno de Isabel Perón. La guerrilla peronista acusó a “ la Martínez” de “ traicionar” el mandato popular expresado en las elecciones del 11 de marzo de 1973, que había consagrado a Cámpora como presidente porque Perón seguía en el exilio en Madrid y no pudo presentarse como candidato. “ El gobierno de la Martínez es claramente pro patronal y, para sostenerse,

tiene que dar todos los días una cuota más de poder a los militares, avalando su represión”, agregó.

En ese comunicado, Montoneros explicó que había atacado a los militares porque “ellos son los que luego de la muerte del general Perón tienen nuevamente la manija y como siempre, como cuando con Aramburu y Rojas derrocaron a nuestro gobierno en el 55, como en la época del Conintes (un plan de represión militar a huelgas y ocupaciones de fábricas en la gestión de Arturo Frondizi), como durante la dictadura de Onganía y Lanusse, su objetivo es la defensa de los intereses del imperialismo, de las patronales explotadoras, de la oligarquía”.

En esa guerra, Montoneros se veía como la vanguardia política y militar de la clase trabajadora y, por extensión, del pueblo, enfrentada a un “enemigo” del que también formaban parte la CGT, esa “cueva de burócratas traidores”, y “viejos gorilas como (Ricardo) Balbín”, el líder del radicalismo.

El concepto clave para explicar esa línea política era el de “vanguardia de la clase trabajadora”, tomado de Vladimir Lenin, que funcionó como un salvoconducto para tomar decisiones y realizar acciones en nombre del proletariado y del pueblo, y que Montoneros asumió en forma explícita entre abril y noviembre de 1973.

Fue allí cuando se reivindicó como una Organización Político Militar (OPM) que portaba la ideología correcta, el socialismo, y conducía a la clase obrera, el sector más esclarecido del pueblo, en una lucha integral contra el *establishment* que habría de conducir en forma inexorable a la revolución socialista.

Ése no era el rol que Perón les había reservado a sus “muchachos” en los múltiples mensajes con los que legitimó su lucha contra la dictadura de Juan Carlos Onganía y Alejandro Lanusse: el General los consideraba su brazo armado, sus “formaciones especiales” para obligar a los militares a volver a los cuarteles y permitir su retorno al país y al poder. Una vez logrado ese objetivo, entendía que debían desarmarse y reinsertarse en la política clásica, bajo su liderazgo.

Así se los dijo Perón en diversas oportunidades, incluso en la carta del 23 de febrero de 1972, cuando les dedicó un calificativo que quedaría en la historia: “juventud maravillosa”. En aquel momento, esas diferencias entre Perón y los montoneros quedaron disimuladas por la urgencia común de acabar con la dictadura y volver al poder. Salieron a la luz en forma dramática luego del triunfo electoral del 11 de marzo de 1973, como explicó Mario Firmenich ya en noviembre de aquel año, durante una charla en la Ciudad Universitaria de la Universidad de Buenos Aires: “La ideología de Perón es contradictoria con nuestra ideología porque nosotros somos socialistas; es decir, para nosotros la Comunidad Organizada, la alianza de clases, es un proceso de transición al socialismo, el cual entendemos, por el análisis de la realidad, que es obligado; es decir, no hay forma de frenarlo”.

A partir de esa “contradicción” principal surgían muchas otras, explicó Firmenich: entre ellas, que “nosotros somos partidarios de construir las milicias, Perón no. La única acumulación de poder válida es la del poder militar, en última instancia; es decir, es el poder decisorio para conquistar los poderes político y económico. Y la acumulación de poder militar es el poder militar del pueblo, el Ejército del Pueblo”.

Montoneros podría haber elegido un camino distinto: había sido el protagonista principal de la vuelta del país a la democracia y del retorno del peronismo al gobierno, en 1973, y podría haber dejado las armas para constituirse en el ala progresista de un movimiento político más amplio al que en un tiempo no muy lejano podría haber conducido. Tenía tiempo, fuerza, ideales, mártires, seguidores y hasta el aval de Perón.

Pero Montoneros prefirió el fusil a la política, como quedó en evidencia en Formosa.

Capítulo 13

NORDESTE EN ARMAS

Íbamos a almorzar con “El Negro” Quieto y otro compañero más. Dejamos la camioneta y cuando llego a la plaza, veo que había movimientos raros; entonces, no nos acercamos al bar sino que seguimos caminando y le digo a Carlos Kunkel: “Rajemos ahora”, y salimos corriendo porque el objetivo central era alejarnos para que la gente de la Conducción Nacional no fuera afectada. Rajamos unas cuantas cuadras, pero había como sesenta policías; nos empezaron a tirar y nos entregamos. Nosotros estábamos desarmados.

José Estigarribia sobre cómo fue capturado con Kunkel a *principios de septiembre de 1975 en Corrientes.*

El santafesino Raúl Yaguer tenía 31 años cuando planificó y dirigió Operación Primicia. Conocía bien el “ teatro de operaciones” porque entre 1972 y 1973

había fundado la Regional Nordeste de Montoneros, cuyo centro era Resistencia.

Allí estudiaba Ciencias Económicas el paraguayo José Estigarribia, aunque, como tantos jóvenes de su generación, había sido ganado por la militancia: primero en el cristianismo progresista, luego en la Juventud Peronista y finalmente en Montoneros, mientras trabajaba como periodista.

—Yaguer era uno de esos “ cuadros” que imponía respeto por su capacidad y su humildad. Nos movíamos en niveles totalmente distintos: él, continuamente clandestino; yo, siempre político. Como jefe, siempre iba al frente y era el último en retirarse, luego de garantizar que todos estuvieran en resguardo. Además, lo vi compartir con su compañera todas las tareas hogareñas y el cuidado y la atención de sus hijos, logrando una relación igualitaria en la pareja.

Para el periodista Jorge Lewinger, Yaguer era un excelente cuadro militar pero “ no era un militarista. Durante la dictadura, era el que más puteaba

por el uso de uniformes en el exterior; decía que era para tratar de ser reconocidos como fuerza beligerante, pero no más que eso”.

Dante Oberlín, un sindicalista santafesino de los gráficos que provenía del catolicismo progresista, tiene una opinión distinta de Yaguer, a quien conoció en la ciudad de Santa Fe en la segunda mitad de los sesenta.

—Con mi hermano René, también sindicalista, de los empleados de seguros, teníamos una relación muy fluida con “ El Gringo” Yaguer y otros estudiantes de la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral, como Jorge Obeid (que a principios de 1974 dejaría Montoneros para fundar la Juventud Peronista Lealtad y luego sería dos veces diputado y gobernador de Santa Fe), Ricardo René Haidar, Roberto Pirles, Fernando Vaca Narvaja (cordobés, egresado del Liceo Militar General Paz, uno de los tres ex comandantes montoneros que sobrevivieron a la dictadura, junto con Mario Firmenich y Roberto Perdía), Osvaldo Cambiaso, Carlos Legaz y Fred Mario Ernst. Yaguer era hermético, un duro que casi no hablaba, un militarista. En aquel momento, no le presté mucha atención porque me parecía que había compañeros mucho más lúcidos, como Ernst.

Es que, según quienes lo conocieron, Ernst era un puntano con luz propia, que ejercía una fuerte influencia sobre sus pares desde su puesto de presidente del Ateneo Santa Fe, una agrupación estudiantil cobijada por los sacerdotes progresistas de la Iglesia Católica que había girado progresivamente hacia un nacionalismo revolucionario identificado con el peronismo.

El Ateneo Santa Fe es relevante porque sus miembros serían uno de los núcleos fundadores de Montoneros, junto con grupos que, en simultáneo, se iban formando en Córdoba, Reconquista, Buenos Aires y Capital Federal.

Los estudiantes de Ingeniería Química lideraron el giro revolucionario en Santa Fe, que fue rebasando los claustros y se extendió primero a la militancia en barrios y sindicatos y luego, a la creación de un aparato clandestino para realizar actividades armadas, que comenzaron en 1969 con la fabricación y detonación de bombas, tareas en las cuales los muchachos

de Ingeniería Química mostraban una comprensible habilidad, y el robo de armas a policías.

En simultáneo, los jóvenes del Ateneo Santa Fe fueron creando una red de relaciones por fuera de la provincia, que abarcaba al núcleo de la revista *Cristianismo y Revolución*, de Juan García Elorrio; a estudiantes universitarios de Córdoba; a militantes del norte de la provincia de Santa Fe, con base en Reconquista, organizados alrededor del padre Rafael Yacuzzi y entre los cuales estaba el joven abogado Perdía, y a un grupo de Resistencia liderado por otro sacerdote, Rubén Dri.

Los guerrilleros acostumbraban bautizar sus grupos de combate con el nombre de compañeros que habían perdido la vida de una manera que juzgaban digna de imitar. Precisamente, los trece pelotones que protagonizaron Operación Primicia integraron la Sección de Combate “Fred Mario Ernst”, que acababa de morir en un tiroteo.

También Aníbal Ponti conoció a Yaguer en Resistencia, donde vive desde que salió de la cárcel, en 1983. Ponti, que tiene una zapatería y administra un campo heredado, recuerda que Yaguer llegó al Chaco en 1972.

—Yaguer le da su sello personal a la regional: los del Ateneo Santa Fe eran todos parecidos, con una fuerte influencia del cristianismo, y él traslada ese parecido al Chaco y al nordeste. Al principio, la hipótesis era que esta regional fuera una zona logística y de retaguardia, y aquí vinieron compañeros que escapaban de la Policía de Córdoba o Santa Fe. Cuando llegó Yaguer, ya había un grupo protomontonero, con compañeros como Jaime Dri, luego diputado provincial; también existían la Juventud Peronista y el movimiento universitario, donde se estaba dando el pasaje del nacionalismo católico al nacionalismo revolucionario. Estaban, además, los curas del Movimiento para el Tercer Mundo y las Ligas Agrarias.

Era lo que sucedía en otros lugares del país, una confluencia revolucionaria de varios sectores, que en el Chaco se concentraba en los sacerdotes progresistas, los estudiantes universitarios, los pequeños productores agrícolas y algunos sindicatos como los docentes, los empleados públicos y los peones de campo.

Esta efervescencia estaba relacionada con el perfil social de la provincia, caracterizado por una pobreza estructural derivada de una economía poco diversificada, concentrada en la producción del algodón y en la explotación de los bosques de quebracho, aunque también había zonas dedicadas a la agricultura y a la ganadería.

Desde Suecia, donde vive desde que salió de la cárcel, en 1981, “Yusé”

Estigarribia sostiene que el Chaco “jugó un papel modelador” en el desarrollo de Montoneros en el nordeste y que, cuando Yaguer llegó, “ya habíamos hecho bastante camino en la militancia universitaria y política, influenciados por todo un marco internacional —la revolución cubana, el Che en Bolivia, el Mayo francés, las protestas contra la guerra de Vietnam, etcétera— que posibilitaba la aparición de corrientes progresistas. Fue una explosión popular a todos los niveles. Nosotros fuimos buenos lectores de esa realidad, que clamaba cambios profundos, y crecimos como el perejil, a niveles inenarrables e incalculables. Y, de paso, nos convertimos en la ‘juventud maravillosa’ de Perón. Apelando a mi memoria, creo que más del cincuenta por ciento de la gente veía como justo el accionar de la guerrilla”.

Ponti agrega que “Yaguer se instala en el interior del Chaco, en Roque Sáenz Peña, y asume la jefatura de la regional hasta 1973, cuando pasa a la Conducción Nacional. Lo reemplaza Fernando Vaca Narvaja. Eran muy distintos: Yaguer era sencillo, metódico, muy respetuoso; una persona extraordinaria que jamás levantaba la voz. Vaca Narvaja permanece hasta septiembre de 1974. Luego, viene Juan Francisco Beláustegui, que era bastante mayor que nosotros; tenía unos 40 años, un viejo para nosotros. Un estilo similar al de Yaguer: decía siempre que el dirigente tenía que estar a la cabeza de los dirigidos; yo lo apreciaba mucho”.

“Para mí, Beláustegui siempre fue ‘Pata Loca’; era la oveja negra de una familia oligarca”, recuerda Lewinger. Y agrega: “Tenía mucha ironía y un sentido muy crítico. Una vez, algunos compañeros le presentaron a Julio Roqué, de la Conducción Nacional, una queja sobre el criticismo de ‘Pata Loca’. Roqué les preguntó si eso tenía consecuencias negativas; por ejemplo, si paralizaba las acciones, o si, por el contrario, era un incentivo para mejorar. ‘No, no es paralizante’, le contestaron. ‘Entonces, no hay ningún problema’, fue la respuesta de Roqué”.

Ponti recuerda la perplejidad con la que recibieron en esa regional la decisión de la cúpula de Montoneros de volver a la clandestinidad, “ a la resistencia popular”, el 6 de septiembre de 1974, apenas dos meses después de la muerte del general Juan Perón y del comienzo del gobierno de su sucesora, su última esposa, Isabel, con su secretario privado y ministro de Bienestar Social, José López Rega, como hombre fuerte y promotor de los escuadrones de la muerte de la Triple A.

—La decisión fue comunicada en simultáneo en Buenos Aires y en todo el país. En el anuncio en Resistencia estuvimos Vaca Narvaja; Guillermo Amarilla, como delegado regional de la Juventud Peronista, y yo, como delegado provincial de la Juventud Peronista. Terminamos la conferencia de prensa, nos miramos y nos preguntamos: “ Y ahora, ¿adónde vamos?” Guillermo contestó: “ Nos vamos a casa”. Y nos cagamos de risa porque no sabíamos qué hacer. Yo coincidía en esa decisión en aquel tiempo, pero luego me di cuenta de que fue un error.

En Buenos Aires, el líder máximo de Montoneros, Mario Firmenich, leyó un comunicado a la prensa que prometía “ volcar todas las fuerzas para encabezar la resistencia popular contra la ofensiva imperialista y oligárquica que ha copado posiciones en el Gobierno; reasumir las formas armadas de lucha para la guerra popular integral, y organizar las milicias peronistas que imaginara Evita”.

La creación de un auténtico Ejército Montonero exigía soldados, armas y recursos económicos abundantes. El problema del dinero fue resuelto bastante rápidamente: el 19 de septiembre de 1974, la guerrilla peronista secuestró a los hermanos Juan y Jorge Born, gerente y director general de Bunge y Born, el principal grupo económico del país. El rescate ascendió a 60 millones de dólares, un récord a nivel mundial, que equivalía a la tercera parte del presupuesto nacional de Defensa para todo 1975.

Sin embargo, las negociaciones para el pago de ese rescate fueron largas y difíciles, y recién culminaron el 20 de junio de 1975, con una conferencia de prensa conjunta de Firmenich y Jorge Born en una casa de fiestas del norte del Gran Buenos Aires. Y la Regional Nordeste, ya con Beláustegui al mando, contribuyó a los “ aprietes” de la cúpula de Montoneros a la transnacional argentina, como relata Ponti.

—Se toma la planta de acopio y desmote de algodón del grupo en Roque Sáenz Peña, una orden que vino de la Conducción Nacional en un marco de apriete generalizado para que paguen el rescate. Teníamos un desarrollo muy importante en el interior del Chaco y se discutía la tesis de la guerrilla semirrural, pero no alcanzamos a implementarla: combinamos actividades de paro agrario con operaciones militares; con eso desatamos un nivel de conflictividad muy grande y no tardaron mucho tiempo en detectarnos y en apresarnos. Fuimos más allá de nuestras posibilidades. Igual, duramos un año.

Como en el resto del país, también en el Chaco surgían dudas sobre si habían hecho bien en volver a la clandestinidad. Por un lado, esa decisión dejaba muy expuestos a los militantes conocidos, que se convertían en víctimas más fáciles de la Triple A y de otros escuadrones de la muerte. Por el otro, al considerar “ agotadas todas las formas legales de continuar la lucha”, Montoneros abandonaba las instituciones de la democracia, como el Congreso; vaciaba sus agrupaciones políticas, como la Juventud Universitaria Peronista, y se concentraba en su aparato militar favoreciendo tendencias que le resultarían fatales, como el militarismo, el sectarismo y el aislamiento.

Para Jorge Belzor Miño, un médico psiquiatra chaqueño que estuvo preso entre 1976 y 1982, luego fue tres veces concejal y dos veces diputado provincial y ahora es director sanitario en El Impenetrable, “ la primera gran diferencia de un grupo de compañeros con la Conducción Nacional fue el pase a la clandestinidad, porque pensábamos que la lucha debía ser política y no armada.

Desde el pase a la clandestinidad, se suceden decisiones equivocadas de Montoneros. Yo pienso, particularmente, que en ese momento la Conducción Nacional ya estaba infiltrada por el Batallón 601 de Inteligencia del Ejército”.

Sin embargo, otros montoneros sostienen que el error fue anterior y consistió en la disputa por el liderazgo con el propio Perón, que se manifestó en la ruptura durante el acto por el Día del Trabajo el 1° de mayo de 1974, cuando los montoneros se retiraron de la Plaza de Mayo mientras Perón los criticaba desde el balcón de la Casa Rosada. Para Estigarribia, “

ese día nosotros rompimos el frente nacional que tanto habíamos ayudado a reconstruir cuando la clase media se hizo peronista, y debilitamos a Perón frente a la burguesía. A partir de allí se suceden los errores, hasta terminar abroquelados en el aparato militar, aislados del pueblo”.

Estigarribia sostiene que, en realidad, “ las cosas ya venían mal paridas. Creo que el gran error inicial fue el atentado y muerte de José Rucci; con ese operativo, certificamos la ruptura del frente interno”, en alusión a Operación Traviata, la emboscada contra el secretario general de la Confederación General del Trabajo, el 25 de septiembre de 1973.

—Como dato anecdótico, y dado que por ahí lo incluyen, en algunas notas, al “ Pelado” Perdía y en honor a la verdad, ese mismo día de septiembre cuando se consumó el hecho, el “ Pelado” estaba reunido conmigo en Resistencia. A mediodía, quiso escuchar el noticiero; lo hicimos con los compañeros que participaban de la reunión. Allí escuchamos la noticia. Quedó unos segundos callado y meditabundo; luego dijo: “ Fuimos nosotros”. Yo era el único de nivel político en la citada reunión. No bien escuché la aseveración, pregunté: “ ¿Y por qué?” Me surgió espontáneamente; tenía en mente toda la problemática que esto ocasionaría en el trabajo político, de alianzas, que, precisamente, era yo quien se encargaba de vertebrar. Argumentó algunas cosas y terminó aclarando que no nos íbamos a hacer cargo del operativo.

La cúpula de Montoneros nunca asumió la autoría de ese atentado. Mientras el autor investigaba para escribir su libro anterior, *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci?*, le preguntó a Perdía sobre las distintas versiones que lo vinculaban a ese hecho. Él negó todo de manera muy enfática.

—Eso no es verdad. Tampoco es verdad que la Conducción Nacional tomó la decisión en el caso Rucci ni que conocía esa operación. Pero esa operación no estaba fuera de contexto; no estaba fuera de nuestras líneas de acción, que incluían la lucha contra la burocracia sindical. Yo no descarto que haya participado gente de la estructura de nuestra organización militar. Tampoco lo afirmo. Lo que sí digo es que fue uno de los dos hechos que nos perjudicaron gravemente. Lo de Rucci hay que tomarlo junto con la confrontación con Perón, que no supimos evitar. Es parte de lo mismo. Hemos sido los principales perjudicados. Hay que tener en cuenta qué se

estaba peleando y los motivos. Por un lado, estaban los montoneros y la izquierda peronista; por el otro, Rucci y los sindicatos, también Lorenzo Miguel. El hecho Rucci corre la línea, altera la balanza, define la pulseada.

Beláustegui era el jefe de la regional cuando Montoneros lanzó el ataque contra el cuartel de Formosa. Nunca estuvo de acuerdo con esa decisión pero debió colaborar porque se trataba de una organización en la que primaba el “centralismo democrático” de los grupos revolucionarios: la medida que, luego de una discusión, era aprobada por la mayoría debía ser acatada sin chistar por todos los miembros.

Si en el Chaco Montoneros había alcanzado un desarrollo importante, en Formosa nunca concretó una acción militar y tenía sólo dos oficiales según uno de ellos, Rafael Menéndez.

—Beláustegui era un tipo extraordinario, muy agradable. Fue el único que estuvo en desacuerdo cuando se hizo la reunión nacional donde se decidió tomar el cuartel. El único de los doce tipos que participaron, en Buenos Aires, de ese encuentro que dijo: “Yo no estoy de acuerdo”. Le parecía un gran error, una barbaridad. Pero tuvo que participar igual, por supuesto, porque ahí bajaban las manos y tenían que participar todos. Toda la gente vino de afuera: en Formosa, Montoneros tenía sólo dos oficiales y los dos ya estábamos presos para esa fecha.

Otro nombre fuerte en aquel momento en la Regional Nordeste era el de Carlos Miguel Kunkel, actual diputado y operador de máxima confianza de Néstor y Cristina Kirchner, el matrimonio que domina la política argentina desde mediados de 2003. Kunkel los conoce desde principios de los setenta, cuando fue “responsable” o jefe político de Néstor Kirchner en La Plata, mientras el ex presidente estudiaba Abogacía y militaba en la Juventud Peronista.

El 11 de marzo de 1973, en las elecciones que ganó el peronismo, Kunkel fue elegido diputado nacional por la provincia de Buenos Aires, y menos de un año después, el 24 de enero de 1974, renunció junto a otros siete legisladores oficialistas, descontentos con el proyecto de ley enviado por el presidente Juan Perón al Congreso, que reformaba el Código Penal para

endurecer la represión contra la guerrilla: incluía cambios en la figura de la asociación ilícita y mayores penas contra la tenencia de armas de guerra.

Veinticuatro horas después de renunciar a sus bancas, el 25 de enero de 1974, el mismo día en que el Congreso sancionó la reforma al Código Penal que exigía Perón, Kunkel y los siete rebeldes fueron expulsados del Movimiento por el Consejo Superior Peronista.

Casi de inmediato, la cúpula de Montoneros trasladó a Kunkel a la Regional Nordeste, donde, según la fuente que se consulte, se encargó de las iniciativas políticas de la guerrilla peronista, como el Partido Auténtico, que había alcanzado un buen desarrollo en esa zona, o bien, de las relaciones entre la estructura política y el aparato militar de Montoneros. Todos coinciden sí en que ocupaba un lugar importante en la organización.

Kunkel se negó a ser entrevistado para aclarar ésa y otras dudas; por ejemplo, si participó en algún momento y de alguna manera en el ataque al cuartel de Formosa, como afirman varios sitios en Internet.

En Formosa, Menéndez asegura que Kunkel no participó en el ataque al cuartel porque “ en esa época estaba preso junto conmigo, en Resistencia.

Kunkel estaba más en la conducción del Partido Auténtico; tenía las tareas del partido, ésa era su labor. ¿Sabe con quién cayó? Con ‘Yusé’ Estigarribia. Los dos trabajaban en el Partido Auténtico”.

Desde Suecia, Estigarribia cuenta que fue apresado junto con Kunkel en septiembre de 1975, en Corrientes.

—A mediados de 1975, la Policía pide mi captura; esto obliga a mi pase a la clandestinidad. Me mantuve un tiempo en Resistencia; luego, empezó a recalentarse mi seguridad y se decide mi traslado a Corrientes, donde ya estaba Carlos Kunkel, que había sido movido a esa provincia especialmente por su seguridad y buscando apuntalar la faz política. Con Kunkel nos conocíamos desde hacía mucho tiempo y éramos muy amigos.

Según Estigarribia, la detención “ fue una gilada” porque con Kunkel utilizaron una camioneta robada, que estaba siendo seguida por la Policía,

para ir a una reunión en un bar con Roberto “ El Negro” Quieto, el número tres de la Conducción Nacional, de visita en Corrientes.

—Íbamos a almorzar con “ El Negro” Quieto y otro compañero más.

Teníamos que hablar sobre un par de cosas. Dejamos la camioneta y cuando llego a la plaza, veo que había movimientos raros; entonces, no nos acercamos al bar sino que seguimos caminando un poco y le digo a Kunkel: “ Rajemos ahora”, y salimos corriendo porque el objetivo central era alejarnos para que la gente de la Conducción Nacional no fuera afectada. Rajamos unas cuantas cuadras, pero había como sesenta policías, por todos lados; nos empezaron a tirar y nos entregamos. Nosotros estábamos desarmados.

Mientras estuvieron detenidos en Corrientes, Estigarribia y Kunkel fueron protegidos por el gobernador, el peronista ortodoxo Julio Romero, pero luego fueron trasladados al Chaco.

—Ahí, ya fue otra película. A mí me dan como en la guerra, más que para sacarme cosas porque había bronca contra mí.

Estigarribia dice que se enteró del ataque al cuartel de Formosa estando preso en una comisaría del Chaco, junto con Kunkel: “ Me agarré un cagazo de la san puta. No sabíamos qué mierda pasaba”.

Luego de Operación Primicia, Yaguer siguió siendo un peso pesado en la cúpula de Montoneros hasta que murió, el 30 de abril de 1983, durante un tiroteo con la Policía sobre la ruta nacional 9, a diez kilómetros de la ciudad de Córdoba, mientras se desplazaba en un Renault 6 colorado. Los montoneros ya habían abandonado la lucha armada, en 1980, luego de una “ contraofensiva popular” que pretendió derribar a la dictadura y resultó un desastre, y buscaban reciclarse en la política dentro de Intransigencia y Movilización Peronista, una corriente liderada por el caudillo catamarqueño Vicente Saadi.

Yaguer había sido el “ jefe táctico” de la Contraofensiva y regresó a la Argentina para dirigir las operaciones en el lugar de los hechos. En aquel momento, con el rango de comandante, era el tercer hombre de la

Conducción Nacional de Montoneros, detrás de Mario Firmenich y Roberto Perdía; tenía el cargo de secretario Militar y, como tal, era el jefe del Ejército Montonero.

En concreto, Yaguer dirigió las Tropas Especiales de Infantería (TEI), que en el segundo semestre de 1979 atentaron contra los secretarios Guillermo Walter Klein y Juan Alemann, los principales colaboradores del ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, y mataron al empresario Francisco Soldati, en Arenales y 9 de Julio, cerca del Obelisco.

Los ataques no salieron como habían sido planeados: Klein y Alemann sobrevivieron; Soldati fue muerto, junto a su chofer y custodia, el cabo Ricardo Durán, pero los montoneros tuvieron cinco bajas durante la emboscada, que Yaguer siguió desde una ventana del hotel Embajador, donde estaba hospedado.

“ Los cursos Pitman no van...”, soltó, cáustico, atribuyendo los errores a las presuntas deficiencias en el entrenamiento militar intensivo que sus combatientes habían tenido en El Líbano.

Más importante que eso fue que estos atentados contra el equipo económico del gobierno militar y las tareas de agitación popular desplegadas por los activistas montoneros no derivaron en la masiva movilización de los trabajadores contra la dictadura que esperaba la cúpula montonera. El régimen mostraba ya signos de deterioro, pero eso no pudo ser aprovechado por Montoneros, que una vez más leyó la realidad de una manera equivocada.

Firmenich y sus compañeros hasta habían comprado una casa en Puerta de Hierro, el barrio donde Juan Perón vivió su exilio madrileño; allí, esperaron en vano la ola de fervor popular que los hiciera regresar, triunfantes, a la Argentina.

Volvieron de otro modo. Yaguer retornó en forma clandestina y se instaló en Córdoba, desde donde fue el “ responsable” de la reorganización de Montoneros en el centro y el noroeste. Ponti recuerda que lo vio un mes antes de que lo mataran, “ cuando yo estaba en Quimili, Santiago del Estero, mi pueblo natal, visitando a mi familia”.

—Cuando supo que yo había salido en libertad, se comunicó conmigo porque estaba por la zona y me dijo que quería verme. Yo temía por su seguridad, pero no lo pude parar. Nos encontramos a cien kilómetros del pueblo. No lo veía desde 1973, pero fue como si nos hubiéramos dejado de ver ayer. Quería que lo acompañara en la reorganización de Montoneros en el norte, pero le dije: ‘Quedate tranquilo que no estoy quebrado, pero yo me vuelvo al Chaco’. Él venía solo en una camioneta, manejando. Pero otro compañero lo cuidaba, con otro auto que iba adelante. La intención de la Conducción Nacional era rescatar a todos los que iban saliendo en libertad. Y él pidió volver a la Argentina para hacer ese trabajo, personalmente.

Capítulo 14

QUE CAIGA LA MARTÍNE

Desde octubre de 1975, bajo el gobierno de Isabel Perón, nosotros sabíamos que se gestaba un golpe militar para marzo del año siguiente. No tratamos de impedirlo porque al fin y al cabo formaba parte de la lucha interna del movimiento peronista.

Mario Firmenich en una entrevista

con Gabriel García Márquez en 1977.

El ataque al regimiento de Formosa ayudó al “objetivo político principal” de Montoneros, que era “el deterioro del gobierno de Isabel Martínez”, que, con su giro a la derecha, había “traicionado” las banderas del peronismo y era visto como un velo, un obstáculo, para que el pueblo respaldara a la guerrilla en su lucha por la patria socialista.

Aunque hubo discusiones internas, para la fecha de Operación Primicia la cúpula de Montoneros, o al menos la mayoría de sus miembros, estaba convencida de que habría golpe militar en marzo de 1976, y no hizo nada para evitarlo porque lo consideraba una cuestión ajena, un conflicto entre sectores ubicados en el campo enemigo.

Más bien, el golpe era visto con un entusiasmo militante por muchos montoneros, que creían dos cosas:

La revolución socialista y la liberación nacional se definirían en un choque militar con las Fuerzas Armadas que sería largo y cruento; una “ guerra popular y prolongada”.

Caído el gobierno de Isabel, el pueblo se pondría del lado de los montoneros, que portaban la ideología correcta, el socialismo, y defendían los intereses de los trabajadores.

También la guerrilla trotskista, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), tenía información precisa sobre cuándo sería el golpe de Estado y pensaba que permitiría el “ comienzo de un proceso de guerra civil abierta que significa un salto cualitativo en el desarrollo de nuestra lucha revolucionaria”, como escribió su líder, Mario Santucho, la misma mañana del 24 de marzo de 1976. O como señaló en su autobiografía Enrique Gorriarán Merlo: “ Habíamos obtenido la información de que el golpe estaba en plena preparación a través de Cacho Perrota, dueño de *El Cronista Comercial* y miembro del aparato de inteligencia del ERP. El 24 de marzo se produjo el golpe militar; hicimos una evaluación y llegamos a la conclusión de que el advenimiento de una dictadura militar iba a conllevar una exacerbación de la resistencia contra esa dictadura”.

En octubre de 1975, hacía ya dos años que el líder de Montoneros, Mario “ Pepe” Firmenich, sostenía que el golpe militar era inevitable y que, si bien la guerrilla peronista no tendría la fuerza suficiente para impedirlo, podría emprender sí una resistencia gloriosa contra la dictadura que derivaría luego en una contraofensiva victoriosa. Lo explicó en una charla con dirigentes y simpatizantes montoneros en noviembre de 1973: “ Aquí hay que hacer un cálculo estratégico: un irregular, un guerrillero, equivale, cálculo mínimo, a diez soldados regulares; el país tiene alrededor de doscientos mil soldados regulares, entre pitos y flautas, en las distintas fuerzas. Nosotros para equilibrar eso precisamos un mínimo de veinte mil hombres armados. Estamos lejos. Con menos y una parte de las Fuerzas Armadas volcada a nuestro favor a lo mejor se lograría. Pero precisamos seguro un mínimo de diez mil y de ahí para arriba.

Lograr eso en seis meses es imposible. Lograrlo en dos años es más o menos posible. Esto depende de un montón de factores. Lo más probable,

de todos modos, es que llegado el momento de fractura debamos otra vez replegarnos a la defensiva estratégica”.

Y agregó que “ si bien contamos con el aparato del Estado, la situación de nuestras fuerzas nos imposibilita la ofensiva”. Pero, aunque no estaban en condiciones de tomar el poder, se mostró seguro de que tenían “ una buena fuerza defensiva como para acorralar a corto plazo al enemigo”.

Unos meses después, el 6 de septiembre de 1974, Firmenich anunció el repliegue a la clandestinidad o la vuelta a la lucha armada con el argumento de que el golpe era inminente. En una conferencia de prensa, sostuvo: “ Nos han declarado una guerra que no necesita la formalidad de un decreto. Mejor así...”

ahora no hay medias tintas y cada uno ocupa el lugar que debe. A nosotros nos importa poco la reyerta interna del gobierno, quién gana o quién pierde. Hay que golpear a todos por igual hasta que gane el pueblo. Y si se agudizan las contradicciones en el Gobierno, mejor...”

Firmenich seguía confiando en esa dialéctica: ofensiva militar, resistencia guerrillera y contraofensiva montonera en 1977, un año después del golpe, cuando se encontró por casualidad con el escritor y periodista Gabriel García Márquez en un vuelo, “ a diez mil metros de altura y en mitad del océano Atlántico”. Firmenich tenía 28 años y a García Márquez le impresionó como “ un gato enorme”, con “ una gran lucidez política” aunque “ fundamentalmente un guerrero”. García Márquez aprovechó para hacerle una entrevista en la que Firmenich le dijo: “ Desde octubre de 1975, bajo el gobierno de Isabel Perón, nosotros sabíamos que se gestaba un golpe militar para marzo del año siguiente.

No tratamos de impedirlo porque al fin y al cabo formaba parte de la lucha interna del movimiento peronista. Pero hicimos nuestros cálculos de guerra y nos preparamos para sufrir mil quinientas bajas en el primer año. Si no eran mayores, estaríamos seguros de haber ganado. Pues bien: no han sido mayores.

En cambio, la dictadura está agotada, sin salida, y nosotros tenemos un gran prestigio entre las masas y somos una opción segura para el futuro

inmediato.

Este año marcará el fin de la campaña ofensiva de la dictadura, y se desarrollarán las condiciones para la contraofensiva final”.

El periodista Juan Gasparini afirma en su libro *Montoneros, final de cuentas* que la cúpula de Montoneros conocía ya en octubre de 1975 cuándo y cómo sería el golpe porque “ el hijo de un alto jefe del Ejército encuadrado en el servicio de inteligencia montonero a cargo del ‘Profesor Neurus’ (el periodista y escritor Rodolfo Walsh) había sacado copia del borrador de la ‘Orden de Batalla 24 de marzo’, guardada en la caja fuerte de su padre. El ‘oficial primero’ que hizo de correo con el preciado documento lo leyó en el camino, contando la anécdota al autor de este libro”.

Los periodistas Marcelo Larraquy y Roberto Caballero aseguran en la biografía de Rodolfo Galimberti que Walsh consiguió ese documento “ de manos del hijo del general Numa Laplane”.

Tanto Gasparini como Larraquy y Caballero señalan que Montoneros no dio ningún alerta a sus “ cuadros” porque, en realidad, jugaba al golpe militar.

Gasparini cita incluso la última cena de Firmenich en Buenos Aires antes de escapar al exilio, a Roma, entre la Navidad y el Año Nuevo de 1976, que compartió con “ Chacho” o “ Tala”, un guerrillero que se había ocupado de “ preparar la documentación y planificar la salida y el asentamiento posterior” del jefe guerrillero. En esa comida, Firmenich enfatizó “ la ecuación que desgranaría seis meses después a García Márquez para justificar que los oficiales superiores y mayores montoneros abandonaran el país. El ‘Pepe’ dijo que la decisión había surgido de la reunión del Consejo Nacional de Montoneros celebrada en Buenos Aires en octubre de 1975 (el día anterior al asalto al cuartel de Formosa). No era sino el emergente de haber apostado al golpe para permitir una más clara visualización del enemigo por el pueblo, al que el pseudoperonismo de Isabel podía soliviantar a la división. En su opinión, representaba el correlato de la polarización de fuerzas que promovía la dictadura, de la aceleración de las contradicciones que debían aproximar la victoria popular. Era el precio del triunfo. Si la guerrilla quería alzarse con los laureles, debía mantener el acoso.

El costo era la sangre”.

Gasparini agrega: “ Se creía que si se salvaban unos cien montoneros en el exterior y sobrevivían otros tantos adentro bastaría para recomenzar una vez liquidado el ‘proceso’ (la dictadura). La factura que los ‘montos’ pasarían entonces a la Nación (los caídos) les permitiría renacer con renovado brío. El pueblo, pensaba ‘Pepe’, inexorablemente se insurreccionaría. Había que soportar la ofensiva represiva para aspirar a conducirlo en el contraataque”.

También el diputado y periodista Miguel Bonasso, ex oficial montonero, sostiene que Montoneros jugó al golpe: “ Una conducción de cualquier organización, político-militar o no, tenía que pensar en términos de no favorecer los planes golpistas. Había una división del campo popular muy grande que iba a favorecer esos proyectos golpistas de por sí, que iba a encontrar muy debilitada a la gente. Ya teníamos el terrorismo de Estado instalado con (la matanza de) Ezeiza y con la Triple A. Pero, lamentablemente, la conducción de Montoneros hace lo del ataque al cuartel de Formosa. Y éste es un elemento que le convalida los planes al Ejército. Le da al Ejército la carta para decir: ‘¿Ven?, estamos embarcados en una guerra de estas proporciones y tenemos que salir a responder.

Tenemos que ocupar el conjunto del Estado para aniquilar a los rebeldes’.

Entonces, objetivamente, se jugó una política golpista”.

Ni Firmenich ni Perdía aceptan que ellos apostaran al golpe militar y conocieran en detalle cómo sería la represión de la dictadura. Firmenich asegura que “ no alcanzamos a prever el grado de criminalidad que tendría la táctica del desaparecido. Nos imaginamos que ésta iba a ser una dictadura más dura, más represiva que todas las conocidas. Para decirlo de algún modo burdo: sería igual que las dictaduras conocidas, pero un poco peor, multiplicado por algún factor.

Una represión de la misma calidad, pero en mayor cantidad”.

Para Perdía, la llegada de Videla a la jefatura del Ejército fue “ el punto de definición” que indicaba que en las Fuerzas Armadas “ se había consolidado una posición favorable al golpe”, que tuvo la estrategia del “

fruto maduro”: los militares esperarían a que la opinión pública estuviera harta del gobierno peronista para recién ahí tomar el poder.

Perdía sostiene “ nosotros no queríamos el golpe; apostábamos, en cambio, por las elecciones y para eso preparamos el Partido Auténtico, del que teníamos ya sesenta mil afiliados”, pero admite que esa posición no era unánime, ni mucho menos.

—Es cierto que la Regional Buenos Aires y otros sectores de menor incidencia consideraban o entendieron que (el golpe de Estado) podía favorecerlos porque ponía fin a la ambigüedad que suponía la resistencia armada a un gobierno de origen democrático y popular. El golpe ayudaría a “ aclarar los tantos”, haría más sencilla nuestra resistencia y facilitaría las condiciones para que pudiéramos avanzar en la representación del conjunto del peronismo. Estas ideas fueron explícitamente rechazadas por el Consejo Nacional Montonero, pero tenían tal fuerza y entidad que las prácticas prioritarias terminaban apuntalando esa concepción. Es muy probable que la íntima convicción de la mayor parte de nuestra militancia acordara con esa idea.

Perdía agrega que ellos habían accedido a un documento del Ejército sobre el golpe, pero señala que no era la “ Orden de Batalla 24 de marzo”.

—Nos tomó por sorpresa la magnitud de la represión. ¿Quién podía prever eso? Hubo desaparecidos, detenidos que se quedaban en la tortura y hacían desaparecer el cuerpo, pero nunca esa política. Tuvimos información de que los militares preparaban un golpe por un soldado nuestro que sacó un documento del cesto de papeles, lo analizamos y nos llamó la atención una frase que había allí: “ detenciones especiales”, creo que era. La analizamos durante varios días y entendimos que se refería a abrir cárceles en los regimientos para cortar esos lazos de solidaridad que espontáneamente se habían dado entre los compañeros presos y gente de las ciudades durante la dictadura de Lanusse.

De acuerdo con el periodista Jorge Lewinger, que tenía buena llegada a la cúpula guerrillera, el golpe militar era el gran tema de debate en la Conducción Nacional en octubre de 1975.

—Firmenich creía que el golpe era inevitable; en cambio, Roberto Quieto pensaba que se podía llegar a las elecciones, que ya se habían adelantado o se estaban por adelantar, y que había que trabajar para conseguir ese objetivo.

Quieto apostaba a que no habría golpe y a que se entraría a una etapa política.

“ El Negro” Quieto, 37 años, abogado, era el número tres de la Conducción Nacional. Uno de los jefes revolucionarios más populares y admirados en la izquierda peronista, Quieto había participado en 1963 en la ruptura del Partido Comunista dirigida por el sociólogo Juan Carlos Portantiero para fundar el grupo Vanguardia Revolucionaria. Años después, lideró las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y fue uno de los guerrilleros que logró fugar de la cárcel de Rawson en 1972. Había adquirido en Cuba una comentada pericia militar y su arma personal era una pistola ametralladora, regalo de Fidel Castro.

Firmenich, Perdía y Quieto encabezaron la reunión del Consejo Nacional, formado por los jefes montoneros de mayor rango de todo el país, que se realizó en Buenos Aires aquel sábado 4 de octubre de 1975. Fue un encuentro importante por varios motivos. En primer lugar, porque estuvo permeado por la discusión sobre el golpe militar, que era el tema número uno de la agenda nacional. La crisis política había llegado a un punto tal que todos los argentinos especulaban sobre si Isabel Perón llegaría al final de su mandato, en mayo de 1977.

Gasparini, que como Quieto y Lewinger provenía de las FAR, asegura que en ese encuentro prevaleció la posición de Firmenich, que, afirma él, era apostar al desplazamiento de Isabel Perón por los militares para acelerar las contradicciones: “ De aquella decisiva reunión del Consejo Nacional de Montoneros hay una anécdota significativa, que el autor recogió de primera mano. El militante responsable de organizarla —lugar, aprovisionamiento para comer y dormir, transportes, seguridad, comunicaciones— y que no participaba en el evento, relató que durante un intervalo y mientras caminaba por uno de los pasillos, Quieto, a quien conocía hacía rato, le pasó un brazo por el hombro y por lo bajo le dijo: ‘Bichito, acá nos matan a todos’”.

Por su lado, Perdía sostiene que “ nunca aparecieron esas fuertes disidencias (con Quieto) de las que se habla, que yo leí en Gasparini, por ejemplo. Él estaba sí preocupado por un tema familiar: su esposa no se integraba a la lucha armada, y eso le generaba lógicos trastornos. Estaba muy preocupado por eso, pero no había diferencias políticas. Había dudas sí, pero todos las teníamos. Creo que la única certeza que tuvimos cuando nos metimos en esto es que podíamos terminar todos muertos”.

Tanto era así, agrega Perdía, que “ con Quieto estuvimos viviendo siete u ocho meses en Córdoba, desde fines de 1974 a mediados de 1975; compartiendo la conducción todos los días entre ocho y nueve horas, y todas las decisiones las tomábamos los tres en conjunto (con Firmenich). Estábamos camuflados como si fuéramos oficinistas; llegábamos a las 8 o 9 de la mañana a un edificio de oficinas, cada uno con su maletín, y estábamos ahí todo el día; almorzábamos ahí también; era un sitio algo retirado del centro de Córdoba por razones de seguridad. Luego, repetimos esa rutina en Buenos Aires, en la zona de La Lucila”.

La reunión de aquel 4 de octubre del Consejo Nacional también fue relevante por la aprobación unánime del Código de Justicia Penal Revolucionario, un instrumento adecuado para una organización que se preparaba para una guerra prolongada y que por eso estaba creando el Ejército Montonero; era el fruto, uno más, de una visión militarista, que prefería las armas a la política.

Los montoneros ya usaban un Código de Justicia Militar desde 1972, pero el nuevo reglamento era más completo, con 52 artículos que se referían a los delitos, las penas y los juicios revolucionarios. Prácticamente, todos los aspectos de la vida de un guerrillero pasaban a estar regulados: cualquier oficial o aspirante a oficial podía ser juzgado por diecisiete delitos, desde traición (colaborar o servir conscientemente al enemigo) y desertión (abandonar la organización sin previa comunicación o a pesar del rechazo a su pedido de retiro) hasta acumulación de poder (para un individuo o un grupo) y deslealtad, que castigaba a “ quienes tengan relaciones sexuales al margen de la pareja constituida; son responsables los dos términos de esa relación aun cuando uno solo de ellos tenga pareja constituida”.

Las penas iban de degradación y expulsión a prisión y fusilamiento.

El nuevo Código pronto fue conocido como “ el reglamento montonero” y era duro porque, por ejemplo, castigaba con el delito de “ delación” a los guerrilleros que eran torturados y entregaban algún dato que perjudicaba a la organización. No importaba si ese dato era brindado a las 24 o 48 horas del inicio de los tormentos; la consigna era clara: la tortura no es un problema de resistencia física sino de fortaleza ideológica. Un militante revolucionario “ debe afrontar con heroísmo el sacrificio de la muerte cruel en manos de sus torturadores porque ante la imposibilidad para defender su propia vida debe cumplir con el deber de defender la de sus compañeros”, instruía Firmenich.

El último artículo disponía que el nuevo Código sería aplicable a partir del 1º

de enero de 1976, aunque aclaraba que podría utilizarse para hechos ocurridos en 1975 “ cuando no haya oposición del acusado a esa aplicación retroactiva”.

Por esas casualidades, este Código se aplicó por primera vez a principios de enero de 1976, contra uno de los oficiales superiores que lo habían refrendado aquel sábado 4 de octubre de 1975: “ El Negro” Quieto. Fue un caso que conmovió a Montoneros; un golpe durísimo que sacudió las convicciones revolucionarias de la militancia y que aún hoy sigue siendo discutido entre los ex montoneros. Quieto había sido apresado el domingo 28 de diciembre de 1975 al atardecer en el balneario “ La Grande”, de Martínez, en el norte del Gran Buenos Aires, descalzo y en pantalón corto, cuando finalizaba un día de playa con una multitud de familiares que incluía a su esposa, sus dos hijos, su mamá y dos de sus hermanos. “ ‘El Negro’ se sentía seguro en esa playa, confundido entre miles de personas”, sostiene Lila Pastoriza, periodista y ex militante de Montoneros, en un artículo titulado “ La ‘traición’ de Roberto Quieto: treinta años de silencio”, en la revista *Lucha Armada en la Argentina*.

La captura sorprendió a toda la militancia: Quieto había sido uno de los oficiales superiores que pocos días antes había ordenado por escrito que ningún combatiente se arriesgara a ponerse en contacto con sus familiares durante aquellas fiestas de Navidad y Fin de Año. ¿Cómo pudo él, uno de los jefes más conocidos, desobedecer esa orden tan elemental y encontrarse

con toda su parentela en la playa? ¿Cómo se le ocurrió ir desarmado y sin nadie que le cuidara las espaldas? ¿Era cierto que, como ya indicaba una versión, no se había resistido a la captura; que ni siquiera había tratado de tirarse al agua?

Los montoneros superaron la parálisis inicial y a las pocas horas lanzaron una fuerte campaña para que el gobierno reconociera la detención de Quieto y lo pusiera en libertad. La militancia pintó centenares de paredes en todo Buenos Aires y en las principales ciudades del país con las consignas: “Que aparezca Quieto, secuestrado por las fuerzas armadas gorilas”, “Quieto preso por el ejército gorila” y “Liberen al Negro Quieto, preso por peronista”, mientras sus familiares se entrevistaban con abogados, periodistas y dirigentes políticos. El 31 de diciembre, fue publicada en el diario *Crónica* una solicitada con el respaldo de figuras internacionales como François Mitterrand, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Alain Touraine, Paco Ibáñez y Georges Moustaki, entre otros. Y el 3 de enero de 1976, un centenar de milicianos protestó en el centro de la Capital Federal quemando automóviles y lanzando bombas molotov contra bancos y negocios.

Quieto había sido apresado por una decena de hombres con armas largas al mando de una persona que se identificó como inspector Rosas, de la Policía Federal, pero el gobierno de Isabel Perón nunca reconoció su detención. Perdía volvió a reunirse en forma secreta con el general Albano Harguindeguy, otra vez por intermedio del periodista y oficial montonero Norberto Habegger.

Montoneros quería “un acuerdo para liberar a Quieto y a otros compañeros”, recuerda Perdía.

El encuentro fue el 31 de diciembre de 1975; el día anterior, la guerrilla peronista había hecho estallar una bomba en el Comando en Jefe del Ejército.

“Llegué tarde porque fui a verlo a Viola por este tema y todavía se estaba sacudiendo los escombros del uniforme”, le dijo Harguindeguy, irónico, en alusión al general Roberto Viola, jefe del Estado Mayor del Ejército. Perdía se dio cuenta de que no había buen clima para el encuentro, pero igual subió

al Ford Falcon de Harguindeguy; el trato era que estuvieran los dos solos, cada uno con su arma. Perdía colocó su pistola en el piso y dialogaron durante una hora, yendo y viniendo por una calle interna del viejo Puerto Madero, detrás de la Casa Rosada.

—Queremos saber dónde está Quieto.

—Nosotros no lo tenemos, y si lo tuviéramos no lo entregaríamos.

Harguindeguy tal vez no supiera dónde estaba Quieto en ese preciso momento, pero había tenido mucho que ver con su captura. Aquel domingo 28

de diciembre, estaba en su casa cuando recibió un llamado del coronel Alberto Valín, jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército.

—General, tiene que hacer un procedimiento.

—Estoy con un ataque de hígado que me muero, ¡déjenme de hinchar las pelotas!

—General, usted tiene que hacer esta operación; es un objetivo muy importante. Y haga participar a la mayor cantidad de fuerzas para que no se sepa quién se queda con el objetivo.

Harguindeguy era el segundo jefe del Primer Cuerpo de Ejército, pero había quedado a cargo porque el titular, el general Rodolfo Cánepa, estaba enfermo.

Valín fue directamente a la casa de Harguindeguy, donde le reveló que el objetivo era Quieto y le llevó unos planos dibujados en papel de cuaderno, que incluían el croquis de un depósito, donde debía ser entregado.

Quieto fue capturado por un oficial de la Policía bonaerense y entregado al Servicio de Inteligencia del Ejército, para que fuera interrogado.

Perdía se fue de la reunión ambulante con Harguindeguy con la sensación de que “no había nada que hacer con Quieto”. Harguindeguy le dijo dos

cosas más: Que el Ejército “ no iba a andar tirando cadáveres a los zanjones, como la Triple A”.

Que si ellos pensaban que el gobierno del general Juan Carlos Onganía había sido una dictadura, “ al lado de lo que se viene, aquello les va a parecer una dictablanda”.

A los pocos días, comenzó a circular entre los montoneros una versión inquietante: “ El Negro está cantando”, que venía a explicar el allanamiento de dos importantes bases o “ casas operativas” de los guerrilleros que eran conocidas por Quieto y una racha de secuestros, detenciones y pérdida de infraestructura, en especial en Córdoba. Por ese motivo, el sábado 3 de enero de 1976, cuando habían pasado sólo seis días de la desaparición de Quieto, la cúpula de Montoneros ordenó la suspensión de la campaña en su favor y de los contactos con sus familiares, y solicitó al Consejo Nacional la apertura de un juicio revolucionario. El 14 de febrero de 1976, el tribunal revolucionario lo encontró culpable de los delitos de “ deserción en operación y delación”, y lo condenó a las penas de “ degradación y muerte”, agravadas por su rango, la importancia de los datos y la rapidez con que los había facilitado, “ a ser aplicadas en el modo y oportunidad a determinar”.

La condena de Quieto aturdió a la militancia: por su carisma y por su historia, “ El Negro” parecía anticipar al “ hombre nuevo” que surgiría de la revolución socialista en la que todos estaban empeñados en cuerpo y alma, pero había cometido el pecado capital de entregarlos a todos únicamente para preservar su vida. Era algo que no podían entender. Los jueces de Quieto explicaron que su delación ocurrió por una “ debilidad ideológica” derivada de sus problemas personales y de la mala resolución de sus problemas de pareja; por “ la presencia del liberalismo y el egoísmo individualistas, productos de la influencia de la ideología enemiga”.

Tanto Firmenich como Perdía y el resto del Consejo Nacional respaldaron esa decisión y *Evita Montonera* se llenó de ejemplos de heroísmo y defensa de los ideales, como Carlos Olmedo y José Sabino Navarro, y de condenas a “ la ideología enemiga”. “ El individualista es un traidor en potencia”; “ la combatividad y el heroísmo son la conducta normal de los cuadros montoneros”, machacaba la revista.

Esa prédica no convenció ni siquiera a la cúpula, que ordenó que a partir de aquel momento todos sus miembros llevaran una pastilla de cianuro para suicidarse antes de caer vivos en manos de militares y policías. Era la única forma de estar seguros de que, sometidos a la tortura, no cometerían el delito de delación penado por el nuevo Código. Las bases protestaron por lo que consideraron “ un privilegio” para la Conducción Nacional y pronto todos los montoneros anduvieron con su pastilla de cianuro en el bolsillo o directamente en la boca.

Pero Quieto no “ cantó” todo lo que sabía; por ejemplo, no provocó la caída de la Conducción Nacional que, se supone, era el principal objetivo de los militares que lo interrogaron. Por ese motivo, varios ex guerrilleros, en especial quienes provienen de las FAR, aún hoy niegan que haya sido el gran traidor que surge de los fundamentos del juicio revolucionario al que fue sometido. Y ponen en tela de juicio las explicaciones “ oficiales” sobre por qué sucumbió y entregó parte de los datos que conocía, que se reducen a razones personales y familiares.

En este sentido, destacan que Quieto estaba “ quebrado”, sin confianza en el futuro de Montoneros; en conflicto con las decisiones de Firmenich y Perdía, en quienes concentran la responsabilidad del vuelco militarista de la organización.

En su artículo, la periodista Pastoriza incluye los testimonios de dos amigos del jefe guerrillero, los sociólogos Portantiero y José Aricó. Portantiero contó que “ no mucho antes de que lo secuestraran” Quieto tocó el timbre de su vivienda en forma imprevista. Estaba solo y quería conversar de política con su viejo amigo y compañero de sus primeros años de militancia. “ En ningún momento se refirió a la conducción montonera, quiero subrayarlo. Criticaba con énfasis la militarización, consideraba negativo el desafío personal a Perón. Mi impresión es que era un tipo quebrado, desmoralizado. Me quedó la imagen del boxeador al borde del nocaut”.

Portantiero lo envió a hablar con Aricó, a quien también conocía de la militancia en el Partido Comunista: “ Unos quince días antes de su detención tuvimos una conversación con Quieto que fue patética; patética porque nos encontramos con un dirigente derrotado, aniquilado, sin

posibilidad de cambiar una situación en la dirección del movimiento, desconfiando profundamente de lo que ese movimiento estaba diciendo pero obligado a defender cosas absurdas como la creencia de que una confrontación frontal con el Ejército podía llevarlos a ellos al triunfo”.

Más allá del debate sobre si la cúpula de Montoneros o parte de ella apostaba o no al golpe, el ataque al cuartel de Formosa contribuyó a debilitar aún más al gobierno peronista. Y en este punto, no hubo ningún error por parte de Montoneros ya que era su “ objetivo político principal” para aquel período, según el Curso de Formación de Cuadros que la guerrilla peronista lanzó en el exilio durante la dictadura, en homenaje a Julio Roqué, “ Lino”, “ Iván” o “ Uno”, quien acababa de morir en un tiroteo desigual en mayo de 1977, en Haedo, en el Gran Buenos Aires.

La cuarta clase de ese curso se refirió a la historia de Montoneros entre septiembre de 1974 y septiembre de 1975 y reveló que “ la Organización Político Militar (OPM) pasa públicamente a la resistencia fijándose como objetivo político principal el deterioro del gobierno de Isabel Martínez a fin de impedir que el imperialismo pueda estabilizar su política bajo una cobertura peronista, con la secuela de confusión y desorganización de masas que eso hubiera acarreado”.

De acuerdo con ese documento, “ a lo largo de 1975 se va haciendo clara la incapacidad del gobierno para resolver la crisis económico-social y el desborde de la burocracia sindical, y esto profundiza una crisis del capitalismo dependiente en el marco de su crisis mundial”.

Sólo que el fracaso del gobierno peronista no estaba siendo aprovechado por Montoneros sino por los militares, como admitió el documento: “ La etapa de deterioro político del gobierno se ha cumplido, pero no es aún el pueblo organizado el que avanza sobre el poder político sino las Fuerzas Armadas, que ante el fracaso del gobierno se conciben como la única fuerza política y militar capaz de aniquilar la subversión y superar la crisis económica”.

A partir de allí, deducían el futuro más probable: “ La agudización de la lucha armada y, a nivel de poder del Estado, el avance militar directo”, el golpe militar.

La evaluación de la guerrilla peronista sobre el gobierno de Isabel coincidía con la del embajador de los Estados Unidos en la Argentina, Robert Hill, a quien Montoneros vinculaba con la CIA, la central de inteligencia de su país, y sus movidas golpistas en la región, y con José López Rega, el ministro de Bienestar Social y secretario privado de la presidenta. “ El poder político real no reside más en la Presidenta. A esta altura, si se queda como Presidenta o no es una cuestión casi de interés académico. Hay un vacío de poder en el centro y no será ella quien lo llene. El problema, sin embargo, es que la señora de Perón puede no darse cuenta de que el juego está terminado”, afirmó Hill en el cable confidencial número 6087 enviado a su gobierno el 10 de septiembre de 1975.

Hill hizo un listado de los últimos tropiezos de Isabel Perón que la habían dejado en una situación de “ juego terminado”. En primer lugar, mencionó la renuncia de López Rega, “ El Brujo”, el esotérico hombre fuerte del gobierno, una medida que la presidenta había sido obligada a tomar por la presión de los sindicatos, los políticos moderados de su partido y los tres jefes de las Fuerzas Armadas.

Los sindicatos, encabezados por el metalúrgico Lorenzo Miguel y el textil Casildo Herreras, habían rechazado el Rodrigazo, el drástico plan de ajuste del nuevo ministro de Economía, Celestino Rodrigo, que preveía una devaluación del 160 por ciento para el dólar comercial y del ciento por ciento para el dólar financiero, entre otras medidas que tuvieron un impacto dramático en el bolsillo de la gente: la nafta subió el 172,7 por ciento; el transporte, el ciento por ciento; la leche, el 65 por ciento; los medicamentos, el 70 por ciento, y se licuaron los ahorros en los bancos. Los gremios protestaron con movilizaciones en varias ciudades, que desembocaron en una huelga general de dos días, inédita para una gestión peronista, y fueron a la Plaza de Mayo a pedir la cabeza de López Rega.

El 11 de julio de 1975, Isabel tuvo que aceptar su renuncia.

Los peronistas moderados, de centro, y los tres comandantes ayudaron a la caída de López Rega, que fue decidida en una reunión organizada por el santafesino Ángel Robledo, un ex ministro de Defensa recordado por su habilidad política y su ironía. El encuentro se realizó en el quinto piso de un edificio del Bajo porteño, en la sede de Mercedes-Benz. “ Hubo

coincidencia en que López Rega debía ser desplazado por una razón fundamental: nos parecía que estaba loco y que era muy peligroso; era un personaje nefasto para la presidenta, que era manejada por ese señor como luego sería manejada por los gremios”, cuenta uno de los participantes del encuentro que no quiere que su nombre sea publicado.

El brigadier Héctor Fautario, el jefe de la Fuerza Aérea, fue elegido para acercar el mensaje a Isabel Perón porque sería el anfitrión de la cena anual de camaradería de las Fuerzas Armadas, el 7 de julio, y, como tal, se sentaría al lado de la presidenta.

—Mire señora, me gustaría decirle algo en lo que todos los comandantes estamos de acuerdo: sería prudente que el señor López Rega tomara distancia del gobierno y del país —soltó Fautario aquella noche, luego del primer plato.

—¿Pero ustedes me están pidiendo que lo saque del gobierno?

—Sí, señora.

—Pero brigadier, yo no puedo hacer eso.

—Esto es algo que me trasciende a mí y a mi fuerza; yo sólo he sido el portador del mensaje. Creo, señora, que usted no tiene otra opción.

—Bueno, déjeme pensarlo.

Un par de días después, Fautario recibió una respuesta de la presidenta: había comprendido que ya no podía sostener a López Rega.

En aquel cable confidencial del 10 de septiembre de 1975, el embajador Hill destacó que era tanta la influencia de López Rega sobre Isabel que la presidenta no pensaba que su salida del gobierno sería definitiva y dejó la puerta abierta para su retorno, aunque sin éxito: “ La única posibilidad de la señora de Perón, una vez que López Rega fue derrocado, era realizar un nuevo y fresco comienzo de gobierno, despegándose de él y convocando a ministros no identificados con él. Dada la tenacidad con que la Presidenta se había pegado a López Rega, muy pocos creían en esta posibilidad.

Muchos esperaban que renunciara poco tiempo después que López Rega. Que no hiciera lo primero podría tener relación con lo otro. En otras palabras, ella pudo haberse quedado por sugerencia de López Rega, manteniendo así un pie en la puerta para el retorno de él. Ciertamente, ella defendió sus intereses y peleó por sus adherentes cada centímetro del camino, tratando primero de preservar a Rodrigo, y después a los Villone (dos primos), Condití, Vignes y otros. A esta altura, sin embargo, el juego parece haber terminado. Los lopezreguistas han sido limpiados del gobierno y la señora de Perón ya no puede dejar ninguna puerta abierta. La realidad de la situación sugiere que deje la Presidencia, pero ella puede no percibirlo de esa manera”.

López Rega debió abandonar el país el 19 de julio de 1975, aunque salió por la puerta grande, con un pasaporte diplomático que lo acreditaba como embajador ante los organismos internacionales localizados en Europa. Se fue a vivir a la residencia de Perón en Puerta de Hierro, en las afueras de Madrid, que había sido escriturada a nombre de Isabel.

El secretario Técnico de la Presidencia, Julio González, tuvo que preparar los decretos para facilitar la salida de López Rega del país y se los llevó a la viuda de Perón para que los firmara.

—Isabel estaba desfalleciente; su rostro revelaba la angustia de los acontecimientos, pero en ningún momento lloró. Firmó y me indicó que esperase a López Rega en la biblioteca. Al ver que mi ayudante llevaba el libro de registro de protocolo, López Rega me pidió si podía elegir el número de sus decretos. Abrimos el libro de registro y de entre todos los números no utilizados, el ex ministro eligió uno que le satisfacía según una apreciación cabalística que hizo en el momento. “ Mi sucesor va a ser Roballos”, dijo con voz displicente. Yo sonreí y crucé la mirada con mi ayudante. Nos admiraba que en tales momentos López Rega tuviera semejante humor. Horas después, supe que el pretendido chiste era una realidad: Rodolfo Roballos juraría como ministro.

La salida del país de López Rega fue un golpe duro, decisivo, para Isabel Perón. “ Entonces Isabel y yo quedamos solos frente al país”, afirma González, quien se llevaba muy bien con López Rega y lo reemplazó como secretario privado de la Presidenta manteniendo su cargo anterior.

El día de la partida de López Rega, Isabel saludó en Olivos a una delegación de mujeres peronistas. Pesaba 42 kilos. Aquel domingo, ni siquiera asistió a misa en la capilla de la residencia de Olivos. El lunes, se mostró muy fría en la entrevista con Lorenzo Miguel y los sindicalistas, los grandes ganadores de la pulseada por el ajuste frustrado, que le habían llevado una propuesta económica.

No siguió con su agenda alegando una indisposición: había sufrido tres lipotimias en tres días. Luego, se recluyó en Olivos y no apareció por la Casa Rosada durante quince días.

Buena parte de los historiadores y de los periodistas consideran que ése fue un gobierno a la deriva por la ineptitud y la locura de la viuda de Perón y de López Rega. Pero hay quienes sostienen una hipótesis más incómoda para el peronismo: que Isabel y López Rega encarnaban el ala derecha o ultraderecha de esa fuerza política, que intentó tomar el control del Movimiento, del gobierno y del país luego de la muerte de Perón; es la tesis del economista y ex canciller Guido Di Tella en su libro *Perón-Perón*, donde sostiene: “ La principal sorpresa luego de la muerte de Perón consistió en que Isabel no asumió ni una posición decorativa ni tampoco una actitud que la situara por encima de todas las fracciones en pugna. Por el contrario, con pleno apoyo de López Rega y bajo su poderosa influencia, trató de manejar el gobierno y llevó adelante, en forma sorprendentemente enérgica, un programa de derecha, de línea muy autoritaria, que alarmó incluso a las fuerzas tradicionales”.

Di Tella explicó en ese libro que el plan tenía muy pocas posibilidades de éxito porque el peronismo era un partido de base sindical y porque rompía con los diversos sectores que aún respaldaban al gobierno, como los pequeños y medianos empresarios y los partidos chicos de la coalición oficialista: “ El programa consistía en cinco objetivos básicos, tal cual lo explicitó el propio López Rega a los jefes militares. El primero era el compromiso de un nuevo y decisivo esfuerzo por acabar con la subversión, consumado mediante el empleo de grupos civiles paramilitares, conocidos más adelante como la Triple A, ejecutores del ‘trabajo sucio’, que evitaba a los militares una intervención directa. El segundo objetivo era la eliminación de la infiltración izquierdista en la educación en general y en la

Universidad de Buenos Aires en particular. El tercer objetivo consistía en poner fin a las políticas económicas antiempresariales, relativamente nacionales y reformistas. Tenía que operarse un vuelco hacia el capital extranjero, hacia la economía de mercado y hacia la confianza en el capital privado como fuente de inversiones y desarrollo. Se rebajarían los salarios y se reestablecería la disciplina industrial. El cuarto objetivo era el sometimiento de los dirigentes sindicales. Ésta fue la principal razón de la intensidad de las medidas económicas y también de la intensidad de la reacción que provocaron. Lo que estuvo en discusión no fue sólo una cuestión de mejor o peor distribución de los ingresos, sino también la supervivencia política de los dirigentes sindicales y el mantenimiento del movimiento sindical como factor de poder independiente. El quinto objetivo, sumamente importante, consistió en pedir a los militares que, como compensación, abandonaran su neutralidad política y pasaran a una actitud de apoyo tácito. Esto se logró en mayo de 1975, aunque fue sólo por unos pocos meses, con la designación de un nuevo comandante en jefe, el general Numa Laplane”.

Según Di Tella, este plan podría haber sido compartido “ por la mayoría de los sectores de centro derecha. Pero los métodos empleados, las connotaciones fascistas y la intensidad de las medidas suscitaron objeciones incluso en algunos de esos grupos. Algunas excentricidades personales de López Rega contribuyeron a fortalecer una imagen general de escasa confiabilidad, como sus inclinaciones espiritistas o su apoyo a grupos católicos disidentes. Por añadidura, el grupo de Isabel estaba asociado a un manejo sumamente desordenado y arbitrario de sus áreas de influencia”.

También el Senado había desafiado a la presidenta, el 8 de julio de 1975, cuando eligió al santafesino Ítalo Luder como nuevo presidente provisional. No era el candidato de Isabel, quien tampoco pudo reformar a su gusto la ley de acefalía, con lo cual el flamante titular del Senado quedó como su sucesor si por algún motivo dejaba la Casa Rosada. Luder era abogado criminalista y profesor universitario de Derecho Constitucional; había sido radical antes de incorporarse al peronismo, convencional constituyente en 1949 y defensor de Perón en 1955.

Partidario de un “ nuevo estilo político” para salir de la crisis, basado en “ el diálogo pluralista”, Luder atrajo rápidamente a quienes pensaban que Isabel debía abandonar su cargo para solucionar la crisis política: sectores del peronismo, sindicatos, empresarios, diplomáticos extranjeros, el radicalismo y hasta los jefes militares, que en aquel momento no se mostraban dispuestos al golpe.

En su amplio informe confidencial a su gobierno del 10 de septiembre de 1975, el embajador Hill destacó la polarización del sistema político y la fragmentación de los partidos, en especial del peronismo, donde “ al menos una minoría, y posiblemente hasta una mayoría, se opone” a la presidenta: “ Un año de ‘lopezreguismo’ tuvo resultados desastrosos para la unidad del cuerpo político. El consenso que existió mientras Perón estuvo vivo ha sido reemplazado por una fragmentación extrema. Esto es especialmente así en el Partido Peronista. Allí, divisiones, animosidades y maniobras escabrosas para lograr una posición son intensas y ya no hay un Juan Domingo Perón que las pueda controlar. La señora de Perón no puede. Es dudoso que Luder, Robledo o algún otro peronista pueda en este punto”.

Menos de un mes antes del ataque al cuartel de Formosa, el embajador de los Estados Unidos no descartaba “ una solución constitucional/civil” a la crisis política, aunque le daba “ no más que el 40-60 por ciento de posibilidades de éxito y de llegar a las elecciones de 1977. El país ha llegado muy cerca del colapso para ahora ser salvado por un gobierno débil y hecho de retazos”.

Hill consideraba “ probable, aunque no inevitable, que las Fuerzas Armadas, en algún punto, entren en escena, aunque les guste o no, aunque lo hagan de manera directa o indirecta. Ellas serán el único sector fuerte y cohesionado, capaz de llenar ese vacío de poder. El otro sector poderoso, los sindicatos, está muy fragmentado y pobremente liderado para hacerlo”.

En aquel momento, Hill pensaba que los militares, en especial el Ejército, estaban liderados por oficiales “ de una línea tradicionalista/moderadamente conservadora. No son golpistas (en el original, en castellano y subrayado). Las Fuerzas Armadas permanecen opuestas a la intervención o quizás mejor es decir que no quieren tomar el poder a menos y hasta que no haya otra alternativa.

Esto evidencia que los militares argentinos han cambiado. O están más democráticos y respetuosos de la Constitución de lo que estaban diez años antes, o están políticamente más astutos, o las dos”. Y, si bien los consideraba “razonablemente bien dispuestos hacia Estados Unidos”, no estaba seguro de que los militares pudieran solucionar los problemas de la Argentina ya que “sus antecedentes de los últimos 45 años no son estimulantes”.

La Argentina transitaba uno de sus momentos de desconcierto en los que parecía que cualquier cosa podría suceder, aun para el embajador de los Estados Unidos: “Si las fuerzas civiles fracasan en sus esfuerzos para estabilizar el país, habrá un vuelco hacia los militares. Si los militares fracasan, las consecuencias serían aún más serias. Las frustraciones llegarían a niveles muy peligrosos y los normalmente moderados argentinos podrían empezar a pensar en soluciones extremas. La puerta podría ser entonces abierta a la izquierda, pero dada la cantidad de fascistas de la vieja línea todavía acechando en Argentina, uno no podría descartar la posibilidad de algún tipo de dictadura de derecha. Hay algunos oficiales jóvenes en el Ejército y la Fuerza Aérea que podrían apoyar una solución izquierdista. Hay aún más oficiales, sin embargo, que si eso sucediera, favorecerían una dictadura de derecha antes que de izquierda”.

Capítulo 15

LA “CHICA NEURÓTICA”

OceanofPDF.com

Y LOS DECRETOS DEL REGENTE

Se entiende que no hay otro camino que recurrir a las Fuerzas Armadas, dejando constancia que su empleo reconoce de hecho la existencia de una guerra interna llevada adelante por un enemigo no convencional. Y que ello iba a significar, lisa y llanamente, la guerra y sus secuelas.

El general Jorge Videla al presidente

interino Ítalo Luder y a sus ministros el 24 de septiembre de 1975 en la Casa Rosada.

Al mediodía de aquel 5 de octubre de 1975, cuando Raúl Yaguer concentraba a sus combatientes montoneros en un camping en las afueras de Formosa, la presidenta asistía a misa en Ascochinga, una localidad serrana ubicada a 57

kilómetros de la ciudad de Córdoba.

Es que Isabel Perón estaba de licencia desde hacía tres semanas por problemas de salud y el gobierno había quedado a cargo del presidente provisional del Senado, Ítalo Argentino Luder, y de otro santafesino, el nuevo ministro del Interior, Angel Robledo, convertido en un virtual jefe de Gabinete.

Desde junio de aquel año terrible, desde la crisis que desató el Rodrigazo y la pulseada con los gremios, un persistente cuadro de depresión, insomnio, agotamiento físico y disturbios gastrointestinales afectaba a Isabelita, que prácticamente no concurría a la Casa Rosada.

Su biógrafa María Sáenz Quesada describe a Isabel como una “ mujer ambiciosa y voluntariosa, pero inexperta, que se encontraba repentinamente sin los dos hombres que habían sido su apoyo: el general Perón y López Rega, sus compañeros de los años de Puerta de Hierro”, en España.

A pesar de esas ausencias, ella se aferraba al poder: la pérdida de López Rega la obligó a recostarse en los gremios liderados por Lorenzo Miguel, el

titular de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y las 62 Organizaciones, el brazo político del sindicalismo peronista.

El proyecto político de Lorenzo Miguel, conocido por propios y extraños como “ la patria metalúrgica”, consistía en un peronismo basado en la centralidad de la UOM y de los sindicatos, en alianza con el empresariado local, la Iglesia Católica y los militares, en especial el Ejército.

El nuevo eje Isabel-Lorenzo debutó entre el 11 y el 14 de agosto de 1975, en el séptimo cambio de gabinete en sólo trece meses, cuando la presidenta designó a seis nuevos ministros, entre ellos Antonio Cafiero en Economía y el joven abogado y número dos del sindicato del Seguro, Carlos Ruckauf, en Trabajo.

Pero el acuerdo con los sindicatos no mejoró la salud de la presidenta ni tranquilizó el convulsionado clima político y económico.

La viuda de Perón permanecía casi todos los días en la residencia de Olivos, en cama, atendida por su médico de cabecera, Pedro Eladio Vázquez, “ Pedrito”, también secretario de Deportes y Turismo, que le suministraba poderosos cócteles de remedios y le tenía prohibido que leyera los diarios y mirara los noticieros. Las reuniones de gabinete se hacían por lo general en su dormitorio.

El país parecía a la deriva, sin un vértice que supiera qué hacer frente a la violencia política y la inflación, dos problemas que se iban convirtiendo en insolubles. Las denuncias de corrupción erosionaban la imagen de Isabel. Los militares, pero no sólo ellos sino también parte del peronismo y del sindicalismo, los empresarios, el radicalismo y varios embajadores, ya habían llegado a la conclusión de que el problema era la presidenta y que no habría solución a la crisis a menos que se alejara del gobierno bajo la forma de una renuncia, un juicio político o, al menos, una licencia prolongada.

Ella misma ya había flaqueado en su decisión de cumplir con “ el mandato que me legó el General”. Entre agosto y septiembre, la presidenta estuvo tres veces a punto de renunciar, pero volvió atrás en las tres ocasiones, siempre aconsejada por su secretario privado y secretario Técnico de la

Presidencia, Julio González. Con la ayuda, según la ocasión, de un monje benedictino, el ministro del Interior y el jefe de la Iglesia Católica.

—Un atardecer —si mal no recuerdo de agosto de 1975— estaba trabajando con mis ayudantes en la Secretaría Privada cuando Isabel irrumpió. Los funcionarios y empleados se retiraron. “ Doctor, redacte mi renuncia”, dijo la presidenta. La orden me causó estupor. La presidenta se sentó. Estaba agobiada.

“ Redacte la renuncia dirigida al Congreso de la Nación en términos muy breves y sin fundamentos”. “ Excelencia —le dije—, aquí tiene el texto de la renuncia, pero antes de presentarla quiero pedirle que converse con el padre Lorenzo Molinero y que ese sacerdote anciano y santo le dé su bendición”. Isabel me escuchó con viva atención. “ Muchas gracias, doctor. Por favor, acompáñeme hasta Olivos”, me contestó.

Molinero, un alegre monje benedictino que había nacido en España, parecido físicamente al papa Juan XXIII, mantuvo largas conversaciones con la presidenta, y logró levantarle el ánimo.

Pero no por mucho tiempo. A los pocos días, el 17 de agosto, Isabel fue a descansar a Chapadmalal, en las afueras de Mar del Plata. A las 24 horas, González recibió un llamado por teléfono de Fanny Caminos, la enérgica ama de llaves de la residencia de Olivos, que había sido llevada allí por López Rega y era la principal confidente de la presidenta.

—Doctor, dice la señora que venga enseguida, y que le traiga preparada la renuncia. Va a dejar el gobierno.

González corrió a avisar al ministro del Interior, el coronel Vicente Damasco, con quien, tras una hora de vuelo, llegó a Chapadmalal, a las dos de la tarde.

González cuenta que “ la presidenta sufría uno de sus habituales ataques de insomnio. Permanecía en cama, desencajado su rostro, con sus pupilas moradas y con una debilidad y un agotamiento que le provocaban un color blanquecino cadavérico”.

—Muchacha, levántese, póngase elegante y vamos a tomar un poco de sol
— le dijo el ministro, paternal.

Isabel y Damasco caminaron por el jardín de la residencia presidencial hasta el atardecer, cuando la presidenta, ya más tranquila, ordenó que sirvieran el té.

—Bueno, doctor, seguiré hasta que Dios nos ampare —le señaló a González al despedir a sus visitantes.

Unas semanas después, ya en septiembre y en Buenos Aires, Isabel insistió con su renuncia. González, un ferviente católico, le sugirió que hablara con algún miembro de la Iglesia. La viuda de Perón le ordenó que llamara a monseñor Adolfo Tortolo, arzobispo de Paraná, vicario castrense y titular de la Iglesia Católica. La presidenta y Tortolo conversaron a solas durante más de una hora en la Casa Rosada. “ Renuncias no. Yo categóricamente le he dicho que no.

Lo que sí debe hacer es tomar un descanso. Luder se hará cargo transitoriamente del gobierno; le he garantizado que no habrá problemas de ninguna especie. Yo me encargaré de hablar con él. En cuanto al lugar de descanso, le recomendé San Martín de los Andes; creo que es un lugar que le hará mucho bien. También voy a hablar con Videla; es un muchacho al que conozco desde hace mucho.

Tampoco con él habrá inconvenientes”, le dijo Tortolo a González al terminar la audiencia.

González lo acompañó a la explanada de la Casa de Gobierno y, de regreso a su despacho, fue llamado de inmediato por la presidenta.

—Me dijo que no debo renunciar de ninguna manera. Si yo renunciase, podría exponer al país a una guerra civil. Pero una licencia de descanso sí puedo tomar sin riesgo alguno, le contó, tranquila y serena por las palabras del monseñor.

González tiene un recuerdo ambiguo de Tortolo, un obispo conservador con mucha influencia en las Fuerzas Armadas.

—Creo que jugaba a dos puntas: el 23 de marzo de 1976 a las 16 nos dijo que Isabel se quedaba, que no había golpe, pero luego nos enteramos de que había estado almorzando con los tres comandantes. No era su confesor, pero Isabel le tenía confianza; él terminó teniendo mucha influencia en ella, producto de la buena fe de Isabel.

La licencia de la presidenta finalmente fue en Ascochinga por un ofrecimiento del brigadier Héctor Fautario; la Fuerza Aérea tenía allí un hotel, era una zona tranquila y él podía traer soldados de Córdoba para brindarle un nivel de seguridad acorde con aquellos tiempos violentos y con su investidura. Fautario sugirió que la viuda de Perón fuera acompañada por las esposas de los tres comandantes, lo cual le trajo un disgusto en su casa pero evitó los celos del Ejército y de la Armada. El gobierno interpretó que el gesto mostraba el respaldo de los jefes militares a la continuidad de la presidenta.

Bajo el paraguas de Tortolo y luego de una reunión a solas en Olivos entre Isabel y Luder, el sábado 13 de septiembre de 1975, a las 19.10, en el Salón Blanco de la Casa Rosada, la viuda de Perón transmitió el mando a quien la seguía en la línea de sucesión presidencial. “ Me parece importante aclararles que no estoy enferma, que necesito un pequeño descanso. Esto es nada más que una pequeña despedida, el gobierno queda en muy buenas manos y todas las resoluciones que tome el presidente interino estarán respaldadas por mí. Este año ha sido muy fuerte y muy duro para cualquier ser humano, sea hombre o mujer. Hasta muy pronto, pues si Dios quiere vendré con renovados bríos y unos kilos más”, dijo Isabel, demacrada, casi sin fuerzas, antes de viajar a Ascochinga.

A esa altura, nadie sabía si Isabel volvería algún día a la presidencia; tanto era así que el Decreto 2523 indicaba que la licencia duraría “ hasta que reasuma”, y el comunicado de Prensa y Difusión hablaba de “ un período de descanso de hasta 45 días”. No eran pocos en el peronismo los que deseaban fervientemente que no retornara; por ejemplo, los “ antiverticalistas”, que ya no respaldaban a la viuda de Perón, como el gobernador de Buenos Aires, Victorio Calabró, y los moderados, que pasaban a tener la manija del gobierno y del Movimiento con Luder y Robledo.

En el cable confidencial número 6248, del 16 de septiembre de 1975, el embajador estadounidense Robert Hill informó a su gobierno varios detalles tragicómicos de la licencia presidencial y del acto donde Luder se transformó en el nuevo mandatario, que le habían sido contados por el nuncio o embajador del Papa, monseñor Pío Laghi:

“ La decisión de la señora Perón de tomar una licencia dentro del país llegó ya entrada la noche del 12 de septiembre. Ella le había informado al vicario castrense, Tortolo, que deseaba tomar la licencia fuera del país, pero él la convenció de que eso sería un serio error político”.

“ El ministro del Interior, Damasco, le aconsejó que tomara la licencia sin delegar la autoridad presidencial o, si eso no era aceptado, imponiendo condiciones a Luder”.

“ Como una muestra del estado de confusión emocional de la señora Perón en ese momento, el nuncio papal dijo que ella quería dramatizar el cambio ‘fingiendo’ una enfermedad y realizando la transferencia televisada con ella en su lecho de enferma en Olivos”.

“ Los militares, finalmente, la persuadieron de realizar una ‘normal’

ceremonia de cambio y de garantizar a Luder el pleno ejercicio del poder presidencial”.

“ La ceremonia del 13 de septiembre fue caracterizada por el nuncio papal como improvisada y completamente desorganizada. Él describió a la señora Perón como ‘patética y neurótica’, y a la atmósfera como ‘altamente emocional’.

“ En cuanto a las personalidades, el nuncio papal describió a la señora Perón como una ‘chica enferma, neurótica’; a Luder como ‘un hombre recatado, formal, correcto, ambicioso’, y al general Videla como un firme defensor de las instituciones que sabe que no tiene cualidades para convertirse en Presidente y que sólo busca mantener la institucionalidad de los militares y del gobierno”.

Siempre según Hill, Pío Laghi le dijo que los jefes militares “ estaban altamente satisfechos con Luder en la Presidencia”; que Cafiero y Calabró, un dirigente metalúrgico enfrentado a Lorenzo Miguel, eran “ otras potenciales figuras presidenciales” dentro del peronismo, y que, en su opinión, Isabel “ deseaba retornar como Presidenta”, pero que eso pasaba a depender del desempeño de Luder en la Casa Rosada.

“ Él (Laghi) tiene la impresión de que si Luder probara ser un presidente efectivo, la señora Perón podría no reasumir la presidencia ya sea por su propia decisión o por la ‘persuasión’ de fuerzas nacionales que abarcan a los peronistas, los sindicatos y los militares”, sostuvo Hill.

Luder era asesor de la UOM y de la CGT y amigo de Lorenzo Miguel, y tenía buenos contactos con radicales e intransigentes y con la Iglesia. Enseguida mostró que no iba a ser una figura decorativa, como pretendía el “ entorno” de Isabel: el lunes 15 de septiembre, en el primer día hábil de su gestión, le pidió la renuncia a los ministros de Interior y Defensa y nombró a Robledo y a Tomás Vottero, un santafesino amigo de Robledo que no sabía mucho de ese rubro porque venía de la banca privada. Robledo era el vicepresidente primero del Partido Justicialista y pasaba a controlar Interior pero también Defensa por sus antiguas relaciones con los jefes militares. Además, Luder ubicó como secretario privado a su hijo, Ricardo, en lugar de González.

El 30 de septiembre, el principal líder de la oposición, el radical Ricardo Balbín, retomó el diálogo con el oficialismo y fue a la Casa Rosada a reunirse con Luder; Balbín propuso mantener la asunción del próximo gobierno en mayo de 1977 pero adelantar las elecciones a noviembre de 1976, como una manera de alejar el fantasma del golpe de Estado, y a la salida enfatizó el compromiso del presidente interino de consultar al Congreso cada decisión trascendente. “ Ahora hay un nuevo presidente en la Casa Rosada”, señaló Balbín, cuando un periodista le recordó que él había suspendido sus encuentros con Isabel hasta que ella satisficiera algunas de las demandas del principal partido de la oposición.

El embajador Hill informó a su gobierno el 2 de octubre, en el cable confidencial 6611, que Balbín insistía desde hacía dos semanas en que la Argentina “ llegará a las elecciones aunque sea con muletas y marcapasos”,

y que el jefe radical interpretaba que “ la ineptitud del gobierno peronista desde la muerte del general Perón le brinda a la UCR una excelente oportunidad para ganar los próximos comicios”, si bien comprendía que “ con el vacío de poder, los problemas económicos y el terrorismo descontrolado, las posibilidades de llegar a las elecciones de 1977 no eran buenas”. Fuentes del radicalismo puntualizaron a Hill que el adelantamiento de los comicios alejaba las posibilidades de un golpe: interpretaban que los militares no saldrían de los cuarteles en el inicio de una campaña electoral, aunque admitían que eso dependía de que Isabel siguiera de licencia o volviera como una figura decorativa. “ Si ella intenta recuperar el poder, ni siquiera las muletas y el marcapasos serán de ayuda”, le confiaron sus informantes.

Otro tema ocupó a Luder y Balbín en aquella audiencia en la Casa Rosada: las nuevas medidas que venía analizando el gobierno con los jefes militares para mejorar la eficacia en la lucha contra la guerrilla. Luder le explicó al líder radical que el Consejo de Defensa que se estaba estudiando serviría para centralizar los recursos del Estado y le prometió tres cosas: que ya no habría “ violencia privada protegida” desde la Casa Rosada, en alusión a la Triple A; que no se implementaría la pena de muerte, y que todos los cambios serían enviados al Congreso.

En Ascochinga, Isabel estaba alojada en un amplio chalet rodeado de un parque por el cual realizaba largas caminatas junto a las esposas de los comandantes; visitaba la iglesia de Santa Catalina, una maravilla del barroco colonial construida por los jesuitas, y asistía a misa en una capilla donde en 1941 había rezado John F. Kennedy, luego presidente de los Estados Unidos, cuando fue huésped de la familia Cárcano. Cumplía una dieta para aumentar de peso y por la noche se entretenía con las películas que Fautario le enviaba por avión.

“ Pedrito” Vázquez la acompañó como su médico de cabecera. González asegura que la presidenta le contó que Vázquez le hacía practicar terapias exóticas. “ Un día —me relató Isabel tiempo después— Pedrito me indicó que debía abrazar el tronco de un árbol y permanecer abrazada a él durante algunos minutos. Era una forma de descargar energía acumulada. De pronto me di cuenta de que varios oficiales de Aeronáutica me estaban observando

de lejos, me solté y corrí desesperaba hacia mis habitaciones. Ahora me doy cuenta de que con esta prescripción me pueden tomar por loca”. Vázquez, que también debía su puesto a López Rega, cayó en desgracia menos de dos meses después, cuando un nuevo achaque presidencial fue diagnosticado como una intoxicación por exceso de remedios.

También Luder asistió a misa aquel mediodía del domingo 5 de octubre, en la capilla de la residencia de Olivos, junto a su familia y algunos amigos. Hacía tres meses, desde que había sido elegido como presidente provisional del Senado, que su nombre aparecía como el más probable sucesor de la viuda de Perón, como el “regente” que permitiría que la crisis del gobierno isabelino no derivara en una crisis del régimen democrático; es decir, que no hubiera golpe militar y se pudiera llegar a las próximas elecciones.

Luder disfrutaba aquel domingo de ese consenso que se iba gestando alrededor de su atildada figura. Robledo, que también se veía como candidato peronista a la presidencia, ironizaba sobre esos deseos de Luder. Antes de irse a Ascochinga, la presidenta le había comentado que el senador podía irse a vivir a la residencia de Olivos mientras durara su licencia.

—Isabel, por el detalle no se preocupe. Luder, con tal de asumir la presidencia de la República, no tiene problemas en alquilar una habitación en la primera pensión que encuentre cerca de Olivos.

Otros temas, más triviales, preocupaban aquel domingo en Olivos a Luder, su familia y sus amigos. Por ejemplo, cómo le iría a un comprovinciano suyo, Carlos Alberto Reutemann, “Lole”, en el Gran Premio de Fórmula 1 en los Estados Unidos; el austríaco Niki Lauda ya se había coronado campeón, pero Reutemann podía ser subcampeón por primera vez en su vida, aunque tenía un duro rival en el brasileño Emerson Fittipaldi. La carrera comenzaba a las 16, como la quinta fecha del Campeonato Nacional de fútbol, donde River Plate era uno de los favoritos.

Pero el título principal de los diarios del lunes 6 de octubre no fue el Gran Premio ni la fecha del fútbol, sino el ataque al cuartel de Formosa.

“Fallido golpe terrorista en Formosa: 27 muertos”, informó *Clarín* en su tapa.

“ Sangriento intento extremista en Formosa”, tituló *La Nación*.

“ A sangre y fuego frustróse el golpe extremista de Formosa”, eligió el vespertino *La Razón*.

La noticia continuó ocupando la primera plana de los diarios nacionales el día siguiente. El martes 7 de octubre, *La Prensa* tituló: “ Hubo en Formosa más bajas de terroristas”, y *La Opinión*, considerado de centroizquierda, dedicó toda su tapa al tema, con una segunda nota titulada “ El país en guerra”, que incluyó un mapa con los “ episodios terroristas” del último fin de semana, en nueve lugares distintos de la Argentina. “ Si algo faltaba para corroborarlo, el ataque de Formosa lo ha demostrado: el país está en guerra; todo el país, a lo largo y a lo ancho de su territorio”, afirmó el diario de Jacobo Timerman, padre de Héctor, actual canciller, ex embajador en los Estados Unidos y uno de los habituales defensores mediáticos del gobierno de Cristina Kirchner. *La Opinión* colocó también en tapa un recuadro, “ Una sola pregunta”, que dio mucho que hablar ya que planteaba dudas sobre la capacidad del gobierno “ para la lucha contra la subversión”, el problema número uno. Es un texto punzante.

“ En los últimos doce meses, cada argentino —honesto— se ha visto sensiblemente empobrecido. La economía es un caos, y cada argentino —honesto— siente que le han mentido en muchas oportunidades.

Pero, de todos modos, cada argentino —honesto— comprueba que el principal peligro que lo acecha es la delincuencia subversiva.”

“ Porque por peligroso que sea el desgobierno económico, político y social, quizá pueda ser resuelto, por las vías específicas, en esos mismos sectores. Pero el incremento visible de la delincuencia subversiva significa la guerra civil.”

“ Por todo ello, cada argentino —honesto— se formula en estos días una pregunta: ¿Puede el gobierno organizar al país para la lucha contra la subversión y dejar de lado sus rencillas internas?”

“ Porque algo debiera quedar claro: el pueblo, constituido por cada argentino —honesto—, quiere luchar contra la delincuencia subversiva para

preservar su Nación, su futuro, sus hijos, de la destrucción y la muerte.”

Todas las fuerzas políticas condenaron el asalto al cuartel. *El Caudillo*, la revista de la ultraderecha peronista, afirmó que “ mientras los políticos tratan de encaramarse a un puesto más alto, los comerciantes compran y venden dólares y los industriales ven la mejor manera de sacar de circulación cualquier mercadería para cobrarla luego más cara, los militares argentinos abonan con su sangre esta tierra para hacerla más fecunda, para reafirmar que el ejército agresor no podrá pasar, sea como sea”. *Nuestra Palabra*, el órgano oficial del Partido Comunista, sostuvo que “ desde el punto de vista político, es un desastre no menor: unifica a la ultraderecha con la derecha y el centro. Desde el punto de vista humano y teniendo en cuenta que no se ha cumplido un objetivo revolucionario, la ‘acción’ se reduce a una lamentable masacre. Estamos, pues, ante otra infausta aventura del extremismo pequeño-burgués”.

El ataque de Montoneros apuntaba al corazón del gobierno peronista: al “ monopolio de la violencia física legítima” que caracteriza a todo Estado moderno, según dijo el economista y sociólogo alemán Max Weber en 1919 y han repetido luego todos los cientistas sociales. En una democracia, la “ violencia legítima” está en manos de la Policía y de los militares, dirigidos por las autoridades políticas surgidas del voto popular. ¿Para qué? Para cumplir con una de las funciones básicas de todo régimen político, que es mantener el orden público y cuidar la seguridad de los ciudadanos. Si no lo hace, pierde eficacia y eso erosiona su legitimidad: la gente, o un sector cada vez más numeroso de la población, comienza a pensar en que otro régimen puede ser mejor.

El sociólogo español Juan José Linz es un experto a nivel mundial sobre el quiebre (*breakdown*) y la consolidación de las democracias. Una de sus conclusiones es que difícilmente una democracia logre sobrevivir a la persistencia de grupos armados, sean de derecha o de izquierda: “ Una autoridad que no está dispuesta o es incapaz de utilizar la fuerza cuando se ve amenazada por la fuerza pierde el derecho a exigir la obediencia incluso de aquéllos no predispuestos a ponerla en duda. La inacción frente a la violencia fascista, nazi o proletaria, la incapacidad o falta de voluntad para

controlarla, ha estado en la raíz del vacío de poder que llevó a la caída de las democracias”.

Claro que una democracia no puede enfrentar “ la violencia fascista, nazi o proletaria” de cualquier manera. Por ejemplo, no puede entregar el control último de la fuerza legítima a los jefes militares o policiales para que actúen por encima de las autoridades elegidas por la gente, como advierte Linz: “ Cuando la decisión de usar la fuerza no puede ser tomada sólo por las autoridades políticas sino que requiere la consulta o la aprobación de los que controlan las Fuerzas Armadas, entonces el gobierno se enfrenta con una seria pérdida de legitimidad”.

Y esto es muy peligroso porque un cambio de régimen, como el quiebre de una democracia y su reemplazo por una dictadura, ocurre “ cuando la legitimidad pasa de un conjunto de instituciones políticas a otro”.

Fue lo que pasó en la Argentina. El lunes 6 de octubre, mientras la opinión pública y los medios seguían conmocionados por la Operación Primicia, Luder se reunió con Robledo en la Casa Rosada: decidieron impulsar tres decretos que satisfacían los reclamos que Videla, Massera y Fautario venían impulsando desde un comunicado que habían firmado el 28 de agosto, luego del nombramiento de Videla y de los atentados contra la fragata *Santísima Trinidad* y el Hércules C-130. Fue un texto corto y claro, en el que los jefes militares ratificaron “ su firme decisión de luchar contra la subversión, combatiéndola sin claudicaciones”, y reclamaron cambios en la legislación para “ coordinar mejor todo el esfuerzo militar” y lograr “ la cohesión entre las Fuerzas Armadas y las Fuerzas de Seguridad nacionales y provinciales, con apoyo de las autoridades civiles”.

Luder convocó al mediodía a todo el gabinete y a los tres jefes militares; Videla había viajado a Formosa y en su lugar concurrió el jefe de su Estado Mayor, el general Roberto Viola. El presidente interino indicó a Vottero, ministro de Defensa, que leyera los tres decretos.

—Se ponen a consideración las firmas de estos decretos para terminar con la subversión —señaló luego Luder.

Nadie dijo nada y los decretos quedaron aprobados por todo el gabinete. El primero de ellos, el número 2770, creaba dos consejos para encarar la lucha contra la guerrilla.

El Consejo de Seguridad Interna, encabezado por el presidente e integrado por los ministros y los tres jefes militares, con la tarea de dirigir “ los esfuerzos nacionales para la lucha contra la subversión”.

El Consejo de Defensa, presidido por el ministro de Defensa e integrado por los jefes del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, que era el que más le interesaba a los militares por sus funciones específicas: “ conducir la lucha contra todos los aspectos y acciones de la subversión”; “ planear y conducir el empleo de las Fuerzas Armadas, fuerzas de seguridad y fuerzas policiales”; “ coordinar con las autoridades nacionales, provinciales y municipales la ejecución de medidas de interés”; “ proponer al Presidente las medidas necesarias a adoptar en los distintos ámbitos del quehacer nacional”, y “ asesorar al Presidente”. La secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia y la Secretaría

de

Informaciones

del

Estado

(SIDE)

quedaban

“ funcionalmente afectadas” a este Consejo, del cual pasaban a depender la Policía Federal y el Servicio Penitenciario Nacional, en todos los casos “ a los fines de la lucha contra la subversión”.

El Decreto 2771 disponía que el Ministerio del Interior firmara convenios con los gobernadores para que la Policía y el Servicio Penitenciario de cada provincia quedaran bajo control del Consejo de Defensa para “ su empleo

inmediato en la lucha contra la subversión”. Esos acuerdos fueron rubricados al día siguiente. Julio González asegura que el gobernador de La Rioja, Carlos Menem, “ tomó presuroso la palabra y dijo: ‘Yo quiero tener la satisfacción de ser el primero en firmar el acta’. Y lo hizo”.

Por último, el Decreto 2772 ordenó a las Fuerzas Armadas, “ bajo el Comando Superior del Presidente de la Nación, que será ejercido a través del Consejo de Defensa”, la ejecución de “ las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país”.

El martes 7 de octubre, el embajador Hill informó a su gobierno en el cable reservado 6713 que “ luego de casi dieciocho meses de respaldos y rellenos no concluyentes, el gobierno finalmente estableció un enfoque unificado para manejar el problema subversivo. Está claro que los eventos en Formosa fueron el catalizador que causó la promulgación de los decretos antsubversivos. Sin embargo, luego de casi dos años de silencio sobre el tema, los analistas periodísticos finalmente apuntaron contra la lentitud del gobierno en el combate al terrorismo. En el popular programa político de Canal 11, Bernardo Neustadt, un muy respetado analista, criticó con dureza el hecho de que tuvieron que ocurrir media docena de grandes ataques contra instalaciones militares en los últimos dos años para que el gobierno actuara. Con mordacidad, Neustadt se preguntó si en su débil situación actual, acosado por disputas internas, el gobierno podría ahora cumplir sus prometidos esfuerzos para tomar medidas más duras contra la subversión”.

Tres días después, en otro cable reservado, el número 6814, Hill analizó el Decreto 2772, que “ da a los militares la autoridad para tomar a su cargo la lucha antsubversiva y para tomar las acciones necesarias para aniquilar a los subversivos”. Y concluyó: “ Las Fuerzas Armadas tienen ahora la autoridad que han buscado durante mucho tiempo para asumir la lucha contra los terroristas, la cual hasta este momento ha sido en gran medida manejada (o mal manejada) por la Policía Federal”.

La trilogía de decretos consagraba la centralidad del Consejo de Defensa, un organismo que sería asistido por el Estado Mayor Conjunto y que estaba diseñado a medida de los jefes militares. Un ministro de Defensa que era un abogado especializado en temas financieros no podía cumplir allí más que

un papel decorativo; no podía evitar, aunque quisiera, que las Fuerzas Armadas se manejaran con una autonomía prácticamente total.

Encandilado por la urgencia política de terminar con el desafío de los dos grupos armados que le disputaban “ el monopolio de la violencia legítima” y, de esa manera, lo ponían en jaque, el gobierno no quiso, no supo o, simplemente, no pudo controlar que los militares lucharan contra la guerrilla dentro del estado de Derecho, que seguía vigente.

Luder se basó en el Decreto 261, secreto, del 5 de febrero de aquel año, firmado por Isabel y sus ministros, que había delegado en las Fuerzas Armadas la ejecución de “ las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de elementos subversivos que actúan en la provincia de Tucumán”, en alusión al ERP.

De nada había servido la experiencia tucumana: sin control civil, los militares dominaron rápidamente todos los resortes de poder en esa provincia, pasando por encima del gobernador, el peronista Amado Juri, y provocando denuncias de violaciones a los derechos humanos, en especial en los centros de detención de personas.

Ruckauf era el ministro de Trabajo y es uno de los pocos sobrevivientes de aquel gabinete, junto con Cafiero.

—Recuerdo que esos decretos vinieron por Luder como una ampliación de lo que Isabel había firmado para Tucumán; Luder dijo que había que ampliar el área de influencia de las Fuerzas Armadas a todo el país y que iban a enviarse esos decretos de inmediato al Congreso, y que se iban a mandar, además, dos proyectos de ley que explicaban la forma de aplicar los decretos y cómo iba a funcionar un mecanismo de control que iba a haber por parte del poder político sobre las fuerzas militares, que obviamente nunca se ejecutó: los tipos hacían lo que querían e inclusive detenían a compañeros nuestros y no sabíamos qué pasaba.

Los tres decretos, que serían ratificados por el Congreso el 29 de octubre, salieron tan rápido porque estaban ya esbozados en las carpetas preparadas por el Estado Mayor Conjunto con el rótulo “ Secreto y Confidencial” que

Videla le había entregado a Vottero el jueves 2 de octubre; luego de ese encuentro, el gobierno anticipó la creación del Consejo de Defensa.

La primera reunión de gabinete en la que Videla, Massera y Fautario presentaron sus demandas para recuperar “ el tiempo perdido” en la lucha contra la guerrilla había sido el 5 de septiembre, una semana antes de la licencia de la presidenta, que estuvo sólo cuarenta minutos de las tres horas y media que duró el cónclave.

Once días después de asumir la presidencia, Luder, que había participado en aquel encuentro, invitó a los tres jefes militares a una reunión de gabinete, como ya se había vuelto habitual con Isabel.

En la entrevista que el autor de este libro le hizo por escrito, Videla revela, en un registro impersonal, que Luder quería “ determinar qué hacer ante el desarrollo inusitado del accionar terrorista escuchando a los Comandantes expresar su respectivo punto de vista. El objeto de la reunión es conocido previamente por los convocados y, siendo el accionar de las organizaciones terroristas un asunto fundamentalmente de desarrollo ‘terrestre’ y por ende de responsabilidad primaria para el EA (Ejército Argentino), los Comandantes de la FAA (Fuerza Aérea Argentina) y la ARA (Armada Argentina) le señalan al Comandante del EA que es él el que debe llevar el peso de la exposición. Éste accede”.

Videla afirma: “ En la exposición del Comandante del EA básicamente se sostiene que superada la capacidad de represión de las Fuerzas de Seguridad y viendo la inoperancia de la justicia, desde el 25 de mayo de 1973, para perseguir eficazmente a los terroristas, se entiende que no hay otro camino que recurrir a las Fuerzas Armadas para ello, dejando constancia de que su empleo reconoce de hecho la existencia de una guerra interna llevada adelante por un enemigo no convencional. Y que ello iba a significar, lisa y llanamente, la guerra y sus secuelas”.

Videla agrega que él “ describió los cuatro (4) cursos de acción sugeridos para el empleo de las Fuerzas Armadas en la lucha contra el terrorismo. La diferencia esencial entre ellos consistía en la graduación que se establecía de la centralización del comando y la toma de decisiones (en las operaciones). Así, el Curso de Acción Número 1 suponía decisiones muy

pautadas, tomadas en los más altos niveles de conducción; esto es, el Consejo de Seguridad Interna, a crearse, integrado por la titular del Poder Ejecutivo Nacional, más los Ministros del Gabinete Nacional, más los Comandantes en Jefe de las tres Fuerzas Armadas. Este Curso de Acción ofrecía mayores garantías respecto de la capacidad de conjurar la comisión de errores. El tiempo estimado para frenar, de esta manera, la amenaza operativa del terrorismo era difícil de mensurar. Más bien se entendía que podía prolongarse *sine die*”.

Es decir que, siempre según Videla, esta forma de encarar la lucha contra la guerrilla aseguraba que se cometerían pocos “ errores” pero sería muy lenta e ineficaz.

“ El Curso de Acción Número 4 suponía efectuar el despliegue, en todo el territorio nacional, de las Fuerzas Armadas, y de las de Seguridad bajo el control operacional de aquéllas. En esta suerte de ‘despliegue disperso’ como se lo llamó, el control de la conducción se divide y se hace más difícil evitar errores y excesos. Esta forma de actuar permitiría neutralizar la amenaza terrorista en, aproximadamente, un año y medio”, señala.

En otras palabras: más “ errores y excesos” pero mayor rapidez y eficacia.

Videla explica que “ los Cursos de Acción 2 y 3 representaban una escala de mayor a menor gradiente en cuanto a la centralización del comando y la toma de decisiones en las operaciones”.

Según Videla, “ no hubo cifras (de víctimas entre los guerrilleros en cada Curso de Acción) sino una estimación conceptual en el sentido de que era menos costoso (para los militares) el Curso de Acción 4 que el 1”.

Videla recuerda cómo terminó el encuentro: “ Un ministro presente en la reunión, creo que el de Justicia, pero no puedo identificarlo, quiso intervenir en la conversación y Luder no lo dejó. Lo interrumpió diciendo: ‘Ya tengo mi resolución. La número 4’”.

Luder ya murió y no puede ser consultado sobre la versión de Videla, pero el 22 de abril de 1985, en el juicio a Videla y a los miembros de las tres primeras juntas militares, el fiscal Julio César Strassera le preguntó si, en

los debates previos a los decretos, se había considerado la adopción de “ métodos extraordinarios para combatir la subversión, tales como la privación ilegítima de la libertad o la obtención de información a cualquier costo e inclusive la supresión física de los elementos subversivos”.

—De ninguna manera. Nunca se pensó que la implementación de las Fuerzas Armadas, o de las policías primero, significara una modificación de la estructura legal y de las garantías que cada ciudadano tiene —respondió Luder.

Cafiero y Ruckauf contestaron en forma similar en aquel juicio. Con relación a la reunión de gabinete del 24 de septiembre de 1975, ambos dijeron al autor de este libro, por separado, que no recordaban la supuesta exposición de Videla.

Más allá de lo que realmente ocurrió en aquella reunión de gabinete, los militares tenían ya tanta autonomía con relación al poder político que el 28 de octubre de 1975, Videla firmó la “ Directiva EA 404 – Lucha contra la subversión”, un documento reservado del Ejército basado en la Directiva número 1 del flamante Consejo de Defensa, por el cual esa fuerza dividió el país en cinco zonas; cada una de ellas fue fraccionada en un número variable de subzonas y de áreas. Por ejemplo, Formosa quedó dentro de la zona 2, la subzona 23 y el área 234, y el responsable fue el jefe del Regimiento de Infantería de Monte 29. Esta zonificación estuvo basada en el Curso de Acción Número 4 que Videla habría expuesto en la reunión de gabinete encabezada por Luder: represión dispersa, capilar, y sin control superior, que luego del golpe del 24 de marzo de 1976, con la cancelación del Estado de Derecho, derivó en la creación de verdaderos “ feudos” a cargo de “ señores de la vida y de la muerte”.

Los militares se preparaban para una represión inédita: cinco días antes, en Montevideo, durante la Undécima Conferencia de Ejércitos Americanos, Videla había señalado que “ si es preciso, en la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la paz del país”.

El último de los decretos, el 2772, introdujo un verbo polémico: “ aniquilar”, un término militar que se usaba en aquel momento y que aludía a la “ destrucción física y/o moral que se busca sobre el enemigo,

generalmente por medio de acciones de combate”. Era más duro que el “neutralizar y/o aniquilar”

del Decreto 261, que había sido auspiciado por el ministro de Defensa, Adolfo Savino, uno de los hombres de López Rega en aquel gabinete, ex embajador en Italia y miembro de la logia Propaganda Due, pero menos que el “exterminar”

conjugado por Perón en una carta el 22 de enero de 1974 a los miembros del cuartel de Azul, que habían sido atacados por el ERP.

Al final de la dictadura, y previendo que podían tener problemas judiciales por las violaciones a los derechos humanos cometidas, los jefes militares aseguraron que había sido una guerra y que ellos no habían hecho más que obedecer esos tres decretos, emitidos por un gobierno democrático; ese mismo argumento fue meneado por los defensores de los comandantes juzgados en 1985. Incluso, sigue siendo utilizado ahora por los partidarios de los militares presos.

Sin embargo, en el juicio contra los comandantes Luder precisó que “aniquilar el accionar de los elementos subversivos” aludía a “inutilizar la capacidad de combate de los grupos subversivos, pero de ninguna manera significa aniquilamiento físico ni violación de la estructura legal que en el país permanecía para derivar todo lo que fuera represión dentro de un marco legal”.

Luder agregó: “Los decretos de ninguna manera suponen la represión fuera de la ley; es, simplemente, agregar al accionar de las policías provinciales la contribución que podían prestar las Fuerzas Armadas porque era necesario salvaguardar no sólo el orden constitucional sino la propia vida de la Nación. Se mantenía toda la normativa, las garantías individuales y, sobre todo, el debido proceso para sancionar a los que estuvieran incurso en algún delito dentro del accionar subversivo”.

En la acusación contra los jefes militares, los fiscales Strassera y Luis Moreno Ocampo destacaron las explicaciones de Luder y resaltaron que “ninguno de los oficiales superiores citados a declarar por la defensa (de los comandantes) entendió que la orden de aniquilar autorizaba a secuestrar,

torturar y matar”. El 18 de septiembre de 1985, Moreno Ocampo enfatizó “ la respuesta del vicealmirante (Eduardo) Fracassi, quien señaló que el concepto del término aniquilar, cuando uno recibe la misión, es terminar con la voluntad del enemigo de seguir combatiendo; y si el enemigo está prisionero, es prisionero; ya terminó con su misión de combate, se acabó”.

En la sentencia, que fue leída por León Arslanian el 9 de diciembre de 1985, los miembros de la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional Federal coincidieron en que la orden de Luder y sus ministros no podía entenderse fuera del contexto jurídico del país en aquel momento, cuando “ la Carta Magna, las leyes de la Nación y los tratados con las naciones extranjeras seguían siendo la ley suprema de la Nación. En ninguno de esos dispositivos se puede encontrar una nota, un signo, un atisbo de que la República abandonó, por algún momento, sus tradicionales métodos de respeto al derecho y a las garantías individuales para abrazar, sin más, a través de un mero decreto presidencial, la causa de la guerra total, absoluta, sin restricciones ni límites ni cortapisas”.

Y aún más: “ No se comprende muy bien la permanente remisión, como alegación defensiva, a un decreto emanado de un gobierno constitucional que fue derrocado, precisamente, por quienes lo invocan y que pertenece, además, a un período anterior al que se juzga, y luego del cual la potestad legisferante pasó a manos de la Junta Militar y del Presidente por ella nombrado”.

En consecuencia, Videla fue destituido y condenado a reclusión perpetua, al igual que Massera.

Luego del ataque en Formosa, el 9 de octubre de 1975 el gobierno aceptó la renuncia del interventor, el santafesino Juan Carlos Taparelli, en el marco del reemplazo de otros tres interventores provinciales, los de Santa Cruz, Salta y Mendoza. Taparelli nunca se había adaptado a esa función y era rechazado por los formoseños, que estaban cansados de los “ paracaidistas” enviados por la Casa Rosada a gobernarlos. En su lugar, el gobierno nombró a un peronista formoseño: Horacio “ Papucho” Gorleri.

La guerrilla por un lado y los militares por el otro atenazaron al gobierno peronista, que pasó a depender del Ejército para controlar el orden público,

casi un certificado de defunción para cualquier democracia, como enseña Linz a partir de sus estudios sobre la llegada al poder de los fascistas y los nazis en Italia y Alemania.

Linz muestra que en esos dos países los dirigentes de izquierda no valoraban la democracia liberal, “burguesa”; no les parecía importante el esfuerzo por mantenerla y, en algunos casos, hasta pensaban que la irrupción del fascismo los favorecería, como decía un parlamentario del Partido Comunista Alemán a principios de 1932: “Cuando los fascistas lleguen al poder se formará un frente unido del proletariado y barrerá todo. Morir de hambre bajo Brüning (primer ministro de centroderecha) no es mejor que bajo Hitler. No tememos a los fascistas. Van a fracasar más rápidamente que cualquier otro gobierno”.

También sirve para la Argentina la advertencia final de Linz a quienes todavía piensan en la superioridad de la revolución, como condición para una democracia real, socialista, material, popular, que supere los vicios y las limitaciones de la democracia formal, liberal, burguesa, clasemediera: “Deberían recordar que por cada revolución que tiene éxito ha habido más contrarrevoluciones victoriosas que han supuesto no sólo el mantenimiento del statu quo sino, frecuentemente, una pérdida de lo que se había ido ganando y unos costos tremendos para los que estaban a favor de aquellos cambios radicales”.

Capítulo 16

OceanofPDF.com

CUANDO LUDER NO FUE COBOS

Yo no me puedo hacer cargo (del gobierno) porque me van a tildar de traidor y yo no voy a ser el traidor de la señora de Perón.

Ítalo Luder, el viernes 10 de octubre de 1975 por la noche en su departamento, durante una reunión con los ministros Ángel Robledo y Tomás Vottero y los tres jefes militares.

Era un día peronista: el sol brillaba en un cielo sin nubes aquel viernes 17 de octubre de 1975, cuando el lujoso yate *Itatí* navegaba por los canales del Delta con los tres comandantes a bordo, que saboreaban una entrada de palta con langostinos servida por un suboficial de guantes blancos. A treinta kilómetros, la Plaza de Mayo se iba llenando de peronistas dispuestos a escuchar el primer discurso de la presidenta Isabel Perón luego de una licencia por enfermedad que había durado treinta y tres días; algunos grupos cantaban la consigna de la hora: “ Si la tocan a Isabel, va a haber guerra sin cuartel”.

En el Delta, el brigadier Héctor Fautario miraba con desconfianza al general Jorge Videla y al almirante Emilio Massera. Los conocía bien, desde hacía muchos años, y había tenido una fuerte discusión con ellos cuatro días atrás, en la sede del Ejército, cuando él había rechazado la invitación a un golpe militar contra el desfalleciente gobierno peronista. Aquella mañana, Massera lo había llamado por teléfono.

—Te invito con Videla a un viajecito por el Delta, así almorzamos y nos tranquilizamos un poco porque estamos todos muy nerviosos.

Fautario, un entrerriano de 51 años, manejaba con mano de hierro a la Fuerza Aérea desde 1970 y era el único comandante que, sin ser peronista sino “ un profesional a las órdenes de la Constitución”, como le gustaba definirse, había sobrevivido a las gestiones de Héctor Cámpora, Raúl Lastiri, Juan Perón e Isabel. Pero ya se notaban algunas fisuras en la cúpula de la Aeronáutica.

—Mirá, nosotros te queremos hablar a raíz de lo que está pasando para que revises tu posición; esta situación no da para más: fijate el problema de la subversión, los gremios que pasaron a dominar el gobierno, esta mujer que no controla la situación pero que no quiere irse... —le dijo Massera, que llevaba la voz cantante en ese tipo de reuniones.

—Nosotros no estamos preparados para gobernar, no insistan con eso. Estoy cansado de los salvadores de la patria que luego tienen que dejar el gobierno por la puerta de atrás —contestó Fautario.

—Esta vez va a ser distinto; se va a hacer cargo del país una junta militar y se va a respetar el 33 por ciento para cada fuerza —prometió Videla.

—A mí no me enrosques la víbora. El Ejército, como siempre, se va a quedar con la principal porción; después, vendrá la Marina, y a nosotros, a la Fuerza Aérea, nos quedarán las migajas.

—Mirá, pensalo bien. Tenemos todo preparado: va a ser el 24 de marzo, que es la mejor fecha para todos —intervino Massera.

—No tengo nada que pensar. Mi posición sigue siendo negativa.

Los tres comensales repitieron otros argumentos utilizados el lunes 13 de octubre, cuando se habían reunido para analizar los ascensos de fin de año.

—Ya viste lo que pasa: los políticos no quieren hacerse cargo de la situación.

Los tres nos reunimos con Luder y con Robledo; cada uno de nosotros habló con Balbín y con otros políticos. ¡El país se va a la mierda y ellos se hacen los boludos! —se exaltó Massera.

—Me parece que ustedes se están apresurando. El año próximo hay elecciones y se termina el mito de que el peronismo no puede ser derrotado en las urnas.

Dejemos que las cosas se solucionen como tienen que solucionarse —replicó Fautario.

Fautario pensaba que el peronismo podía ser derrotado en los próximos comicios, pero Massera y Videla desconfiaban de las posibilidades electorales de Ricardo Balbín, el candidato “natural” de la UCR, y ponían como ejemplo los resultados en las elecciones de gobernador de Misiones, en abril de aquel año, ganadas por el oficialismo. Según un cable confidencial del embajador estadounidense, Robert Hill, a su gobierno, la mayoría de los militares “y muchos políticos opositores, han llegado a la conclusión de que no importa cuántos fragmentos haya en el peronismo: uno u otro de esos segmentos probablemente ganará las próximas elecciones, no con el 62 por ciento de los votos como en septiembre de 1973, pero sí con un 30 por ciento o algo así, lo cual será más que el tradicional 25 por ciento de la UCR”. Hill agregó el comentario reciente de una fuente militar a uno de sus colaboradores: “¿Por qué esperar hasta unas elecciones que simplemente perpetuarán un fracaso que es ya tan evidente? Es mejor movernos ahora”.

Fautario suele recordar que Videla y Massera le dijeron que la fecha del 24 de marzo se debía a que Ejército y Marina necesitaban algunas semanas para adiestrar a los conscriptos de la clase 1955, que se incorporaban a principios de 1976, pero que, al mismo tiempo, no podían demorar mucho el golpe porque debían anticiparse al inicio de la campaña para las elecciones, que habían sido anticipadas a octubre de 1976.

Una fuente muy cercana a Fautario sostiene que este brigadier está convencido de que “el detonante del golpe fue Formosa: murieron diez conscriptos, estúpidamente, y eso impactó mucho. A partir de ahí el golpe fue imparable; los políticos, en primer lugar, no lo pararon. Para el Ejército, el problema mayor pasó a ser que la subversión había salido de Tucumán”.

Videla y Massera ya recelaban de Fautario: consideraban que mantenía una actitud prescindente en la lucha contra la guerrilla, que en Tucumán, por ejemplo, se limitaba al transporte de soldados y equipos de otras fuerzas.

“Ningún hombre mío va a entrar al monte; es una cuestión muy delicada: se sabe cómo empieza, pero no cómo termina”, había advertido Fautario al gobierno de Isabel en febrero de aquel año.

Esas diferencias se saldaron a fines de 1975, cuando Fautario fue reemplazado por el brigadier Orlando Agosti luego de una rebelión dentro de la Fuerza Aérea que comenzó el 18 de diciembre con la toma del aeroparque Jorge Newbery y duró cuatro días. Agosti era el candidato de Massera y Videla, quienes se habían reunido con oficiales descontentos con la conducción de Fautario en la Base Aérea de El Palomar. En un momento de la crisis, Fautario fue a la residencia de Olivos e intentó ver a la presidenta, quien no lo recibió. Le envió entonces un mensaje a través del edecán de la Aeronáutica: “ Cuídese, señora, porque a usted la van a echar en marzo”. Fautario sigue convencido de que si no lo hubieran desplazado, no habría habido golpe “ sin la Fuerza Aérea o, mejor dicho, con la Fuerza Aérea en contra”.

El ataque al cuartel de Formosa selló la suerte del gobierno de Isabel al provocar una serie de reacciones en cadena no sólo en la cúpula militar sino también en el peronismo, el sindicalismo y el radicalismo. En primer lugar, el martes 7 de octubre el ministro de Interior, Ángel Robledo, se trasladó bien temprano a Ascochinga para reunirse con Isabel Perón; al mediodía, también viajó el presidente interino, Ítalo Luder, y ambos regresaron a Buenos Aires por la tarde. Las visitas sorprendieron a todos, hasta a los funcionarios más cercanos a Luder y Robledo, quienes en una declaración oficial apenas dijeron que habían compartido un “ té” extendido con la viuda de Perón.

Aquel día, uno de los columnistas estrellas de *La Opinión*, Heriberto Kahn, con muy buenas fuentes entre los militares, en especial en la Armada, informó en la tapa que los militares deseaban ahora que la lucha contra la guerrilla se convirtiera en el punto número uno de la agenda nacional y cuestionaban la capacidad de una presidenta enferma para liderar esa pelea.

Cuando volvió de Ascochinga, lo primero que hizo Robledo fue avisar por teléfono a cada uno de los jefes militares que la presidenta había decidido retornar a Buenos Aires y reasumir el gobierno, posiblemente el 17 de octubre o antes porque quería encabezar el acto por el aniversario número treinta del Día de la Lealtad. Robledo había sido ministro de Defensa y había dejado entre los militares una imagen de político inteligente y dúctil. Los tres comandantes se mostraron molestos por la novedad y le recordaron

que ellos, la semana anterior, en una reunión en su casa, le habían dado el visto bueno a la posibilidad de que Luder se hiciera cargo del gobierno hasta las elecciones. “ Se le manifestó que, si fuera por la vía legal, no tendrían oposición”, cuenta ahora Videla. En aquella reunión, habían analizado tres mecanismos posibles: que Isabel extendiera su licencia, renunciara o fuera desplazada a través de un juicio político a causa de presuntas irregularidades, como la firma de un cheque de un fondo asistencial, la Cruzada de Solidaridad Justicialista, para pagar una deuda privada de Juan Perón con las hermanas de Evita por la sucesión de su ex esposa.

Robledo terminó su ronda telefónica invitando a los jefes militares a un encuentro con Luder y con él en el departamento del presidente interino, en la calle Posadas, en el barrio de la Recoleta, el viernes 10 de octubre por la noche.

La situación dentro del peronismo y del gobierno era tan fluida que desconcertó a la propia embajada de los Estados Unidos. El miércoles 8 de octubre, el embajador Robert Hill envió a su gobierno el cable reservado 6731, donde indicó que sus fuentes le habían dicho que Robledo “ gastó varias horas tratando de convencer a la señora de Perón de que no debía reasumir la Presidencia”, y que “ cerca del mediodía Robledo llamó a Luder pidiéndole que viajara inmediatamente a Ascochinga para reforzar sus argumentos”. Dos días después, el viernes 10 de octubre, Hill corrigió esa información sobre la base de los testimonios de “ varias fuentes bien informadas”: en el cable reservado 6749, citó al periodista José Claudio Escribano, de *La Nación*, quien, según él, le contó que el día anterior, el ministro de Economía, Antonio Cafiero, le había asegurado que, cuando Robledo llegó a Ascochinga, encontró a Isabel “ absolutamente determinada a volver y a reasumir la Presidencia”. Robledo no insistió en el tema y llamó a Luder para que “ viera que la señora de Perón estaba determinada a volver y entendiera que no era él quien la había persuadido”.

Hill agregó que otras fuentes acababan de decirle que los militares “ están al borde de tomar la decisión de no permitir a la señora de Perón que regrese a la Casa Rosada. La embajada no tiene evidencias sólidas para confirmar esto, pero más allá de si es verdad o no, la gran mayoría en Buenos Aires,

incluyendo políticos experimentados, espera, repito: espera (textual), que los militares tomen alguna medida entre ahora y el 17 de octubre para prevenir la reasunción del poder de parte de la señora de Perón”.

Aquella noche, Videla, Massera y Fautario fueron al departamento de Luder, donde los esperaban el dueño de casa, Robledo y el ministro de Defensa, Tomás Vottero, los tres santafesinos que formaban el núcleo duro del gobierno.

Hay dos versiones de ese encuentro. Por un lado, Fautario recuerda, según uno de sus allegados, que Robledo les preguntó: “ Señores, ¿cómo seguimos?”, apenas los comandantes se sentaron a la mesa donde los esperaba una picada de quesos y embutidos. Antes de que los visitantes contestaran, Robledo enumeró una serie de problemas, entre ellos la violencia política, la inflación y la fuga de capitales.

—Si seguimos así, vamos a tener algún problema serio en cualquier momento. ¿Ustedes han pensado en tomar alguna actitud?

Eso era lo que todo el mundo quería saber en aquel momento: si las cúpulas militares pensaban desplazar a Isabel luego de que trascendiera que ella quería reasumir la presidencia.

—Luder, si usted quiere hacerse cargo y se busca un mecanismo legal, nosotros no nos vamos a oponer y el país va a salir adelante —lanzó Massera.

—Yo no me puedo hacer cargo porque me van a tildar de traidor y yo no voy a ser el traidor de la señora de Perón —contestó Luder.

La segunda versión de esa picada es la de Videla, quien cuenta que Robledo les habló “ acerca del ‘cansancio de la presidenta’ y la posibilidad de que mediante la utilización de la vía legal, sea Luder quien asuma el gobierno.

Luder pide: ‘Déjenmelo pensar’. A los pocos días, y vía Robledo, Luder da su respuesta: ‘No le puedo ser desleal a la señora’”.

El general Albano Harguindeguy, que a principios de febrero de 1976 sería nombrado jefe de la Policía Federal en una muestra de la influencia que habían alcanzado las Fuerzas Armadas, confirma que en octubre de 1975 los militares ya se habían convencido de que el problema era Isabel.

—La presidenta no tenía ninguna capacidad para gobernar, y el PJ estaba dislocado. Nosotros nunca dimos un nombre propio, nunca hubo una definición sobre eso; además, la situación era muy dinámica, muy cambiante. Luder nos conformaba. Era un hombre reflexivo, se podía conversar, era tranquilo, pero parecía el Reutemann de ahora: dudaba, no se decidía. Unos meses después, cuando yo fui a visitarlo como nuevo jefe de la Policía Federal, le insinué que una solución rápida sería que él fuera el presidente. Me corta de plano: “ ¿Cómo vamos a echar a la esposa del fundador de nuestro Movimiento?”, me dice.

El peronismo y el sindicalismo estaban divididos sobre cómo solucionar la crisis política. Había dos grupos muy enfrentados. En un rincón se agrupaban el “ entorno” de Isabel; Lorenzo Miguel y la mayoría de los sindicalistas de primera línea, y los políticos “ verticalistas”: sostenían que el único camino para salir de la crisis era “ respetar la voluntad de Perón y del pueblo” y defendían la continuidad de la presidenta. El gobernador de La Rioja, Carlos Menem, se contaba entre los “ leales”.

En el otro rincón militaban los “ antiverticalistas” del Grupo de Trabajo, que reunía a treinta y un diputados del Frente Justicialista de Liberación: pensaban que la única manera de evitar el golpe era reemplazar a Isabel. Figuraban allí la actual ministra de Defensa, Nilda Garré; el democristiano Carlos Auyero, el sindicalista Ricardo De Luca; Julio Mera Figueroa; Luis Sobrino Aranda; y el ex secretario de Cultura y ex titular del Comité Federal de Radiodifusión Julio Bárbaro. También pensaban así algunos sindicalistas, como el gobernador de Buenos Aires, Victorio Calabró, que controlaba varias seccionales importantes de los metalúrgicos en su provincia y en Santa Fe.

El secretario Técnico y secretario privado de la presidenta, Julio González, figura clave del “ entorno”, afirma que “ todo el elenco: Luder, Robledo, Massera, etcétera, quería la caída de Isabel, su renuncia, para ser reemplazada por Luder, que representaba los intereses del poder económico

y financiero de la época, que luego se verían reflejados en el Proceso (la dictadura). Hubo muchos intentos para que Isabel renunciara. Yo siempre me opuse a eso porque sabía que estaba en juego la República. Llegamos a marzo de 1976 porque yo evito que caiga antes”.

En esa línea, Lorenzo Miguel, que luego de la caída de José López Rega se había convertido en la figura que más influía en el gobierno, repetía una frase famosa en el Movimiento: “Nadie debe sacar los pies del plato”. Él había logrado una posición de poder y no quería resignarla, pero también preveía que, si los militares volvían al gobierno, caerían los salarios, los gremios perderían fuerza y él y otros dirigentes sindicales irían a la cárcel o serían, incluso, muertos. Era parecido a lo que pensaba el embajador Hill: “Si los militares tomaran el poder, bien podrían no controlar al sindicalismo simplemente haciendo un trato con sus líderes, como hicieron en 1966 (en el golpe de Onganía contra Illia). Ellos podrían tener que usar la fuerza”, informó a su gobierno.

El 15 de octubre de 1975, Roberto Digón, secretario general del sindicato de los empleados del tabaco, estaba de visita en la sede de la Unión Obrera Metalúrgica cuando a su anfitrión le avisaron que estaba llegando la presidenta al aeroparque porteño, de vuelta de su licencia.

—Vení, acompañame a recibirla a Isabel —le dijo Lorenzo, a pesar de que Digón militaba en un sector ubicado a su izquierda, aunque dentro del peronismo.

—Bueno, cómo no. Me tomo un taxi.

—¿Estás loco? Venite conmigo.

Lorenzo y Digón subieron al auto blindado en el que se desplazaba el jefe de las 62 Organizaciones Peronistas, que era seguido por otros coches con sus guardaespaldas.

—Roberto, si vienen los militares, vamos a perder todos. Aguantemos un año más —le comentó Lorenzo durante el viaje.

Cuando llegaron al Aeroparque, un comodoro con una ametralladora quiso impedir el paso de Digón, pero Lorenzo le bajó el arma y lo reprendió a los gritos. Había varios políticos y sindicalistas esperando a la presidenta, que apenas bajó del avión, les dijo que “volvía con todas las fuerzas para cumplir el mandato del General”, y todos respiraron aliviados.

Entre los jefes militares, Massera tenía un proyecto presidencial propio y, mientras planificaba qué hacer para lograr que el Ejército cumpliera sus promesas de otorgarle a la Armada un tercio del extendido aparato estatal y rotar al presidente que surgiera del golpe, mantenía amables tertulias con Isabel y con diversos grupos políticos, entre ellos los “antiverticalistas”. Bárbaro cuenta que “fuimos dos veces a comer a la Marina. Una vez, Massera nos dijo una frase sobre Isabel que no me olvido nunca: ‘Si la echan ustedes, gobiernan ustedes; si la echamos nosotros, gobernamos nosotros’. Estábamos Nilda Garré, Auyero, Sobrino Aranda, yo...”

Los diputados escucharon eso, dedujeron que se venía el golpe y corrieron a verlo a Luder. Bárbaro sostiene que “él estaba más al tanto que nosotros de todo eso”.

—Yo no voy ser el que traicione a la señora del General —les dijo.

—Ahí está el sillón de Rivadavia, y ahí están las rejas de la cárcel. No hay más para elegir —intervino Bárbaro.

—No, algún día seré presidente con el apoyo de todo el peronismo.

La negativa de Luder desanimó también a sus aliados sindicales, como el senador por Santa Fe Afrio Pennisi, que era secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica de la capital de esa provincia.

—Se cagó Luder —le contó Pennisi a Oscar Lamberto, un joven contador de Gobernador Gálvez que colaboraba con él y que ahora integra la Auditoría General de la Nación tras haber sido diputado, senador y secretario de Hacienda.

Cafiero, en cambio, valora el gesto de Luder como un acto de lealtad al peronismo y a la voluntad popular.

—Para algunos, racionalmente hablando, sí, Luder era una solución; pero claro, la política no es sólo racionalidad. Luder contestaba con el argumento de que no quería ser un traidor a la señora de Perón, y algunos de nosotros se lo dijimos: yo le advertí que si él aceptaba, si decidía asumir la presidencia, iba a pasar a la historia con la categoría de traidor. En aquel tiempo se respetaban ciertos valores, no existía (Julio) Cobos; si Luder hubiera sido Cobos...

La “solución Luder” implicaba el desplazamiento de Isabel, una movida a la que los políticos moderados del peronismo no se animaron: “Era pasar por arriba de la persona elegida por Perón y por el pueblo; eso privó más en el ánimo de los dirigentes que queríamos una solución transaccional: Luder, Robledo, yo...”, explica Cafiero.

Hay que tener en cuenta que Juan Perón había muerto hacía muy poco y que muchos dirigentes y analistas políticos calculaban que la eventual expulsión de la viuda de Perón de la Casa Rosada no haría más que profundizar las divisiones del justicialismo. Pensaban que el apellido Perón era lo único que podía mantener unido al Movimiento. Ya aparecían en el horizonte los comicios anticipados para octubre de 1976: llegar a ellos con el oficialismo aún más dividido de lo que estaba no parecía ser la mejor táctica para retener el gobierno, y la perspectiva de conducir al peronismo a su primera derrota electoral no debía ser muy halagüeña para un político experimentado y con ambiciones como Luder.

Paradojas de la historia, como le anticipó a Bárbaro y a los diputados “antiverticalistas”, Luder fue luego candidato presidencial de todo el peronismo, en 1983, pero terminó llevando a su partido a su primera derrota en las urnas.

La figura de aquellos días fue Luder; para comprender lo que sentía y pensaba sobre la compleja situación de la que era uno de los protagonistas estelares existe un cable “secreto” de Hill a su gobierno en el cual el diplomático revela el contenido de “una charla informal” entre Luder y el consejero político de esa embajada. La conversación fue el 5 de noviembre de 1975 a las 17, cuando la última posibilidad real de evitar el golpe militar ya se había desvanecido; Hill envió al consejero político al despacho del

senador porque “ sintió que era inapropiado verlo en este momento”. Éstos son los tramos más interesantes de ese informe:

“ Luder francamente admitió que ninguna solución real es posible mientras la señora de Perón ocupe físicamente el sillón presidencial.

‘Su salud —dijo él —simplemente no le permite gobernar’. Luego, él sonrió y dijo que ‘dudaba’ que ella tuviera problemas con la vesícula; más bien, sus problemas son la extrema tensión nerviosa, la consecuente incapacidad para mantener algo en su estómago, y ‘problemas intestinales’. Dejando a un lado cualquier juicio sobre su competencia, dijo él, el hecho es que ella simplemente no es física o mentalmente capaz de gobernar el país. Por lo tanto, existe un vacío de poder confirmado y eso es siempre peligroso”.

“ Obviamente, dijo él, la solución más simple sería un ultimátum militar exigiendo su renuncia y luego subirla a un avión para que se reúna con López Rega en Madrid, pero eso podría crear una situación muy explosiva. La señora de Perón perdió sus importantes bases de apoyo, pero todavía existen miles de trabajadores y otros peronistas que la respaldan. Si ella actuara irracionalmente y, en respuesta a ese ultimátum, convocara a sus simpatizantes a defenderla, las Fuerzas Armadas se encontrarían enfrentadas contra los trabajadores”.

“ Por lo tanto, continuó Luder, deben ser encontrados medios ‘menos abruptos’ para mover a un lado a la señora de Perón. ‘Pero es un difícil y doloroso problema’, dijo él. ‘Por un lado, ella no puede proveer ninguna forma de gobierno efectivo; por otro lado, ella es la presidenta constitucional. Más aún: ella puede ser extremadamente terca’”.

“ Luder opinó que si fuera por la señora de Perón, probablemente renunciaría. Desafortunadamente, ella está rodeada por ‘oportunistas inescrupulosos’ que la mantienen aislada de la realidad y que le insisten en que se quede por el bien del país. En realidad, dijo él, sólo les interesa su propia posición y bienestar. Él dijo que entendía que la señora de Perón hablaba con López Rega por teléfono varias veces al día. Eso no era una buena señal sobre una actitud responsable de su parte ya que de López Rega podía esperarse que le diera las instrucciones más irracionales”.

Siempre según Hill, Luder expresó un “cauto optimismo” sobre la posibilidad de que él y sus colegas políticos encontraran una “solución institucional” a la crisis política, que debería pasar por la renuncia de Isabel o una nueva licencia presidencial, que esta vez debería ser, en las palabras del senador, “muy prolongada”. Luder admitía que no tenían mucho tiempo para hallar la salida: “El país debe retornar a un gobierno efectivo, de un modo u otro...”

En este marco, Isabel tenía la llave para la “solución institucional” de la crisis: ella no podía ya llenar el vacío político en el que se hundía su gobierno porque el alejamiento de López Rega, su mentor político junto a Perón, la había dejado fuera de juego, pero el único dirigente que podía reemplazarla en aquel momento, Luder, se negaba a tomar su lugar si ella no lo dejaba por su propia voluntad.

El ex presidente y actual senador por La Rioja, Carlos Menem, era gobernador de su provincia. En una entrevista con el autor, en su casa en Buenos Aires, Menem dijo que el golpe no pudo ser evitado por las divisiones en el peronismo y por la influencia que López Rega todavía conservaba sobre Isabel.

—Habría sido excelente que Isabel le transfiriera el poder a Luder para completar su mandato. No es que Luder no haya querido reemplazarla, sino que había muchos justicialistas que se oponían; querían que siguiera Isabel: los “verticalistas”, el entorno... Isabel no quería ser sustituida; no ella sino que el que se oponía a cualquier tipo de cambio era López Rega: él seguía teniendo influencia en el gobierno, aun cuando vivía en España; las comunicaciones eran permanentes. Luego, los leales al gobierno hicimos lo imposible para sostener al gobierno hasta las elecciones. A Isabel le faltaba la capacidad de mando que debe tener un presidente o una presidenta, y la situación se tornó incontrolable.

La Unión Cívica Radical, el principal partido de la oposición, intentó mantenerse al margen de la crisis con el argumento de que la solución pasaba por el oficialismo; el líder del partido, Ricardo Balbín, sostenía que Isabel no estaba en condiciones de gobernar y pensaba que una regencia de Luder hasta los próximos comicios sería una buena salida, pero decía que esa medida dependía del aval de todo el peronismo. Según Balbín, él y el

radicalismo poco podían hacer frente a la crisis del gobierno y del Partido Justicialista, más que reclamar que se llegara a las elecciones aunque fuera con “muletas y marcapasos”; de allí su desdichada frase en el mensaje por radio y TV en contra del golpe poco antes del 24 de marzo de 1976: “Algunos suponen que yo he venido a dar soluciones y no las tengo”. Balbín calculaba que el mal gobierno de la viuda de Perón le daba a los 71 años la última oportunidad de llegar a la presidencia en los comicios de aquel año.

El liderazgo de Balbín era cuestionado dentro del radicalismo por Raúl Alfonsín, que también mantenía reuniones con los militares que conocía, como Harguindeguy, con quien había ido al Liceo Militar General San Martín.

“Hablabamos bastante, puteábamos por lo que pasaba. Alfonsín creía que el problema era la ultraizquierda, Montoneros y el ERP, no la izquierda porque él tenía componentes de izquierda en su partido y en él mismo, más en el partido que en él mismo. Decía que Montoneros y el ERP eran inmanejables”, afirma Harguindeguy.

El politólogo español Juan José Linz creó una categoría: “la abdicación de los moderados”, que explica el comportamiento de los políticos que, en teoría, podrían haber frenado el derrumbe de la democracia y su reemplazo por una dictadura en diversos países, como Alemania, Italia y España. En esas naciones, como ocurrió en la Argentina, la falta de eficacia del gobierno en la resolución de problemas que se fueron volviendo insolubles terminó erosionando la legitimidad del oficialismo y polarizando a la sociedad, donde aparecieron “oposiciones desleales”, que buscaban cambiar el régimen democrático proponiendo soluciones de derecha o de izquierda. El poder fue pasando del liderazgo elegido democráticamente a “fuentes de autoridad que no pertenecen a ningún partido y que están por encima de los partidos”, como las Fuerzas Armadas.

Según Linz, “uno de los signos de la crisis de un régimen, y en última instancia uno de los factores contribuyentes a su caída, es la tendencia del liderazgo militar a tomar una postura de ‘estar a la espera’, a identificarse públicamente con el ‘Estado’ o la ‘Nación’, y a evitar comprometerse con el régimen”, como bien pudo comprobar Cafiero cuando era ministro de Economía y pidió el aval de los tres comandantes a un viaje crucial a los

Estados Unidos para solicitar financiamiento y asistir a la reunión del Fondo Monetario Internacional.

—“ Bueno”, me dice uno de ellos, no sé si fue Massera o Videla: “ ¿Qué hay que hacer?”. “ Hagan un pronunciamiento público de que las Fuerzas Armadas respetan el orden constitucional. Esto no es más que compensar las actitudes del gobierno con una cantidad de cosas que nos han venido pidiendo”. Nos despedimos muy amablemente. Al día siguiente, sale un comunicado de los tres comandantes donde dicen: “ Las Fuerzas Armadas, a esta altura del proceso en desarrollo, respaldan el orden constitucional”. Yo los volví a llamar y les dije: “ Ustedes me están engañando porque esta frase invalida todo lo que habían venido prometiendo; ahora, si ustedes están dispuestos a dar un golpe, háganse cargo de derribar nuevamente un gobierno constitucional que está dispuesto a seguir gobernando el país”. Se miraron, dijeron algo, pero yo ahí tuve la certeza, y le dije luego a mis amigos: “ ¡Qué dato más necesitamos para saber que están detrás del golpe!”

Un tema clave para evitar el derrumbe de una democracia, según Linz, es la calidad del liderazgo democrático, del presidente o presidenta. El caso argentino nunca fue muy auspicioso en ese sentido: uno de los cuatro ministros de Trabajo de Isabel, Ruckauf, afirma que ella “ estaba muy angustiada; no entendía mucho lo que pasaba. Había aprendido de la Argentina lo que Perón le había contado, pero no conocía a los protagonistas y no entendía por qué había tanta violencia política. Era muy raro lo de Isabel: a veces parecía tener mucho temperamento; otras veces parecía estar despistada de la realidad”.

La viuda de Perón retornó de Ascochinga el miércoles 15 de octubre de 1975

a la noche; el jueves 16, por la tarde, reasumió la presidencia, y el viernes 17, a las 17, leyó un discurso desde el balcón de la Casa Rosada a la multitud reunida en la Plaza de Mayo, unas 50 mil personas. Isabel recordó a su esposo, que treinta años atrás había fundado el Movimiento; convocó a la unidad del peronismo; prometió diálogo con la oposición democrática; alabó a las Fuerzas Armadas, y aseguró que su gobierno lucharía por todos

los medios contra la guerrilla, incluso contra “ aquellos que usan el nombre del peronismo”, en alusión a Montoneros.

El discurso no tuvo ningún efecto: nadie le creyó, y la situación política siguió deteriorándose a una mayor velocidad. Muchos argentinos fueron convenciéndose de que los militares eran la única solución frente a los problemas que el gobierno peronista no parecía capaz de resolver, como la violencia política, la inflación y la corrupción. Los golpes eran frecuentes desde 1930, pero la novedad era que el consenso en favor de la ruptura democrática trascendía largamente a los sectores afines al “ partido militar”, como recuerda el periodista británico Robert Cox, director del *Buenos Aires Herald*.

—El golpe de 1966 contra el radical Arturo Illia había sido arreglado con la prensa. En 1976, eso no fue necesario: la mayoría de la gente lo esperaba y lo deseaba. Desafortunadamente, muchos argentinos estaban siempre buscando a los militares para que entraran al gobierno, ordenaran el país y dieran luego elecciones. Los civiles estaban golpeando las puertas de los cuarteles, y eso formaba parte de la tradición política del país. Pero, pasaba ahora también con gente de la izquierda: recuerdo que con mi mujer nos encontramos en una recepción en la embajada de Egipto con un periodista de *El Cronista Comercial*, que militaba en la izquierda, y con su esposa, que estaba embarazada. Ellos eran jóvenes y confiaban en que un gobierno militar pondría en marcha una represión más legal que el gobierno de Isabel Perón, en el que aparecían cuerpos carbonizados, en zanjones...

Cox cuenta que “ todo 1975 se vivió como una tragedia griega, que desembocó en el golpe. Era algo muy impresionante: una tormenta de violencia con matanzas, secuestros, bombas. Era obvio que eso no podía durar mucho tiempo. El gobierno de Isabel era terrible: había también corrupción, inflación, desabastecimiento; faltaba hasta papel higiénico. Yo igual creía que era posible llegar a las elecciones, y que había que hacerlo porque uno de los graves problemas del país era la discontinuidad democrática. El gran problema en la Argentina es que no hay paciencia”.

Apenas algunos datos que ilustran el panorama en las vísperas del golpe: cada cinco horas ocurría un asesinato político, y cada tres estallaba una bomba, informaba *La Opinión*; Isabel había nombrado a un ministro cada

veinticinco días; y la inflación llegó al 38 por ciento en marzo de 1976 y al 98,1 por ciento en los tres primeros meses de 1976.

Claro que el consenso que se había formado no era en favor de la dictadura que vino después, sino de un golpe más tradicional, en el que los militares estuvieran poco tiempo en el gobierno, el suficiente para solucionar los problemas que habían llevado a la crisis institucional, como la violencia política, y llamaran luego a elecciones. Así habían sido, en general, los golpes en América latina y en la Argentina; un “ modelo moderador” del sistema político, según el concepto del politólogo estadounidense Alfred Stepan. Pero Stepan advertía que esa pauta dependía de que los militares aceptaran “ la legitimidad y viabilidad de la forma parlamentaria de gobierno” y de “ su convencimiento de que, en comparación con los civiles, es relativamente baja su capacidad de mando en la esfera política”.

El problema fue que ese tipo de golpes ya no era posible en la Argentina, donde los militares argentinos habían adquirido tal autonomía que se consideraban más capacitados que los civiles para solucionar de una vez por todas los grandes males del país: la guerrilla, pero también el “ populismo peronista”, la falta de productividad económica y el “ excesivo” poder de los sindicatos. Si hacía apenas tres años habían tenido que dejar el gobierno con el rabo entre las piernas, mientras en la Plaza de Mayo la multitud les cantaba: “ Se van, se van, y nunca volverán”, ahora, con la autoestima por las nubes, los militares copiaban algunos de los peores rasgos de la cultura política criolla, como el deseo de refundar la Argentina, de volver a empezar de cero. Y ya no les alcanzaban los tres decretos de Luder, que, según Harguindeguy, “ eran necesarios para pelear contra el terrorismo, pero insuficientes; no se podía combatir a un enemigo que usaba todos sus recursos como lo estábamos haciendo: nosotros teníamos un puño y sólo usábamos el dedo meñique.

Además, ningún golpe fue igual a otro, cada golpe fue distinto. Un reestablecimiento inmediato de la democracia no iba a haber. Todos teníamos la sensación de que había que cambiar el país”.

Ya vimos que los grupos guerrilleros, tanto Montoneros como el Ejército Revolucionario del Pueblo, pensaban, en general, que el golpe era inevitable; varios de sus jefes hacían fuerza incluso para que ocurriera

cuanto antes, especulando con que el desplazamiento de Isabel y del peronismo los favorecería en la guerra de aparatos militares para el que se preparaban desde hacía tiempo.

Creían, además, que la represión no sería mayor a la que ya había con Isabel y los escuadrones de la muerte y que el pueblo saldría a la calle luego de que los militares tomaran el gobierno.

También la mayoría de los políticos creía que la represión no sería tan violenta como finalmente fue, como recuerda Bárbaro.

—Todos creíamos que el golpe sería como los anteriores, no pensábamos que habría ese salvajismo. Juan Manuel Abal Medina (ex secretario general del Movimiento), por ejemplo, no se quería esconder, pensaba que no lo irían a buscar. Si en el mundo, con todas las facultades de Ciencia Política que existen, nadie previó la caída del Muro de Berlín, ¿cómo íbamos a prever aquí la violencia de los militares si en octubre de 1973 habían estado codo a codo con los montoneros en el Operativo Dorrego!

La violencia de la represión también tomó por sorpresa a Cafiero, que cuenta una anécdota sobre lo que le sucedió luego de que Isabel lo designó embajador ante el Vaticano, poco antes del golpe.

—Antes de viajar, yo le pregunto al nuncio, Pío Laghi: “ Dígame monseñor, ¿qué noticias tiene usted de esto que se rumorea?”. “ No le haga caso, son todas suposiciones falsas.” ¡Me lo dijo a mí Pío Laghi! No sé si me lo dijo para engañarme, para reírse de mí o porque pensaba que el golpe era imposible.

Llegué a Roma el 22 de marzo y fui a la sede de la embajada, en el Palazzo Patrizzi. Llegó el golpe. Yo no había presentado las cartas credenciales, pero pedí una audiencia con el Papa y, ante mi alegría, Paulo VI decide recibirme.

Fue muy breve la audiencia, pero al retirarme, el Papa me dice: “ No se preocupe, los pueblos siempre vencen”. Yo pensé: “ Debe saber algo”, y me quise quedar dos minutos más pero me dio una medallita y me tuvo que ir.

Pensaba que sería un golpe como los otros y que luego llamarían a elecciones, y decidí volver a la Argentina, donde tenía mi familia y mis amigos. Me detuvieron directamente en el aeropuerto de Ezeiza, y pasé de la alfombra de diez centímetros del Palazzo Patrizzi al piso desnudo del barco *33 Orientales*.

Isabel, el “entorno” y Lorenzo Miguel ya se pasaban de optimistas: hasta el 24 de marzo a la madrugada, aseguraban que no habría golpe. “Juéguese por nosotros; pagamos 2,10”, dijo a los periodistas un locuaz Lorenzo Miguel cuando abandonaba la Casa Rosada luego de una extensa reunión con la presidenta. “Destapen champán, que no hay golpe militar”, gritó el diputado chaqueño Adam Pedrini, justo detrás de su comprovinciano y flamante vicepresidente primero del Partido Justicialista, el gobernador Deolindo Bittel; durante años, se atribuyó la frase a Bittel. Unas horas antes, Pedrini había acompañado a Bittel a una reunión con dirigentes radicales, intransigentes, desarrollistas y democristianos en el estudio jurídico de Balbín. En un momento, el senador radical chaqueño Luis León atendió una llamada telefónica y luego les transmitió a todos la mala nueva. “Me acaba de informar un oficial de Campo de Mayo que esta noche a la hora cero es el golpe militar”. Pedrini recuerda que salió a fumar un cigarrillo, y que Balbín se sentó a su lado.

“Pedrini, usted es un hombre joven. Tendrá oportunidad de ver otro turno democrático. Yo, con esto, perdí el último tren”, le dijo.

Los comandantes se habían esmerado en mantener la reserva sobre el tipo de represión que sobrevendría luego del golpe; por ejemplo, Massera tomó un café con el embajador Hill ocho días antes, el 16 de marzo de 1976, cuando, según transmitió el diplomático a su gobierno, le confirmó que los militares podrían verse obligados a intervenir “muy pronto” para evitar el “caos total” y le señaló que, en ese caso, “intensificarán la lucha contra el terrorismo y la subversión, pero dentro de la ley. Él dijo que la intención de los comandantes es hacer eso de la manera más ‘democrática’ y moderada posible. Él apuntó que ellos estaban teniendo algunas dificultades conteniendo a los exaltados (*hot heads*), pero expresó su confianza en que podrían hacerlo”. Hill agregó en el cable secreto 1751 que Massera enfatizó que, en el caso de que el golpe se concretara, “no seguirán los lineamientos

de la intervención de Pinochet en Chile. Más bien, dijo él, ellos tratarán de proceder dentro de la ley y con total respeto por los derechos humanos”.

El 24 de marzo de 1976 también fue un día “ peronista”, tan soleado y alegre como aquel 17 de octubre de 1975 del paseo de Videla, Massera y Fautario en el yate de la Armada y del acto en la Plaza. Muchos argentinos, de derecha, de centro y de izquierda, recibieron el golpe con alivio, sin imaginar que la larga noche había recién comenzado.

Epílogo

OceanofPDF.com

ÁNGELES Y DEMONIOS

Cuando las consecuencias de una acción realizada conforme a una ética de la convicción son malas, quien la ejecutó no se siente responsable de ellas, sino que responsabiliza al mundo, a la estupidez de los hombres o

a la voluntad de Dios que los hizo así.

Max Weber en *El político y el científico*, página 164.

Si el asesinato de José Rucci, el líder de la CGT, provocó la ruptura del general Juan Perón con Montoneros, el ataque al cuartel de Formosa confirmó que la guerrilla peronista se había divorciado del pueblo al que buscaba redimir y anticipó la derrota que le aguardaba en la lucha entre aparatos militares a la que había apostado con tanto entusiasmo y tozudez.

Operación Primicia fue un error estratégico que muestra a los montoneros como jóvenes dispuestos a entregar sus vidas por la revolución socialista y la liberación nacional, pero impregnados de una arrogancia y un militarismo que los llevaba a provocar el golpe antes que a respaldar al gobierno constitucional y peronista, y los conducía a un baño de sangre.

Esta imagen no es la que prefieren muchos ex militantes y ex guerrilleros ni la que enarbolan los Kirchner, a quienes les gusta mostrarse como los herederos de aquella “juventud maravillosa”, como la voluntad virtuosa que concretará los sueños igualitarios y libertarios de los setenta.

Las miradas críticas, no ingenuas, sobre el uso de la violencia para llegar al poder siempre fueron difíciles de digerir para varios ex militantes y ex combatientes. Hasta un prestigioso hombre de izquierda como el sociólogo y semiólogo Héctor Schmucler, que perdió un hijo al que no pudo convencer de que abandonara Montoneros, fue acusado de haberse pasado al enemigo cuando se atrevió a criticar la lucha armada en el exilio, en México.

“No hay que hacerle el juego a la derecha” y “no hay que favorecer la teoría de los dos demonios” son otras dos excusas muy difundidas para

evitar una reflexión crítica.

Es más cómodo refugiarse en una épica artificial que enfrenta a los ángeles del pueblo contra los demonios de la oligarquía, y en una “ética de la convicción”, en la que, como indicó el sociólogo alemán Max Weber, quienes toman decisiones se fijan en sus principios y objetivos pero no se sienten responsables de las consecuencias que provocan sus acciones.

Esa épica que no existió tiene, por lo menos, dos peligros. El primero es que el uso de las armas y el desprecio de la democracia quedan disimulados como si hubieran sido un mero acné de juventud. Una sociedad como la nuestra, donde la violencia política ha hecho tantos estragos durante tanto tiempo, requiere una condena más explícita de esos dos errores garrafales.

En enero de 2010, un ex montonero que pudo salir del país durante la dictadura y se quedó a vivir en Europa, me expresó por teléfono su asombro sobre la actitud de los jóvenes que había conocido en un viaje reciente a la Argentina. “Nos toman como referentes y es cierto que nuestra entrega fue total, pero me asusta que no tengan en cuenta las cagadas que nos mandamos; por ejemplo, la violencia que usamos tenía una intención política pero fue un gran error. Falta una autocrítica a nivel grupal, de nuestra generación”, lamentó.

El relato de los setenta auspiciado por los Kirchner no favorece, ciertamente, esa autocrítica; funciona, más bien, como una táctica política para soldar alianzas y proveerse de un escudo que disimule sus ansias de poder y amortigüe las denuncias sobre presuntos casos de corrupción oficial. Pero como congela la historia en una lucha eterna entre el bien —representado por los simpatizantes, los militantes y los combatientes que desaparecieron, murieron o lograron sobrevivir— y el mal —el imperialismo, la oligarquía, los monopolios, los medios de comunicación, los periodistas que no son oficialistas, el campo, la clase media, etcétera— puede llevarlos a creer que “en algún momento, quizá sean necesarios los mismos métodos” de aquella época, como señaló la escritora y ensayista Beatriz Sarlo en un artículo en *La Nación* el 31 de marzo de 2010.

El segundo peligro es que la épica oficialista convirtió en estrechos aliados políticos a destacados dirigentes de derechos humanos, que habían logrado

su legitimidad como miembros de organizaciones que pertenecían a la sociedad civil, un ámbito vasto, ecuménico y que está por encima de los partidos y las facciones. Tal vez esos dirigentes deberían haber resistido la tentación de los oropeles del poder y los subsidios públicos: el riesgo es que cuando el kirchnerismo deje el gobierno y vuelva al llano, arrastre en su caída también a esos grupos y a sus luchas y reclamos.

Para el kirchnerismo y sus aliados sólo parecen importar los derechos humanos de apenas un sector, y el mejor ejemplo de esa concepción parcial es el pago de indemnizaciones a la mayoría de los guerrilleros que murieron durante el ataque al cuartel de Formosa, a través de sus herederos.

Es, por lo menos, llamativo: un Estado democrático indemnizando a quienes atacaron a otro Estado democrático, cuyo gobierno, constitucional, era encabezado por Isabel Martínez, la viuda de Juan Perón, quien había sido elegida vicepresidenta en las elecciones del 23 de septiembre de 1973.

En marzo de 2010, cada una de esas indemnizaciones era de 620.919 pesos; es decir que los pagos a los ocho guerrilleros muertos en el ataque al cuartel, que fueron abonados en distintas fechas, equivalían a 4.967.352 pesos. Puede parecer poco, pero en un país donde todavía existe tanta exclusión habría permitido pagar la Asignación Universal por Hijo (180 pesos) a una fila imaginaria de 27.596 chicos pobres.

Pero esos casos son sólo la punta de un iceberg: los ocho guerrilleros figuran en un anexo al informe de la Conadep de 526 víctimas de “ejecución sumaria”

antes del último golpe militar, difundida por el kirchnerismo en 2006, que incluía a otros atacantes de cuarteles durante gobiernos constitucionales, como los de Azul, Villa María y Monte Chingolo; a combatientes ultimados en tiroteos con la Policía, como el primer jefe de la principal guerrilla peronista, Fernando Abal Medina, en 1970; y hasta a “traidores” fusilados por Montoneros.

Los datos sobre todas estas víctimas de “ejecución sumaria” indemnizadas por el Estado sólo se conocieron porque el gobierno de Néstor Kirchner publicó la lista actualizada de la Conadep, pero en estos cuatro años esa

nómina se fue ampliando y es posible que ahora incluya a otros guerrilleros muertos en Operación Primicia.

En un email enviado el 15 de junio de 2010, la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación me informó que la cantidad de muertos por “ejecución sumaria” antes del 24 de marzo de 1976 había subido a 553, 27 más que en 2006. Las víctimas de “desaparición” y “desaparición forzada” en ese período, anterior al golpe, sumaban 577.

Pero todavía no podemos saber quiénes fueron incorporados en estos cuatro años, en ese anexo del anexo, porque la Secretaría de Derechos Humanos no da a conocer los nombres de los indemnizados.

Esa política oficial cumple con el objetivo de proteger los datos personales de los beneficiados, pero no permite ningún tipo de control social sobre el destino de todo ese dinero público, que siempre resulta útil, en todos los gobiernos, para garantizar la transparencia de los funcionarios.

El mutismo oficial se extiende a la cantidad total de indemnizaciones concedidas desde que entró en vigencia la ley, a fines de 1994, tal vez porque entraría en crisis definitiva la cifra de 30 mil desaparecidos y muertos durante la última dictadura que aún enarbolan los organismos de derechos humanos. Otro dato que, en sintonía, el gobierno tampoco revela es el dinero total pagado.

Está claro para mí que todas las víctimas de la represión ilegal de la dictadura y de los gobiernos constitucionales que se sucedieron entre 1973 y 1976 deben ser indemnizadas porque, en materia de violencia política, nada puede ser peor que la desaparición o el asesinato de un ciudadano, sea guerrillero o no, perpetrado por el aparato del Estado. Por eso, estoy de acuerdo con el sentido original de la ley 24.411, que buscaba reparar esas violaciones a los derechos humanos.

Pero me parece que no es correcto extender ese beneficio extraordinario a casos como el de los guerrilleros muertos durante el ataque al cuartel en Formosa, en pleno gobierno constitucional. Hasta los montoneros que participaron de Operación Primicia indicaron en la revista oficial, *Evita*

Montonera, que sus compañeros habían caído en combate; es decir, que no habían sido víctimas de la represión ilegal del aparato estatal.

Estas indemnizaciones pueden ser consideradas un escándalo si se compara el monto de cada una de ellas con la pensión de 842 pesos mensuales que en marzo de 2010 cobraban los padres de los soldados conscriptos muertos en defensa de ese cuartel; eran jóvenes de 21 años, un grupo desafortunado compuesto por los “soldados del domingo por la tarde”, es decir los más pobres, los que no tenían dinero para visitar a sus familias en el interior de la provincia, y los más generosos, como Edmundo Sosa, un muchacho sin padre que había postergado su baja para que se fuera en su lugar un compañero que era más pobre que él y que tenía dos hijos que alimentar. La madre de Sosa, por ejemplo, debería cobrar esa pensión todos los meses durante sesenta y un años y medio de su vida para llegar a la suma ya percibida por los parientes de cada uno de esos ocho guerrilleros.

La clave no es quienes cobraron esas indemnizaciones, que, por otro lado, no tienen nada que temer porque la ley establece que no deben ser devueltas, sino la concepción de los derechos humanos que permitió esos pagos. Es la misma que “estiró” el sentido original de la lista de desaparecidos de la Conadep, creada por Raúl Alfonsín en 1983, para incluir a las víctimas de “ejecución sumaria”, un concepto elaborado por el kirchnerismo, y del Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado, que ahora abarca a “los caídos en combate”.

En este último caso, el monumento había sido aprobado por la Legislatura porteña en 1998 para recordar a los desaparecidos y a las víctimas de la represión ilegal del Estado, pero no para exaltar la figura de los combatientes, un objetivo más pequeño y parcial, que divide a los ciudadanos y obstaculiza la construcción de una memoria histórica común, que integre a todos los argentinos, con sus acuerdos y sus diferencias.

La defensa de los derechos humanos nunca debió haber sido usada como una continuación de la lucha política por otros medios.

ANEXO DOCUMENTAL



CONMOCIÓN. El ataque fue la tapa de todos los diarios nacionales no sólo el lunes 6 de octubre de 1975 sino también los días siguientes. *La Opinión* habló de “ guerra”.

PARTE DE GUERRA

Formosa 6 de Octubre de 1975

A NUESTRO PUEBLO

El día 5 de octubre nuestra Organización lleva a cabo la acción militar más importante realizada en nuestra patria para lograr su definitiva Liberación Nacional y Social.

La misma consistió en la ocupación militar de la ciudad de Formosa, con centro en el Regimiento 29 de Infantería de Monte, a los efectos de recuperar armamento y mejorar el pertrechamiento del Ejército Popular.

Esta acción militar se montó sobre la Sección de Combate "Fred Mario Ernst" compuesta por los Grupos de Combate "Carlos Tuda" y "Zulema Willmer" que operaron simultáneamente y sincronizadamente con mando único y centralizado.

1.- Los Grupos, compuestos por siete Pelotones de Combate, tenían como objetivo la reducción de las cuatro Compañías, el retén, la Guardia del Cuartel y el Casino de Suboficiales.

En todos estos puestos hubo resistencia y fuego del enfrentamiento fueron finalmente reducidos salvo en la Guardia. En este último puesto lograron escapar un conjunto de efectivos militares que armaron una base de fuego logrando con esto hostigar a nuestra fuerza, fundamentalmente los Pelotones afectados a esa tarea. Es en esta enfrentamiento donde nuestra fuerza tiene todas sus bajas.

Debido a ello fue necesario adelantar la retirada, lográndose concretar el objetivo de recuperación sólo parcialmente, apropiándonos aproximadamente cincuenta fusiles automáticos que pasan a manos de las fuerzas militares del Pueblo.

En este enfrentamiento perdimos once compañeros entre muertos y heridos siendo todos finalmente fusilados. A su vez el enemigo sufre unas cuarenta bajas todas por no acatar las intimaciones de rendición que les impartió nuestra fuerza.

2.- El Grupo "Zulema Willmer", compuesto de tres Pelotones cumplió la función de garantizar la retirada de la fuerza de asalto al Cuartel. Para ello inmovilizan a la Gendarmería y Policía Provincial, copan un avión Boeing 737 de Aerolíneas Argentinas y copan el Aeropuerto Internacional de El Pacú.

La inmovilización de la policía y Gendarmería se hace con un Pelotón que establece una base de fuego sobre la única ruta de acceso a la ciudad. Al tomar contacto con el enemigo hay enfrentamiento, el enemigo se retira con bajas no precisadas y nuestra fuerza, sin sufrir bajas consigue cumplir con éxito esta parte de la Operación.

El Pelotón de copamiento del Aeropuerto encuentra resistencia por parte de la Policía Provincial y Gendarmería que presentaron combate y fueron derrotados posteriormente, los policías restantes y los gendarmes que se encontraban en el Aeropuerto se rinden. A partir de ese momento el control del mismo fue total.

Las bajas enemigas son cinco, nosotros no tuvimos ninguna.

El Pelotón de copamiento del avión logra su objetivo sin inconveniente, controlándose a la tripulación y al pasaje.

A estos últimos se les permite descender posteriormente, salvo a un miembro de la marina que se deja como rehén.

3.- El Grupo "Carlos Tuda" formado por tres Pelotones tenía como objetivo copar un campo en las inmediaciones de Rafaela, señalizar la pista y preparar la defensa y absorción hacia distintos puntos del país de las fuerzas y pertrechos que se retiraron de Formosa.

Todos estos pasos se cumplen exitosamente, tanto el descenso del avión como la defensa de los compañeros que retomaban en el avión y su absorción posterior.

Con esta acción nuestra Organización comienza a desarrollar un Ejército regular que junto al conjunto del accionar militar y paramilitar que ya se ha efectuado y que se seguirá haciendo, perfila ya claramente las sólidas bases de un Ejército que nutriéndose del Pueblo, se irá desarrollando progresivamente como una de las fuerzas decisivas que permitirán la toma del poder del Pueblo en la Patria.

Hemos demostrado nuevamente, a pesar del éxito sólo parcial de la Operación y de las bajas sufridas, la debilidad enemiga.

No hay lugar del país, ni siquiera sus cuarteles más alejados, donde las fuerzas militares de la reacción al servicio del imperialismo y la oligarquía pueden sentirse seguras. Su debilidad lo muestra esta operación.

El enemigo ha alegado la guerra para seguir dominando al Pueblo; el Pueblo seguirá construyendo su ejército y los derrotará.

(PERO O MUERTE)

(VIVA LA PATRIA)

(HASTA LA VICTORIA, NI GENERAL)



Montoneros



225

BAUTISMO DE FUEGO. El Parte de Guerra de Montoneros firmado en Formosa el día siguiente del ataque. La última consigna: “ ¡Hasta la victoria, mi General!”.



FUIMOS NOSOTROS. La tapa del número 8 de la revista *Evita Montonera*, de octubre de 1975, dedicada al debut del Ejército Montonero, “Operación Primicia”.

FORMOSA:

EL EJERCITO GORILA OCULTA SU DERROTA

CARACTERISTICAS GENERALES

La operación de copamiento del Regimiento 29 de Infantería de Monte tiene una característica central para Montoneros: es la primera vez que tenemos como objetivo realizar la ocupación de una importante instalación militar para recuperar armamentos.

La zona elegida —Formosa— nos presenta un serio problema geopolítico a resolver: está totalmente alejada de los centros donde se avienta nuestro trabajo político principal. Por lo tanto en Formosa no existe resguardo suficiente para esta gran acción militar.

Debimos así planificar y preparar una larga aproximación y retirada de una fuerza muy grande de combate, tanto en hombres como equipo. La operación no es compleja por el gusto de hacerla espectacular sino porque no hay otra manera de realizarla.

Sintetizando podemos destacar tres fases del operativo:

- a) la aproximación: transportar a Formosa — a 1000 Kilómetros de Rosario — a 39 compañeros y su equipo de combate;
- b) el ataque: al objetivo principal, el 29 de Infantería de Monte, una vez concentrada la columna y armado el equipo de combate;
- c) la retirada: de nuestras fuerzas, más su equipo y el equipo que se pudiera recuperar, a 700 kilómetros del objetivo.

El ataque al cuartel para cumplir con sus objetivos debía hacerse una vez garantizada la retirada, y esta sólo era posible por vía aérea. Teníamos que resolver los siguientes problemas:

- a) el copamiento del avión;
- b) el copamiento del aeropuerto;
- c) el reabastecimiento de combustible del avión;
- d) lugar para el aterrizaje del avión y dispersión y absorción de compañeros y equipos.

A esto hay que agregarle una limitación suplementaria. El asalto al cuartel (objetivo principal) sólo podía realizarse un domingo y en las primeras horas de la tarde. Otro día de la semana y a otra hora el objetivo era intomable, mucho más difícil aún.

de copar. Se trata de un cuartel que por su capacidad de combate es el segundo del país, después del Regimiento de Infantería de Monte de Tartagal.

RELATO GENERAL DE LA OPERACION

El asalto (cuartel, aeropuerto, avión) estaba inscrito por 39 compañeros divididos en nueve pelotones. Su armamento era: 11 Fusiles FAL, 18 pistolas ametralladoras Hebeón, 5 Fusiles FN, 1 Fusil ametrallador Madsen, 2 escopetas, 5 minas y 5 granadas; a demás armas cortas para todos. Estos nueve pelotones estaban divididos en dos grupos; 7 pelotones para el asalto al cuartel y contención y 2 pelotones para aeropuerto y avión. Un tercer grupo, reforzado debía tomar el campo de Susana (Sant a Fe) y organizar la dispersión y absorción de personal y equipo. Los dos grupos de asalto contaban con nueve móviles (vehículos entre automóviles y Pick Up) y el grupo encargado de la dispersión y absorción, 10 vehículos más. En total 19 vehículos. El total de compañeros que participan de la operación, al que debe agregarse un pelotón de apoyo en Capital Federal, son 60.

A esto se suman dos móviles aéreos, el A o móvil principal (Boeing), y el B o móvil secundario (Cessna de 4 plazas). Las bases operativas fueron Base 0: Capital Federal; Base 1: Rosario; Base 2: Santa Fe; Base 3: Resistencia; Base 4: Formosa.

El pelotón 1, Comando, cuenta con 4 compañeros, entre ellos al jefe de la operación y dos vehículos, el comando con equipo de comunicaciones y una pick up F 350 para trasladar el equipo expropiado del cuartel. El pelotón 2, 3 compañeros, tiene como tarea reducir la guardia de guardia y la ametralladora pesada instalada dentro del cuartel. Los pelotones 3 y 4, con 10 compañeros en total, en un vehículo, deben tomar la guita de 33 soldados. El pelotón 5, con 3 compañeros y un vehículo, deben tomar la compañía de núen (33 soldados). El pelotón 6, 3 compañeros y un vehículo, tiene como objetivo el Casino de suboficiales. El pelotón 7, cuatro compañeros y un vehículo debe actuar como reserva y contención.

RELATO. A lo largo de varias páginas que incluyen croquis y mapas, Montoneros cuenta en detalle en *Evita Montonera* cómo fue la operación.

Impresiona el lenguaje militar y distante.

ARCHIVADO	LEGAJO N°	FOJAS	N° ORDEN ARCHIVO
Expediente N° 2354		Criminal N° 411	
JUZGADO FEDERAL			
DE			
1ª INSTANCIA N°		DE	
Provincia de Formosa		Expediente N° 18710	
Año 1975		24 Abril 1975	
Salas, Néstor Carlos y Otros		Causa N° 18710	
Causa N° 18710		L. 19067	
Infraacción a la Ley 20.840			
POR			
LE RADO DEL DEMANDANTE			
LE RADO DEL DEMANDADO			
JUEZ Dr. Luis Spillicino			
SECRETARIA N° 1 - Dr. Oscar Roberto Spillo			
Iniciado el de de de			

C. 24/1/75

FORMULARIO N° 2

A COBRAR. Un pedido de la diputada ultrakirchnerista Diana Conti, cuando era subsecretaria de Derechos Humanos de la Alianza: el certificado de fallecimiento de un guerrillero.

FUENTES

INTRODUCCIÓN

La cifra de secuestros antes de la dictadura en *Nunca Más*, página 16. Copia del cable reservado de la embajada estadounidense del 9 de marzo de 1976 en archivo del autor. La lista de Andrew Graham-Yooll en su libro *Tiempo de tragedias y esperanzas*, página 802. Mario Firmenich también habla de “guerra” en la presentación del Curso de Formación de Cuadros del Partido Montonero, en revista *Lucha Armada en la Argentina*, número 10, página 117.

Roberto Perdía en entrevista con el autor. Las cifras de Richard Gillespie y los otros periodistas en Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*, páginas 276 y 336.

Hugo Vezzetti en *Sobre la violencia revolucionaria*, página 214.

CAPÍTULO 1

De menor a mayor, la jerarquía de los oficiales del Ejército es: subteniente, teniente, teniente primero, capitán, mayor, teniente coronel, coronel y general; la jerarquía de los suboficiales es: cabo, cabo primero, sargento, sargento primero, sargento ayudante, suboficial principal y suboficial mayor. Los preparativos en la Guardia y en el Retén en entrevistas con Jorge Cáceres, José Luis Bettolli, Raúl Fernández, Isaías Aguilar, Ricardo Valdéz, Rogelio Mazacotte, Fermín Cabrera, César Ginés y Gabriel Orué. La llegada del soldado Roberto Mayol al cuartel en entrevistas con Cáceres, Bettolli, Aguilar, Valdéz, Mazacotte, Cabrera, Ginés y Orué. La patrulla encabezada por Massaferro en entrevistas con Cáceres y Fernández.

CAPÍTULO 2

Las palabras o frases entre paréntesis son aclaraciones del autor para facilitar la lectura. Aníbal Ponti, que para la fecha de Operación Primicia estaba preso en Resistencia desde el 5 de enero de 1975, en entrevista con el autor. La ejecución de José Luis Aspiazu en una investigación de Vidal

Mario publicada el 1° de junio de 2003 en la revista *Norte Chaqueña* del diario *Norte*, páginas 4 y 5, y en Borsatti, Raúl: *Sólo digo Compañeros*, páginas 145 a 150. Roberto Perdía en entrevista con el autor. El papel de Raúl Yaguer en el pago de los Born en Larraquy, Marcelo, y Caballero, Roberto: *Galimberti*, páginas 232 y 233. El principal inconveniente de Operación Primicia en el documento secreto donde la cúpula de Montoneros evaluó esa operación, que fue incautado por los militares e incluido en *El terrorismo en la Argentina*, Poder Ejecutivo Nacional, 30 de noviembre de 1979, y en *Evita Montonera* número 8, página 2. Los datos de la operación en la Orden General de Operación Primicia, encontrada por los militares en la vestimenta de uno de los guerrilleros muertos en el cuartel, y en el documento secreto de Montoneros, ambos publicados en *El terrorismo en la Argentina*, que coinciden con el informe brindado por *Evita Montonera* número 8. La frase del padre de Mario Koncurat en Esquivada, Gabriela: *Noticias de los montoneros*, página 52. Pedro Morales en entrevista con Julio Ortiz. Todos los datos sobre Operación Primicia fueron chequeados con dos ex montoneros que pidieron permanecer en el anonimato.

CAPÍTULO 3

Joaquín Burgos, Carlos Ortiz, Gerónima Sofía Galarza Heynz, Francisco Luca, Miguel Ángel Saldarini, Liborio Bobadilla, Guido Giardinieri, Ildefonso Acosta, Enrique Bravo, Mario Caro, Carlos Lúquez, Ángel Gómez, Luis Ceferino Falcón, Carlos Maciel, Domingo Bojanovich, Roberto Alasia, Casimiro Cáceres y Carlos Quiñones, en la causa “ Sala, Néstor Carlos y otros S/ Infracción a la Ley 20.840”, en el juzgado federal número 2 de Formosa.

Claudia Lapacó y Sergio Velasco Ferrero en *La Opinión* del 7 de octubre de 1975. El relato de Montoneros sobre el copamiento del aeropuerto en *Evita Montonera* número 8 y en entrevista con una fuente que pidió permanecer en el anonimato. El gobierno de Antenor Gaúna en Servetto, Alicia: *El peronismo en el poder: la primera y fallida experiencia de gobierno en Formosa, 1973*, Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad, Universidad Nacional de Córdoba, número 5, 2002.

CAPÍTULO 4

Diego Bakas, Amílcar Fernández, Horacio Mateazzi, Carlos Flores, Bárbara Koch, Cristina Font Olivares, Humberto Parmetler, Orestes Malosetti, Aníbal Antúnez, Carlos Lúquez, Casimiro Cáceres y Guillermo Schmitd en la causa “ Sala, Néstor Carlos y otros S/Infracción a la Ley 20.840”. Amílcar Fernández también en entrevista con el autor. Luis Cuniberti, Héctor Rey Leyes y Roberto Perdía en entrevistas con el autor. La Orden General de Operación Primicia y el documento secreto del 29 de enero de 1976 en el que la Conducción Nacional de Montoneros evaluó este operativo en *El terrorismo en la Argentina*, Poder Ejecutivo Nacional, 30 de noviembre de 1979. El relato de Montoneros en *Evita Montonera* número 8.

CAPÍTULO 5

La entrada al cuartel y la lucha en la Guardia en entrevistas con Jorge Cáceres, Isaías Aguilar, Severino Soto, Félix Ibáñez, Daniel Quintana, Ricardo Valdéz, Rogelio Mazacotte, Luciano Vega, Ignacio Silva, Paulino Sosa y Carlos Sanabria, y en la crónica de *Evita Montonera*, número 8, octubre de 1975. La táctica usada por Roberto Mayol para reducir a uno de sus colegas se conoce por el relato de uno de los soldados que estaba cerca del Puesto 2, sin armas. El Pelotón 5 utilizó uniformes del Ejército en *Evita Montonera* número 8; Richard Gillespie en *Soldados de Perón*, página 299, y la Orden General de Operación Primicia, en *El terrorismo en la Argentina*. La lucha en la Compañía Comando en entrevista con Fermín Cabrera, Juan Carlos Morínigo y Antonio Vergara. El ataque en otros sectores del cuartel en entrevistas con Cirilo René Campuzzano, César Ginés, Gabriel Orué, Catalino Peña, Antolín Brítez y Ramón Chena, y en la crónica de *Evita Montonera*, número 8. Las muertes de Ricardo Massafarro y Edmundo Sosa en entrevistas con Jorge Cáceres, Mateo Amarilla, Silverio Molina y Ricardo Valdéz. Para todo el capítulo se utilizó información de una cronología elaborada por José Mendoza y Raúl Ayala del diario *La Mañana*, de Formosa, y noticias publicadas por *La Mañana* el 7, 11 y 12 de octubre de 1975 y 5 de octubre de 1986. Los datos sobre las tareas de los guerrilleros fueron chequeados con dos fuentes que pidieron permanecer en el anonimato.

CAPÍTULO 6

La recuperación del cuartel en entrevistas con Jorge Cáceres, David Cabrera Rojo, Rodolfo Mazzino, Raúl Fernández, José Luis Bettolli, Isaías Aguilar, Darío Solís, Ricardo Valdéz, Severino Soto, Catalino Peña y Juan Carlos Morínigo, y diario *La Mañana* del 5 de octubre de 1986. El combate según Raúl Yaguer y los montoneros en la Orden General de Operación Primicia y en el documento secreto de la Conducción Nacional de Montoneros del 29 de enero de 1976, ambos publicados en *El terrorismo en la Argentina*, Poder Ejecutivo Nacional, 30 de noviembre de 1979, y en el informe de *Evita Montonera* número 8, que coincide con las dos fuentes anteriores. Esos datos también fueron chequeados con los dos ex montoneros que pidieron el anonimato.

CAPÍTULO 7

Pedro Rigonatto en entrevista con Julio Ortiz. El tiroteo entre los guerrilleros y Miguel de los Santos Romero en *La Mañana* del 5 de octubre de 1986. David Cabrera Rojo y Cirilo René Campuzzano en entrevistas con el autor. El secuestro de la camioneta de Juan M. De Vido e Hijos en “Sala, Néstor Carlos y otros S/Infracción a la Ley 20.840”. Horacio Domato, Luis Ceferino Falcón, Mario Sosa, Sixto Ortiz, Guido Giardinieri, José Viveros, Julio César Maluf, Humberto Parmetler, Orestes Malosetti, Mario Caro, Héctor Larroza, Héctor Fautario, Carlos Lúquez, César Ozuna, Ildefonso Acosta y Carlos Quiñones en “Sala, Néstor Carlos y otros S/Infracción a la Ley 20.840”. Domato también en el diario *Norte* el 7 de septiembre de 2003. Celeste Cáceres en entrevista con el autor. El “equipo” traído desde Rosario en la Orden General de Operación Primicia publicada en *El terrorismo en la Argentina*, Poder Ejecutivo Nacional, 30 de noviembre de 1979. Héctor Rey Leyes, Amílcar Fernández y Luis Cuniberti en entrevistas con el autor. Diego Bakas, Amílcar Fernández, Carlos Flores, Horacio Mateazzi, Bárbara Koch, Cristina Font Olivares, Aníbal Antúnez, Juan Orellano y Juan Gregorio Orellano en “Sala, Néstor Carlos y otros S/Infracción a la Ley 20.840”. La tarea de “Chacho” en la evacuación de los guerrilleros en informe de Víctor Manuel Monti, secretario del juzgado federal de Santa Fe, el 6 de mayo de 1977, y en entrevista del autor con una fuente que quiso permanecer en el anonimato. Las tareas del Grupo de Combate Carlos Tuda en la Orden General de Operación Primicia y el documento secreto donde la cúpula de Montoneros evalúa esa operación, en

El terrorismo en la Argentina, Poder Ejecutivo Nacional, 30 de noviembre de 1979. Las tareas de los guerrilleros fueron chequeadas con el informe de *Evita Montonera* número 8

y con dos fuentes que pidieron permanecer en el anonimato.

CAPÍTULO 8

El ataque al cuartel en los diarios *Clarín*, *La Nación* y *La Prensa* del 6 y 7 de octubre de 1975. La semblanza de Formosa en 1975 me fue transmitida por el historiador Julio Ortiz; también se puede consultar el libro *Efemérides nacionales y de la provincia de Formosa*, de Braulio Sandoval. El comunicado del Comando General del Ejército en los diarios *La Prensa* y *La Nación* del 7

de octubre de 1975. Celso Pérez padre en el Hospital Central según una fuente que pidió el anonimato. Pedro Velázquez Ibarra en la revista *Análisis*, de Paraná, el 3 de noviembre de 2005, y en email al autor de este libro el 15 de junio de 2010. La respuesta de Marcos Rodríguez en entrevista telefónica con el autor el 24 de junio de 2010 y emails del 30 de junio y 3 de julio, ambos de 2010.

Angélica Pérez en entrevista con Julio Ortiz. La entrega de los cuerpos de Ibáñez y Pérez y las razones de sus muertes en “Sala, Néstor Carlos y otros s/Infracción a la Ley 20.840”. María Gómez en entrevista de Julio Ortiz. Pedro Morales en entrevista con Julio Ortiz y en *La Mañana* del 5 de octubre de 1999. La situación en Formosa luego del ataque en *Clarín*, *La Nación* y *La Prensa* del 6

al 8 de octubre de 1975 y *La Mañana* del 6 al 10 de octubre de 1975. Monseñor Pacífico Scozzina en entrevista de Julio Ortiz y en *La Mañana* del 18 de junio de 2009. Héctor D’Amico en entrevista con el autor. La relación entre Montoneros y el Partido Auténtico en la revista *Lucha Armada en la Argentina*, año 4, número 11, página 123, y en Baschetti, Roberto: *Documentos 1973-1976, volumen II: De la ruptura al golpe*, páginas 291, 292 y 546. Las detenciones del padre Santiago Renevot, los líderes campesinos y los dirigentes de la Juventud Peronista y del Partido Auténtico en *La Mañana* del 20, 21 y 22

de noviembre de 1975.

CAPÍTULO 9

La Secretaría de Derechos Humanos no brinda información sobre cuánto dinero recibieron las personas beneficiadas por la ley 24.411; el cálculo actualizado de ese dinero surge de multiplicar por cien la remuneración mensual de los agentes Nivel A del escalafón para el personal civil de la Nación, como indica el artículo 1° de la ley 24.411, asumiendo que corresponde tomar como referencia el Grado 0 de ese nivel, que es el menor; en febrero de 2010, el sueldo de esos agentes era de 6.209,19 pesos. Raúl Fernández y José Estigarribia en entrevistas con el autor. Adam Pedrini es un destacado dirigente peronista del Chaco, ex diputado nacional, que en su libro *El peronismo que yo viví*, en las páginas 345 a 348, recuerda el viaje a Buenos Aires el 1° de mayo de 1974, y sostiene que, al final, como él no estuvo de acuerdo con la decisión de Montoneros de insultar a Isabel Perón, no los acompañó a la Plaza de Mayo y siguió el acto por la televisión.

Los muertos en el cuartel en “Sala, Néstor Carlos y otros s/Infracción a la Ley 20.840”. Una versión recogida por el autor en Formosa indica que Saúl Kobrinsky escapó del cuartel y se refugió en la terminal de ómnibus de la empresa Godoy, a unas quince cuadras, donde fue apresado por la Policía y conducido a una comisaría, pero antes de llegar fue interceptado por una patrulla militar y asesinado. El autor no encontró ninguna fuente que confirmara esta versión. El nombre de Reinaldo Briggiler en el tomo II de Anexos al *Nunca Más*, al igual que los nombres de siete guerrilleros muertos en el cuartel, y los de Felipe Ibáñez y Celso Pérez. El debate sobre la ley 24.411 en los diarios de sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados del 26 de octubre de 1994 y del Senado del 7 de diciembre de 1994. Pedro Morales en entrevista con Julio Ortiz y en el diario *La Mañana* del 5 de octubre de 1999. Mónica Massochi en *La Mañana* del 3 de octubre de 2003 y en entrevista con Julio Ortiz. David Cabrera Rojo, Rodolfo Mazzino, Héctor D’Amico, Jorge Pedraza y Eduardo Menem en entrevistas con el autor. Las Jornadas de Homenaje en la página 78 de la Memoria 2006 de la Universidad Nacional del Litoral (www.unl.ed.ar) y www.estanpresentes.com.ar. El cargo del padre de Roberto Mayol en

Damianovich, Alejandro: *Historia de la abogacía en Santa Fe*, páginas 514 y 515, Colegio de Abogados de Santa Fe, Santa Fe, 2001. El autor quiso corroborar los datos sobre Mayol con sus familiares, que se negaron a hacerlo.

En un email enviado al autor el 15 de junio de 2010, la Secretaría de Derechos Humanos confirmó que la categoría “ ejecución sumaria” fue “ decidida por las autoridades de la Secretaría en el momento de la actualización del Anexo del *Nunca*

Más”.

La

lista

de

nombres

del

Monumento

en

www.parquedelamemoria.org. Sobre las cifras de desaparecidos, *La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina*, de Graciela Fernández Meijide, páginas 124 y 125, y documento sobre “ Expedientes con resolución, ley 24.411”, copia en poder del autor. Magdalena Ruiz Guiñazú en respuesta por email al autor. Las muertes de Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus en Lanusse, Lucas: *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores*, páginas 215 y 216. La crítica de Hugo Vezzetti en *Sobre la violencia revolucionaria*, página 215. Los nombres de José Mercedes Coronel y Dante Salvatierra figuraban en el sitio del Monumento el 20 de febrero de 2010. Víctor Sanabria, Rogelio Mazacotte, Juan Carlos Morínigo, Cirilo René Campuzzano y Ricardo Valdéz en entrevistas con el autor. Los padres de Marcelino Torales en entrevista con Julio Ortiz. El

colaborador del gobernador Gildo Insfrán quiso permanecer en el anonimato. Copia de la carta al presidente Néstor Kirchner y las respuestas en el archivo del autor. Jorge Cáceres en entrevista con el autor. La frase del mayor Ricardo Massaferro frente al féretro de su hijo en entrevista con un oficial que quiso mantener su nombre en el anonimato.

CAPÍTULO 10

Para Richard Gillespie, fue “ la operación mejor elaborada y realizada de la lucha guerrillera argentina”, en *Soldados de Perón*, página 297. Antonio Horacio Miño Retamozo en *Nunca Más*, páginas 35 a 38. Los informes de las policías de Corrientes y Córdoba en “ Sala, Néstor Carlos y otros s/ Infracción a la Ley 20.840”. Las muertes de Eduardo Jensen y Horacio Pietragalla en www.territorioidigital.com.ar del 9 de marzo de 2007, www.redh.org.ar del 7 de marzo de 2007 y www.hijos.org.ar del 13 de marzo de 2007. El Comando Libertadores de América en *Página 12* del 4 de febrero y 14 de marzo, ambos de 1997, y en el sitio del político y escritor cordobés Esteban Dómina: www.estebandomina.com.ar. La información policial sobre la detención del matrimonio Sala en *La Nación* del 12 de noviembre de 1975 y en “ Sala, Néstor Carlos y otros s/Infracción a la Ley 20.840”. Las manifestaciones de Néstor Sala en la Policía chaqueña en “ Sala, Néstor Carlos y otros s/Asociación Ilícita e Infracción a la Ley 20.840” en el juzgado federal de Resistencia; luego, fueron incorporadas al expediente del juzgado federal número 2 de Formosa. De acuerdo con el criterio adoptado por la justicia federal de Formosa y de Resistencia, estas manifestaciones extrajudiciales no tuvieron valor de prueba porque fueron recibidas por un funcionario sin potestad jurisdiccional y sin las formas legales establecidas, aunque pudieron haber sido consideradas como un indicio o una presunción. Pero desde un punto de vista periodístico, estas declaraciones, que siguen formando parte del expediente judicial, pueden aportar datos o informaciones útiles para una mejor comprensión del lector. Luego de consultar a varios especialistas, el autor adoptó el criterio de utilizar estas manifestaciones de una manera muy acotada, sin mencionar las alusiones a terceros, incluido un importante político en actividad, y al sólo efecto de que el lector comprenda sus declaraciones posteriores ante el juez. Francisco Luca y Liborio Bobadilla en “ Sala, Néstor Carlos y otros

s/Infracción a la Ley 20.840”. Francisco Luca y Liborio Bobadilla en “ Sala, Néstor Carlos y otros s/Infracción a la Ley 20.840”.

Vicente Joga en entrevista con el autor. Néstor Sala, Mirta de Sala, Ybo Zamora y Teresita María Medina de Zamora en “ Sala, Néstor Carlos y otros s/Infracción a la Ley 20.840”. La masacre de Margarita Belén en *Nunca Más*, páginas 233 y 234, y Giles, Jorge: *Allí va la vida*, páginas 81 a 116. José Estigarribia, Aníbal Ponti y Vidal Mario en entrevistas con el autor. El fallo de la Cámara Federal de Apelaciones de Resistencia fue elaborado por Tomás Inda; Héctor Gómez Riera adhirió, mientras que el tercer miembro de la Cámara, Leandro Santos Costas, se inhibió por haber sido el primer juez de la causa.

CAPÍTULO 11

La versión de Montoneros sobre el ataque al cuartel en *Evita Montonera* número 8; el Parte de Guerra, en Baschetti, Roberto: *Documentos 1973-1976, volumen II: De la ruptura al golpe*, páginas 553 a 555, y el comunicado “ Formosa, triunfo del Ejército Montonero, derrota del ejército gorila, victoria peronista” en *El terrorismo en la Argentina*, del Poder Ejecutivo Nacional, 30 de noviembre de 1979. El artículo del *Sunday Telegraph* en Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín: *La Voluntad*, tomo 4, 1974-1976 página 374. La estadística del *Buenos Aires Herald* en Graham-Yooll, Andrew: *Tiempo de tragedias y esperanzas*, página 345. La sorpresa de Carlos Goldenberg en Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín: *La Voluntad*, tomo 4 / 1974-1976, página 400. Los cinco combatientes de la Columna Norte en Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto : *Galimberti*, páginas 245 a 247. David Cabrera Rojo y Jorge Cáceres en entrevistas con el autor. El documento secreto donde la cúpula de Montoneros evalúa Operación Primicia en *El terrorismo en la Argentina*. Rafael María Menéndez y Aníbal Ponti en entrevistas con el autor. Pedro Velázquez Ibarra en entrevista con el autor y Julio Ortiz, y en email del 12 de junio de 2010. Roberto Perdía en entrevista con el autor y en *La otra historia*, página 252. Mario Firmenich en Baschetti, Roberto: *Documentos 1973-1976, volumen II: De la ruptura al golpe*, página 290. Rosendo Fraga en *Ejército: del escarnio al poder (1973-1976)*, páginas 227, 232 y 233. La entrevista entre Isabel Perón y Videla en González, Julio: *Isabel Perón, intimidades de*

un gobierno, página 313. Sobre las relaciones entre Montoneros y el sector del Ejército liderado por Jorge Carcagno, Fraga, Rosendo: en *Ejército: del escarnio al poder (1973-1976)*, páginas 180 a 182, 139 y 206, y Reato, Ceferino: *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci?*, páginas 292 a 295.

CAPÍTULO 12

La participación de Raúl Yaguer en el atentado contra el Hércules C-130 fue confirmada por Aníbal Ponti y por otra fuente que pidió que no fuera revelado su nombre y apellido. Juan Carlos Alsogaray como el guerrillero que detonó la explosión según dos fuentes que prefieren permanecer en el anonimato. Este atentado y el ataque a la fragata “ Santísima Trinidad” en Graham-Yooll, Andrew: *Tiempo de tragedias y esperanzas*, páginas 348 y 349. La “ guerra prolongada” y la “ defensiva estratégica” en Mao Tsé tung : *Obras escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1968, tomo I, páginas 227 a 243. El foco rural del ERP en Tucumán en Seoane, María: *Todo o nada*, páginas 237 y 238. La creación del Ejército Montonero en Anguita, Eduardo, y Caparrós, Martín: *La Voluntad*, tomo 4 1974-1976, páginas 376 y 377, y Baschetti, Roberto: *Documentos 1973-1976, volumen II: De la ruptura al golpe*, páginas 544 a 548. Rodolfo Pandolfi y Andrés Castillo en entrevistas con el autor (Castillo, que sobrevivió a la Escuela de Mecánica de la Armada, estuvo exiliado y ahora es secretario general adjunto de la Asociación Bancaria, desmintió su participación en el asalto al cuartel, rechazando las versiones que circulan en Internet). Copia del cable número 6675 del 6 de octubre de 1975 en poder del autor. El artículo de *Evita Montonera* número 7, en Baschetti, Roberto: *Documentos 1973-1976, Volumen II: De la ruptura al golpe*, páginas 540 y 541. La capacidad de fuego de Montoneros en 1975 en Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*, páginas 276 y 336; Eduardo Anguita y Martín Caparrós informan en su libro *La Voluntad*, tomo 4, 1974-1976, página 376, que Montoneros tenía “ de 5.000 a 10.000 combatientes y milicianos. Sus simpatizantes eran muchos más”. Mario Firmenich y el pase a la clandestinidad en Anguita, Eduardo, y Caparrós, Martín: *La Voluntad*, tomo 4, 1974-1976, página 96. Rafael María Menéndez en entrevista con el autor y con Julio Ortiz.

Los objetivos de Operación Primicia en el Parte de Guerra de Montoneros del 6

de octubre de 1975. La charla de Mario Firmenich en Roberto Baschetti: *Documentos 1973-1976, volumen I: De Cámpora a la ruptura*, páginas 258 a 311 y revista *Lucha Armada en la Argentina* número 10, páginas 136 y 137.

No se menciona al autor de la charla, pero por varias razones queda claro que fue Firmenich; en primer lugar, en una entrevista con el autor para *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci?*, Baschetti dijo que él entendía que la charla había sido dada por Firmenich; en segundo lugar, el propio Firmenich cita sus “ charlas a los frentes” en Pigna, Felipe: *Lo pasado, pensado*, página 211; por último, en una entrevista con el autor, Alberto Iribarne, ex ministro de Justicia y Derechos Humanos de Néstor Kirchner, recordó esa charla, “ en noviembre de 1973 en la Ciudad Universitaria”, como uno de los datos que lo impulsó a romper con Montoneros y la Tendencia Revolucionaria. La “ necesidad” de una Organización Político Militar en *Lucha Armada en la Argentina* número 10, páginas 130, 131 y 137. Las diferencias entre la cúpula de Montoneros y Juan Perón en Reato, Ceferino: *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci?*, páginas 213 a 251.

CAPÍTULO 13

José Estigarribia, Aníbal Ponti, Jorge Lewinger y Dante Oberlin en entrevistas con el autor. El Ateneo Santa Fe en Lanusse, Lucas: *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores*, páginas 113 a 123. Rafael María Menéndez en entrevista con el autor y con Julio Ortiz. Jorge Belzor Miño en entrevista con el autor. El secuestro de los Born en Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*, páginas 278 a 280. Juan Perón y los diputados rebeldes en Reato, Ceferino: *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci?*, páginas 306 a 310. Yaguer y la Contraofensiva en Larraquy, Marcelo: *Fuimos soldados*, páginas 155 a 175; Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*, páginas 393 a 397 y 427 y 428; Guerrero, Alejandro: *El peronismo armado*, páginas 663 y 664; Perdía, Roberto: *La otra historia*, páginas 359 y 360, y Miguel Bonasso en *Página 12* el 25 de agosto de 2002.

CAPÍTULO 14

Mario Santucho en Seoane, María: *Todo o nada*, páginas 241, 297 y 298.

Enrique Gorriarán Merlo en sus *Memorias*, página 304. Mario Firmenich sobre el golpe y Montoneros en Roberto Baschetti: *Documentos 1973-1976, volumen I: De Cámpora a la ruptura*, páginas 268, 269 y 311. Firmenich en la conferencia de prensa luego del pase a la clandestinidad en Anguita, Eduardo, y Caparrós, Martín: *La Voluntad*, tomo 4, 1974-1976, páginas 97 y 98.

Firmenich entrevistado por Gabriel García Márquez en *Por la libre*, páginas 106, 111 y 112. Firmenich y la apuesta por el golpe en Juan Gasparini: *Montoneros, final de cuentas*, páginas 83 y 89 a 92, y Marcelo Larraquy y Roberto Caballero en *Galimberti*, páginas 248 y 249. Miguel Bonasso en Felipe Pigna: *Lo pasado pensado*, página 288. Firmenich, el golpe y la represión en Felipe Pigna: *Lo pasado pensado*, página 303. Roberto Perdía y Jorge Lewinger en entrevistas con el autor. Perdía sobre el golpe en *La otra historia*, páginas 250 a 255. Roberto Quieto en Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*, página 323. Quieto en la reunión del Consejo Nacional de Montoneros en Gasparini, Juan: *Montoneros, final de cuentas*, página 142. El Código de Justicia Penal Revolucionario en *Lucha Armada en la Argentina* número 8, páginas 124 a 127. Firmenich sobre la tortura al presentar en 1977 un Curso de Formación de Cuadros, en *Lucha Armada en la Argentina* número 10, página 118. La captura de Quieto y su juicio en Pastoriza, Lila: *Lucha Armada en la Argentina* número 6, páginas 4 a 31; Anguita, Eduardo, y Caparrós, Martín: *La Voluntad*, tomo 4, 1974-1976, páginas 480 a 486; Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*, páginas 319 a 326, y Mario Firmenich entrevistado por Felipe Pigna en www.elhistoriador.com.ar. El encuentro entre Albano Harguindeguy y Roberto Perdía en entrevistas del autor con ambos protagonistas, por separado.

El papel de Harguindeguy en la captura de Quieto en entrevista con un militar retirado que quiso permanecer en el anonimato. El objetivo principal de Montoneros en ese período en *Lucha armada en la Argentina* número 10, páginas 143 y 144. La muerte de Julio Roqué en *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci?*, páginas 178 y 179. Robert Hill y los problemas del gobierno peronista en el cable confidencial número 6087 del 10 de septiembre de 1975. El Rodrigazo y la caída de José López Rega en María Sáenz Quesada: *Isabel Perón*, páginas 295 a 322, y Graham-Yooll, Andrew: *Tiempo de tragedias y esperanzas*, páginas 338 a 341. El diálogo entre

Isabel Perón y Héctor Fautario según un estrecho colaborador del brigadier que pidió permanecer en el anonimato. Rodolfo Pandolfien entrevista con el autor. Isabel y López Rega en entrevista del autor con Julio González y María Sáenz Quesada: *Isabel Perón*, páginas 73 a 76. La caída de López Rega en González, Julio: *Isabel Perón, intimidaciones de un gobierno*, páginas 223 a 227, 230, 231, 234 y 235 y en entrevista con el autor. El plan de Isabel Perón y de López Rega en Guido Di Tella: *Perón-Perón*, páginas 124 a 128.

CAPÍTULO 15

Las características de la presidenta en Sáenz Quesada, María: *Isabel Perón*, páginas 317 y 318. Las tres veces que Isabel quiso renunciar en González, Julio: *Isabel Perón, intimidaciones de un gobierno*, páginas 127, 128, 140, 141, 319 y 320, y en entrevista con el autor. Isabel en la ceremonia de transmisión del mando y en Ascochinga en Sáenz Quesada, María: *Isabel Perón*, página 354; en González, Julio: *Isabel Perón, intimidaciones de un gobierno*, página 330, y en *La Nación* y *La Prensa* del 14 de septiembre de 1975. El nuncio Pío Laghi en el cable confidencial 6249 del 16 de septiembre de 1975 y la visita de Ricardo Balbín a Ítalo Luder en el cable confidencial 6611 del 2 de octubre de 1975, ambos de la embajada de los Estados Unidos en la Argentina; copias en poder del autor. El encuentro entre Balbín y Luder en *Clarín* y *La Nación* del 1° de octubre de 1975. La anécdota entre Isabel y Robledo en Pedrini, Adam: *El peronismo que yo viví*, página 353. *El Caudillo y Nuestra Palabra* en Anguita, Eduardo, y Caparrós, Martín: *La Voluntad*, tomo 4, 1974-1976, página 397.

Max Weber y el monopolio estatal de la violencia física legítima en *El político y el científico*, página 83 y 84. Juan J. Linz en *La quiebra de las democracias*, páginas 31, 36, 38, 51, 57, 104, 107, 109 y 166. Los decretos 2770, 2771 y 2772 en el Boletín Oficial del 4 de noviembre de 1975. González sobre Carlos Menem en entrevista con el autor. La carta de Juan Perón a los miembros del cuartel de Azul en www.elhistoriador.com.ar. El juicio a las juntas militares en *El Diario del Juicio*, de Editorial Perfil, del 27 de mayo de 1985, 8 y 15 de octubre de 1985, y 28 de enero de 1986. Jorge Videla en respuesta escrita al cuestionario enviado por el autor. La zonificación de la Directiva 404 del Ejército en D'Andrea Mohr: *Memoria*

debida, página 98. Antonio Cafiero y Carlos Ruckauf en entrevistas con el autor.

CAPÍTULO 16

El paseo en el Delta en entrevista del autor con un allegado al brigadier retirado Héctor Fautario y corroborado con otra fuente, del Ejército. También el general retirado Rogelio Villarreal sostiene que el golpe fue decidido luego de la negativa de Ítalo Luder de reemplazar a Isabel Perón, en Sáenz Quesada, María: *Isabel Perón*, páginas 365 y 366. Juan Bautista Yofre afirma que en el Ejército los preparativos comenzaron “ cuando se conoció que era irreversible el retorno de Isabel a la Casa Rosada”, en *Nadie fue*, página 278. Rosendo Fraga señala que en el Ejército la opción por el golpe se convirtió en mayoritaria “ probablemente” luego de la crisis en la Fuerza Aérea, a fines de diciembre de 1975, en *Ejército: del escarnio al poder (1973-1976)*, página 258. El cable de Robert Hill es el número 8233 del 18 de diciembre de 1975, copia en poder del autor. Fautario e Isabel Perón en entrevista del autor con el allegado del brigadier retirado; también María Sáenz Quesada cita el mensaje que Fautario le envió a la presidenta y lo atribuye a “ un alto oficial de la Aeronáutica que prefiere mantener en reserva su identidad”, en *Isabel Perón*, página 387. Todos los cables de la embajada de los Estados Unidos, en copias en poder del autor.

Jorge Videla en entrevista por escrito con el autor. Albano Harguindeguy en entrevista con el autor. Julio González en entrevista con el autor y en su libro *Isabel Perón, intimidades de un gobierno*, páginas 331, 332, 333 y 341. Robert Hill sobre los militares y el sindicalismo en el cable reservado 8233 del 18 de diciembre de 1975. Roberto Digón en entrevista con el autor. El proyecto político de Emilio Massera en aquella época en Uriarte, Claudio: *Almirante Cero*, páginas 92 a 96. Julio Bárbaro en entrevista con el autor; en su libro *Juicio a los 70*, páginas 131 a 134, y en Sáenz Quesada, María: *Isabel Perón*, páginas 351, 367 y 368. Antonio Cafiero en entrevista con el autor. Juan José Linz en *La quiebra de las democracias*, página 156. El punto de vista de Ítalo Luder en el cable secreto de la embajada de los Estados Unidos número 7319

del 6 de noviembre de 1975. Carlos Menem en entrevista con el autor. Linz sobre la “ abdicación de los moderados” y otros conceptos en *La quiebra de*

las democracias, páginas 118, 125 y 127; también se puede consultar Kvaternik, Eugenio: *Crisis sin salvataje*, páginas 19 a 34. Carlos Ruckauf en entrevista con el autor. Robert Cox en entrevista con el autor; el episodio con el joven periodista de izquierda y su esposa está contado con más detalles en un libro de la esposa de Cox, Maud Daverio de Cox, y Eduardo G. Wilde: *Salvados del infierno*, páginas 33 y 34. El modelo “moderador” en Stepan, Alfred: *Brasil: los militares y la política*, páginas 73 a 80, y en Linz, Juan: *La quiebra de la democracia*, página 144. Los números hacia marzo de 1976 en Graham-Yooll, Andrew: *Tiempo de tragedias y esperanzas*, páginas 388, 389, 390, 393 y 802.

Adam Pedrini en *El peronismo que yo viví*, páginas 354 y 355.

EPÍLOGO

Las críticas a Héctor Schmucler en *Sobre la responsabilidad: no matar*, página 81. La incomodidad de los ex guerrilleros con las críticas en Bufano, Sergio: *Lucha armada en la Argentina* número 8, páginas 42 a 44.

BIBLIOGRAFÍA

Andersen, Martin : *Dossier secreto, el mito de la guerra sucia*, Planeta, Buenos Aires, 1993.

Anguita, Eduardo, y Caparrós, Martín: *La Voluntad*, tomos 3 y 4, Planeta/Booket, Buenos Aires, 2006 y 2007.

Bárbaro, Julio: *Juicio a los 70*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.

Baschetti, Roberto: *Documentos 1973-1976, volumen I y II*, Editorial De la Campana, La Plata, 1996 y 1999.

Belzagui, Pablo René (Compilador): *Sobre la responsabilidad: no matar*, Ediciones del Cíclope/Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 2008.

Bolívar, Jorge: *Estrategia y juegos de dominación*, tomo 2, Catálogos, Buenos Aires, 2008.

Bufano, Sergio, y Lotersztain, Israel: *Evita Montonera*, Ejercitar la memoria editores, Buenos Aires, 2010.

Cafiero, Antonio: *Desde que grité: ¡ Viva Perón!* , Pequén Ediciones, Buenos Aires, 1983.

Calveiro, Pilar: *Política y/o violencia*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2005.

Conadep: *Nunca Más*, Eudeba, Buenos Aires, 1992, y *Anexos, tomos I y II*, Eudeba, Buenos Aires, 2006.

D'Andrea Mohr, José Luis: *Memoria debida*, Colihue, Buenos Aires, 1999.

Daverio de Cox, Maud, y Wilde, Eduardo G.: *Salvados del infierno*, Gofica Editora, Salta, 2001.

Di Tella, Guido: *Perón-Perón*, Sudamericana, Buenos Aires, 1983.

Esquivada, Gabriela: *Noticias de los montoneros*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.

Feinmann, José Pablo: *La sangre derramada*, Planeta/Booket, Buenos Aires, 2006.

Fernández Meijide, Graciela: *La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.

Fraga,

Rosendo:

Ejército:

del

escarnio

al

poder

(1973-1976),

Sudamericana/Planeta, Buenos Aires, 1988.

Flaskamp, Carlos: *Organizaciones Político-Militares*, Ediciones Nuevos Tiempos. Buenos Aires, 2007.

García Márquez, Gabriel: *Por la libre*. Sudamericana, Buenos Aires, 2000.

Gasparini, Juan: *Montoneros, final de cuentas*, Editorial De la Campana, La Plata, 2005.

Giles, Jorge: *Allí va la vida*, Colihue, Buenos Aires, 2003.

Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

González, Julio: *Isabel Perón, intimidades de un gobierno*, El Ateneo, Buenos Aires, 2007.

Gorriarán Merlo, Enrique: *Memorias, de los Setenta a La Tablada*, Planeta/Catálogos, Buenos Aires, 2003.

Graham-Yooll, Andrew: *Tiempo de tragedias y esperanzas*, Ediciones Lumiere, Buenos Aires, 2006.

Guerrero, Alejandro: *El peronismo armado*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2009.

Jaureche, Ernesto : *No dejés que te la cuenten*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1997.

Kandel, Pablo, y Monteverde, Mario: *Entorno y caída*, Planeta, Buenos Aires, 1976.

Kvaternik, Eugenio: *Crisis sin salvataje*, Ediciones del IDES, Buenos Aires, 1987.

Kvaternik, Eugenio: *El péndulo cívico militar*, Instituto Torcuato Di Tella/Editorial Tesis, Buenos Aires, 1990.

Lanusse, Lucas: *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores*, Vergara, Buenos Aires, 2007.

Larraquy, Marcelo: *Fuimos soldados*, Aguilar, Buenos Aires, 2006.

Larraquy, Marcelo, y Caballero, Roberto : *Galimberti, de Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2011.

Lewinger, Jorge: *Los del 73*, Editorial De la Campana, La Plata, 1998.

Licastro, Julián: *Mi encuentro con Perón*, Ediciones Lumiere, Buenos Aires, 2004.

Linz, Juan José: *La quiebra de las democracias*, Alianza Universidad, Madrid, 1987.

Massot, Vicente: *Matar y morir*, Emecé, Buenos Aires, 2003.

Pedrini, Adam, *El peronismo que yo viví*, Librería de la Paz, Resistencia, 2004.

Perdía, Roberto: *La otra historia*, Grupo Ágora, Buenos Aires, 1997.

Pigna, Felipe: *Lo pasado pensado*, Planeta, Buenos Aires, 2005.

Poder Ejecutivo Nacional: *El terrorismo en la Argentina*, Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 1979.

Rouquié, Alain: *Poder militar y sociedad política en la Argentina, tomo II, 1943-1973*, Emecé, Buenos Aires, 1982.

Sandoval, Braulio: *Efemérides nacionales y de la provincia de Formosa*, Editorial Gualamba, Formosa, 2009.

Sáenz Quesada, María: *Isabel Perón*, Planeta, Buenos Aires, 2003.

Reato, Ceferino: *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci?* (Edición ampliada y corregida), Sudamericana, Buenos Aires, 2009.

Seoane, María: *Todo o nada*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

Stepan, Alfred: *Brasil: los militares y la política*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1974.

Uriarte, Claudio: *Almirante Cero*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

Urriza, Manuel: *El Perón que conocí*, Ediciones Continente, Buenos Aires, 2004.

Vezzetti, Hugo: *Sobre la violencia revolucionaria*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2009.

Villarruel, Victoria: *Los llaman... “jóvenes idealistas”*, CELTYV, Buenos Aires, 2009.

Vinyes, Ricard: *El Estado y la memoria*, Del Nuevo Extremo, Buenos Aires, 2009.

Weber, Max: *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

Yofre, Juan B. : *“Nadie fue”* , Sudamericana, Buenos Aires, 2008.



IDENTIFICACIÓN. Un policía toma las huellas digitales de uno de los guerrilleros muertos en el cuartel. Atrás, vehículos abandonados por los atacantes. [Gentileza editorial Atlántida/Televisa]



AUSENCIA. La madre de Marcelino Torales, uno de los conscriptos abatidos. Marcelino era albañil, cantaba en los bailes y admiraba a Sandro. [Ceferino Reato]



ENTIERRO. El cuerpo del subteniente Ricardo Massaferro, de 21 años, fue llevado a Buenos Aires. Su padre había entrenado a grupos montoneros. [Gentileza editorial Atlántida/Televisa]





NUMERADOS. Los civiles muertos fueron puestos en una fila.

Raimundo Kobalg, un mendocino de 21 años, fue el último, según se puede ver en el expediente.[Ceferino Reato]

INSP ECCIÓN. El ataque ya terminó, los montoneros muertos quedaron en el cuartel, los sobrevivientes ya escaparon y el regimiento ha sido recuperado. [Gentileza editorial Atlántida/Televisa]

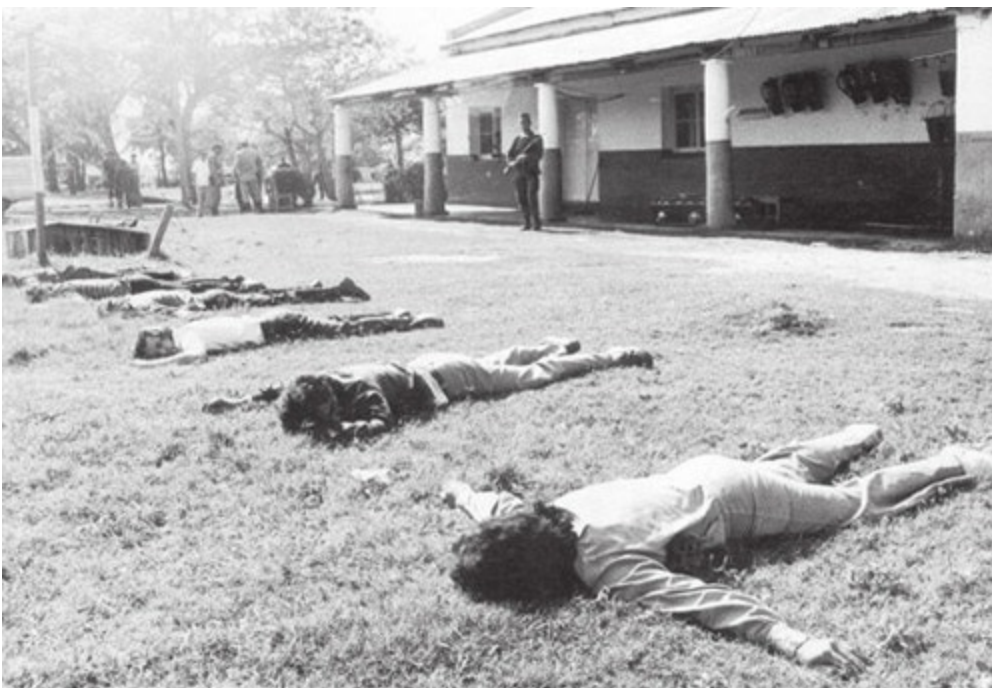


SANTAFESINO. El cuerpo de Roberto Mayol, de 21 años, el soldado que era oficial montonero y facilitó el ataque. Venía del progresismo católico. [Ceferino Reato]



FORMOSEÑO. El cuerpo de Celso Pérez, de 15 años, un vecino muerto luego del ataque por una patrulla militar. No tuvo nada que ver con el

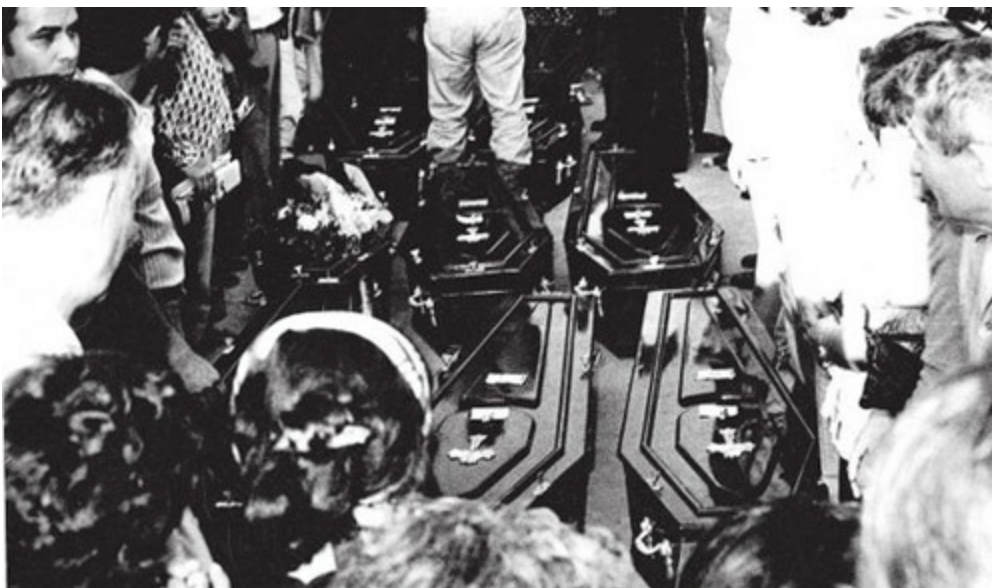
asalto. [Ceferino Reato]



REP RESIÓN. Sospechosos detenidos en la ciudad y puestos cuerpo a tierra en el regimiento el día después de Operación Primicia, el 6 de octubre. [Gentileza editorial Atlántida/Televisa]



DESESPERACIÓN. Familiares y amigos de los soldados conscriptos esperando noticias sobre sus seres queridos, en el cuartel, el domingo por la tarde. [Gentileza editorial Atlántida/Televisa]



ATAÚDES. Casi todos los soldados muertos por los guerrilleros montoneros provenían del interior de Formosa y todos eran peronistas,

como sus padres. [Gentileza editorial Atlántida/Televisa]



CUIDADO. Uno de los dieciséis soldados heridos, atendido por una de las enfermeras del Hospital Central. También hubo tres militares heridos. [Gentileza editorial Atlántida/Televisa]



VALIENTES. El comandante Diego Bakas, a la izquierda, de bigotes, y parte de su tripulación, luego del aterrizaje forzado en el interior de Santa Fe. [Gentileza editorial Atlántida/Televisa]



EMPANTANADO. El Boeing 737-200, comprado por Aerolíneas en unos ocho millones de dólares, quedó atascado en un campo a 25 kilómetros de Rafaela. [Gentileza editorial Atlántida/Televisa]



MILITARES. El subteniente Ricardo Massaferro, porteño, 21

años, y el sargento primero Víctor Sanabria, formoseño, 32 años, muertos durante el ataque. [Gentileza editorial Atlántida/Televisa]



SOLDADOS. De arriba abajo y de izquierda a derecha: Salvatierra, Tomás Sánchez, Sosa, Villalba, Coronel, Dávalos, Arrieta, Luna, Ismael Sánchez y Torales. [Ceferino Reato]



ACTOS. La defensa del cuartel es recordada cada 5 de octubre en la provincia de Formosa; en el regimiento se realiza un desfile cívico-militar. [Gentileza diario *La mañana*]



P RESIONES. Hasta ahora, el gobernador Gildo Insfrán, oficialista, resiste las sugerencias del kirchnerismo para levantar los actos por el 5 de octubre. [Gentileza diario *La mañana*]



VETERANOS. Los ex soldados Soto, Quintana, Peña, Cabrera, Valdéz, Chena, Brítez, Amarilla y Sosa, en una tarde de frío inusual, el 1° de junio de 2010. [Ceferino Reato]



REBELDES. Roberto Quieto, Mario Firmenich y Fernando Vaca Narvaja, tres de los jefes de Montoneros; detrás, muy sonriente, Rodolfo Galimberti. [Gentileza editorial P erfil]



P ERONISMO MONTONERO. En el exilio: Vaca Narvaja, Bidegain, P ereyra Rossi, Firmenich, Obregón Cano, P erdía y Yaguer, el jefe de Operación P rimicia. [Gentileza editorial P erfil]



“ RESISTIR”. Mario Firmenich, en la película filmada en Europa por Jorge Cedrón, con guión de Juan Gelman. Era 1978 y en la Argentina mandaban los militares. [ImagenTV]



ACTRICES. Un momento de distensión para Isabel, en septiembre de 1974; entre ellas, Susana Giménez, Soledad Silveyra, Beatriz Taibo y Haydeé P

adilla. [Editorial P erfil]



FIRMES. La presidenta con el ministro Adolfo Savino; el jefe de la Fuerza Aérea, brigadier Héctor Fautario, y el de la Armada, almirante Emilio Massera. [Editorial P erfil]



LICENCIA. Por razones de salud, Isabel delega el gobierno al senador Italo Luder, a la izquierda, el 13 de septiembre de 1975, y viaja a Ascochinga. [Editorial Perfil]



INVITADO. El general Videla, a la izquierda, en la reunión de gabinete convocada por Luder el 24 de septiembre de 1975. A su lado, Ruckauf y Cafiero. [Gentileza editorial Perfil]



RESPALDO. Los sindicalistas Lorenzo Miguel y Casildo Herreras se convirtieron en el apoyo principal de Isabel en el último tramo de su gobierno. [Gentileza editorial P erfil]



RODEADA. La presidenta, con la plana mayor de las Fuerzas Armadas y el obispo castrense, monseñor Tortolo, en una entrega de sables a militares.

[Gentileza editorial Perfil]



Dictadura. Videla ya asumió en lugar de Isabel y el general Albano Harguindeguy jura como ministro del Interior, cargo que ejercerá durante cinco años. [Gentileza editorial Perfil]

Cubierta

[Portada](#)

[Introducción. Rompiendo el huevo de la serpiente](#)

[Primera parte: Los hechos](#)

[Capítulo 1. La maldición de Pombero](#)

[Capítulo 2. Un gringo al frente](#)

[Capítulo 3. Copando El Pucú](#)

[Capítulo 4. El secuestro del vuelo AR 706](#)

[Capítulo 5. "¡Acá no se rinde nadie, mierda!"](#)

[Capítulo 6. El combate inesperado](#)

[Capítulo 7. Una fuga de película](#)

[Segunda parte: Los protagonistas](#)

[Capítulo 8. "Fuego libre"](#)

[Capítulo 9. Paradojas peronistas en oro y bronce](#)

[Capítulo 10. Ni justicia](#)

[Tercera parte: Las causas y las consecuencias](#)

[Capítulo 11. La hora del balance](#)

[Capítulo 12. Montoneros se va a la guerra](#)

[Capítulo 13. Nordeste en armas](#)

[Capítulo 14. Que caiga la Martínez](#)

[Capítulo 15. La "chica neurótica" y los decretos](#)

[del regente](#)

[Capítulo 16. Cuando Luder no fue Cobos](#)

[Epílogo. Ángeles y demonios](#)

[Anexo documental](#)

[Fuentes](#)

[Bibliografía](#)

[Imágenes](#)

[Créditos](#)

[Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA](#)

Reato, Ceferino

Operación Primicia. - 1a ed. -

Buenos Aires : Sudamericana,

2012

(Investigación periodística)

EBook.

ISBN 978-950-07-3759-3

1. Investigación Periodística. I.

Título

CDD 070.43

Edición en formato digital: enero de 2012

© 2011, Random House Mondadori, S.A.

Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-3759-3

Conversión a formato digital: Carla Blanco, Luis Parravicini.

www.megustaleer.com.ar



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47–49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:

Humberto Primo 555, BUENOS AIRES

Teléfono: 5235-4400

E-mail: info@rhm.com.ar

www.megustaleer.com.ar



Electa

Grijalbo

Lumen



Montena



Editorial Sudamericana

OceanofPDF.com

Document Outline

- [Portada](#)
- [Introducción. Rompiendo el huevo de la serpiente](#)
- [Primera parte: Los hechos](#)
 - [Capítulo 1. La maldición de Pombero](#)
 - [Capítulo 2. Un gringo al frente](#)
 - [Capítulo 3. Copando El Pucú](#)
 - [Capítulo 4. El secuestro del vuelo AR 706](#)
 - [Capítulo 5. "¡Acá no se rinde nadie, mierda!"](#)
 - [Capítulo 6. El combate inesperado](#)
 - [Capítulo 7. Una fuga de película](#)
- [Segunda parte: Los protagonistas](#)
 - [Capítulo 8. "Fuego libre"](#)
 - [Capítulo 9. Paradojas peronistas en oro y bronce](#)
 - [Capítulo 10. Ni justicia](#)
- [Tercera parte: Las causas y las consecuencias](#)
 - [Capítulo 11. La hora del balance](#)
 - [Capítulo 12. Montoneros se va a la guerra](#)
 - [Capítulo 13. Nordeste en armas](#)
 - [Capítulo 14. Que caiga la Martínez](#)
 - [Capítulo 15. La "chica neurótica" y los decretos del regente](#)
 - [Capítulo 16. Cuando Luder no fue Cobos](#)
- [Epílogo. Ángeles y demonios](#)
- [Anexo documental](#)
- [Fuentes](#)
- [Bibliografía](#)
- [Imágenes](#)
- [Índice](#)
- [Créditos](#)
- [Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA](#)

Table of Contents

[Portada](#)

[Introducción. Rompiendo el huevo de la serpiente](#)

[Primera parte: Los hechos](#)

[Capítulo 1. La maldición de Pombero](#)

[Capítulo 2. Un gringo al frente](#)

[Capítulo 3. Copando El Pucú](#)

[Capítulo 4. El secuestro del vuelo AR 706](#)

[Capítulo 5. "¡Acá no se rinde nadie, mierda!"](#)

[Capítulo 6. El combate inesperado](#)

[Capítulo 7. Una fuga de película](#)

[Segunda parte: Los protagonistas](#)

[Capítulo 8. "Fuego libre"](#)

[Capítulo 9. Paradojas peronistas en oro y bronce](#)

[Capítulo 10. Ni justicia](#)

[Tercera parte: Las causas y las consecuencias](#)

[Capítulo 11. La hora del balance](#)

[Capítulo 12. Montoneros se va a la guerra](#)

[Capítulo 13. Nordeste en armas](#)

[Capítulo 14. Que caiga la Martínez](#)

[Capítulo 15. La "chica neurótica" y los decretos](#)

[Capítulo 16. Cuando Luder no fue Cobos](#)

[Epílogo. Ángeles y demonios](#)

[Anexo documental](#)

[Fuentes](#)

[Bibliografía](#)

[Imágenes](#)

[Créditos](#)

[Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA](#)

[Índice](#)

Table of Contents

[Portada](#)

[Introducción. Rompiendo el huevo de la serpiente](#)

[Primera parte: Los hechos](#)

[Capítulo 1. La maldición de Pombero](#)

[Capítulo 2. Un gringo al frente](#)

[Capítulo 3. Copando El Pucú](#)

[Capítulo 4. El secuestro del vuelo AR 706](#)

[Capítulo 5. "¡Acá no se rinde nadie, mierda!"](#)

[Capítulo 6. El combate inesperado](#)

[Capítulo 7. Una fuga de película](#)

[Segunda parte: Los protagonistas](#)

[Capítulo 8. "Fuego libre"](#)

[Capítulo 9. Paradojas peronistas en oro y bronce](#)

[Capítulo 10. Ni justicia](#)

[Tercera parte: Las causas y las consecuencias](#)

[Capítulo 11. La hora del balance](#)

[Capítulo 12. Montoneros se va a la guerra](#)

[Capítulo 13. Nordeste en armas](#)

[Capítulo 14. Que caiga la Martínez](#)

[Capítulo 15. La "chica neurótica" y los decretos](#)

[Capítulo 16. Cuando Luder no fue Cobos](#)

[Epílogo. Ángeles y demonios](#)

[Anexo documental](#)

[Fuentes](#)

[Bibliografía](#)

[Imágenes](#)

[Créditos](#)

[Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA](#)

[Índice](#)